

ZODIAC

El asesino del zodíaco

Robert Graysmith

Seis asesinatos probados, quizá hasta treinta y siete (según sus cartas) o cuarenta y nueve (según algunos investigadores), tres supervivientes: entre 1969 y 1974, la ciudad de San Francisco y todo el norte de California vivieron bajo el terror de un asesino múltiple que se hacía llamar Zodiac, que escribía mensajes en clave a los periódicos y retaba insistentemente a la policía. Pese a una interminable lista de pistas y sospechosos, y en un clima de violencia generalizada, nunca fue capturado.

Robert Graysmith, que trabajaba en The *San Francisco Chronicle*, el periódico que mayor número de cartas del asesino recibió, se lanzó de lleno a la investigación del caso y reunió sus pesquisas en Zodiac, un libro clásico en su género y un *best seller* desde su publicación.

Zodiac ha inspirado varias películas, entre ellas *Harry el sucio* de Don Siegel, con Clint Eastwood, y recientemente *Zodiac*, de David Fincher.

Robert Graysmith



Zodiac

El asesino del zodíaco



Título original: *Zodiac*
Robert Graysmith, 1976
Traducción: Ismael Attrache, 2007



Revisión: 1.0
Fecha: 08/11/2019

En recuerdo de mi padre
y con todo mi amor para mi madre,
David, Aaron, Margot, Penny
y, sobre todo, para Pamela

Matar a alguien es como pasear al aire libre. Si quería una víctima, salía a buscarla. Ni siquiera consideraba personas a los seres humanos.

HENRY LEE LUCAS,
asesino en serie, 1984

Tenemos locos que esperan…

Líder terrorista de Oriente Medio, 1978

Agradecimientos

He contraído una deuda especial con el inspector Dave Toschi, Sherwood Morrill, Paul Avery, Herb Caen, Margot St. James y The Owl and The Monkey, Inc. Gracias a Richard Marek, mi editor, por las incisivas y agudas indicaciones sobre qué camino seguir.

Introducción

Después de Jack el Destripador, y antes del Hijo de Sam, sólo hay un nombre que inspire el mismo pavor: el letal, esquivo y misterioso Zodiac. Desde 1968, el asesino en serie encapuchado ha aterrorizado a la ciudad de San Francisco y la zona de su bahía con una serie de brutales asesinatos. Zodiac, en desafiantes cartas enviadas a los periódicos, ha ocultado pistas sobre su identidad utilizando ingeniosos mensajes cifrados que han supuesto un reto para los grandes expertos en criptografía de la CIA, el FBI y la NSA[1]. Yo dibujaba las caricaturas políticas del mayor periódico del norte de California, *The San Francisco Chronicle*, y estuve allí desde el principio, cuando las misteriosas cartas, los mensajes en clave y los fragmentos de ropa ensangrentada de las víctimas llegaban a la mesa de redacción. Al principio me fascinaron las meras cualidades visuales de los símbolos de Zodiac. Después, poco a poco, tomé la decisión de desentrañar las pistas del asesino, de descubrir su verdadera identidad y, si no lo conseguía, al menos de presentar todas las pruebas disponibles para que, algún día, alguien reconociese a Zodiac.

Cuando empecé a escribir este libro me di cuenta de que me enfrentaba a dos obstáculos. Primero, los diferentes sospechosos y las pocas víctimas supervivientes se hallaban dispersos y muchos testigos estaban escondidos. Para descubrir los datos desconocidos tenía que encontrar a los testigos desconocidos. Uno se había cambiado el nombre

seis veces. Otro, que había escapado de Zodiac, llevaba oculto una década, utilizando varios nombres distintos. Lo acabé encontrando gracias a un matasellos de una felicitación de Navidad. En segundo lugar, los asesinatos habían sido cometidos en distintos condados y, debido a la rivalidad entre departamentos, cada comisaría tenía información vital que las demás desconocían. Empecé por cada condado, en los garajes donde habían conservado los archivos como recuerdo, en archivos salvados un segundo antes de ser destruidos; junté todos los elementos por primera vez y empecé a trazar una imagen completa de Zodiac.

En 1975, después de varios años interesado en el caso, me enteré de que había asesinatos de Zodiac sin registrar y de que una de sus primeras víctimas pudo haber conocido su verdadero nombre. Esa víctima, cuando iba a delatar a Zodiac a la policía, fue asesinada.

No hay defensa posible contra el asesino que mata compulsivamente y al azar. El asesino en serie jamás sacia su sed de sangre, y California parece tener una cuota más que generosa de este tipo de asesinatos (ocupa el segundo lugar del país después de Nueva York). Los asesinatos múltiples, un fenómeno reciente, se cobran ahora entre quinientas y mil quinientas vidas de ciudadanos estadounidenses al año, según el ministerio del Interior.

Los asesinatos de Zodiac no eran simples homicidios. Eran crímenes sexuales en los que el asesino reducía a las víctimas a objetos que sólo existían para brindarle placer sexual, obtenido mediante actos violentos. La caza de las víctimas era la estimulación previa, y la agresión, el sustituto del acto sexual. Zodiac (un sádico sexual) lograba el placer sexual torturando y matando porque la violencia y el amor se entrelazan y confunden completamente en su cabeza.

Los sádicos sexuales tienden (como casi todos los asesinos en serie) a ser muy inteligentes y llegan a poseer una gran habilidad para esconderse después de su primer asesinato. Es posible que el juego del ratón y el gato que entablan con la policía se convierta en el motivo principal de los crímenes. Una vez que el asesino es atrapado, su confesión detallada y horrenda es en sí misma un ataque brutal. Aunque nadie sabe qué da origen a un sádico sexual, muchos médicos sospechan que puede ser un cromosoma sexual defectuoso o un acontecimiento de la infancia. El rechazo y la crueldad de los padres y de los compañeros pueden crear en ellos ciertos tipos de presión que, en la niñez, manifiestan orinándose en la cama, robando en las tiendas, y torturando y mutilando animales. Con el despertar de la pubertad, la rabia se manifiesta en actos sádicos cada vez más numerosos e inteligentemente ocultados.

Si hay una palabra clave en toda la historia del misterio de Zodiac, ésa es *obsesión*. Lo atractivo del caso ha destruido matrimonios, destrozado carreras, la salud de varias personas se ha resentido; en la investigación de más de dos mil quinientos sospechosos en el caso Zodiac, la gente se vio envuelta en una ola de misterio, tragedia y pérdida.

Con este libro, yo quería conseguir algo, obrar un cambio, detener al asesino. Lentamente, todos los extraños símbolos y claves quedaron desvelados y supe cómo escribía el asesino las cartas de Zodiac, cuyo origen se desconocía, por qué mataba cuando lo hacía, e incluso la inspiración para su símbolo del círculo con la cruz y su traje de verdugo.

Ésta es la historia real de una búsqueda que abarca casi dos décadas y que aún continúa. He incluido cientos de datos que nunca habían sido publicados. Es una crónica

todo lo precisa que permiten ocho años de investigación. Con el transcurso de los años, la policía sólo dio a conocer y los periódicos sólo copiaron y reprodujeron fragmentos de las cartas de Zodiac. En este libro, por primera vez, se encuentra cada palabra que Zodiac escribió a la policía.

En unos pocos casos ha sido necesario obviar los apellidos de algunos testigos. La policía los conoce. He cambiado los nombres de varios sospechosos importantes; he cambiado algunos aspectos de sus antecedentes laborales, títulos académicos y lugares geográficos. En los casos en que ha sido necesario cambiar un nombre, lo he señalado en el texto. En el capítulo sobre Andrew Todd Walker he reconstruido ciertas partes del diálogo para conseguir mayor fluidez narrativa.

Brujería, amenazas de muerte, criptogramas, un asesino encapuchado al que aún se busca, investigadores entregados, y un hombre misterioso en un Chevrolet blanco al que todo el mundo ve y al que nadie conoce; todo ello forma parte del misterio de Zodiac, la historia más aterradora que conozco.

ROBERT GRAYSMITH
San Francisco, mayo de 1985



Mapa de las víctimas de Zodiac en el norte de California.
Mapa de R. Graysmith

1. David Faraday y Betty Lou Jensen

Viernes, 20 de diciembre de 1968

Mientras caminaba por las onduladas colinas de las afueras de Vallejo, David Faraday alcanzaba a ver el puente Golden Gate, los pescadores en el mar, los barcos de vela y las lanchas en la bahía de San Pablo y las anchas calles de la ciudad, jalonadas de árboles. Distinguía los esqueletos negros de las grúas, los muelles, los acorazados, las chimeneas de ladrillo y los almacenes de tres pisos de Mare Island, la gran masa gris que se extendía al otro lado del estrecho.

En la Segunda Guerra Mundial, miles de personas habían irrumpido en la zona para trabajar en la Marina, y Vallejo experimentó un gran crecimiento. Se erigieron casas baratas de contrachapado y yeso, construcciones temporales. En la década de 1960 se habían convertido en guetos negros estables, que fomentaban un odio racial y una violencia de bandas que llegó a los institutos.

David Arthur Faraday, de diecisiete años, un estudiante becado que jugaba en el equipo de su curso, era uno de los mejores alumnos del instituto de Vallejo. A finales de 1968 conoció a una guapa morena de dieciséis años, Betty Lou Jensen, que vivía en la otra punta de la ciudad. Desde entonces la iba a ver casi todos los días. Aquel día, a las 17:00, David y Betty Lou hablaron con unos amigos en la calle Annette de su cita de esa noche. Iba a ser la primera.

David salió de casa a las 18:00, y a las 19:10 llevó a su

hermana, Debbie, a una reunión de las Rainbow Girls en el Pythian Castle, en el bulevar Sonoma. David le dijo a Debbie que a lo mejor él y Betty Lou irían después a la carretera del lago Herman porque le habían dicho que «algunos colegas iban a salir por ahí esa noche».

David volvió a casa, a la casa de sus padres en Sereno Drive, verde, de tejas marrones y en forma de T, rodeada de un seto recortado y dos enormes arbustos redondos, empequeñecidos por el altísimo álamo de la derecha.

A las 19:20 David se vistió para su cita. Llevaba una camisa azul claro de manga larga, unos pantalones de pana marrón tipo Levi’s, calcetines negros y botas de color ocre, de gamuza y caña baja. Se puso su reloj Timex con caja y correa de cromo en la muñeca izquierda, y se metió un dólar y cincuenta y cinco centavos, en monedas, en el bolsillo derecho de delante; también un pañuelo blanco y una botellita de pastillas para el aliento Binaca. En el dedo corazón se puso el anillo de metal amarillo de su curso con su piedra roja. David se peinó el pelo corto y castaño en diagonal, tapándose la frente, sobre unos ojos grandes e inteligentes y una boca generosa, y después se puso la chaqueta beis.

Se despidió de sus padres y salió a las 19:30. Respiró profundamente el aire gélido de la noche (la temperatura era de -5ºC), y se dirigió al Rambler familiar de cuatro puertas, de color marrón y beis, que estaba registrado con el nombre de su madre.

Sacó el Rambler del camino de entrada y se metió en Fairgrounds Drive hasta la autopista interestatal 80 y recorrió el kilómetro y medio hasta la salida de la calle Georgia. En Georgia, dobló a la derecha en Hazelwood y siguió hasta el número 123 de Ridgewood, una casa baja y alargada rodeada de hiedra y de árboles altos y finos. David se paró en la entrada. Eran las 20:00.

Betty Lou Jensen, como David, era muy trabajadora, estudiosa, seria, y tenía una reputación inmaculada. A sus padres les había dicho que iba a ir con David a un concierto de villancicos en su instituto, Hegan High, sólo a unas manzanas de distancia.

Betty Lou se miró por última vez en el espejo y se colocó el lazo de colores en el pelo; su melena lisa y castaña le enmarcaba el rostro y le caía sobre los hombros. Llevaba un vestido corto morado con puños y cuello blancos que daban un aire misterioso a sus ojos oscuros y muy separados. Llevaba unos zapatos negros con hebilla.

Betty Lou miró nerviosamente por la ventana de su derecha, para cerciorarse de que las persianas estaban bajadas. Muchas veces le decía a su hermana Melody que creía que un chico del instituto la espiaba, y, en varias ocasiones, la señora Jensen se había encontrado abierta la puerta que daba al lateral de la casa. ¿Un compañero de clase? ¿O la espiaba alguien más?

Mientras esperaba a Betty Lou, David habló con el padre de ésta, Verne. Sus padres eran del Medio Oeste, pero ella había nacido en Colorado, como la madre de David.

Cuando Betty Lou salió, David la ayudó a ponerse el abrigo blanco de piel. Con el bolso en la mano, se despidió de su padre con un beso, le dijo que iban a ir a una fiesta después del concierto, y se fue a las 20:20, prometiendo que volvería a las 23:00.

En vez de ir al concierto, los dos se fueron a ver a Sharon, otra estudiante, en Brentwood, cerca del instituto. A las 21:00 Sharon los acompañó al coche. No dijeron adónde iban después.

Sobre la misma hora, en la carretera del lago Herman, a unos kilómetros de distancia de los límites de Vallejo, dos cazadores de mapaches, que acababan de aparcar su furgoneta roja en el rancho Marshall, vieron un Chevrolet

Impala blanco del 60, no descapotable, de cuatro puertas, aparcado al lado de la entrada de la estación de bombeo de agua de Benicia. En ese momento un camión salía por la puerta de la estación de bombeo y se metía en la carretera vacía.

A las 21:30 un acontecimiento infrecuente sucedió en aquel lugar. Un chico y su novia aparcaron el coche deportivo de la chica al lado de la carretera sinuosa para que él arreglara el motor. Los dos vieron un coche, seguramente un Valiant azul, que iba por la carretera de Benicia en dirección a Vallejo. Cuando el coche rebasó a la pareja, redujo la velocidad, siguió recorriendo unos metros, y se paró en medio de la carretera. Vieron que se encendían las luces blancas de marcha atrás. Entonces empezó a retroceder hacia ellos con lentitud exasperante. Las acciones parecían tan amenazadoras, inspiraban tal sensación de malignidad, que el joven puso en marcha el coche de su amiga y salió a toda velocidad. El Valiant los siguió. Cuando la pareja llegó a la salida de Benicia, se metió por ella. El otro coche continuó todo recto.

A las 22:00, Bingo Wesher, un pastor de ovejas del rancho Old Borges, contaba sus reses al este de la estación de bombeo de Benicia cuando vio un sedán Chevrolet Impala blanco aparcado cerca de la entrada de la estación, delante de la puerta. También vio la furgoneta Ford del 59 de los cazadores de mapaches.

Después de tomar una Coca-Cola en Mr. Ed’s, un *drive-in*[2] local, David y Betty Lou siguieron al este por Georgia y giraron a la izquierda en la avenida Columbus. En el límite de la ciudad de Vallejo, giraron a la derecha por la estrecha y sinuosa carretera del lago Herman.

Pasaron por las grandes torres de la empresa de materiales de pavimentación, rocas y asfalto SVAR, cuya maquinaria horadaba una ladera de color naranja y marrón.

Allí había minas de plata, y a David le habían hablado de dos hombres que querían poner en marcha una mina de azogue en las tierras de cultivo. El primer kilómetro y pico de la carretera estaba lleno de pequeños ranchos. De día las laderas estaban salpicadas de vacas blancas y negras que pastaban en las colinas amarillo claro, y se recortaban contra el cielo azul oscuro. Ahora, la noche avanzaba negra y penetrante más allá de los haces de luz del Rambler. David y Betty Lou se dirigieron al este, a un apartado camino donde iban las parejas. La policía lo visitaba regularmente para avisarlas de los posibles peligros de aparcar en una zona tan aislada.

Justo antes de las 20:15, David salió de la carretera por la derecha y aparcó a cuatro metros y medio, mirando al sur, en la zona de gravilla frente a la puerta número 10, la entrada de la alambrada a la estación de bombeo del lago Herman. Cerró las cuatro puertas, dejó el abrigo blanco de piel y el bolso de Betty Lou y su chaqueta en el asiento de detrás del copiloto, y encendió la calefacción. Echó hacia atrás el asiento frontal reclinable y lo puso en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

No había farolas, y el pedregoso claro estaba rodeado de suaves montículos y tierras de labranza. Aquel sitio era popular entre las parejas porque los chicos podían ver las luces de un coche patrulla de la policía si se acercaba por la curva de la carretera, lo que les daba tiempo para desembarazarse de la cerveza o de los porros.

A las 22:15 una mujer y su novio, un marinero, pasaron por allí en coche. Al llegar al final de la carretera y volver quince minutos después, el coche seguía allí, pero ahora miraba a la carretera en dirección sureste.

A las 22:50 la señora Stella Borges llegó a su rancho en la carretera del lago Herman, exactamente a 2,8 kilómetros de donde Betty Lou y David habían aparcado. Cuando la

señora Borges entró, el teléfono sonó y empezó a hablar con su madre. Quedaron en que la señora Borges iría a recoger a su hijo de trece años de un concierto aquella noche.

A las 23:00 la señora Peggy Your y su marido, Homer, fueron a la carretera del lago Herman con su Grand Prix dorado del 67 para revisar las tuberías y las alcantarillas que su empresa iba a instalar cerca de la estación de bombeo. Al pasar al lado del Rambler, la señora Your vio a David sentado en el asiento del conductor y a la chica apoyada en su hombro. Cuando los faros del coche de los Your iluminaron la puerta, vio que David ponía las manos en el volante.

Después de echar un vistazo al lugar de las obras, los Your siguieron hasta el pie de la colina y entraron en el rancho Marshall para dar la vuelta y volver a Benicia. Vieron la furgoneta roja de los cazadores de mapaches aparcada en el campo, a siete metros y medio. Los dos cazadores, con gorro de lana y chaquetas de caza, se encontraban dentro de la furgoneta. Después de dar la vuelta, los Your volvieron a pasar al lado del Rambler. David y Betty Lou seguían sentados en la misma posición.

Los cazadores de mapaches habían vuelto a la furgoneta andando por el camino al lado del río. Estaban a punto de marcharse cuando vieron que el coche de los Your se metía por el camino de entrada. Eran las 23:05 cuando al fin se fueron, y los dos hombres vieron el Rambler aparcado y solo junto a la puerta, ahora con el morro apuntando a ésta.

Cuando otro coche tomó la curva de la carretera y los iluminó con los faros, como ojos encendidos que espían desde una colina, puede que Betty Lou y David se estuvieran abrazando. En vez de dejar atrás el vehículo, este coche se paró a su lado, a unos dos metros de distancia.

La figura del coche era probablemente una silueta, encorvada y corpulenta como las colinas oscuras de los alrededores, plana como un recortable de papel. En la oscuridad pudo producirse un momentáneo destello de luz como el de unas gafas. El hombre llevaba un anorak.

Ahí se quedaron los dos coches, uno al lado del otro, junto a una desierta carretera rural.

A las 23:10 un trabajador de la refinería Humble en Benicia volvía a casa cuando pasó junto al Rambler. Lo vio, pero no se fijó en la marca y el color del otro coche.

El coche del trabajador de la refinería se perdió de vista.

Una brisa seca agitaba la hierba helada de la carretera.

Esto es lo que quizá sucediera después:

El recién llegado bajó al fin su ventanilla y pidió a David y Betty Lou que bajaran del coche.

Sorprendida, la joven pareja se negó. El hombre corpulento abrió la puerta de su coche. Al salir, se sacó una pistola de debajo del anorak oscuro.

El desconocido se quedó mirando a Betty Lou, cuya ventana estaba abierta. En vez de meterse a la fuerza por la entrada más fácil —la del lado del copiloto—, el desconocido empezó a acecharles dando vueltas al coche. Se detuvo, apuntó casi al centro de la ventana posterior derecha, encima de la varilla de cromo de la parte inferior, y disparó una bala. Rompió el cristal. Se dirigió al lado izquierdo del coche y disparó otra en el hueco de la rueda posterior izquierda. Su intención parecía ser la de obligar a los jóvenes a desplazarse al lado izquierdo del coche.

Lo logró. Cuando ambos adolescentes se apartaron apresuradamente del lado del copiloto, el desconocido corrió al lado izquierdo del coche.

Betty Lou salió. Cuando David pasó al asiento del copiloto y volvió la cabeza para salir, el hombre metió el brazo con la pistola por la ventana abierta, puso el cañón en

la parte superior de la oreja izquierda del chico y apretó el gatillo. La bala salió horizontalmente y en ángulo, dejando las quemaduras de pólvora típicas de una herida causada por contacto. La cabeza del chico explotó.

Betty Lou gritó y corrió hacia el norte, en paralelo a la carretera y en dirección a Vallejo. Persiguiendo a la chica, con la pistola extendida, a menos de tres metros detrás de ella, el hombre corpulento disparó a Betty Lou cinco veces. Los disparos estaban cerca unos de otros en la parte superior derecha de su cuerpo.

La puntería era increíble: un blanco en movimiento, un pistolero en movimiento corriendo sobre gravilla, en una carretera rural casi completamente a oscuras.

Betty Lou cayó muerta exactamente a 8,55 metros del parachoques trasero del Rambler. La chica que huía ni siquiera llegó a la calzada.

Cayó sobre el costado derecho, con el rostro hacia abajo, los pies al oeste. David estaba de espaldas, con los pies apuntando a la rueda posterior derecha. Respiraba de forma áspera y casi imperceptible. Un gran charco de sangre empezaba a formarse en tomo a su cabeza.

El hombre corpulento dio marcha atrás con su utilitario y se alejó por la carretera oscura y sinuosa.

La señora Borges, que seguía con el abrigo puesto, colgó el teléfono y, con su suegra y su hija, cogió el coche para ir a Benicia. Miró el reloj de la cocina. Eran las 23:10.

Tardó cuatro o cinco minutos, a cincuenta kilómetros por hora, en llegar al sitio donde David había aparcado. Al doblar la esquina de la carretera al lado de la alambrada, sus faros iluminaron la espeluznante escena.

Al principio la señora Borges creyó que el hombre se había caído del coche. Después, cerca de una señal de tráfico amarilla en forma de rombo, vio a Betty Lou. La puerta delantera derecha del Rambler seguía abierta; el

zumbido de la calefacción se oía en el silencio.

La señora Borges aceleró por la estrecha autopista a Benicia para buscar auxilio, llegando a alcanzar velocidades de noventa y ciento cinco kilómetros por hora. Justo al norte de la interestatal 680 vio un coche patrulla de Benicia y empezó a tocar el claxon y a manipular las luces para llamar su atención. Los dos coches se detuvieron delante de la gasolinera Eneo en la calle 2 Este y la señora Borges les contó a los agentes la escena horrible que había visto en la cuneta. Eran las 23:19.

El coche de la policía se dirigió con las luces azules intermitentes al escenario de la agresión y llegó en tres minutos. Los agentes, el comandante Daniel Pitta y el agente William T. Warner, vieron que el chico respiraba débilmente y llamaron a una ambulancia.

Registraron el Rambler de dos colores. El motor estaba tibio, la llave de contacto puesta, la puerta delantera derecha abierta de par en par, las otras tres puertas y la del maletero cerradas.

Encontraron un casquillo del .22 usado a los pies del asiento del copiloto. Como el terreno y la zona de gravilla estaban heladas, no había marcas visibles de neumáticos ni señales de lucha.

Taparon a Betty Lou con una manta de lana. El gran charco de sangre que se había formado alrededor de su cuerpo procedía en su mayor parte de la nariz y la boca. El rastro de sangre conducía al coche.

David estaba tumbado boca arriba. El comandante Pitta advirtió, gracias a la zona oscura alrededor de la herida de la oreja izquierda, que la bala había sido disparada a corta distancia. Tenía un gran bulto en la mejilla derecha, sangre en las manos y en las mangas de la camisa. Warner dibujó con tiza la silueta de la figura inmóvil, cuyos pies estaban cerca de la puerta del copiloto.

La oscuridad fue interrumpida por las luces rojas de una ambulancia A-I. Se detuvo. Pusieron a David en una camilla, lo metieron en la parte trasera del vehículo y fueron a toda velocidad, con la sirena ululando, al Hospital General de Vallejo. En el trayecto, un médico se ocupó de él.

A las 23:29, Pitta llamó al juez de instrucción del condado, Dan Horan. Dado que la agresión se había producido en una zona escasamente habitada del condado de Solano, fuera de la jurisdicción de la policía de Benicia, se lo notificó a la oficina del *sheriff* del condado de Solano por radio y pidió una unidad y un inspector.

Horan se vistió rápidamente. A medianoche ya estaba en el escenario del crimen, ahora bullicioso, con el doctor Byron Sanford de Benicia. Horan siempre se encargaba de la parte difícil de tragedias como ésa, e informaba en persona a las familias de las víctimas. (Dicho estrés contribuyó a crearle una enfermedad cardíaca que acabaría obligándole a retirarse). Sanford certificó la muerte de Betty Lou y mandó que se llevaran el cadáver para realizarle la autopsia. Primero hicieron fotos desde todos los ángulos posibles.

Un periodista de *The Fairfield Daily Republic*, Thomas D. Balmer, había llegado antes, pero no le dejaron pasar hasta que llegó el inspector del *sheriff* a las 0:05.

El inspector sargento Les Lundblad se enfrentaba a dos, a lo sumo tres asesinatos por año. Ahora estaba pensativo en medio de la oscuridad y el frío de la carretera del lago Herman, con el sombrero de ala estrecha calado sobre su rostro ajado por las inclemencias del tiempo en el campo. Rara vez lo habían visto sin sombrero desde que fuera nombrado inspector sargento de la oficina del *sheriff* en 1963.

Lundblad dibujó un boceto del escenario, sirviéndose de su linterna y de los focos colocados para los fotógrafos y

para los peritos de dactiloscopia. Rompía el silencio el ruido de fondo de las radios de los coches de policía que ahora ocupaban la cuneta.

Lundblad mandó a sus hombres, los agentes Butterbach y Waterman, al hospital, para que tomaran declaración a David. A las 0:23 llegaron a la unidad de cuidados intensivos, preguntaron por la enfermera Barbara Lowe, y les dijeron que el muchacho había ingresado cadáver. Habían certificado su muerte a las 0:05.

Los agentes llamaron a la oficina del *sheriff* y pidieron al ayudante, J. R. Wilson, que acudiera al hospital, donde hizo fotos de las quemaduras de pólvora a quemarropa en la oreja izquierda del chico, del bulto en su mejilla derecha, y del cabello apelmazado por la sangre.

En la carretera del lago Herman, espolvorearon el Rambler para buscar huellas ocultas. Después se dispersaron en abanico y empezaron a buscar la pistola y otras posibles pistas. Los agentes de Benicia tomaron medidas. Lundblad las anotó.

Las fotos y las pruebas recogidas por la policía de Benicia iban a ser entregadas a la oficina del *sheriff* del condado de Solano. Pitta y Warner habían conservado bastante bien el escenario del crimen: el cuerpo había sido aislado de su entorno y no se habían movido nada hasta que todo fue fotografiado, identificado y concienzudamente medido, para que las pruebas pudieran presentarse a juicio incólumes. No obstante, había muy pocas pruebas tangibles. Se llevaron a cabo exámenes en busca de semen.

Detrás de la silueta de tiza de la cabeza del chico había aún más casquillos de bala; en total, se recuperaron nueve casquillos más. Era muy posible que el arma del crimen fuera una J. C. Higgins del .22, modelo 80, o un modelo estándar 101. Las balas eran munición para rifle largo Super X, recubiertas de cobre, que Winchester fabricaba desde

octubre de 1967, por lo que eran bastante nuevas.

Se encontró una marca donde había rebotado una bala en el techo del vehículo, y huellas muy leves de un zapato delante del coche aparcado, que iban hasta el lado del copiloto. También se encontró la huella profunda de un tacón detrás de la estación de bombeo, pasando la valla cerrada.

Uno de los médicos de guardia de la ambulancia declaró que nunca había visto tanta sangre en el arcén de una carretera en toda su vida. «Se trataba de un caso de doble asesinato particularmente horrendo», diría Lundblad, confirmándolo.

A la 1:04 Lundblad fue al hospital de Vallejo y de ahí a la funeraria Colonial Chapéis, donde se reunió con Butterbach y Horan para informarse de la posición de las balas en el cuerpo de Betty Lou Hensen.

Bajo el brillo de las lámparas fluorescentes, el empleado de la funeraria quitó la ropa al cadáver de la chica. De pronto, un objeto cayó de sus medias rosas y blancas y rodó por el suelo hasta las botas de Lundblad. El detective se agachó lentamente y lo cogió. Era un perdigón del calibre 22 que se había quedado enganchado después de traspasar el cuerpo. Sombríamente, Lundblad puso la bala en un frasco de pastillas, recogió la ropa ensangrentada y volvió a su oficina. Butterbach y Waterman trabajaron hasta las 4:30 y se fueron a dormir.

A mediodía hicieron la autopsia al cadáver de Betty Lou, y al de David una hora y media después. Fue a las 13:38 cuando el doctor S. Shirai, el patólogo, encontró la bala que había matado a David, muy abollada, aplastada contra el lado derecho del cráneo. Se la enviaron a Lundblad envuelta en algodón.

Se recuperaron siete balas en las víctimas y en el vehículo. Cuatro de ellas se encontraban en buenas

condiciones; las otras tres estaban en mal estado. (Dos de ellas no se encontraron: se perdieron en algún lugar del campo que se extendía junto a la carretera del lago Herman). Todas las balas recuperadas tenían un ángulo de giro a la derecha en el sentido de las agujas del reloj, con seis campos y seis estrías: balas «seis y seis».

Cuando se fabrica una pistola, se coloca en el cañón una vara con ribetes de metal, un «escariador», que deja a su paso unas imperfecciones en espiral, el «estriado». Esto produce mellas en los laterales de la bala disparada, por lo que ésta gira y vuela de forma más estable cuando sale del cañón. El proceso también deja unas marcas identificativas en la bala, que se denominan «estrías» (las muescas en espiral) y «campos» (los espacios entre las estrías). Al igual que las huellas dactilares, esas marcas indican que una bala sólo pueda proceder de una determinada pistola. En un microscopio de comparación, las marcas del «eyector» y del «expulsor» pueden también vincular un cartucho utilizado con una pistola en particular.

Tal y como lo expresó Lundblad, «la investigación se abordaría como las ramas de un árbol». Él seguiría metódicamente todas las pistas que surgieran, como ramificaciones, de los hechos. Empezó estudiando el tiempo y la distancia, recorriendo en coche, a diferentes velocidades, el trayecto desde las casas de los sospechosos y de los testigos. El último día de las víctimas fue reconstruido con exactitud minuto a minuto; se recogieron treinta y cuatro testimonios detallados. Lundblad investigó la vida privada de las dos víctimas, trabajando casi las veinticuatro horas. La familia y los amigos de Betty Lou y David fueron interrogados, así como los sospechosos habituales de la zona. Entre otras posibilidades, había doscientas noventa personas registradas en el Hospital Psiquiátrico del Estado en Napa que vivían en esa región.

La familia de Betty Lou le contó a Horan que había un chico despechado que la había estado «molestando» en el instituto y que había amenazado a David («Estoy pensando en pegarte con unas nudilleras de metal»). También sospechaban que ese chico podía ser el que merodeaba por el jardín de noche. Horan pasó esta información a Lundblad, que descubrió que el sospechoso tenía una coartada incontestable: después de la fiesta de cumpleaños de su hermana, el muchacho vio *Global Affair* en la televisión hasta las 23:00, acompañado de un policía de Mare Island.

Se siguieron las pistas ofrecidas por la gente («Busquen un coche oscuro sin cromo…»). Pero los brutales asesinatos no parecían responder a ningún motivo, aparte del puro placer de matar. Lundblad no encontró ningún indicio de intento de robo o abuso sexual en las víctimas. Quizá el asesinato en sí había servido al asesino de goce sexual.

Las noticias de Identificación e Investigación Criminal [CI&I, en sus siglas inglesas] de Sacramento no fueron mejores:

Además de someter a nuevos exámenes cualquier pistola automática J. C. Higgins, modelo 80, que se encuentre, habría también que examinar cualquier arma que responda a las siguientes características:

- Casquillos: Impresiones de percutor semicirculares en posición de las doce en punto, marcas de expulsor pequeñas en posición de las tres en punto. Impresión muy leve de eyector en posición de las ocho en punto (esto último no siempre es detectable).
- Cañón del arma o estudio de bala: seis estrías a la derecha, proporción estría/campo: 1:1+. Anchura de la estría: aproximadamente 0,1 centímetros. Anchura del campo: aproximadamente 0,2 centímetros.

Debido a la ausencia de una estructura suficientemente singular, parece que surgirán considerables dificultades para identificar el arma responsable, si ésta fuera encontrada [...]. A partir de nuestro examen, parece que una identificación concluyente del arma responsable será muy difícil, si no imposible, aunque sea descubierta.

El examen del vestido (artículo 9) ha desvelado un orificio en el dorso, cerca del centro, y cinco orificios en la zona superior derecha de la espalda.

No se han encontrado restos de humo ni de pólvora cerca de esos orificios: únicamente en el orificio superior de la espalda. Cerca de éste se ha encontrado un único grano de pólvora. A partir de los exámenes, parece que el arma estaba al menos a más de 60 centímetros de distancia de la víctima cuando fue disparada. La distancia mínima no puede establecerse sin un examen del arma responsable, cuando sea encontrada.

No había testigos, ni motivos, ni sospechosos.

2. Darlene Ferrin

Sábado, 21 de diciembre de 1968

—Tengo miedo. Yo conocía a los dos chicos que han matado en la carretera del lago Herman —confesó Darlene Ferrin a su compañera de trabajo Bobbie Ramos.

—¿Ah, sí? —dijo Bobbie.

—Sí, no voy a volver a ir por ahí —le respondió Darlene con un escalofrío.

—Yo estaba en el mostrador hablando con ella —me contaría después Bobbie—. Me acuerdo bien de algo que me dijo: «Es que me produce una sensación extraña». Creo que los conocía del instituto Hogan… No sé si era íntima de ellos, pero los conocía, sobre todo a la chica.

El instituto Hogan estaba sólo a una manzana de la casa de Betty Lou Hogan. Darlene había estudiado allí.

Los viernes, sábados y domingos por la noche Bobbie Ramos trabajaba con Darlene hasta las tres de la madrugada en el restaurante Terry's de la calle Magazine, en Vallejo.

—A Darlene le pasaba una cosa —recordaría después Bobbie—, y es que hablaba con todo el mundo. Yo le decía: «No hables con todo el mundo, no todo el mundo es tu amigo. Eso es lo que tú te crees». Era tan simpática que la gente hacía cola para que los atendiera ella. Darlene llevaba aparato en los dientes. Llevaba aparato con veintidós años. Más bien aparentaba dieciséis. Y se comportaba como si tuviera diecisiete. Parecía una muñeca Kewpie[3], con el

aparato, el cabello rubio y corto, de las que te llevarías a casa.

Darlene pesaba unos sesenta kilos y medía poco más de metro y medio, tenía el cabello castaño claro y una penetrante mirada azul. Fotos suyas de cinco años antes, cuando tenía dieciséis años, mostraban un llamativo parecido con Betty Lou Jensen.

—Cuando no llevaba las gafas se ponía pestañas postizas. Nos las compraba por docenas —dijo Bobbie—. Darlene era feliz, risueña, bromista, sociable, no era tímida. Habladora… Le gustaba conocer a nuevas personas, hacer nuevos amigos.

Darlene, su segundo marido, Dean, y su hija pequeña, Dena, vivían en el 560 de Wallace, en un edificio propiedad de Bill y Carmela Leigh, los jefes de Dean en el restaurante italiano Caesar’s Palace, donde él trabajaba como ayudante de cocinero.

Miércoles, 26 de febrero de 1969

Karen, la niñera de diecisiete años de Darlene, fue a la ventana de la fachada y observó la calle Wallace. El coche llevaba ahí desde las 22:00, y estaba convencida de que el hombre que iba dentro vigilaba el apartamento de los Ferrin en el piso bajo.

El vehículo era un sedán fabricado en Estados Unidos, de color blanco y con un gran parabrisas, pero había tan poca luz que no podía leer la matrícula, pese a que el coche estaba aparcado sólo a unos dos metros y medio de distancia.

Se vio el resplandor de una cerilla dentro del coche. El hombre encendió un cigarrillo, y Karen lo vio parcialmente. Era fornido, con el rostro redondo y el cabello castaño

oscuro, corto y rizado. Le pareció de mediana edad.

Karen estaba tan preocupada que fue a la habitación de la pequeña Dena y no se alejó de su cuna hasta que Dean volvió del trabajo. Se acercó a la ventana, debatiéndose entre contarle a Dean lo del desconocido o no, pero decidió no hacerlo cuando vio que el coche blanco había desaparecido.

Jueves, 27 de febrero de 1969

Darlene estaba en el cuarto de baño maquillándose para salir cuando Karen le habló del desconocido.

—¿Cómo era el coche? —preguntó Darlene.

Karen se lo dijo.

—Supongo que me está vigilando otra vez. Me habían dicho que ha vuelto a este estado. —Darlene hizo una pausa —. No quiere que nadie sepa lo que le vi hacer —dijo—. Le vi matar a alguien.

Darlene dijo el nombre de un hombre: un nombre corto y corriente. Pero Karen no la escuchó. Estaba demasiado pendiente del visible miedo de Darlene a ese desconocido.

Cuando Darlene se pasó por el restaurante Terry’s esa noche, le dijeron que un hombre corpulento había estado preguntando por ella.

Sábado, 15 de marzo de 1969

Pam Suennen, la hermana pequeña de Darlene, ya había encontrado dos paquetes en la puerta de la casa de los Ferrin, pero nunca había visto quién los había dejado. No obstante, ese día abrió la puerta a tiempo de ver a un

hombre con gafas de concha que dejaba un tercer paquete. Lo había visto antes, en un coche blanco aparcado delante de la casa.

—Y me dijo —recordó—. Pam que bajo ningún concepto debía mirar el interior del paquete. Se quedó detrás de la puerta. Y luego fuera, en su coche, durante muchísimo tiempo después de entregar el paquete. Cuando Darlene llegó a casa preguntó si habían traído algo para ella. Le di el paquete y se lo llevó a la habitación del fondo y, cuando le pregunté qué era, no dijo nada. A partir de entonces estuvo distinta. Parecía muy nerviosa y se llevó el teléfono a su habitación e hizo una llamada, y después me hizo salir a toda prisa y me acompañó a casa muy rápido.

Pam se enteró por fin de que en el primer paquete había un cinturón de plata y un bolso de México y en el segundo una tela de flores blanca y azul. Darlene quería la tela para hacerse un mono.

Bobbie Ramos creía que el exmarido de Darlene, Jim, estaba en México, y que le había mandado los dos primeros paquetes a través de un hombre que había conocido allí. Jim se había casado con Darlene en enero de 1966 con un nombre falso, Phillips, cinco meses después de salir de la prisión militar de San Francisco. «¡Lo juro por Dios! Darlene le tenía pavor», me contó Bobbie después.

Una compañera de Darlene en una empresa telefónica de San Francisco, Bobbie Oxnam, recordaría lo siguiente: «Darlene no se liaba de él. No quería estar sola en una habitación con él… Uno de los motivos por los que los echamos de nuestro apartamento fue que Jim tenía una pistola (del .22), y eso no nos gustaba».

Viernes, 9 de mayo de 1969

Darlene y Dean compraron una casita en el número 1300 de la calle Virginia, al lado de la oficina del *sheriff* de Vallejo, por 9.500 dólares.

Sábado, 24 de mayo de 1969

El día que se reunieron para pintar Karen decidió dejar de trabajar como niñera para Darlene. Darlene había invitado a muchos de sus nuevos amigos a la casa de la calle Virginia para que la ayudasen a arreglarla, y Karen tenía que cuidar de Dena. Llegaron tres hombres jóvenes tan raros que Karen se sintió incómoda y se fue. Además, se había cansado de encubrir las correrías de Darlene con otros hombres, una culpa que llevaba cinco meses preocupándola.

El rebelde hermano menor de Darlene, Leo Suennen, estuvo en aquella reunión, así como los gemelos Mageau, Mike y David, amigos íntimos de Darlene que rivalizaban en hacerle favores. Los otros invitados fueron Jay Eisen, Ron Allen, Rick Crabtree, Paul el camarero (ése no era su nombre real), Richard Hoffman, Steve Baldino y Howard «Buzz». Gordon; los tres últimos eran policías de Vallejo. Aparte de Darlene, la única mujer era su amiga Sydne.

Darlene llamó a su hermana, Linda Del Buono, alrededor del mediodía, y le pidió que fuera también. Linda había sido la primera en señalar el nerviosismo creciente y el declive físico de Darlene. Ésta no admitía que le pasara nada malo. Dean no notó ningún cambio en su mujer.

Mientras Linda estaba de camino, otro invitado, un hombre corpulento, llegó a la nueva casa.

—Aquel día —me dijo Linda después— Darlene tenía tanto miedo que me dijo: «Vete, Linda, vete». El tipo aquel no pegaba en su casa, y ella me dijo que no me acercara a él. Era el único que iba bien vestido. Todos los demás

llevaban vaqueros viejos y pintaban. Le veo cuando abro los ojos, le veo cuando los cierro. Le recuerdo después, cuando estábamos en Terry's, y le recuerdo el día en que pintaron y Darlene estaba muerta de miedo. No esperaba que él apareciese. Lo veo sentado en la silla. Las gafas de montura oscura, el cabello rizado, ondulado, con aspecto de hombre maduro, tenía esas gafas de montura oscura como las que lleva Superman. Entrado en kilos… Mediría sobre un metro setenta y cinco. Aunque estuvo sentado casi todo el rato. Recuerdo que me metí en un dormitorio pequeño con Darlene y le pregunté: «Darlene, ¿qué te pasa?». Estaba muy nerviosa, estaba muy nerviosa. Ese tipo la tenía aterrorizada. No podía ni comer. No sonreía. No era la Darlene que yo conocía. Algo le preocupaba. Cuando llegué él ya estaba ahí. Darlene me dijo: «Linda, no te acerques a él. No hables con él».

»—Pero ¿quién es?

»—No hables con él —insistió Darlene.

»No quería que yo tuviese relación alguna con él. Me pidió que me fuera porque no quería que él conociese a una parte de la familia. Era muy extraño. Pensé en ello, pero luego me fui a Texas en mi cumpleaños, en junio.

Pam, la hermana menor de Darlene, se incorporó a la reunión poco después de que Linda se marchara.

—Recuerdo que vi a un hombre dejar un paquete en la puerta de la calle Wallace —dijo cuando le pregunté—, y recuerdo que lo vi en la reunión… Le gustaba hablar conmigo porque siempre soy una persona bastante sincera. Darlene se enfadó conmigo porque le pareció que le estaba contando demasiadas cosas. Pero es que él me preguntaba. Darlene dijo: «¡Pam, voy a dejar de invitarte a mis fiestas si no paras de hablar con él!». Yo le dije: «Por lo que él cuenta, pensaba que salías con él». Era un tipo muy bien vestido, con gafas. Tenía el cabello oscuro y una verruga en el

pulgar. No sé por qué, tengo la impresión de que Darlene había conocido a ese hombre en las Islas Vírgenes. Ella dijo no sé qué sobre drogas. Grupos de personas no dejaban de entrar continuamente en el dormitorio. A mí no me dejaron entrar. Una persona dio a entender que alguien había estado siguiendo a Darlene y Darlene cambió de tema y dijo: «No te preocupes, nadie me va a hacer daño». Era una de las personas más confiadas que he conocido. Yo estaría muerta de miedo si supiera que alguien estaba… Le dije: «Darlene, ¿no tienes miedo?». Ella respondió: «Nadie va a hacer nada».

Cuando Pam se fue de la fiesta, todavía quedaban catorce personas y llegaban más. Algunos invitados oyeron que el hombre bien vestido no dejaba de hacerle preguntas sobre su fuente de ingresos. El desconocido tenía un diminutivo corto y corriente. Pam creía que era «Bob». (Este nombre ha sido cambiado).

Domingo, 22 de junio de 1969

Linda acababa de volver de Texas y quería contarle a Darlene cómo estaba su familia, por lo que esa mañana temprano, ella y su padre, Leo, fueron al restaurante Terry’s.

—Cuando entré en Terry’s ese día con mi padre, el hombre de la fiesta estaba allí sentado, y no dejaba de observar a Darlene —me contó Linda con un escalofrío—. La miraba sin cesar, y, cuando entré, se tapó la cara con el periódico al verme.

El desconocido «miró fría y fijamente» a Linda y se acercó a Darlene, le dijo algo y se marchó. Linda le habló del hombre a su padre. «Mi padre dijo: “No pasa nada”. Creyó que no era importante».

Pam también vio al hombre:

—Estaba en Terry's. Me senté a su lado. Recuerdo que comía tarta de fresa. Y que Darlene se puso muy nerviosa porque yo me senté a su lado. Él estuvo hablando conmigo; a ella la situación la alteró mucho. No dejó de decirme entre cuchicheos que me alejara de él. El tipo llevaba una chaqueta de cuero. Siempre olía a cuero, incluso cuando vino a casa a dejar el paquete. Era el que preguntaba por ella en el trabajo, el que husmeaba en su situación económica. Me preguntó por la hija de Darlene y cuál era su relación con Dean: «¿Qué hacía con sus propinas?» y «ella sabe muy bien lo que se hace» y «tengo entendido que Dean nunca quiere cuidar de la niña». Estuve allí una hora y media sentada en el mostrador y él no dejó de comer tarta de fresa. Darlene insistía en que me marchase, pero yo no quería irme a casa porque Harvey, mi marido, no estaba. El hombre no siempre llevaba las gafas. Se las puso para mirar la cuenta. Eran gafas con montura, una montura negra, negra, muy negra —terminó Pam—, y su coche tenía una matrícula antigua de California. Era completamente blanco.

—Le tenía miedo a alguien —me contaría después Bobbie Oxnam, la amiga de Darlene—, llevaba una temporada con miedo. Aquello empezó justo después de que naciera su hija.

—¿Mencionó alguna vez el nombre del desconocido? —pregunté.

—No. Ojalá pudiera decir que sí. De vez en cuando decía que tenía problemas o que ese tipo la aterraba. Nunca daba más detalles.

Cuando le pregunté, Bobbie Ramos recordó lo siguiente:

—A principios de junio, Darlene me dijo que un hombre la vigilaba. Nos volvió a hablar de él cuando las llevamos a ella y a su hija a la feria del condado de Solano. —Miró a su marido—. ¿Te acuerdas del tipo del coche blanco que no dejaba de molestar a Darlene, que siempre estaba delante

de su casa, que vino aquí un día? —El marido no se acordaba—. Tenía entre treinta y treinta y ocho años y no era fornido. Llevaba gafas.

—En los primeros tiempos de su matrimonio Darlene y Dean eran estupendos —me contaría con posterioridad Carmela Leigh, la mujer del jefe de Dean—. Ella era graciosa y nos reíamos continuamente, y, de pronto, empezó a trabajar en Terry's después de que naciera la niña y nadie la volvió a ver. Seguía siendo graciosa y divertida y risueña y alocada, pero no tenía tiempo para nadie. Venía corriendo al restaurante y estaba muy ilusionada porque tenía que ir a algún sitio, y le decía a su marido que no iba a estar en casa cuando él llegara. Eso me parecía mal, porque no me gustaba que estuviera tan ilusionada por salir con un grupo de amigos cuando estaba casada y tenía una hija. —Carmela solía ir a visitar y a hacer compañía a Darlene cuando ésta estaba embarazada y, después de que naciera la pequeña Dena, pasaba por allí a tomar un café cuando cobraba el alquiler del apartamento—. Sólo la conocí unos dos años —recordó Carmela con nostalgia—, era regordeta y llevaba aparato en los dientes, se vestía fatal. De pronto empezó a vestir muy bien y adelgazó mucho y empezó a ir a la peluquería, cosa que me parecía fantástica. Pero, cuando aquello empezó, la relación con su marido terminó. Darlene nunca estaba en casa. Tenía todo un grupo de nuevos amigos y yo casi nunca la veía. Nunca conocí a ninguno de sus amigos ni supe adónde iba. Nuestra amistad se fue perdiendo un poco porque ella siempre estaba fuera, nunca en casa. Dean no sabía dónde estaba y yo no la veía porque siempre andaba por ahí.

Todo el mundo pareció advertir el cambio de Darlene, que estaba más nerviosa e inquieta incluso que antes. Perdió tanto peso que la gente atribuyó su nerviosismo a las pastillas para adelgazar. Hablaba tan rápido que mezclaba

las palabras.

—Dean y Darlene a veces tenían altibajos —diría Bobbie Oxnam—. Tenían los mismos problemas que cualquier pareja de recién casados con un niño pequeño… Ella era muy sociable. Le encantaba estar con gente y a Dean no. Creo que eso a veces causaba tensiones en su matrimonio. Ella no era una golfa; no era un ángel, pero tampoco era una golfa.

Carmela había visto muchas veces a Darlene bien vestida y un día hizo un comentario sobre una camiseta abierta por la espalda que llevaba debajo de una blusa.

—Ah, me la he comprado en James Sears —dijo Darlene.

«Vaya —pensó Carmela—, yo tengo un negocio y ni siquiera puedo comprar en James Sears».

—Y por eso supe dónde compraba la ropa —me diría después Carmela—. Pero ¿de dónde sacaba el dinero? Dean no sabía de dónde sacaba el dinero para comprar ropa. Él sólo era cocinero y ella sólo era camarera. Decía que la compraba en rebajas, pero sé que compraba en James Sears y no es una tienda barata. Su marido no quería imaginarse nada. Nunca se le ocurrió que ella pudiera estar traficando con estupefacientes o algo así. No pensaba en ello. Decía: «Sólo es una fase que tiene que superar. Acaba de cumplir veintiún años».

Entre los amigos de Darlene no era ningún secreto que estaba viendo a otros hombres, entre ellos, a policías de la oficina del *sheriff*.

—Iba mucho a San Francisco —recordaba Bobbie Ramos —. Es otra cosa que sabíamos porque se lo decía a su marido… Una no llega a casa toda emocionada y le dice a su marido: «Uy, me lo he pasado fenomenal. He conocido a unos chicos en la ciudad y hemos ido a la playa y hemos hecho esto y lo otro».

—Muchas veces iba ella sola —diría después Bobbie

Oxnam—. Le gustaba ir a donde rompen las olas para pensar, se sentaba en el oleaje y veía la salida del sol.

—Me han dicho que no conducía. ¿Qué hacía, coger el autobús? —pregunté.

—Iba en coche. Conducía sin permiso. Siempre conducía. Lo hacía muy bien. Muchas veces cogía el coche de un amigo, el coche del jefe de Dean —respondió.

Apartada de todos, Darlene llegaba a casa casi al amanecer cuando Deán ya estaba dormido, se metía debajo de las mantas y, con una pierna fuera de la cama, se mecía suavemente hasta que se dormía. Cuando se despertaba, Dean se había ido al trabajo.

Martes, 24 de junio de 1969

Darlene le dijo a Christina, su hermana menor:

—En los próximos días van a suceder cosas importantes. —Darlene lo dijo de forma misteriosa—. Y no cualquier cosa. Algo muy importante va a suceder.

—¿El qué? —preguntó Christina.

—Todavía no te lo puedo contar, pero lo leerás en el periódico.

Christina no tenía ni idea sobre qué hablaba Darlene.

—Era muy raro —le explicó a Carmela Leigh—. No sé si habla de drogas, de un asesinato o de una fiesta.

—Entonces —añadió Carmela— pensamos que Darlene sabía algo de una redada antidroga o de alguna cosa que le habían contado sus amigos de la policía.

—Darlene nunca dijo claramente por qué le tenía miedo al hombre del coche blanco —me contaría después Bobbie Oxnam—. Él tenía algo en contra de ella, pero no sé lo que era. Tengo la sensación de que tiene algo que ver con las Islas Vírgenes, pero sólo es una corazonada. Jim y ella se

juntaron con malas compañías cuando estuvieron allí de luna de miel. Por eso se fueron tan deprisa. Pero no sé qué pasó.

La pareja hizo autoestop hasta St. Thomas y las Islas Vírgenes, mientras pedían dinero, buscaban conchas en el mar y dormían en la playa.

Pam sospechaba que era ahí donde Darlene había sido testigo de un asesinato.

Viernes, 4 de julio de 1969

A las 15:45, Dean Ferrin llegó a trabajar al restaurante italiano de los Leigh. Quince minutos después, Darlene llamó a su amigo Mike Mageau y quedó con él para ir al cine en San Francisco a las 19:30.

Mike y su hermano gemelo, David, habían conocido a Darlene en Terry's.

—Este tal Mike era un tío muy peculiar —explicaría el sargento John Lynch—. Cuando él y su hermano llegaron a Vallejo fueron a la cafetería y se pusieron a hablar con Darlene. Parece que ella era una persona muy sociable y extrovertida, y le contaron una mentira, que los buscaban en Chicago por un tiroteo o algo así y supongo que por eso se sintió interesada por aquel tipo.

Bobbie Ramos también recordaba que «los gemelos le contaron a Darlene que habían huido. Uno le dijo que se llamaba "Warren Beatty" y el otro, "David Jansen". Se inventaron una historia y ella lo creyó todo. Se lo tragó. Ella creía que, si tú tenías un problema, ella tenía un problema».

En realidad eran los hijos del dueño de una empresa de desinfección local. Los gemelos desarrollaron una intensa rivalidad por el cariño de Darlene y se peleaban por ver quién la llevaba al trabajo.

Linda recordaba lo siguiente:

—Los dos sentían celos a causa de Darlene. «Yo quiero hacerle la colada». «No, yo». No dejaban de pelearse por ella. Era ridículo.

Los gemelos tenían los ojos verdes, el cabello negro, medían un metro ochenta y cinco y estaban delgadísimos. En octubre iban a cumplir veinte años. Su padre afirmaba que Darlene llamaba a casa de los Mageau con frecuencia, hasta dos veces al día.

A las 16:30, Bill Leigh abrió las puertas de su restaurante en el número 80 de la calle 14. A las 18:00, Carmela, que estaba embarazada y no trabajaba, fue a Caesar's a pasar un par de horas.

Media hora después, vio entrar en el restaurante a Darlene y a su hermana de quince años, Christina. Darlene llevaba un mono con una cremallera hasta arriba, cubierto de estrellas rojas, blancas y azules. Habían parado para ver a Dean de camino a Mare Island, para asistir a las celebraciones del 4 de julio y el desfile de barcos en el canal. Christina participaba en el concurso de *Miss* Fuegos Artificiales y tenían que participar en el desfile de barcos.

—Darlene tenía que ir en uno de los barcos que iba todo iluminado, y por eso iba a Mare Island —me contaría Carmela después—. Yo sólo sé que llegó al restaurante y dijo que conocía a unas personas que tenían un barco… y que ella también iba a subirse a él.

—¿A qué hora vas a llegar a casa? —le preguntó Dean—. Voy a invitar a gente del restaurante para hacer una pequeña fiesta en casa.

—Pues volveré sobre las diez —contestó Darlene.

—Bueno, párate para comprar fuegos artificiales —dijo Dean—, y nosotros llegaremos sobre medianoche.

—Vale.

—Iba a ir al desfile de barcos y luego a comprar los

fuegos artificiales —recordaba Carmela—. Estaba muy emocionada. Tenía unos amigos, pero no dijo quiénes eran, sólo que iba a ir en su barco. A Dean le preocupaba un poco que, si se iba con sus amigos, no volviese a casa, y él ya nos había invitado a todos.

A las 18:45, Darlene fue a Terry’s a contarle a Bobbie lo de la fiesta que iba a celebrarse en su casa.

—No dejaba de hablar —me contó Bobbie Ramos—. Se quedó al lado de la caja registradora, le dio a Jane Rhodes unos patines para que se los sostuviera, y decía que su hermana iba a coronarse como *Miss* Fuegos Artificiales y que iba a dar una fiesta y que quería que yo fuese. Al final le dije: «Vale, vale», pero Darlene sabía que yo no iba a ir y entonces entró Harley, el encargado. «Vete de aquí y deja de molestar a las chicas», le dijo. No estaba enfadado. Ella lo hacía siempre. Cuando Darlene se fue a las 19:00 dijo: «Nos vemos luego».

Una hora después, Mike recibía una llamada de Darlene, en la que ésta le dijo que tenía que quedarse con Christina y que llamaría o que llegaría más tarde. Cuando Christina y Darlene regresaron de Mare Island volvieron a Caesar’s, y a las 22:15 Darlene llamó a la niñera para ver cómo iban las cosas. Ésta le dijo que uno de sus amigos de Terry’s había estado intentando localizarla.

Darlene llegó al aparcamiento de Terry’s a las 22:30 y habló unos diez minutos con su amiga. Al marcharse, se paró a hablar con un hombre maduro en un coche blanco del aparcamiento. Christina notó que la conversación era tirante y que «se palpaba la tensión». Se fijó en que el coche del desconocido era más grande y más antiguo que el Corvair del 63 de Darlene. Ésta no dijo nada del hombre mientras iban a casa de los Suennen, donde dejó a Christina.

Darlene llegó a su nueva casa en Virginia y la niñera,

Janet Lynne, la recibió en la puerta. Le dijo que un hombre con voz madura había estado llamando toda la tarde pero que no había querido dejar su nombre ni un mensaje. «Ha dicho que volvería a llamar», dijo Janet.

Darlene se quitó el mono de las estrellas y se puso otro con flores blancas y azules, confeccionado con la tela que venía en el paquete que había dejado en su puerta el hombre del coche blanco. Darlene despertó a Dena y empezó a jugar con ella y les dijo a Janet y a su amiga, Pamela, que «iban a venir unos amigos esa noche para una pequeña fiesta».

Darlene tenía previsto llevar a las niñeras a su casa y después volver para ordenar la suya. Sin embargo, cuando, con Dena en brazos, acompañó a las chicas al Corvair, el teléfono empezó a sonar dentro de la casa y corrió a cogerlo. Al volver, preguntó a las dos chicas si les importaba quedarse hasta las 00:15 y ellas respondieron que se quedarían. Darlene adujo lo siguiente: «Tengo que volver a salir y comprar fuegos artificiales para la fiesta».

Salió inmediatamente y cogió la calle Georgia hasta la avenida Beechwood, al este, donde giró a la izquierda y se dirigió a casa de Mike, en el 864 de Beechwood, a cuatro manzanas y media de casa de los Jensen. Mike vivía justo a la izquierda del instituto Hogan (Betty Lou Jensen vivía justo al sur).

Darlene se detuvo delante de la casa, apagó el motor y esperó. En seguida salió Mike con tanta prisa que se dejó las luces encendidas, la puerta abierta y la televisión puesta.

Desde el asiento del conductor, Darlene arrancó el coche y le hizo un gesto impaciente a Mike para que entrara. En cuanto el Corvair de color bronce emprendió la marcha, empezó a seguirlos otro coche de color claro que estaba aparcado en las sombras de la calle arbolada.

—Nos están siguiendo —dijo Mike.

Darlene aceleró y llegó a Oakwood, giró a la derecha en la calle Springs, y se dirigió a la avenida Columbus, en la misma dirección que la carretera del lago Herman.

Eran las 23:55.

El coche los seguía a gran velocidad. Darlene giró varias veces para despistar al desconocido. Empezó a bajar por calles adyacentes, pero el coche les seguía cada vez más deprisa y a mayor velocidad.

Mike le decía: «Oh, no, no, no, no, ve todo recto… ¡ve todo recto!». Finalmente decidió: «Métete por ese camino». El otro coche, persiguiéndolos sin cesar, los empujaba inexorablemente al extrarradio de la ciudad.

Todavía dentro de los límites de la ciudad, y sólo a seis kilómetros del centro de Vallejo, estaba el campo de golf de Blue Rock Springs, otro lugar bien conocido donde se daban cita las parejas, y hacía allí precisamente eran guiados Darlene y Mike. Darlene giró nerviosamente a la derecha y se metió en el aparcamiento. A veinte metros de la entrada chocó contra un tronco y el coche se caló.

El aparcamiento estaba a unos tres kilómetros del escenario de los asesinatos de Jensen y Faraday, pero se encontraba mucho menos aislado. Estaba delante del campo de golf; a la derecha de Darlene, al fondo, había un bosque. El suyo era el único coche del aparcamiento.

La pareja permaneció un momento en la oscuridad antes de que el otro coche, de diseño similar al Corvair, los alcanzara en el aparcamiento, apagara las luces y aparcara a dos metros y medio de ellos, a la izquierda. El morro del segundo coche estaba casi al mismo nivel que el parachoques trasero del coche de Darlene; a Mike le pareció que podía ser un Falcon del 58 o del 59, con matrícula antigua de California. Vio que el conductor era un hombre.

—¿Sabes quién es? —dijo Mike entre susurros.

—Oh, olvídalo —acabó por decir Darlene—. No te

preocupes.

Mike no supo si eso quería decir que sabía quién era o no.

Casi inmediatamente, el otro coche se marchó a toda velocidad y con gran estruendo en dirección a Vallejo. Mike suspiró de alivio.

No obstante, el coche volvió al cabo de cinco minutos. Ahora aparcó detrás de ellos, a la derecha del Corvair, con las luces encendidas. Mike advirtió que había estacionado formando una tangente, una técnica para bloquear el paso que utilizan los policías de tráfico. Mike había aparcado otras veces en ese aparcamiento y había aparecido un coche de policía dispuesto de esa manera.

De pronto, una luz brillante e intensa, como la de un coche de policía, les iluminó desde el otro vehículo. Su único ocupante abrió la puerta y, con una linterna, avanzó hacia la pareja, sin dejar de dirigir la luz brillante de una cara a la otra. La luz se apagó. Era un «farol flotante» con asa, de los que Mike había visto en barcos.

Pensando que era la policía, Mike le dijo a Darlene: «Viene la poli, saca el carné», y se metió la mano en el bolsillo trasero derecho para coger la cartera. Darlene sacó la suya del bolso y lo volvió a dejar en la parte trasera, detrás del asiento de Mike. El hombre se acercó al lado del copiloto; la ventana estaba bajada.

Sin previo aviso, la luz cegadora volvió a abatirse sobre los ojos de Mike. El desconocido era invisible. Mike oyó el chasquido de metal en el marco de la ventana, vio un estallido de luz en la boca de la pistola y el humo que salía. El estruendo del disparo le dejó sordo. La bala le golpeó, muy caliente, y Mike sintió que le salía sangre. Aunque los disparos parecían sonar fuerte, a Mike le dio la impresión de que la pistola llevaba algún tipo de silenciador. El hombre disparó más veces a la pareja.

Darlene se desplomó sobre el volante; la habían alcanzado las balas que habían atravesado el cuerpo de Mike y las balas dirigidas a ella. Recibió nueve disparos. Dos de ellos le dieron en el brazo derecho y dos en el izquierdo; cinco balas en el lado derecho de la espalda, atravesando el pulmón y el ventrículo izquierdo del corazón.

Mike intentó agarrar el asa de la puerta, tanteando frenéticamente con los dedos y, para su horror, se dio cuenta de que la habían quitado. Estaba indefenso; no podía escapar del diabólico asesino que le disparaba. El muchacho tenía una herida en el brazo derecho y sentía un dolor terrible cuando el atacante, sin mediar palabra, se dio la vuelta y empezó a marcharse, con la cabeza gacha.

Mike soltó un fuerte grito de agonía.

El pistolero, mientras abría la puerta del coche y hacía algo que Mike no podía ver, se detuvo en la tranquila y silenciosa noche estival, se dio la vuelta lentamente, y miró por encima del hombro de su anorak, parecido al de un miembro de la Marina, hacia donde estaba Mike. Con su mano en el asa de la puerta, el perfil del hombre corpulento quedó iluminado por la luz interior de su coche, y, por primera vez, Mike vio el rostro de su agresor.

El rostro del hombre parecía grande y no llevaba gafas. Daba la impresión de tener entre veintiséis y treinta años y el cabello castaño claro, corto, rizado, rapado al estilo militar. Su constitución era «fornida, corpulenta sin ser fofa», quizá pesaba entre 98 y 100 kilos. Mike estimó que le sacaba una cabeza al Corvair de Darlene, que mediría alrededor de un metro setenta y cinco. Llevaba pantalones de pinzas y Mike vio que tenía una barriga incipiente.

El intruso se había detenido, se había vuelto para mirar a Mike, y ahora volvía para rematar la tarea. Se inclinó delante de la ventana abierta del Corvair y le disparó dos veces más. Mike dio unas patadas en un patético intento de

defenderse. Como no podía salir, se metió de un salto en la parte de atrás del coche, agitando las piernas espasmódicamente.

El hombre disparó a Darlene dos veces más, se dio la vuelta, se metió en su coche, y se fue a toda velocidad, levantando la gravilla.

Mike, malherido en la pierna izquierda, en el brazo derecho y en el cuello, pudo llegar al fin al asiento delantero. Abrió la puerta del copiloto desde fuera, salió del coche y cayó en el aparcamiento. Las heridas de la mejilla y del cuello le sangraban profusamente; la bala le había entrado por la mejilla derecha y le había salido por la izquierda, agujereándole la mandíbula y la lengua. Sentía como si «un mazo le hubiera golpeado» y, cuando intentó hablar, sólo articulaba un grito ahogado. Ni siquiera podía pedir ayuda.

En el asiento delantero oía los gemidos de Darlene.

Alrededor de medianoche, en su casa, a unos doscientos cincuenta metros del aparcamiento de Blue Rock Springs, a George Bryant, el hijo de veintidós años del cuidador del campo de golf, le costaba dormir en una noche tan calurosa. George estaba en su habitación en el segundo piso de la casa, tumbado boca abajo, mirando por la ventana que daba al parque.

Se había ido a la cama media hora antes y estaba escuchando a la gente que reía a lo lejos y las explosiones de unos fuegos artificiales. De pronto oyó el disparo de una pistola. Un breve intervalo de silencio y después otro disparo. Otra breve pausa y después fuego graneado. En seguida oyó un coche «a toda velocidad, quemando el neumático». El agresor seguía de suerte. George veía casi todo el aparcamiento, pero el lugar donde Darlene había

estacionado el coche quedaba oculto por unos árboles.

Tres adolescentes, Debra, Roger y Jerry, buscaban a un amigo de Roger. Habían ido a Blue Rock Springs después de celebrar el 4 de julio en el centro de Vallejo. Al pasar por el aparcamiento principal vieron el Corvair de Darlene y se les ocurrió ir a mirar, por si era el amigo que buscaban.

Llegaron a la conclusión de que no lo era y estaban a punto de marcharse cuando oyeron un grito ahogado. Debra dio la vuelta al coche e iluminó el Corvair con las luces largas. Vieron a un hombre que se retorcía de agonía en el suelo.

Debra se acercó todo lo que se atrevía y se detuvo. Los tres adolescentes se acercaron corriendo al herido.

—¿Estás bien?

—Me han disparado —pudo decir Mike al fin—, y han disparado a la chica. Buscad un médico.

—Sí —dijo Jerry—. Te traeremos uno.

—Daos prisa.

Roger quería quedarse con Mike, pero Debra y Jerry insistieron en que fuera con ellos a casa de Jerry a llamar a la policía. Mientras el Rambler marrón salía del aparcamiento y enfilaba la avenida Columbus, a los tres adolescentes les pareció ver los puntos rojos de unas luces traseras que desaparecían por la carretera del lago Herman.

Debra llamó a la policía desde casa de Jerry y les contó lo que había visto. A medida que pasaba el tiempo los tres se fueron preocupando y acudieron al tío de Jerry, que era policía. El tío hizo sus averiguaciones y se enteró de que ya habían enviado un coche al lugar de los hechos. Los cuatro fueron entonces a comisaría.

La telefonista de la comisaría de Vallejo, Nancy Slover, había recibido una llamada de una mujer informando de disparos «a dos personas en el lado este del aparcamiento principal de Blue Rock Springs a las 00:15». El inspector

sargento John Lynch y su compañero, el sargento Ed Rust, estaban en su coche vestidos de paisano cuando llegó la noticia.

—Así es como pasó la cosa —me contó Lynch—: trabajábamos en el bulevar Sonoma y en la calle Tennessee, y nos informaron de que se habían oído disparos en Blue Rock Springs. Yo conducía el coche, hice un cambio de sentido y me metí en la calle Tennessee. Se lo dije a Rust y él me respondió: «Bueno, hoy es 4 de julio y hay muchos chicos en la calle soltando petardos», así que nos dimos una vueltecilla y pasamos del asunto. Unos diez minutos después nos llamaron diciendo que había habido un tiroteo. Eso es lo que me da muchísima rabia, no haber atendido inmediatamente esa llamada. Si hubiéramos ido en seguida a la calle Tennessee, el coche se habría cruzado con nosotros. Porque pasó por Tennessee y luego se metió en Tuolumne… No creo que girara por la carretera del lago Herman. Llegué al lugar de los hechos quince minutos después de que sucediera.

Rust y Lynch vieron el Chevrolet de Darlene en el lado derecho del aparcamiento, apuntando a la zona del parque. Las luces delanteras y traseras estaban encendidas, el intermitente estaba puesto, y la puerta del copiloto, abierta.

El agente Richard Hoffman y el sargento Conway ya estaban allí, intentando interrogar a Mike, que sangraba abundantemente por graves heridas en el cuello, el pecho, la zona del hombro y la pierna izquierda. Estaba tumbado detrás del Corvair, en ángulo recto con el coche. Lynch pidió una ambulancia al hospital Kaiser.

—Mageau sufría grandes dolores —contaría Lynch después—. Para ser sincero, cuando llegamos no me pareció que la chica estuviese muy herida… Creía que era Mike el que… parecía sentir mucho dolor por el disparo en la rodilla.

Lynch y Rust se agacharon delante de Mike y advirtieron

algo extraño. El chico llevaba tres pares de pantalones, tres jerséis, una camisa de manga larga con botones y una camiseta. ¡En la calurosa noche del 4 de julio!

Vieron que Darlene llevaba un conjunto con flores azules y blancas y zapatos azules. Detrás del volante, abrió los ojos levemente; todavía llevaba las pestañas postizas. Tanto Lynch como Rust la conocían.

—Muchos polis la conocían y paraban en la cafetería donde trabajaba. Yo conocía a Darlene —dijo Lynch—, pero nunca había hablado con ella. Además, su familia vive en mi calle. Le gustaba adentrarse en el mar. Se quitaba los zapatos y las medias y corría entre las olas. Salía con muchos agentes. Al parecer, era de esas personas a las que les gustan los policías. Cuando la gente trabaja de noche, suelen gustarle los policías.

Lynch vio que Conway había dibujado cuidadosamente la postura de Mike con tiza blanca. Mike tenía los ojos muy abiertos y pugnaba por abrir la boca para hablar. Cuando al fin lo hizo, salió sangre a borbotones. Con palabras entrecortadas y entre espasmos de dolor le dijo a Lynch:

—Un hombre blanco… se acercó… en un coche… salió… se acercó a nuestro coche, apuntó dentro con una linterna… empezó a disparar. Yo salí… del coche… intenté que se acercaran unas personas… pero se fueron. Al final… después de diez minutos… llegó la policía.

—¿Sabes quién te disparó? —preguntó Conway.

—No.

—¿Me lo puedes describir?

—No.

—Inténtalo.

—Joven… corpulento… con un coche marrón claro.

—¿Dijo algo?

—No. Empezó a disparar sin más… y siguió disparando.

Lynch volvió al lado del conductor del Corvair, donde

Darlene seguía detrás del volante. Vio que tenía heridas en el tronco y en el brazo izquierdo y que seguía viva. Emitía un leve gemido que sonaba como el viento.

—¿Dónde está la ambulancia? —farfulló Lynch.

—Recuerdo —me contaría después— que la chica intentaba decir algo y yo le acerqué el oído, así, para entenderla, pero no pude. Las palabras que decía eran «yo» o «mi…». Su pulso y su respiración eran débiles.

Lynch sacó a Darlene y la tumbó en el suelo. Rust se percató de que las ventanas de la izquierda y de la derecha estaban bajadas y el motor encendido. La radio estaba en marcha y el coche tenía puesta una de las primeras marchas. Ni siquiera el freno de mano estaba subido. Esto le dio que pensar.

Se encontraron siete cartuchos a escasa distancia de las víctimas, a la derecha. Rust miró desde la derecha y vio tres orificios de bala en Darlene, dos en la parte superior del brazo y uno en su costado derecho.

Cuando llegó la ambulancia, Lynch ayudó al enfermero a meter a Darlene en el vehículo. Hoffman acompañó a las víctimas al hospital, por si Darlene podía decir algo.

Lynch había llamado a tres coches de bomberos para que iluminasen la zona con focos, mientras Rust examinaba la zona donde Mageau estaba tumbado. Más o menos en la parte que correspondía al centro de la espalda de Mike, encontró una bala recubierta de cobre, muy deformada, pero se veía que era una 9 milímetros o un calibre 38. La bala no tenía sangre ni piel. Rust la metió en una bolsa y la identificó.

Después examinó el sitio donde Darlene se había desplomado detrás del volante y encontró otra bala, igual que la que había debajo de Mike, pero en mejores condiciones. Siguió inspeccionando el interior del coche y encontró a los pies del asiento posterior derecho dos

casquillos utilizados, marcados con una «W-W»; a Rust le pareció que era munición de 9 milímetros. Lynch no era experto en armas de fuego.

Dentro del Corvair había mucha sangre. Rust se arrodilló en el lado del conductor y, al mirar de cerca, vio que se había abierto un agujero de entre 1,25 y 2,5 centímetros en la zona de la manilla de la puerta. Escribió una nota al técnico de identificación John Sparks para que estudiara en profundidad la puerta cuando mandaran el coche al depósito de la comisaría de Vallejo.

Rust vio una cartera de piel negra de hombre en el guardabarros derecho trasero, donde Hoffman la había dejado. La inspeccionó y después hizo lo mismo con la guantera, donde encontró los papeles de matriculación del coche con el nombre de Arthur Ferrin, el padre de Dean.

Delante del asiento posterior izquierdo encontró un bolso de mujer ensangrentado, hecho de retales, que se cerraba con un cordón de piel. Dentro sólo había trece centavos.

Rust oyó el sonido del teléfono del coche. Lynch lo cogió. La llamada era de Hoffman.

Darlene había ingresado cadáver a las 00:38.

Exactamente a las 00:40, un hombre hizo una llamada a la comisaría de Vallejo desde un teléfono público a través de operadora. La telefonista Nancy Slover respondió.

—Quiero —dijo el hombre— informar de un doble asesinato. —La voz no tenía ni rastro de acento y a Nancy le pareció que el hombre leía lo que decía. O que lo había ensayado—. Si recorren un kilómetro y medio en dirección este por la avenida Parkway hasta el parque público, encontrarán a dos jóvenes en un coche marrón.

La voz del desconocido era regular y sin altibajos, suave pero enérgica. Nancy intentó interrumpirlo para obtener más información, pero él habló más fuerte y la interrumpió. Le pareció que el interlocutor era de mediana edad. Éste no

dejó de hablar hasta que terminó su declaración.

—Han sido abatidos con una Luger de 9 milímetros. También maté yo a los chicos del año pasado. Adiós.

Al decir «adiós», la voz se hizo más grave y cobró un matiz provocador. Nancy oyó que colgaban el auricular. Siguió escuchando el zumbido de la línea cortada.

Después de colgar, el asesino debió de quedarse un minuto en una cabina telefónica iluminada. De pronto el teléfono empezó a sonar; un hombre negro de mediana edad con ropa andrajosa que pasaba por allí miró y vio al hombre corpulento en la cabina. Volviendo la cabeza, el asesino abrió la puerta de la cabina y se sumió en la oscuridad. Para que el teléfono dejara de sonar, lo cogió y lo dejó colgando. Al cabo de un momento, desapareció a paso rápido en la noche.

A las 00:47 Pacific Telephone localizó la llamada en la gasolinera Joe’s Union en las calles Tuolumne y Springs, justo enfrente de la comisaría de Vallejo y visible desde la casita verde de Darlene y Dean en la calle Virginia. Es posible que el hombre corpulento echara un vistazo a la casa al pasar por delante de ella después de hacer la llamada. En ese momento Dean seguía en el trabajo, y en ella sólo estaban Dena, la niñera y su amiga.

La policía llamó al padre de Dean porque el Corvair estaba matriculado a su nombre. Fue, por tanto, el primero en enterarse de la muerte de Darlene.

Después, la policía intentó contactar telefónicamente con la casa de los Mageau, pero, al no conseguirlo, mandaron al agente Shrum y a su compañero a la dirección de Beechwood. Los agentes salieron del coche patrulla y se acercaron con sigilo a la casa, porque la puerta estaba abierta y las luces encendidas. A excepción del ruido de la televisión, no oyeron nada más en el edificio. Se encontraron la casa vacía.

Después de echar el cierre en Caesar's, los dueños y los empleados, incluido Dean, se dirigieron al oeste, a la casa de los Ferrin en Virginia, para la fiesta. Bill Leigh y Dean, en coches distintos, se pararon en la licorería Pete's y compraron alcohol.

—Después de cerrar el restaurante —recordaría Carmela más tarde—, las camareras y todos nosotros nos metimos en los coches y fuimos a su casa. Cuando llegamos, estaban allí las niñeras, dos chicas jóvenes que Dean no conocía, nunca las había visto. Eran hijas de una amiga de Darlene. Cosa que resultó incómoda para Dean. Se sentía un poco raro. Se suponía que había que llevarlas a su casa, pero Darlene no volvía. Por eso nos preguntábamos dónde estaría y qué haría. Las niñeras dijeron que Darlene había dicho que iba a comprar fuegos artificiales.

Dean salió a buscarla. El teléfono sonó a la 1:30 y Bill Leigh lo cogió. Lo único que oyó fueron unos jadeos. «Será uno de los amigos idiotas de Darlene», le dijo a Carmela por encima del hombro.

Quince minutos después, los padres de Dean recibían una llamada parecida y sólo oyeron unos jadeos o «el viento al otro lado de la línea». Lo único que sabían es que había alguien.

A continuación, Dean recibió una llamada de un bromista.

Fueron tres, por tanto, las llamadas anónimas a parientes de Darlene menos de una hora y media después de que la disparasen, mucho antes de que se divulgara el crimen en los periódicos o en la radio. Los padres de Darlene, los Suennen, no recibieron ninguna llamada; su número no aparecía en la guía.

¿Buscaba el asesino una persona en concreto con la que hablar? ¿Era a Dean a quien quería provocar, y no conocía su voz? Aunque Dean y Darlene conservaron el número de

teléfono cuando se mudaron a la calle Virginia, en la guía aparecían como si siguieran viviendo en Wallace. Si el asesino hubiera sido un desconocido, habría creído que llamaba a una casa a muchas manzanas de distancia, pero utilizó un teléfono público que se veía desde la nueva casa de la pareja.

—Por fin, sobre las 2:00, el marido de Darlene llegó a casa —me contaría después Janet, la niñera—. Dijo: «Os llevaré a casa». Parecía preocupado o enfadado, como si algo le turbase, como si pensara en algo. Dijo algo así como: «Darlene no va a volver todavía», y nos llevó directamente a casa.

—Dean llevó a las chicas a casa directamente, a la hora que fuese —recordaba Carmela—. Estuvo fuera unos diez minutos. Nos enteramos del asesinato cuando la policía llamó a la puerta. Todavía seguíamos allí. Sí, todos nos preguntábamos dónde estaba Darlene y dónde estaban los fuegos artificiales y llevábamos como una hora en la habitación charlando cuando llamaron a la puerta. Había venido la policía y mi marido y Dean fueron a comisaría; en cuanto salieron por la puerta uno de los policías entró en la casa y nos preguntó dónde había estado Dean esa noche. Supongo que el marido se convierte automáticamente en sospechoso en un caso así. Le dijimos que todos trabajábamos en el mismo sitio y que estábamos allí para una fiesta y que esperábamos a Darlene y entonces preguntamos qué había pasado. Nos dijo que la habían disparado, estando con otro hombre. «¿Está bien?», le pregunté. Él respondió: «No. Está muerta». Y ¡zas!, ahí nos quedamos parados. Nos impresionó a todos. Nos lo contó todo, pero Dean no se enteró hasta que llegó a comisaría.

La policía interrogó a Dean y a Leigh durante una hora, dándoles la menor información posible.

—Nos han dicho que tenía un amante —le dijeron los

agentes a Dean.

—Bueno, Dean no quería enterarse —me contaría Carmela—. La verdad es que no quería creerlo. Cuando ella salía continuamente, la gente le decía: «Tío, tendrías que enterarte de con quién sale». Él decía: «No está haciendo nada malo. No tiene ningún amante. Es joven y tiene que pasar por esa fase». Él la quería de verdad y la protegía cuando la gente le hablaba de ella. Y, después de que terminase todo, cuando oía cosas malas de ella se cerraba en banda. No sabía más que nosotros. El año anterior ni siquiera la conocía.

Bill Leigh le dijo a la policía:

—No conozco ningún motivo por el que alguien quisiera matar a Darlene.

El informe oficial de la policía sobre el interrogatorio de Bill en la sala 28 de la comisaría de Vallejo dice lo siguiente:

William declaró que sabía que Darlene salía mucho y que pensaba que veía a otros hombres, no podía dar nombres ni fechas, lugares, o cosas así. Declaró que ella salía y no volvía hasta la noche o la madrugada. Declaró que algunos amigos de Darlene dijeron que la habían visto en varios sitios con otros hombres. También declaró que Dean normalmente la dejaba salir donde quisiera y que no creía que hiciese nada malo.

William declaró entonces que recordaba a una persona conocida sólo como «Paul» [este nombre ha sido cambiado], a quien Dean había vendido una furgoneta Ford del 51. Manifestó que le habían dicho que el tal Paul había intentado varias veces que Darlene saliera con él y que ella no quería, y Paul se volvió sarcástico, rencoroso y amargado porque ella no quería tener nada que ver con él […]. William declaró que creía no haber conocido nunca a Paul y que no sabe dónde vive ni dónde trabaja. Le han

dicho que es camarero […]. Le han dicho que el tal Paul iba mucho al bar (Jack's Hangout) que estaba al lado de la antigua casa de Darlene en Wallace, que iba cuando Darlene estaba en casa y la molestaba e intentaba que saliese con él.

Bobbie Ramos se enteró del tiroteo un cuarto de hora después de medianoche a través del agente Howard «Buzz». Gordon, un amigo común de Darlene y Bobbie. «Me llamó al trabajo y me lo contó. Es posible que estuviera en comisaría cuando recibió la llamada», me diría después. A las 2:30, el sargento Rust llegó a Terry's para hablar con los compañeros de trabajo de Darlene.

Bobbie Ramos fue la primera. Había pasado algunas tardes con Darlene en Coronado Inn, donde le gustaba ir a bailar. El único amigo de Darlene que Bobbie conocía era Mike.

(Después de la muerte de Darlene, Bobbie dejó de trabajar en la zona de Terry's, más aislada; empezó a trabajar en el Banquet Room, donde atendía a doscientas personas a la vez).

Rust habló después con Evelyn Olson, quien afirmó que Darlene le había dicho que su matrimonio estaba a punto de romperse. «Creía que su marido ya no la quería. Me lo contó en Navidad, y después de contármelo empezó a salir con otros hombres. Darlene tenía muchos novios pero nada serio».

Poco después de las 3:00, Rust habló con Lois McKee, la cocinera: ésta le contó que, aunque Darlene tenía muchos amigos, parecía salir sobre todo con Mike, y que, además, sabía que los dos habían hecho un viaje a San Francisco el mes anterior.

Harley Scalley, el encargado, confirmó que Darlene «veía a varios hombres». «¿Darlene salía con muchos hombres?»,

pregunté después a Lynch, y él respondió: «Oh, con toda clase de tíos. Era una golfilla».

Pero Bobbie, Evelyn y Lois recordaban a un individuo en concreto, a un hombre bajo y corpulento de cabello negro que insistía en salir con Darlene. Ese hombre tenía una furgoneta rosa y un coche marrón, quizá un Corvair, y «se ponía muy tenso cuando Darlene no salía con él. Se le veía muy resentido». Las mujeres no sabían el apellido del hombre, pero sí que era camarero. Y que su nombre de pila era Paul.

A las 3:30, llevaron el cadáver de Darlene a Twin Chapéis y lo fotografiaron.

—En aquel momento yo estaba embarazada —recordaba Linda, la hermana de Darlene—, y fui al depósito de cadáveres, donde ella estaba en la mesa de autopsias, y dijeron: «No hemos terminado», y yo dije: «Quiero verla ahora». Y entré a la fuerza… Tenía un subidón de adrenalina… Entré a la fuerza por aquellas puertas y la toqué y nunca lo olvidaré porque fue como tocar mármol o a una muñeca. Y tenía el pelo naranja y seguía con sangre en la boca. Le habían cosido la boca, pero seguía ensangrentada. En cierto sentido me gustaría no haberlo hecho, pero es lo que quería hacer y lo hice.

Lynch seguía en Blue Rock Springs a las siete de la mañana. «Buscábamos cualquier cosa que se pudiese encontrar. Ed Cruz hizo un dibujo detallado de toda la zona. Sacaron del coche una bala perfecta, que no estaba aplastada. Seguramente atravesó las partes con grasa del cuerpo de Darlene y después tuvo suficiente fuerza para meterse en la tapicería, de donde la sacaron».

Los agentes encontraron finalmente nueve cartuchos de 9 milímetros y siete balas de 9 milímetros recubiertas de

cobre en distintos estados de conservación.

Como el asesino había disparado al menos nueve veces y quizá hasta trece sin volver a cargar, creían que el arma casi con toda seguridad era una Browning. (Smith and Wesson fabricaba la pistola M59, una Parabellum de 9 milímetros que utilizaba un sistema Browning modificado y tenía una recámara con capacidad para catorce disparos. Estaba pensada para que los policías la llevaran en el cinturón). Todas las otras semiautomáticas que se examinaron —Star, Smith and Wesson, Astra, Llama, Neuhausen, Zbrojovka, Husqvarna, Esperanza y Parabellum (Luger)— sólo tenían una recámara con capacidad para ocho o siete balas. La Browning High Power 1935 (FN GP35), que la John Inglis Company fabrica en Canadá desde la Segunda Guerra Mundial y que utiliza el ejército canadiense, tiene un cargador de caja de trece cartuchos al tresbolillo, en dos filas.

Rust llegó a Blue Rock Springs con Linda, que aún seguía muy impresionada, y su marido. Linda le dijo a Lynch que los tres mejores amigos de Darlene eran Sue (la prima de Dean), Bobbie, («la rubia de Terry's»), y un hombre a quien sólo conocían como «Bob», que le traía regalos de Tijuana. Linda también mencionó a Paul. «Paul intentó salir con Darlene, pero a ella no le gustaba especialmente. Él vestía con elegancia, era bajo, corpulento, y tenía el cabello oscuro —dijo—. Iba mucho a ver a Darlene; era muy emocional».

Lynch habló con el padre de Mike, que había pasado la noche del asesinato en el motel Kentwig's, y le dijo que «Darlene había llamado varias veces el viernes». En cuanto al gemelo de Mike, en teoría llevaba viviendo en Los Ángeles desde hacía cuatro o cinco semanas, pero había diferentes versiones al respecto.

A las 8:25 operaron a Mike. En la operación de emergencia le inmovilizaron la mandíbula fracturada, le

curaron la pierna izquierda implantándole tres clavos de metal y le pusieron una escayola en toda ella. El médico le sacó una bala del muslo; la puso en una botella de cristal y se la mandó a Lynch. La parte más delicada de la cirugía le fue practicada en el brazo porque tenía el hueso astillado. La grave herida de Mike en la lengua todavía le impedía hablar sin grandes dolores.

A las 9:30, John Sparks, el técnico de identificación, dio un profundo repaso al Corvair en el garaje de la policía.

A las 11:15, Lynch y Rust fueron a casa de los Suennen; Leo, el padre de Darlene, dijo que no tenía enemigos conocidos pero que «a veces parecía que Mageau le daba miedo».

Aunque Mike estaba profundamente sedado, Lynch lo acabó entrevistando en la cama del hospital. Mike insistió especialmente en que «estaba oscuro y era difícil ver». Con palabras entrecortadas y débiles, relató los acontecimientos del trágico 4 de julio. Sólo cambió una parte de la historia: «Darlene me recogió a las 11:40, y, como los dos teníamos hambre, bajamos al este por la calle Springs, hacia Vallejo, pero en Mr. Ed’s propuse que diéramos la vuelta, y fuimos a Blue Rock Springs para poder hablar».

Gracias a un informe confidencial supe de otro cambio en la historia de Mike. Sue Ayers, secretaria de un abogado, dijo que había hablado con Mike en el hospital después del tiroteo y que le había dicho que Darlene y otro hombre habían discutido, estando él presente, en el coche de ella en Terry’s, la noche del asesinato; y que cuando se fueron, el desconocido los siguió a Blue Rock Springs, donde la discusión continuó. Y que les había disparado ese hombre. Mike también le contó que les había seguido «por lo menos desde el momento en que ella me recogió en mi casa».

En entrevistas posteriores Mike dijo que el agresor llevaba una camisa o un jersey azul, que pesaba unos

setenta kilos, y que llevaba «el pelo peinado hacia atrás». El coche pasó a ser un Chevrolet marrón claro.

Pam, la hermana de Darlene, declaró que Mike le había dicho en el hospital que «el tipo se acercó y disparó… Conocía a Darlene porque la llamó por su nombre. Sus amigos íntimos la llamaban “Dee” y él la llamó “Dee”».

—¿Por qué crees que Mike no quiere contar determinadas cosas a la policía? —pregunté después a Pam.

—Bueno, estaba enamorado de Darlene —dijo Pam—. Mike le escribía cartas. Cuando Darlene murió encontraron tres cartas de Mike, cada una firmada con un nombre distinto. A Mike le gustaba fingir que era varias personas.

La policía se puso en contacto con las niñeras y les pidió que se presentasen en comisaría.

—Estuvieron muy agresivos. Muy tajantes. Nosotras decíamos algo y el policía decía: «No, eso no pudo ser», hasta que te dabas cuenta de que eso no podía ser. Cuando eres tan joven no discutes con un policía. Cuando tienes catorce años sabes que eres muy joven —me contaría Janet años después—. Es muy extraño. Te llevan a comisaría y después tienes pesadillas durante semanas, pero intentas acordarte de todo.

—Según creo —decía Lynch— Darlene llegó a casa a las 23:00 y limpió la casa.

—No —decía Janet—. En realidad, fue sobre las 23:35.

—Había una gran diferencia —recordaría después Janet— entre el informe de la policía y la hora en que realmente había llegado a casa. Nos decían continuamente que tenía que haber llegado a casa a las 23:00 y nosotras les decíamos todo el rato que había sido después. Ni siquiera se molestaron en anotarlo. ¿A qué hora dices que fue asesinada? A medianoche. Pues no se fue hasta casi medianoche, porque estábamos viendo un programa que no empieza hasta casi medianoche y la asesinaron unos cinco

minutos después. ¿Cómo iba a llegar ahí en cinco minutos? Y además recogió a otra persona. Nos parecía que era importante. No puedes llegar ahí tan rápido.

Una persecución reñida explicaría la velocidad.

Al igual que en los asesinatos del lago Herman, no hubo abusos sexuales ni robo. En ambos casos el asesino descargó una serie de tiros sin dejar marcas identificables de neumáticos ni pisadas. El homicida conocía a fondo la geografía de Vallejo. ¿Vivía en Vallejo, era quizá vecino de Jensen o de Faraday, incluso amigo común de todas las víctimas?

Lynch se puso en contacto con Lundblad, que comparó los dos crímenes y llegó a la conclusión de que la llamada a la policía no era una treta. Lundblad habló con la prensa y señaló las semejanzas entre los asesinatos, pero no mencionó la llamada ni entró en detalles sobre las pruebas.

Se sospechó de un policía de Vallejo que había salido con Darlene; Lynch lo absolvió, y el policía acabó dejando el departamento.

Domingo, 6 de julio de 1969

A las 12:02, Carmen, la madre de Mike, llegó a Vallejo procedente de Los Ángeles. Acompañada de su otro hijo, habló con Lynch. «A Darlene no se le conocían enemigos», dijo el gemelo de Mike.

Después, un hombre y su hijo llamaron a Lynch y le dijeron que habían presenciado una discusión entre un hombre y una mujer en el aparcamiento de Terry’s sobre las 22:30 del 4 de julio. El hombre tenía treinta años, medía alrededor de un metro ochenta, y pesaba entre ochenta y ochenta y tres kilos. Tenía el pelo color champán, peinado hacia atrás.

A las 18:45, Lynch habló con los tres adolescentes que habían descubierto el asesinato. A las 19:00, el padre de Darlene recogió a Christina y a las dos niñeras y las llevó a la casa de Darlene en Virginia, donde se encontraron con Lynch y Rust.

De los cinco agentes, Lynch fue designado como investigador principal del asesinato. Consideró todos los motivos posibles, de los celos a la venganza, pero ninguno de ellos dio resultado. La naturaleza de la broma telefónica hizo que el agente se concentrara en buscar a un maníaco.

—Era una chica guapa. Asistí a la autopsia: yo no tenía ni un día libre. Para un pueblo como Vallejo fue un asunto importantísimo, especialmente después de los otros dos chicos —afirmaría Lynch con pesar.

Limes, 7 de julio de 1969

El Corvair fue devuelto y Linda y su padre tuvieron que sacar el coche de la casa, bajando por la colina, para lavarlo. «Estaba todo lleno de sangre —dijo Linda—, y Dena lloraba llamando a su madre. Fue desgarrador».

Dean llevó a Lynch todos los diarios, las agendas telefónicas y los papeles de Darlene. Descubrió un sobre de fotos amarillo con unas extrañas palabras escritas. Dean no podía explicar qué significaban. Las palabras «destrozado», «atrapado», «testificado» y «visto» aparecían en el borde del sobre con la caligrafía de Darlene. Lynch también distinguió una serie de palabras a medias. Para él no tenían sentido. Eran «acrqu», «acci», «calc» e «icio». También había rodeado con un círculo las palabras impresas «sobre», «por» y «en», y tachado la palabra «muy». Un número de teléfono en el dorso resultó ser el del restaurante y *drive-in* Mr. Ed’s.

Lynch descubrió otras cosas inquietantes que le dieron en qué pensar. Darlene había salido a comprar fuegos artificiales la noche del 4 pero su hermana decía que ya los había adquirido. Cuando encontraron a Darlene, no tenía fuegos artificiales ni dinero para comprarlos; sólo se encontraron trece céntimos en su bolso. «Me da la impresión —recordó Lynch— de que fue a casa de Mike y le dijo que iban a lanzar fuegos artificiales en su casa y le pidió que fuera con ella a comprarlos… Había tenderetes por todo el pueblo».

Las pistas dadas a la policía apuntaban a que el asesinato de Darlene tenía relación con los estupefacientes, la brujería de las Islas Vírgenes e incluso con una secta satánica de Vallejo.

Le pregunté a Linda por la brujería.

—A Darlene le encantaba, ya a los diecisiete años. Creía en la reencarnación y en el vudú y todo eso. Las Islas Vírgenes, ahí es donde le empezó a interesar.

Después, Carmela me contaría lo siguiente:

—Seguramente andaba metida en una secta. Seguramente se relacionaba con gente rara sólo porque le gustaban las emociones fuertes… Al haberse casado antes con el tipo de hombre con que se casó, eso se podría haber convertido en su estilo de vida.

—Darlene habló alguna vez de brujería, en cierto sentido —me contó Pam—, porque conocía al tipo que se sentaba en el mostrador de Terry’s, sabía cómo hablaba, cuánto le gustaba una calavera con una vela goteando. Darlene dijo que era él quien la mantenía encendida y habló de cosas extrañas y de brujería. Pero no hubo ningún ritual. Los amigos de Darlene llegaban y hacían el tonto, pero el que lo empezó fue ese tipo, el hombre que entregó el paquete. El hombre de la reunión para pintar la casa.

Hablé con Bobbie Oxnam de las historias de los

periódicos sobre Darlene y las drogas.

—Las historias que se publicaron nos enojaron mucho… Puede que fumase marihuana de vez en cuando, pero para ella las drogas eran un tema absolutamente tabú.

—Supongo —me explicó Bobbie Ramos— que la policía no me hizo las preguntas que correspondían. Tanto hablar de drogas me daba asco… Darlene se metió en algo y creo que no podía salir y que le daba miedo. Y creo que quiso salir y el asesino dijo: «Pues me la voy a cargar porque seguramente irá a la policía».

Sin embargo, Linda tenía sus propias teorías:

—El dinero que invirtieron en la casa nueva —dijo con vehemencia— no era de Dean. Lo sacó de aquello que estuviera haciendo con el hombre del coche blanco… Yo la acompañaba continuamente, dos veces a la semana, al banco, el Crocker Citizen's en la calle Georgia.

¿Y por qué llevaba Mike tres pares de pantalones y tres camisas una noche calurosa de verano? ¿Y la manilla de la puerta que faltaba? Dean declaró que la manilla interior de la puerta del copiloto estaba en su sitio y Christina dijo que ahí estaba cuando ella salió del coche frente a la casa de sus padres.

Pero lo más estremecedor e inexplicable fue que, después de que encontraran a la pareja en Blue Rock Springs, después de que los llevaran al hospital, y después de que la policía acordonara la zona, la manilla perdida de la puerta delantera del copiloto del Corvair volvió misteriosamente a su sitio.

Viernes, 11 de julio de 1969

Entonces Lynch se concentró en buscar al camarero, Paul. Éste tenía un Chevy del 56 azul y blanco, un Pontiac rojo, y

la furgoneta que le había comprado a Dean Ferrin. A menudo Paul comía algo en Terry's a las 2:00, después de que los bares cerraran. Una fuente contó a Lynch que Paul molestaba continuamente a Darlene y que la había seguido muchas veces. Darlene «le tenía un miedo de muerte y sólo era simpática con él para que no se le acercara demasiado». Lynch me dijo que «Paul no era realmente agresivo, pero era de esos hombres de los que no es fácil librarse e iba a la cafetería y molestaba a Darlene. Tardamos una semana en encontrarlo». Finalmente, a Lynch le dieron el soplo de que el Paul con el que quería hablar trabajaba en un bar de Benicia. Se pusieron en contacto con el detective sargento Bidou de Benicia, que encontró una dirección de Paul de 1966. Lynch y Rust visitaron en vano varios bares de Benicia, y después fueron a la antigua dirección de la calle D y hablaron con la casera, que declaró haber visto a Paul un mes antes. Dijo que era «algo regordete con cabello oscuro y liso».

A las 20:00, la casera llamó a Rust a la comisaría de Vallejo y le dijo que había hecho unas llamadas y que había descubierto que Paul estaba en Yountville, entre Napa y el lago Berryessa. Los agentes se dirigieron allí de inmediato y hablaron con Paul, que ahora era calderero, en su casa.

—No conozco a ningún amigo de Darlene —dijo abruptamente.

—Sólo queremos saber dónde estabas el 4 de julio.

—Estuve en un partido de *softball* patrocinado por el departamento de Policía de Napa. Los polis me caen bien —dijo secamente—. El partido empezó a las 10:30 y cuando terminó volví directamente a casa. Después de cenar fui a una exhibición de fuegos artificiales de veteranos de guerra, volví a casa a las siete y me quedé aquí.

La nueva mujer de Paul lo confirmó.

Lynch sufrió una gran decepción. Otro agente,

compañero suyo, me diría lo siguiente:

—Al principio, toda la investigación pareció centrarse en ese tipo. Todo el mundo buscaba a Paul, Paul, Paul. El tío incluso hacía ejercicio en el Elk’s Club de Blue Rock Springs. Pero lo comprobamos; la coartada era sólida.

Lynch y Rust volvieron desanimados a comisaría.

Mike se mudó a un pequeño apartamento en un segundo piso, su «escondrijo», se tiñó el pelo de rojo, y su padre lo acompañaba al hospital para que le curasen la pierna y el brazo inutilizado. Después se fue a vivir con su madre y su hermano al sur de California.

—Teníamos la sensación —me contó Carmela con un estremecimiento en la voz— de que Mike tenía que saber quién era el asesino, porque, si a mí me disparasen, no sé si me iría a otra ciudad. Luego se nos ocurrió que a lo mejor ella lo sabía. A lo mejor.

Finalmente, Lynch tuvo que preguntarle a Mike por qué llevaba tanta ropa. Lynch me dijo lo siguiente:

—Nos contó que le daba vergüenza estar tan delgado y que llevaba más ropa para parecer más fornido.

—Poco cómodo para un 4 de julio —repliqué.

¿Y qué pasaba con la manilla de la puerta perdida que volvió misteriosamente a su sitio después de que el Corvair fuese requisado por la policía? Lo que eso implicaba era que el asesino tenía que ser policía, o alguien cercano a la policía, si había podido volver a colocar la manilla. Entonces me acordé de que la nota de Rust a los técnicos de identificación decía lo siguiente: «Buscad bien las balas de la zona de la manilla de la puerta». Es posible que los técnicos lo hicieran y que, al terminar, colocaran automáticamente en su sitio la manilla, que quizá habían encontrado debajo del asiento delantero, donde la podía

haber tirado el asesino.

Jack Mulanax, el duro policía de anchas espaldas que se haría cargo meses después del caso Ferrin, cuando ese caso se convirtió en algo más importante de lo que nadie soñaba, localizó incluso al primer marido de Darlene en Santa Cruz y lo interrogó. «Es un hombre pequeño. Estoy totalmente convencido de que no fue el asesino», me contó.

Rust y Lynch se reunieron con Linda para hacer un retrato robot del hombre de la reunión para pintar.

—Estuve con la policía y el dibujante hizo el retrato siguiendo mis instrucciones. Pasé horas con ellos. Después me dieron una larga lista de nombres y yo tenía que marcar con un círculo los nombres de las personas que había visto en la reunión. Pudieron encontrar a todos menos al hombre del traje. Después de Terry's, nadie lo volvió a ver.

El sobre que llegó *The San Francisco Chronicle* llevaba un matasellos de San Francisco y tenía dos sellos de seis centavos de Roosevelt, colocados verticalmente, uno encima del otro. La carta que contenía, escrita con una caligrafía pequeña y apretada que se escoraba a la derecha cuando llegaba al final de la página, era fría y amenazadora. La carta venía acompañada de la tercera parte de un criptograma dibujado con esmero y compuesto de símbolos extraños.

Era una carta al director. En ella, su autor se declaraba responsable de los asesinatos de David, Betty Lou y Darlene.

3. Zodiac

Viernes, 1 de agosto de 1969

En las oficinas de *The San Francisco Chronicle* en las calles Quinta y Mission, me encontré con los dos editorialistas, Temp Peck y Al Hyman, en la reunión editorial con el director del periódico, Charles de Young Theriot. Nos veíamos todas las mañanas para discutir las noticias y decidir los temas para el editorial del día siguiente. Yo echaba un vistazo a los periódicos, hacía los esbozos de seis viñetas, y los redactores elegían una. Después la repasaba con tinta en la mesa de dibujo, y ésa era la viñeta que acompañaba al editorial de la siguiente edición.

Fue a aquella oficina donde llegó la primera carta del asesino de Vallejo, firmada tan sólo con el símbolo de un círculo con una cruz encima. Además, el asesino había incluido un mensaje cifrado compuesto de símbolos crípticos.

Existe una larga tradición de escritores y artistas que han intentado resolver crímenes reales en sus obras de ficción. Empezando por Poe (*El misterio de Marie Rogêt*) y Mary Roberts Rhinehart *First Mate Bram Murder Case* [El caso del asesinato del primer oficial Bram]), y siguiendo con Arthur Conan Doyle o Agatha Christie, que desempeñó un papel clave en el esclarecimiento de un caso real de envenenamiento por acónito. Tanto Oscar Wilde como el pintor británico del siglo XIX Walter Sickert afirmaron saber quién era Jack el Destripador. Wilde dejó pistas en *El retrato*

de Dorian Gray y Sickert, referencias ocultas al asesino en sus cuadros sobre apuñalamientos. En los últimos años, durante un breve período de tiempo, se ha sospechado que el propio Sickert podía ser el Destripador.

Yo pensaba en todo aquello cuando observé la pequeña caligrafía de la carta. Me invadieron varias emociones, pero sobre todo sentí rabia por la frialdad, la arrogancia y la locura del asesino. Como dibujante de viñetas para el editorial, uno desarrolla un fuerte sentido de la justicia, una necesidad de cambiar las cosas y, como pintor y dibujante, trabaja con símbolos todos los días. Un asesino estaba utilizando de manera incorrecta las herramientas de mi trabajo, se había apropiado de ellas.

En aquel momento, ningún asesino desde Jack el Destripador había escrito a la prensa ni se había burlado de la policía ofreciendo pistas sobre su identidad. Lo extraño de la carta me atrapó. Enganchado sin remedio, inmediatamente obsesionado, quise resolver aquello, que sentí que se iba a convertir en un grandísimo misterio.

La carta, escrita con rotulador, decía lo siguiente:

Estimado director:
Soy el asesino de los
2 adolescentes las nabidades pasadas[4]
en el lago Herman y la chica
el cuatro de julio cerca
del campo de golf de Vallejo
Para demostrar que los he matado
voy a dar ciertos datos que
sólo la policía y yo sabemos.
Nabidades

1. Nombre de la marca de munición Super X
2. Disparé 10 veces

3. el chico estaba de espaldas
   con los pies apuntando al coche
4. la chica estaba sobre el costado derecho
   con los pies hacia el oeste

4 de julio

1. la chica llevaba pantalones con dibujos
2. También disparé al chico en la rodilla
3. El nombre de la marca de munición era wéstern
   (Otra cara).

Esto es parte de un mensaje en clave las
otras dos partes de la clave las he
mandado a los directores del
Vallejo times y SF Exam Iner

Quiero que saque esta clave
en primera plana de su
periódico. En esta clave se halla mi
identidad.
Si no saca esta clave
Antes de la tarde del bie. 1 de
Agosto 69, saldré a matar y arra
Sar. Bier. noche. Daré vueltas
todo el finde semana matando gente
solo por la noche luego me iré
para volver a matar asta que acabe
con doce personas durante
el fin de semana.

The San Francisco Examinery The Vallejo Times-Herald también recibieron la siniestra carta, con muy ligeras variaciones («Yo soy el asesino…») y un tercio del mensaje

en clave completo.

Los periódicos publicaron parte del texto de las cartas, pero, a petición de la policía, no reprodujeron la carta en sí, a fin de guardar en secreto ciertas cosas que sólo el asesino podía saber. Se trata de una práctica habitual en muchos asesinatos, con el objeto de disponer de pruebas incontestables en la identificación y captura del criminal.

Cada tercio del mensaje estaba compuesto de ocho líneas con diecisiete símbolos cada una: símbolos griegos, código Morse, símbolos de meteorología, letras del alfabeto, código de señales marítimas y símbolos astrológicos.

Después de hacer fotocopias, los periódicos mandaron a Lynch las cartas originales y el mensaje en clave. A su vez, el departamento de policía de Vallejo hizo copias del código y las mandó a Inteligencia Naval en el astillero naval de Mare Island para que lo descifrasen.

Tanto el *Times-Herald* como el *Chronicle* publicaron su tercio del código en las siguientes ediciones. El sábado, el *Chronicle* llevaba el siguiente titular en la página 4:

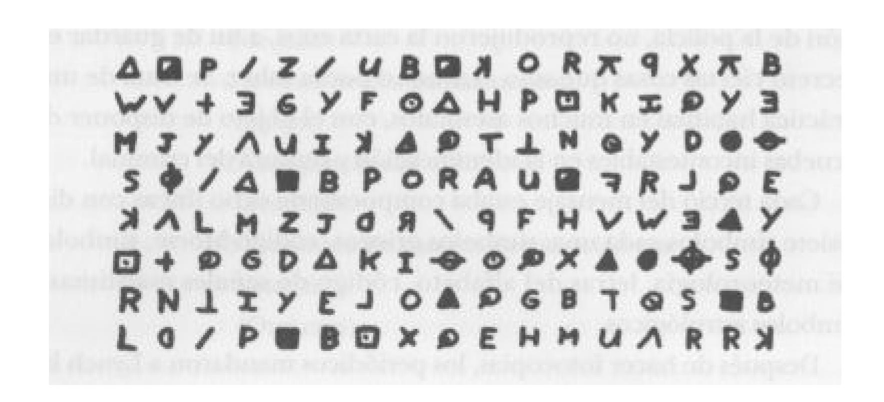
Pista en lenguaje cifrado sobre los asesinatos. Este código puede ocultar la identidad del asesino de Vallejo.

Ésta es la parte del *Chronicle*

del criptograma completo:



Más abajo incluyo la parte del código del *Times-Herald*. El *Examiner* decidió no publicar su fragmento del código hasta el domingo, seguramente porque dudaba de que la carta fuese realmente del asesino.



En Inteligencia Naval no pudieron descifrar la clave. Se pidió ayuda a la oficina gubernamental de desciframiento de claves, a la Agencia Nacional de Seguridad [NSA] y a la CIA.

El jefe de la policía de Vallejo, Jack E. Stiltz, no estaba totalmente convencido de que el asesino hubiera escrito las cartas, y pidió públicamente al autor que «mandara una segunda carta con más datos para demostrarlo». Stiltz reconoció que las cartas contenían detalles de los asesinatos que el público no conocía, pero dijo que los podía conocer cualquier testigo que se encontrara en el lugar del crimen.

Domingo, 3 de agosto de 1969

El *Examiner-Chronicle* del domingo publicó su tercera parte del extraño mensaje en clave:



Debajo de la parte del *Examiner*, el periódico publicó los mensajes en clave del asesino enviados al *Chronicle* y al *Times-Herald*. Por primera vez el mensaje se conoció en su totalidad.

A Donald Gene Harden, un profesor de Historia y Economía de cuarenta y un años del instituto North Salinas, a ciento cuarenta kilómetros al sur de San Francisco, le gustaba descifrar claves desde niño, por lo que leyó el periódico con especial interés.

Dado que era un domingo por la mañana y no tenía nada que hacer, decidió darle unas vueltas al criptograma; fue a su estantería y cogió su viejo manual de criptografía, *Secret and Urgent*, de Fletcher Pratt. Harden despejó la mesa del comedor, se hizo con un par de lápices afilados, una regla y una goma de borrar, y se dispuso a descubrir qué clase de código no era.

La palabra «criptografía» procede de las palabras griegas *kryptos* (secreto) y *graphos* (escritura), mientras que la palabra «cifrado» procede del hebreo *spahar*, que significa «numerar». Un mensaje cifrado cambia, siguiendo un esquema, el orden habitual de las letras del texto normal, o sustituye el alfabeto normal por otros caracteres, letras o símbolos.

Harden empezó a trabajar con pulcras mayúsculas, comprobando la frecuencia de los símbolos. Harden sabía que la E es la letra más frecuente en inglés, seguida, en ese orden, por la T, la A, la O, la N, la I, la R y la S. Los dígrafos más comunes en inglés son LL, EE y SS. Las letras que aparecen juntas con mayor frecuencia son TH, HE y AN. Más de la mitad de las palabras terminan en E y más de la mitad de las palabras empiezan con T, A, O, S o W. Harden sabía que las combinaciones de tres letras más frecuentes son THE, ING, CON y ENT. Finalmente, llegó a la conclusión de que era una «clave de sustitución», en la que cada letra del alfabeto se sustituye por un símbolo, una letra o una figura. El asesino había utilizado tantos símbolos distintos que resultaba imposible una sustitución de los caracteres uno por uno. El profesor se vio obligado a inventar su propio método para encontrar elementos iguales, buscar patrones o símbolos que se repetían. Harden estuvo sentado a la mesa varias horas, trabajando con los patrones misteriosos y recurrentes que llenaban su hoja de trabajo. ¡Si fuera capaz de reducir el número de variables!

La verdadera dificultad para descifrar el texto era que Harden no sabía qué parte del mensaje en clave iba primero, ni dónde se interrumpían las palabras[5].

Tres horas después, la mujer de Harden se unió al misterio. Bettye June Harden es de esas mujeres que nunca se dan por vencidas; una vez que se enfrasca en algo, no puede parar. «Tiene una perseverancia enorme», me dijo Harden. Aunque nunca en su vida había visto un mensaje en clave, se zambulló en él. Al fin y al cabo, en teoría, cualquier cosa escrita en clave puede ser descifrada.

La pareja avanzó metódica y rápidamente, y trabajaron hasta por la tarde. Por la noche lo dejaron y siguieron soñando con la solución.

Lunes, 4 de agosto de 1969

Harden estaba dispuesto a abandonar el criptograma a la mañana siguiente, pero no pudo convencer a Bettye. Aunque a veces ésta no tenía ni idea de lo que hacía, siguió trabajando; Harden terminó por acompañarla.

Bettye pensaba que el asesino era tan egocéntrico que empezaría con un «yo». La intuición le dijo que hablaría de matar, y, aunque aún no sabían qué parte del mensaje cifrado era la primera, sugirió que el asesino podría empezar con una frase como «me gusta matar…».

La respuesta se les apareció como un fogonazo. El criptograma contenía varias combinaciones dobles de símbolos. Según la tabla de frecuencias, el dígrafo más frecuente en inglés es LL. Las tablas de frecuencias muestran las frecuencias comparativas de letras, pares de letras, grupos de letras y sílabas. Es prácticamente imposible escribir un mensaje sin repetir palabras, así que la pareja buscó secuencias de cuatro letras en las que encajase la palabra *kill* [matar]. Cabía la posibilidad de que *kill* se emplease más de una vez. (Los criptoanalistas de guerra, por ejemplo, buscan en los criptogramas interceptados secuencias de símbolos que puedan querer decir «ataque»).

Es muy sobrecogedor y emocionante ver cómo se empieza a descifrar un mensaje en clave. Los Harden descubrieron al fin que el asesino había escrito «matar» una vez. Había puesto «asesinato» dos veces, y «maté» y «emocionante» una vez cada una. Otras palabras con LL, como *will* [verbo modal de futuro], las utilizaba cuatro veces, y la palabra «recoger», una vez.

Mientras el mensaje se esclarecía ante sus ojos, los Harden vieron las astutas trampas que el asesino había dispuesto. Primero, había escrito el símbolo de una Q al

revés para que los descifradores pensaran que era la letra E, la que más se utiliza. Para la letra E de verdad había utilizado siete símbolos distintos.

El asesino había recurrido a un sistema de rotación en el que empleaba las diferentes alternativas siguiendo un orden, aunque descubrieron que dos símbolos podían ser la A o la S indistintamente. El asesino cometía faltas de ortografía, probablemente intencionadas, y en algunos puntos se había equivocado al aplicar la clave. Sin embargo, los Harden se mostraron de acuerdo en que no podía haber otra solución distinta a la que finalmente encontraron. La descodificación había supuesto veinte horas de trabajo.

El mensaje en clave descifrado decía lo siguiente:

ME GUSTA MATAR A GENTE
PORQUE ES MUY
DIVERTIDO ES MÁS DIVERTIDO QUE
CAZAR ANIMALES SALVAJES EN
EL VOSQUE PORQUE
EL HOMBRE ES EL ANIMAL
MÁS PELIGROZO DE CAZAR
ALGO HACE QUE SEA LA
EXPERIENCIA MÁS EMOCIONANTE
ES INCLUSO MEJOR QUE ECHAR
UN POLVO CON UNA CHICA
LO MEJOR ES KE
CUANDO MUERA RENACERÉ
EN EL PARAYSO Y LOS QUE HE
MATADO SERÁN MIS ESCLAVOS
NO OS DIRÉ MI NOMBRE
PORQUE INTENTARÉIS REDUCIR
O PARAR MI COLECIÓN DE
ESCLAVOS PARA EL MÁS ALLÁ
EBEORIETEMETHHPITI

Harden llamó al director de noche del *Chronicle* y le dijo que había resuelto el enigma. Se encontró con una respuesta escasamente entusiasta, pues había habido cientos de llamadas al periódico desde la publicación del misterio. Dijeron a Harden que enviara por correo la solución, y que ellos se la entregarían al sargento Lynch.

Pero resultó que la pareja de Salinas había descifrado realmente el mensaje en clave que había dejado perplejos a la CIA, el FBI y la Agencia Nacional de Seguridad. Inteligencia Naval pidió a Lynch las hojas de trabajo de los Harden, las revisó, y declaró que la respuesta era correcta.

Jueves, 7 de agosto de 1969

El asesino, respondiendo a la petición del jefe de policía Stiltz, volvió a escribir. En esta ocasión dio más detalles sobre las dos agresiones de Vallejo en una carta de tres páginas.

Por primera vez se refirió a sí mismo con un nombre: Zodiac.

Estimado director

Zodiac al habla. Respondiendo a su petición de más detalles sobre lo bien que me lo he pasado en Vallejo, estaré encantado de darle más material. Por cierto, ¿se está dibirtiendo la policía con el mensaje cifrado? Si no, dígales que se animen; cuando lo descifren me tendrán. Con respecto al 4 de julio: no abrí la puerta del coche, La Ventanilla ya estaba vajada El chico al principio estaba en el asiento delantero cuando empecé ha disparar. Cuando le disparé por primera vez a la cabeza, se echó hacia atrás al mismo tiempo y así me estropeó el tiro. Terminó en el

asiento de atrás luego en el suelo agitando muy violentamente las piernas; por eso le disparé en la rodilla. No me marché del eszenario del crimen derrapando a toda belocidad como han dicho los periódicos de Vallejo. Me fui lentamente para que mi coche no llamara la atención. El hombre que le dijo a la policía que mi coche era marrón era un negro de unos 40-45 años vestido de manera andrajosa. Yo estaba en una cabina telefónica dibirtiéndome con el poli de Vallejo mientras él pasaba. Cuando colgué el teléfono el puto chisme se puso a sonar & eso hizo que él se fijara en mí & en mi coche.

Ninguno de esos datos se había hecho público.

Las Nabidades pasadas

En ese hepisodio la policía se preguntaba cómo podía acertar a mis víctimas disparando en la oscuridad. No lo dijeron abiertamente, pero lo dieron a entender diciendo que había mucha luz esa noche y que yo podía ver siluetas en el orizonte. Una gilipollez esa zona stá rodeada de colinas & árboles altos. Lo que hice fue pegar una linternita fina al cañón de mi pistola. Si se fijan, en el centro del rayo de luz si lo dirigen a una pared o un techo verán un punto oscuro o negro en el centro del círculo de luz a unos siete o quince centímetros de distancia. Cuando está pegado al cañón de una pistola, la bala da directamente en el centro del punto negro de la luz. Yo sólo tuve que acribillar a balazos… No hacía falta destreza.

Zodiac había escrito que, cuando la policía descifrase la clave, «le tendrían». Lo que el asesino no sabía era que los Harden ya la habían desvelado, pero que su identidad seguía siendo un misterio.

Martes, 12 de agosto de 1969

Por fin se publicó la solución de los Harden y los aficionados a descrifrar claves de toda la zona de la bahía coincidieron en que las letras del final del mensaje en clave, «EBEORIETEMETHHPITI», podían ser un anagrama del verdadero nombre del asesino. Añadiendo unas R, M y P que faltaban, obtuvieron el dudoso anagrama de ROBERT EMMET THE HIPPIE.

En los días siguientes, lectores imaginativos del *Chronicle* siguieron ofreciendo variaciones del anagrama: EMMET O. WRIGHT, ROBERT HEMPHILL, VAN M. BLACKMAN, IAM O. RIET [yo soy O. RIET], KENNETH O. WRIGHT, LEO BLACKMAN, F. L. BOON, TIMOTHIE E. PHEIBERTE.

Un suscriptor sugirió que la policía se fijase en la nota de «Urgente, para el Director» que aparecía en los sobres de las cuatro cartas de Zodiac y que buscara a un «señor Urgente». Un ciudadano colaborador escribió a Lynch diciendo que las letras al final del mensaje descifrado querían decir «Hospital Psiquiátrico de San Benito». El problema era que ese sitio no existía.

A Lynch no le convenció la idea del anagrama. Le daba la impresión de que, como mucho, la «firma» sería sólo el alias del asesino. Robert Emmet era el nombre de un patriota y revolucionario irlandés que fue ejecutado en 1803. Pero, para asegurarse, Lynch investigó a los Robert Emmet, fueran *hippies* o normales.

—El galimatías puede que sólo sea eso: un galimatías —dijo— para despistarnos. Al fin y al cabo, el criptograma dice: «No os diré mi nombre». No estamos seguros de que «Robert Emmet» sea quien buscamos —añadió—. Es posible que nos mande otra carta y nos lo diga.

Harden tenía la sensación de que la última línea sólo tenía un propósito funcional: llenar la cuadrícula del mensaje en clave y que los criptógrafos no supieran qué cuadrícula era la última.

A diferencia del doctor D. C. B. Marsh, director de la Asociación Americana de Criptogramas, a mí no me parecía que el asesino fuera un experto en claves y mensajes cifrados. A mí me daba la impresión de que Zodiac operaba siguiendo el ejemplo de otros. Zodiac era un aficionado a los mensajes en clave, al igual que los Harden. El perseguido y los perseguidores eran uno el reflejo del otro. Ya sabíamos qué letra del abecedario representaba cada símbolo, pero lo que yo quería saber era cómo había llegado el asesino a elegir esos símbolos.

Cincuenta y cinco caracteres suponían una clave muy complicada. ¿Se trataba de un código enteramente original o había utilizado Zodiac otras fuentes para construir su sistema de cifrado? Si había utilizado libros concretos sobre codificación, quizá éstos pudieran llevar hasta él.

Empecé buscando libros elementales sobre escritura secreta. En el prefacio de *The Codebreakers* [Los descifradores de códigos], David Kahn ofrece un ejemplo de alfabeto en clave; el asesino había recurrido a ocho de las veintiséis equivalencias propuestas. Zodiac debía de tener un ejemplar del libro.

En cuanto a los demás símbolos extraños, los casi religiosos triángulos, círculos, cuadrados y cruces, recordé haber oído hablar de una clave que se usaba en la Edad Media. Era un alfabeto en imágenes pensado para parecer místico a los no iniciados, un alfabeto en clave calificado de «muy impresionante» y «siniestro», precisamente los atributos que buscaría un hombre como Zodiac.

Lo encontré con la misma facilidad que el ejemplo de Kahn, en un libro titulado *Codes and Ciphers* [Códigos y mensajes en clave], de John Laffin. El nombre del alfabeto en clave del siglo XIII explicaba por qué el asesino había elegido su extraño nombre. Se llamaba «el alfabeto del Zodíaco». Zodiac usaba muchos símbolos para cada letra, y

para ello se había inspirado en ese código antiguo.

Por ejemplo, *el símbolo de Zodiac para la R es* «\»; el símbolo del alfabeto del Zodíaco para la R es «». El símbolo de Zodiac para la T es «»; el del alfabeto es «».

Se me ocurrió que, si esos libros habían servido de inspiración para el código de Zodiac, se podían encontrar en las bibliotecas de la zona de la bahía, junto al registro de quién los había sacado recientemente. Como en el código de Zodiac parecía haber símbolos navales, y como en Blue Rock Springs habían dicho que el asesino llevaba el pelo rapado, al estilo militar, busqué con especial atención en las instalaciones del Ejército y de la Marina en las zonas alrededor de San Francisco y Vallejo.

Llamé a Presidio en San Francisco[6] y a la Base Naval de Treasure Island (donde un incendio había destruido parte de la biblioteca), así como a la delegación del Ejército en Oakland. En los tres casos, los libros los habían robado o se habían perdido. La base de mar y aire de Alameda no los tenía, y la base del Ejército del Aire de Hamilton «no guardaba ningún registro de esos libros». El bibliotecario del astillero naval de Mare Island, en Vallejo, me dijo que habían retirado esos libros de la circulación hacía poco tiempo.

En el centro de información JFK de Vallejo, el bibliotecario me dijo que el libro se había perdido hacía algún tiempo y añadió que *Codes and Ciphers* «lo leían los estudiantes de trece años por su lenguaje asequible». En la biblioteca pública de San Francisco, el libro estaba en la sala infantil.

En la carta, Zodiac decía lo siguiente:

> CUANDO MUERA RENACERÉ EN EL PARAISO Y LOS QUE HE MATADO SERÁN MIS ESCLAVOS

Profesores de la Universidad de Stanford detectaron en esa extraña mezcla de creencias cristianas y de sectas antiguas el influjo del sureste aisiático y de ciertas sectas satánicas, como la que Anton LeVey dirigía en San Francisco. ¿Pertenecía Zodiac a una de ellas?

En su mensaje cifrado, Zodiac también decía que el hombre es la caza más peligrosa. Había una película, que llevaba muchos años fuera de cartel, titulada *El malvado Zaroff [The Most Dangerous Game* (La caza más peligrosa)]. Fui a verla en uno de los cines donde ponen películas antiguas, en las afueras de San Francisco.

La película de la RKO, de 1932, basada en el famoso cuento de 1924 de Richard Connell, narra la historia de un cazador loco, el conde Zaroff, que coloca balizas de canal falsas para que los barcos que pasan se dirijan a los arrecifes de la isla que le sirve de bastión. Los supervivientes de los navíos hundidos se convierten en presas humanas que son cazadas en la selva privada del conde. Zaroff, interpretado por Leslie Banks, es un ruso alto y sofisticado con una cicatriz irregular en la frente. La herida es un símbolo de su locura. «Mi vida ha sido una gloriosa cacería —dice a sus prisioneros—. Me resultaría imposible deciros cuántos animales he matado. Una noche, tumbado en mi tienda con esta… con esta cabeza mía, un pensamiento terrible se introdujo como una serpiente en mi cabeza: cazar [animales] empezaba a aburrirme… Cuando me dejó de gustar la caza, me dejaron de gustar la vida y el amor. Aquí en mi isla cazo las presas más peligrosas [los humanos]». «Sólo después de matar conoce el hombre el verdadero éxtasis del amor —dice Zaroff—. Es el instinto natural. ¡Mata primero, ama después! Cuando viváis eso, conoceréis el éxtasis». Con su jauría de mastines negros, el

conde, completamente vestido de negro, con los pliegues del traje recogidos y anudados en muñecas y tobillos, con un puñal de treinta centímetros en una funda en el costado derecho, un rifle de precisión en la mano derecha, avanza veloz entre la niebla persiguiendo a una joven pareja.

Después de la película, me detuve en la puerta del cine en la suave brisa de la noche, miré las calles negras, húmedas de niebla, y me pregunté si los asesinatos de Vallejo se habían inspirado en un libro de lenguaje en clave para niños y en una película.

The Los Angeles Times publicó la información psiquiátrica que el Departamento de Sanidad de California en Vacaville había dado a la policía de Vallejo, después de que la clave fuera descifrada.

Seguramente se trata de un hombre obsesionado por una sensación de aislamiento, de que está aislado de los demás [...]. Comparar la emoción del asesinato con la satisfacción del sexo suele ser una expresión de inadaptación.

Seguramente siente que los demás le desprecian por algún motivo. La convicción de que sus víctimas serán sus esclavos en el más allá refleja una sensación de omnipotencia que indica un delirio paranoide de grandeza, expresado mediante una creencia muy extendida entre pueblos primitivos a lo largo de la Historia.

Y las notas provocadoras y las llamadas de teléfono pueden ser un llamamiento para que lo descubran, lo expongan, quizá para que lo acorralen; en tal caso, un paranoico con delirios de grandeza es muy posible que se quite la vida, como un gran gesto, para castigar al mundo por no haberle hecho caso en vida.

4. Cecelia Ann Shepard

Sábado, 27 de septiembre de 1969

Aquel día, Cecelia Ann Shepard se despidió de su amigo Bryan Hartnell, alumno como ella del Pacific Union College de Angwin, en el valle de Napa, en la margen oriental de dicho valle. Él estudiaba un curso preuniversitario de Derecho, era alto, apuesto y de facciones marcadas; conocía a Cecelia desde su primer semestre en el PUC, y habían establecido una estrecha relación.

Después de pasar las vacaciones de verano con sus padres en Loma Linda, Cecelia volvió el fin de semana al PUC para recoger las pocas pertenencias que le quedaban en la universidad y mandarlas al sur de California. Después de dos años en Angwin, iba a cambiarse al Union College de Riverside en octubre, para estudiar música. Hartnell se desplazó desde Troutdale, Oregón, donde también había ido a ver a sus padres, para ayudar a Cecelia a recoger sus cosas. Los dos se vieron en el PUC temprano y, después de ir a misa, pasaron una hora metiendo las cosas en cajas. Reinaba un ambiente de júbilo. Fueron andando al comedor de la universidad desde Newton Hall, pasando por los modernos y alargados edificios bajos de color blanco y marrón.

En la comida, Bryan preguntó:

—¿Vas a hacer algo especial esta tarde?

—¿Por qué?

—No sé. Podíamos ir a pasear o a San Francisco. Como

éramos tan amigos, nos llevábamos tan bien…

Bryan abrió la puerta de su Karmann Ghia blanco a la chica bajita y delicada de cabellos dorados, se sentó en el asiento del conductor, y la pareja enfiló feliz la calle Howell Mountain; pasaron por el sanatorio St. Helena y llegaron a la autopista 29, donde giraron a la izquierda en dirección a Rutherford, sede de Inglenook y Beaulieu, antiguas bodegas de piedra con techos abovedados. En un mercadillo de beneficencia de una iglesia en Napa compraron una televisión vieja. Después se pararon en St. Helena para comprar unas cosas, vieron a unos amigos y llevaron a un par de ellos a casa. Y se les hizo tarde.

En vez de ir a San Francisco, Bryan propuso a Cecelia ir al lago Berryessa.

«Hay un sitio, uno de mis favoritos, al que iba siempre», le dijo.

La pareja fue por el valle Pope y la carretera de Knoxville, recorriendo la costa sinuosa y las entradas del lago artificial. Berryessa mide más de treinta y cinco kilómetros de largo y cinco kilómetros de ancho. En él abundan las agallas azules, las pescadillas, los salmones rojos, las truchas arco iris, así como los siluros, las percas americanas y las truchas cabeza de acero de agua dulce.

Aquel día, sobre las 14:50, tres mujeres de veintiún años habían hecho el mismo camino que Bryan y Cecelia. Cuando se pararon en un aparcamiento cerca de un restaurante A&W, otro coche, conducido por un hombre solo, se paró a su lado y después dio marcha atrás para colocar su parachoques trasero al mismo nivel que el de ellas. El hombre agachó la cabeza como si leyera algo. A las chicas les dio la impresión de que no leía. El coche era un Chevrolet de dos puertas, de color plateado o azul hielo, con matrícula de California. El conductor tenía entre veinticinco y treinta y cinco años, medía más de un metro ochenta, y

pesaba entre noventa y cien kilos. No llevaba gafas; su cabello negro era liso, con raya al lado. Llevaba una sudadera negra de manga corta y pantalones azul oscuro. Una camiseta le colgaba de la parte trasera de los pantalones, pero iba bastante arreglado y cuidado. Fumaba un cigarrillo tras otro.

Las chicas fueron al lago en coche. Una hora después, tomaban el sol cuando vieron que el mismo hombre las observaba. Al cabo de veinte minutos, el hombre se fue.

A las 16:00, Bryan aparcó su Ghia con techo de vinilo en la cuneta de la carretera cercana al lago. No había más coches. La pareja anduvo medio kilómetro, hasta un lugar donde se alzaban dos grandes robles.

—En la época de lluvias esto es una isla —dijo Bryan—. Aquí estaba el atracadero. Es precioso.

Encontraron un claro fresco para comer, exactamente a 464 metros de la carretera, en una península de la orilla oeste del lago. Tendieron una manta, se sentaron y se abrazaron durante una hora.

El lago está rodeado de suaves colinas, y el sol lanzaba destellos sobre el agua plácida. Bryan y Cecelia veían enfrente la isla de Goat y, a su izquierda, algún barco que otro. La franja de arena en la que estaban se encontraba desierta, y las matas que tapaban la orilla los dejaban aún más aislados.

En la carretera, a un kilómetro de distancia, un dentista y su joven hijo habían aparcado el coche y se habían acercado a la orilla. Vieron a un hombre que los miraba en la quietud de la tarde. Estaba a menos de cien metros de ellos, al otro lado de una ensenada. Era un adulto blanco que medía alrededor de un metro setenta y cinco, corpulento, con pantalones oscuros y una camisa negra de manga larga con

dibujos rojos. El hombre no llevaba nada y sólo parecía dar un paseo por la ladera de las colinas, entre la carretera y el lago.

El hombre advirtió de pronto que el dentista y su hijo le habían visto y, quizá, que el chico llevaba un rifle del calibre 22. Se dio la vuelta bruscamente y empezó a subir la colina en dirección al sur, con las manos en su cazadora azul.

Las huellas de los neumáticos indicaron que el coche del hombre corpulento estaba aparcado justo detrás del coche del dentista. Puede que el hombre estuviera siguiendo a todos los coches aparcados en el camino. Cuando vio el coche solitario, se acercó al lago para echar un vistazo a sus ocupantes.

El desconocido se alejó del coche del dentista y recorrió un kilómetro al sur, hasta que vio el Ghia blanco. Se paró detrás de él.

Lentamente, salió de la autopista y se metió en un camino de gravilla. A unos doscientos metros de la autopista, a su izquierda, había un bosquecillo y una marisma. A lo lejos vio una larga península, sin árboles ni maleza, que se introducía doscientos ochenta metros en el lago. En el extremo de la península estaban los dos únicos árboles que no formaban parte del bosquecillo, dos robles. Debajo de ellos había un chico y una chica tumbados sobre una manta.

Aparentemente, su plan consistía en acercarse a sus «presas» cruzando una gran zona al descubierto y sorprenderlos. Una empresa difícil. ¿Cómo podía no ser visto y cruzar un espacio abierto donde no crecía nada, por efecto del agua del lago en la estación de lluvias?

Cecelia divisó a lo lejos la figura de un hombre. Estaba al otro lado del claro de color trigo de la península, y no podía

verle el rostro; se le veía borroso y confuso, pero parecía que los miraba. El hombre era corpulento y de complexión fuerte; su cabello era castaño oscuro. Desapareció metiéndose en un bosquecillo a unos 240 metros de distancia de la pareja, a la derecha.

Unos instantes después, volvió a ver al hombre corpulento, que salía del bosquecillo y se acercaba a ellos. Dejó de recordar los viejos tiempos con Bryan y le dijo que no estaban solos. Bryan estaba tumbado de espaldas en la manta, con la coronilla apuntando hacia la figura robusta que avanzaba lentamente por la planicie estrecha salpicada de piedras. Cecelia estaba boca abajo mirando la orilla, con la cabeza en el hombro de Bryan. El hombre ya estaba muy cerca.

Con la brisa vespertina a Cecelia se le metió un poco de polvo en el ojo, y, cuando volvió a levantar la cabeza, la figura vestida de negro había desaparecido. La tarde era tan agradable que Bryan ni siquiera se molestó en darse la vuelta, pero Cecelia estaba inquieta. Al ver al desconocido tan cerca, le había parecido mucho más amenazador que desde lejos. Andaba con paso lento y trabajoso. ¿Cómo había podido desaparecer tan rápida y completamente?

Poco después, Bryan oyó un crujir de hojas.

—¿Tienes las gafas puestas? —preguntó—. Mira a ver qué pasa ahí.

—Es ese hombre —dijo ella.

—¿Está solo?

—Se acaba de parar detrás de un árbol. —Al principio, Bryan creyó que se refería a un árbol del bosquecillo a varios cientos de metros de distancia.

—Bueno —dijo Bryan—, sigue mirando y dime qué pasa.

Bryan y Cecelia estaban debajo del mayor de los dos robles de la isla. El hombre corpulento estaba detrás del segundo roble, a la derecha de Cecelia, a seis metros de

distancia.

—¡Dios mío, lleva una pistola! —exclamó Cecelia, apretando el brazo de Bryan. El hombre corpulento había salido de detrás del otro árbol y Bryan, por el rabillo del ojo, vio en seguida una forma negra y enorme a su izquierda, que le contemplaba en silencio. Cuando la pareja se dio la vuelta, la figura se dirigía directamente hacia ellos.

El hombre estaba ahora en el lado opuesto al de antes. Detrás del árbol se había puesto una capucha ceremonial negra como la pez, cuadrada por arriba, con cuatro esquinas, como una bolsa de papel. Parecía un verdugo de la Edad Media. La capucha le bajaba por los hombros, llegándole casi a la cintura, y no tenía mangas; el pecho se lo tapaba la tela negra. La parte de arriba era plana y estaba cosida por los lados. En la pechera, grabada en blanco, había una cruz griega de 7,5 centímetros encima de un círculo. Las puntas de la cruz se salían del círculo. El ocaso le daba un resplandor anaranjado y estaba puesta con cuidado, casi profesionalmente. La tela tenía aberturas para los ojos y la boca, y el hombre llevaba unas gafas de sol de pinza por encima. A Bryan le impresionó lo bien pensada que estaba la máscara. El hombre llevaba las mangas largas bien atadas en las muñecas, y los pantalones metidos en unas botas de media caña. (Es obvio que Zodiac llevaba bandas elásticas con ganchos, como las que usan los militares para meterse los pantalones dentro de las botas). En el costado izquierdo llevaba un puñal-bayoneta, al menos de treinta centímetros de largo, en una funda colgada del cinturón. En la cintura, a la derecha, llevaba una sencilla pistolera negra con la tapa abierta. Por debajo de la cazadora del hombre también salían varias cuerdas de tender la ropa comunes, de plástico blanco y huecas por dentro.

Los pies se le hundían mucho en la tierra de la orilla; a

Bryan le pareció ver que la tripa se le salía por encima de los pantalones. Sin embargo, el hombre corpulento parecía tener una complexión fuerte, no fofa.

Éste iba con la mano extendida hacia la pareja mientras andaba; en ella llevaba una pistola semiautomática de color azul acero.

Bryan y Cecelia se quedaron paralizados en el ocaso, viendo aproximarse al hombre fornido. No podía ser una broma de alguno de sus amigos; no le habían dicho a nadie adónde iban ese día. ¿Les habían seguido?

—Apareció así —me contaría Bryan después—. La verdad es que hay cosas que no te importa que te pasen, como experiencia. Pensé: «Bueno, sólo tengo unos cincuenta centavos. La experiencia los vale». No lo pensé desde otro punto de vista.

El hombre fornido se alzaba delante de la pareja en la manta.

—Hablé con él —me dijo Bryan.

La voz que salía debajo de la capucha estaba muy tranquila; no era ni aguda ni grave, con tono monocorde. A Bryan le pareció que su interlocutor tenía entre veinte y treinta años.

—La voz parecía… de un estudiante. Tenía cierto acento; pero no del sur.

—Quiero vuestro dinero y las llaves de vuestro coche —dijo el hombre.

«Sólo es un atraco», pensó Bryan.

El hombre de la capucha siguió hablando. Sus palabras salían con un tono equilibrado y suave.

—No parecía ser muy culto, pero tampoco analfabeto —declararía Bryan después.

—Quiero vuestro coche para ir a México —siguió diciendo el desconocido.

Bryan miró la capucha de tela negra con las gafas de sol

de pinza que tapaban los agujeros para los ojos. Debajo de las aberturas de la capucha, ¿acaso vislumbró el destello metálico de otras gafas? Bryan también vio un cabello castaño oscuro y sudoroso a través de las aberturas.

El hombre llevaba una cazadora fina de color negro y azul, y debajo, una camiseta de punto negra y roja. Estando tan cerca, Bryan vio que el símbolo del círculo con la cruz estaba cosido.

Las manos del hombre estaban dentro de unos guantes negros, y llevaba unos pantalones anchos con raya, «de los de toda la vida». A Bryan le pareció que medía entre 1,75 y 1,80 metros, y que pesaba entre 100 y 110 kilos, pero se le daba mal calcular la altura porque él era extraordinariamente alto.

Buscó rápidamente el dinero y las llaves en los bolsillos. «Sólo tengo un poco», dijo, y le dio el dinero que le quedaba, junto a las llaves del Volkswagen. El asaltante enmascarado se metió el cambio en el bolsillo, tiró las llaves en la manta, y metió la pistola en la funda.

Bryan pensó: «A lo mejor este tipo necesita ayuda de verdad». Dijo:

—No te voy a seguir. Ahora no tengo dinero, pero si de verdad necesitas ayuda, a lo mejor te puedo ayudar de otro modo.

—No —dijo el desconocido—. Tengo poco tiempo. Soy un preso fugado de Deer Lodge, en Montana. Allí he matado a un guardia de la cárcel. Tengo un coche robado y nada que perder. Estoy totalmente sin blanca.

—Bueno, tío —dijo Bryan—, ¿no prefieres ser juzgado por robo que por una amenaza de homicidio?

—No te hagas el héroe conmigo —dijo el hombre—. No intentes coger la pistola.

—No me pareció que la pistola estuviera realmente cargada —me contaría Bryan después—. Siempre pensé que

estaba vacía. Muchas veces había oído que lo hacen tirándose un farol, pero decidí no ver sus cartas.

Bryan le dijo:

—Estás perdiendo el tiempo conmigo. Tengo una billetera con estas monedas y ya está.

—Le dije cosas rarísimas —me contaría después—. Chorradas. Estaba dando una clase de sociología. Estamos hablando de un estudiante de segundo de carrera. Nunca me había encontrado con un delincuente de verdad. Vaya, que no había que preocuparse por ese tipo… Sólo quería mi dinero. Le dije que sólo tenía setenta y seis centavos y al final no se llevó nada. Si recuerdo bien, le di las llaves pero se las dejó. Dijo que en su coche hacía calor. Yo le entendí que su coche iba muy rápido y le dije algo de eso y él respondió que lo había robado. Habló de su estancia en la cárcel y dijo que se pondría en contacto conmigo. Conversamos bastante rato.

El encapuchado desenrolló 1 o 1,30 metros de cuerda para tender la ropa.

El cuchillo del hombre corpulento estaba al mismo nivel que los ojos de Bryan y éste se quedó mirándolo, intentando recordar la mayor cantidad de detalles posible. La hoja medía de 2 a 2,5 centímetros de ancho y de 27 a 30 centímetros de largo, puede que fuera una bayoneta o un cuchillo para el pan, con un mango de madera noble decorado con dos remaches de latón. El mango estaba envuelto con esparadrapo blanco de 2,5 centímetros de ancho, y el cuchillo estaba metido en una funda de madera. La hoja cortaba por ambos filos.

Si Bryan hubiese visto *El malvado Zaroff*, se habría dado cuenta de que era una buena copia del cuchillo que llevaba el conde Zaroff en su traje de caza negro.

—Tumbaos boca abajo —dijo el encapuchado—. Voy a tener que ataros.

Bryan se quedó en pie, desafiante, y el hombre le mandó que se volviera a tumbar en la manta.

—Te lo juro, Robert —reconocería Bryan—, me molestó muchísimo pensar que me iban a maniatar. Me molestó muchísimo, discutí con él, y pensé, con poca sensatez, como si fuéramos policías y ladrones, en quitarle la pistola. Me daba la sensación, por cómo cogía la pistola, de que se la podía haber quitado. Mi única razón para no hacerlo fue que pensé que no era en absoluto necesario y que, si metía la pata y alguien salía herido, me iban a echar la culpa por haberme hecho el héroe o por haberlo intentado.

—Oye, creo que puedo quitarle la pistola —dijo Bryan a Cecelia, entre susurros—. ¿Te importa?

—Pero a ella le dio miedo —me relató Bryan después—, y pensé que, como había dos vidas en juego, no sólo la mía, pues que no lo haría. Pensé: «No corramos riesgos». Así se hacen las cosas. Si alguien te atraca, tú cooperas. Le das el dinero. Él parecía estar un poco chalado, pero su conversación era bastante lógica. Lo único que quería era el dinero.

El encapuchado se volvió hacia Cecelia.

—Ata tú al chico —dijo.

Cecelia ató las manos y los pies de Bryan con la cuerda de tender ropa e hizo un par de nudos poco apretados.

—Me ató muy flojo —me dijo Bryan—, y yo no junté las manos. Como hacen en la tele.

Mientras Cecelia ataba a Bryan, le metió la mano en el bolsillo y lanzó su cartera al encapuchado. Éste no la recogió. Cuando terminó, el encapuchado la ató a ella del mismo modo. Cuando tocó a la chica le empezaron a temblar las manos, pero lo hizo muy bien. Entonces vio los nudos poco apretados de Bryan y les hizo una lazada doble (los apretó el doble).

—Me volvió a atar, muy fuerte —dijo Bryan—. Fue con la

cuerda de tender.

—Me estoy poniendo nervioso —dijo el hombre.

Ahora los dos estudiantes estaban indefensos, Cecelia boca abajo y Bryan sobre el costado izquierdo.

—Viéndolo en retrospectiva —me contaría Bryan—, ¿por qué te iba a atar alguien después de robarte o de descubrir que no tienes dinero? ¿Por qué no me hizo andar cien metros diciéndome que no me diera la vuelta? No tenía sentido que me maniatase.

El encapuchado hablaba con una voz tan suave que a la pareja no se le ocurrió que fuese a hacerles ningún daño. Bryan volvió a ofrecer su ayuda, y los tres hablaron unos minutos más en la isla en penumbra.

—Había algo característico en su voz. Si lo recuerdo bien, no resultaba forzada. No tenía acento. Decía las cosas vocalizando mucho. No hablaba como nosotros ahora —dijo Bryan—. No es que yo intentara sonsacarle nada. Él no se molestaba mucho en hablar. Era yo el que hacía preguntas. No salía de él. Cuando me tumbé por primera vez boca abajo le dije: «Bueno, ahora que ya hemos terminado, ¿me dejas ver si la pistola estaba cargada?». Él abrió la pistola por detrás, sacó los cartuchos y me enseñó una bala. Parecía del calibre 45[7]. Se la guardó y yo volví la cabeza.

La pareja atada oyó que una voz, ahora ronca, les decía por debajo de la capucha:

—Os voy a tener que apuñalar.

Los dos, indefensos, se quedaron atónitos.

—La primera vez que sospeché que pasaría algo fue cuando vi asomar su cuchillo, y pensé que la habíamos liado. Fue la primera indicación de que aquello iba a ser peor que quedarse allí atado toda la noche.

—Por favor, apuñálame a mí primero. Soy un gallina. No soportaría ver cómo la apuñalas a ella.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo la figura encapuchada.

Se puso de rodillas, sacó el cuchillo de treinta centímetros de la funda y lo levantó sobre la espalda de Bryan. Empezó a apuñalar al muchacho en la espalda. La sangre que manaba salpicó el rostro de Cecelia.

—Estaba tumbado boca abajo —me contó Bryan—. Ponte en mi lugar, alguien te ataca por la espalda. ¿Qué es lo primero que haces? Te pones rígido… esperas a que termine. No hay mucho que puedas hacer. Te encuentras en la posición más vulnerable que existe. En mi caso… sólo esperaba a que parase. Ella veía lo que estaba pasando y le decía a gritos que parase y cosas así. Cecelia se puso de lado y, cuando fue a por ella, sabía exactamente lo que iba a suceder, ¿y cuál es la reacción? Intentar escapar. Intentar alejarse. Tienes unos pocos segundos para darte cuenta de lo que pasa. Te vas a encontrar en una posición totalmente distinta, y por eso ella… tenía los huesos algo frágiles. No estaba flaca pero no tenía huesos grandes. Cuando él le pegó, le rompió varias costillas.

Bryan emitió un gemido y finalmente pareció perder el conocimiento por el intenso dolor; entonces la capucha negra se acercó a la chica. ¿Qué expresión había debajo de la tela oscura? Los jadeos del hombre inflaban y desinflaban espasmódicamente la tela.

Todavía de rodillas, el hombre hizo un ruido aterrador y desenfrenado y, con una exhalación larga y grave, empezó a apuñalar a la chica en la espalda. El cuchillo cayó diez veces. Instintivamente, Cecelia se puso boca arriba, y el oscuro cazador continuó abatiéndose sobre ella. Le hundió todo el cuchillo en el pecho una vez. Otra vez en cada seno, otra vez en la ingle, y otra vez en el abdomen.

—Para, para, para… —suplicaba. Cuanto más se retorcía y se estremecía, con más ahínco la apuñalaba.

—Ella estaba de lado —me contó Bryan—. Él le clavó el cuchillo en el costado. Después me dijeron que la había

apuñalado haciendo el dibujo de Zodiac del círculo dentro de la cruz, pero… hubo demasiado movimiento para que hiciera algo con tanta precisión. Creo que le dio por delante, por detrás y por los lados, pero fue porque ella se movía. Si lo recuerdo bien, él intentaba agarrarla, pero ella… Y yo me di la vuelta. Miré, pero luego pensé de pronto: «Oye… ¿qué estás mirando? No lo aguanto». Y me di la vuelta. Y cuando me di la vuelta pensé: «Hartnell, no seas tonto y no te muevas». Era obvio que no podía hacer nada para salvarla, pero no quería hacer ruido, si no moriría… Me quedé inmóvil.

Satisfecho al fin, el hombre corpulento se levantó y arrojó el dinero y las llaves en la manta al lado de sus víctimas. Cruzó lentamente la península abierta y en seguida desapareció en el vacío atardecer.

En la carretera, dejó la capucha y el cuchillo manchado de sangre en el asiento delantero de su coche, se acercó al Ghia cerrado de Bryan, y se arrodilló junto a la puerta del copiloto, que estaba en el otro lado de la carretera. Hizo algo en la puerta y luego puso en marcha su coche. Tenía que llamar por teléfono.

—Creo que no perdí el conocimiento —me contó Bryan—. Si me desmayé… tengo un pequeño vacío en la memoria… Le oí marcharse sin prisa. Dejé de respirar. Me quedé inmóvil, y no me acuerdo de nada de los momentos que siguieron. Pero recuerdo que siempre sostuve que no me había desmayado. Cuando piensas en lo que me pasó exactamente, te das cuenta de que tuve muchísima suerte, porque el cuchillo me hizo un rasguño en el pericardio y el fluido de dentro se uñó un poco de rosa, aunque no me lo atravesó. Unos milímetros a la derecha y habría muerto. A Cecelia le perforó la aorta en varios sitios; a mí no. Una

cuchillada pasó por un lado y otra por el otro. No sufrí heridas graves. Bueno, sí, pero nada permanente.

Cecelia volvió en sí y la pareja empezó a pedir socorro a gritos. La preocupación más importante de Bryan era «seguir vivo», y el siguiente paso fue desatarse. Se dio la vuelta con dolor para morder la cuerda blanca que sujetaba las muñecas de Cecelia. La sangre de las heridas de la chica había cubierto la cuerda, que estaba resbaladiza; a Bryan se le llenó la boca de sangre. El trabajo era lento y desesperante. Ella acabó quedando libre y se dio la vuelta para desatarle las manos al chico.

—El primer problema que tuvimos —me dijo Bryan— fue que me había atado bastante fuerte. A día de hoy no tengo ni idea de cómo fue ella capaz de desatar las cuerdas, considerando lo débil que estaba. En cualquier caso, cuando deshizo todos los nudos, tardé un rato en sentirme las manos, porque las había tenido atadas media hora casi sin circulación. Y pasó un rato hasta que tuve las manos lo bastante libres para moverlas y para que me dejaran de hormiguear.

La intención de Bryan era pedir ayuda a gatas, pero había perdido tanta sangre que casi no se podía mover.

Un pescador chino de San Francisco y su hijo, desde un pequeño bote en el lago, oyeron gemidos, y se acercaron a echar un vistazo. Al ver la terrible imagen, no se atrevieron a aproximarse más. Fueron a buscar ayuda. El pescador llegó corriendo al complejo turístico Rancho Monticello, a tres kilómetros de distancia, e informó a los guardabosques. El guardabosques Dennis Land y el sargento William White estaban en su coche patrulla, a cinco kilómetros, cuando les informaron por radio del cuartel del bosque, en la orilla.

—Dejé a Bill White en Rancho Monticello —me diría Land —, y él fue en barca al lugar de los hechos; me dijo dónde estaba y yo llegué en coche. No sabía qué buscar. Sólo

sabía que había alguien herido, que se había cortado en el pie o…

En la península, cuando vio que el pescador chino y su hijo se iban, Bryan pensó que no vendría nadie. Empezó a acercarse a gatas a la carretera.

—Acababa de llegar al camino para *jeeps* cuando vi que venía un coche.

—Yo encontré al chico —dijo Land—. Se había arrastrado unos 275 metros desde el lugar donde le habían apuñalado. Estaba totalmente desatado y se dirigía a la carretera. No vi a nadie sospechoso. El chico estaba tumbado al lado del camino de tierra… yo salí y le miré muy deprisa. Me dijo que su novia estaba en la isla. Todo lo rápido que pude, me metí en el coche y fui a buscarla.

Llegaron dos barcas, en las que iban el guardabosques White y los propietarios del Rancho Monticello, y los guardabosques envolvieron en mantas a Bryan y Cecelia en espera de la ambulancia. En el lago no había ninguna; tenía que venir desde el hospital Queen of the Valley, casi a una hora de distancia. Mientras relataba a los guardabosques lo ocurrido, la pareja perdió varias veces el conocimiento.

Mientras avanzaba a gatas, Bryan no dejó de pensar: «Dios mío, no quiero morir». Estaba seguro de que el encapuchado los había dado por muertos cuando se marchó.

—Tenía miedo a morir, supongo. No recuerdo que el dolor fuera tan terrible… Estaba sobre todo en estado de *shock* —dijo—. Pero ella tenía dolores, unos dolores insoportables.

—Sufrían muchísimo —le contaría más tarde White a Dave Smith, de *The L. A. Times*—, La chica no dejaba de suplicarme que le diera algo que le quitara el dolor o que la dejara inconsciente. Se retorcía de dolor en el suelo y yo apenas le sentía el pulso. Intenté pensar qué hacer. Ya no sangraban, pero tenían muchas heridas de arma blanca.

A Cecelia la habían apuñalado veinticuatro veces.

—Recordé —prosiguió White— una cosa que me habían contado hacía mucho tiempo: que si te rascas en otro sitio distinto a donde te duele, eso ayuda a que pienses en otra cosa. Y se lo conté a la chica. Ella lo probó y me dijo que le sirvió durante unos minutos, pero después empezó a implorar de nuevo que aliviara su sufrimiento.

Trasladaron rápidamente a las víctimas, en estado crítico, al hospital. A la chica la intervinieron en una operación que se prolongaría casi toda la noche.

—Sufrió grandes dolores todo el camino —me contó Bryan—, y al final empezó a perder la cabeza, a perder la conciencia, más o menos. No sé qué habría pasado si no hubieran venido… Evidentemente, ella habría ingresado cadáver y, no sé, puede que yo también. La pérdida de sangre, y todo eso; aunque no resulten dañados órganos vitales, te mueres desangrado.

La noticia del doble apuñalamiento de Berryessa se comunicó a las 19:13 a la oficina del *sheriff* de Napa. El agente Dave Collins y el ayudante del *sheriff* Ray Land fueron enviados al lugar de los hechos.

A las 19:40, una hora y diez minutos después de la agresión, sonó el teléfono en la comisaría de Napa, y respondió el telefonista.

—Comisaría de Napa, agente Slaight.

La llamada estaba en la línea 1.

—Quiero dar parte de un asesinato; no, de un doble asesinato —dijo el interlocutor. A Slaight le pareció la voz de un hombre de veintipocos años; su tono era tranquilo—. Se encuentran tres kilómetros al norte del cuartel general del bosque. Estaban en un Volskwagen Karmann Ghia blanco.

Se produjo una larga pausa.

—¿Quién es usted? —preguntó Slaight.

—Soy el que lo ha hecho —dijo el hombre en una voz

«apenas audible».

El agente, que organizaba las salidas de los policías, oyó que colgaban el teléfono, pero la línea no se cortó. «¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien ahí?», preguntó Slaight. Sabía que la comunicación no se había cortado porque oía el tráfico pasar.

—No sé por qué, me dio la impresión —dijo después— de que había gente al lado, o cerca, porque creo recordar que oí voces femeninas... pero al mismo tiempo estaba llamando a la oficina del *sheriff* de Napa por otra línea, así que es difícil saberlo. Informé a la oficina de la llamada y después llamé a la operadora para ver si podían localizarla.

La policía lo hizo en seguida, y descubrió que procedía de un teléfono público situado en el número 1231 de Main Street, el Lavado de Coches de Napa. Estaba sólo a cuatro manzanas y media de la comisaría y exactamente a 37,8 kilómetros del lugar de la agresión. La policía pudo sacar una huella clara de la palma de una mano del auricular; hubo que secar la huella con luz artificial antes de echar los polvos en la superficie. La huella tiene que estar seca, porque de otro modo los polvos se adhieren a la humedad, y no a los ácidos de la mano.

Que el asesino pensara que los dos estudiantes estaban muertos indica que se marchó inmediatamente del lago.

Las intrincadas calles de un solo sentido de Napa y la situación de la cabina telefónica me hicieron pensar que Zodiac conocía Napa tan a fondo como Vallejo. Había girado a la derecha en la calle 1 y había seguido hasta la comisaría de Napa; después había vuelto a girar a la derecha para entrar en Main Street y había llamado a la policía. Después, el asesino tuvo que coger la avenida Soscol para volver a la 121 (que se convertía en la autopista 29) y, como no podía

volver en dirección al lago, debió de encaminarse al sur, hacia Vallejo. ¿Vivía en Vallejo? ¿O más allá?

Al asesino le gustaba llamar cerca de la comisaría, lo que podía explicar por qué no llamó desde el camino de Berryessa. Y, como siempre, había matado o atacado en una zona de confusa jurisdicción policial.

El duro y fornido inspector sargento Kenneth Narlow, de la oficina del *sheriff* del condado de Napa, se hizo responsable de la investigación y se cercioró de que se buscaran a todos los testigos que pudieran haber visto algo sospechoso en la zona del ataque del lago.

—Cuando me llamaron de la oficina —me contaría Narlow —, fui inmediatamente al hospital a hablar con las víctimas. No tenía sentido ir corriendo a Berryessa. Cecelia Shepard estaba inconsciente.

Cuando Narlow llegó al fin al escenario del crimen, la rabia ensombreció su rostro ancho y moreno. Alguien había cogido la manta de lana de colores y la cuerda antes de su llegada y las había metido en una caja.

Entonces, Narlow miró la puerta del Volskwagen blanco, y lo que vio le puso los pelos de punta. El asesino había escrito en la puerta, con un rotulador negro:

Vallejo
20-10-68
4-7-69
27 sept 69-18:30
con cuchillo

Narlow reconoció los números. Eran las fechas de los asesinatos en los condados de Vallejo y Solano.

Un maníaco andaba suelto, y se había desplazado al

norte.

Los técnicos del laboratorio forense descubrieron huellas de neumático del coche del asaltante e hicieron moldes de escayola, un «vaciado». En la parte delantera había dos neumáticos de tamaños distintos, muy desgastados. La policía anotó la anchura entre las ruedas, que era de 142 centímetros.

Un examen minucioso del ayudante Collins reveló una extraña pisada que llevaba al coche de Bryan. Las mismas huellas llevaban al lugar del crimen y volvían a subir la colina hasta la carretera. Se hicieron moldes de las huellas del asesino, del número 44. Las pisadas eran muy profundas. Narlow llamó a uno de los policías más gruesos para que caminara al lado de las huellas. Pesaba unos 95 kilos pero se hundió menos que Zodiac. «Sí, un agente llevó a cabo un estudio de compactación de la arena —me dijo Narlow— y, para que la huella fuera tan profunda, llegamos a la conclusión de que Zodiac tenía que pesar 100 kilos». Se enfrentaban a un hombre grueso; la claridad de las huellas en la zona del talón indicaba que el hombre no corría cuando se marchó.

—Cuando lo describí, dije que estaba muy gordo —me contó Bryan—. No sé, puede que estuviera un poco grueso y que llevara una chaqueta acolchada. Y no es imposible que el tipo llevara una peluca, pero el cabello oscuro… Recuerdo una frente más o menos grasienta.

Narlow se arrodilló en las piedras cubiertas de arena y miró las pisadas de cerca. Entre el talón y la suela había un circulito raro con un dibujo. «El círculo se veía, pero no pudimos distinguir el dibujo. Pero así es como identificamos esa suela. Pudimos establecer quién era el fabricante», me contó Narlow. Más tarde descubrió que eran de unas botas

de matón Wing Walker. «La parte de arriba las fabrica la empresa Weinbrenner Shoe Company —dijo Narlow—. Está en Merrill, Wisconsin, a unos treinta kilómetros del pueblo donde nací. Las suelas las fabrica Avon, en Avon, Massachusetts. En ellas aparece el dibujo en el circulito». Se fabricaron más de un millón de esas botas como parte de un contrato gubernamental. Se mandaron 103.700 pares a Ogden, Utah, y se distribuyeron por las instalaciones del Ejército del Aire y de la Marina de la costa oeste.

La bota encargada por el gobierno indicaba que el asesino tenía algún tipo de relación con el Ejército.

—No creo que nadie siguiera de verdad [a la pareja], por el simple motivo de que su plan de ir a Berryessa fue completamente improvisado —dijo Narlow—. La pareja no lo tenía planeado; además, esa noche iban a ir a la ciudad. Contrariamente a lo que se dice en algunos informes publicados, las heridas no tenían una forma sádica, no formaban ningún dibujo ni nada parecido… en los senos no había ningún dibujo que apuntase a un signo del zodíaco. Cierto tipo de agresores utilizan determinadas armas porque se acercan más a sus víctimas. Si quieres salir a matar sólo por matar, puedes utilizar un rifle de gran alcance y una mira telescópica y matar a doscientos o trescientos metros de distancia, pero así no se consigue una especie de efecto sexual. Pero clavar un cuchillo a alguien es el contacto más íntimo que puedes tener con una víctima, y, no cabe duda, eso es en parte lo que excita a Zodiac. —Narlow también insistió en que el cuchillo no hace ruido al matar.

Asimismo, supo que un hombre se había estado comportando de manera extraña en las inmediaciones del lago aquel día, e hizo que Bob McKenzie, del Archivo General de Napa, dibujara un retrato robot.

—Aquel esbozo —me dijo Narlow— fue trazado con la ayuda de tres chicas jóvenes del Pacific Union College, que

habían visto a ese individuo en un coche actuando de forma extraña, pero fue bastante lejos del escenario del crimen. No obstante, pudo haber sido él.

—Es posible que no sea el asesino —declaró el comandante Don Tonwnsend de la oficina del *sheriff* del condado de Napa—, pero nos gustaría hablar con ese hombre.

Los técnicos del laboratorio examinaron la cuerda de tender la ropa y desmontaron la puerta del coche para estudiarla y llevar a cabo un examen grafológico; después la guardaron en espera de que el asesino fuera capturado.

Fui con un amigo a Berryessa a hablar con el guardabosques Land y a ver de cerca el lugar del crimen.

Berryessa estaba prácticamente desierto en esa época del año y no me costó encontrar el cuartel general del bosque. Llamaron a Land por radio, y a los quince minutos nos dirigíamos en coche al lugar donde habían atacado a Bryan y Cecelia, a unos ochocientos metros.

—Lo que está claro, Robert —me dijo Land—, es que fue muy raro. No es tan infrecuente que apuñalen a alguien ahí. En los meses de verano hemos tenido varias denuncias por apuñalamiento. Ése era el segundo asesinato que se producía aquí, pero el primero no está claro. No sabemos si fue un asesinato o no. Podría haber sido un suicidio.

Una cadena impedía el paso al camino polvoriento, pero Land salió, abrió el candado con combinación y nos encaminamos a la península.

—Tened cuidado con las serpientes de cascabel —nos advirtió.

El día después del asesinato, Land se subió al ala rígida de un avión e hizo unas fotografías aéreas del lugar de la agresión. La península destacaba. Miré las fotos. Era muy

difícil imaginar que otra persona pudiera acercarse subrepticiamente a alguien pasando por una amplia zona abierta, con sólo dos árboles al final. Hasta que me senté en el mismo sitio que Bryan y Cecelia e hice que un amigo viniera hacia mí a través de la península, no me di cuenta de cómo no se había dejado ver el hombre corpulento.

A mi izquierda, de cara a la orilla, había una honda depresión que bordeaba la ligera elevación de la isla donde estaban los dos robles. En determinado momento mi amigo desapareció. La depresión, de más de un metro ochenta de profundidad, era como un angosto saliente que rodeaba la isla. Eso permitió al hombre corpulento, sin ponerse siquiera en cuclillas, acercarse a ellos dando la vuelta, pasando por un banco de arena de la orilla, y llegar al roble, al que se subió y donde se puso la capucha.

Miré el lago tranquilo. Al cabo de un mes, en la estación húmeda el lago subiría de nivel y se tragaría el terreno que yo pisaba. Me di cuenta de que todos los asesinatos de Zodiac se habían producido cerca del agua. ¿Por qué le atraía?

Lunes, 29 de septiembre de 1969

A las 15:45, Cecelia Ann Shepard, a quien acompañaban sus padres, murió por múltiples heridas en la espalda, pecho y abdomen.

Townsend puso de inmediato a Bryan bajo una estrecha vigilancia. «Con un psicópata suelto, no podemos correr riesgos con el único testigo vivo», dijo.

A Bryan le enfurecía que la ambulancia hubiera tardado más de una hora en llegar al lago y después otra hora en llegar al hospital. «Si Cecelia hubiera recibido atención médica donde nos encontraron los guardabosques, podría

haber sobrevivido. Pasó mucho tiempo antes de que recibiéramos auxilio».

Jueves, 2 de octubre de 1969

El mismo día en que la afligida comunidad adventista asistía al funeral de Cecelia en el presbiterio de la iglesia de la universidad, Townsend declaraba a la prensa: «Hay un par de cosas que aún no hemos contado, para poder identificar al hombre si quiere volver a llamar. Sólo puede tratarse de una persona con trastornos mentales. Debe de obtener satisfacción sexual en el acto de matar».

Townsend reconoció que el símbolo de la retícula de la puerta del coche era el mismo que utilizaba Zodiac en las cartas a los periódicos. Avisaron a los habitantes de Napa de que no se internaran en zonas apartadas y de que viajaran en grupos por la noche hasta que atraparan al asesino. Los restaurantes de comida rápida y los *drive-ins* se convirtieron en zonas fantasma por la noche. En Vallejo, los padres decían a sus hijos adolescentes que, si no abandonaban la seguridad de las casas, podían besarse dentro con sus parejas sin que nadie les molestara.

En la investigación de Narlow participaron Lundblad y Lynch, así como Mel Nicolai, de Investigación e Identificación Criminal (CI&I, en sus siglas inglesas). Los cuatro colaboraron estrechamente, intercambiando teorías e información.

Los investigadores consideraron que los crímenes de Zodiac tenían en común lo siguiente:

1. Las víctimas eran estudiantes jóvenes, parejas.
2. Todas las agresiones se producían en fines de semana, dos de ellas cerca de las vacaciones.

3. Los asesinatos se cometían al atardecer o de noche.
4. No tenían como motivo el robo ni el abuso sexual.
5. En cada ocasión se empleó un arma distinta.
6. El asesino se sentía impelido a jactarse de los crímenes por teléfono o por carta.
7. Zodiac mataba en caminos alejados, frecuentados por parejas.
8. Todos los asesinatos se cometían en coches o cerca de ellos.
9. Las víctimas siempre se encontraban cerca del agua.

Townsend creía que el asesino odiaba más a la víctima del sexo femenino que a la del masculino, porque, en los dos casos, el hombre había sobrevivido a la agresión y la mujer no. El verdugo psicótico parecía buscar las zonas que ofrecían intimidad a las parejas jóvenes las noches de fin de semana, seguramente cuando él se sentía más solo.

Lo aterrador era que, ahora, los asesinatos se producían cada vez más seguidos.

5. Paul Lee Stine

Sábado, 11 de octubre de 1969

No es fácil aparcar el coche al pie de una empinada colina de San Francisco. El hombre corpulento acercó las ruedas a la acera, echó el freno de mano, cerró la puerta, y subió resoplando la colina para coger un autobús rumbo a la zona de los teatros.

Se bajó en Posty Powell y se quedó un rato en Union Square, mirando las filas de taxis de color amarillo canario que entraban y salían por la puerta del viejo y elegante hotel St. Francis. Aquella tarde llevaba una parka azul y negro para protegerse del viento frío de la bahía.

Cruzó Powell y empezó a andar por Geary, hacia Masón. A su lado pasaban haces de faros rojos y vio el movimiento de las parejas bajo los focos brillantes del barrio de los teatros, a una manzana de distancia. Eran las 21:30 y el público de la primera función de *Hair* salía del teatro Geary. Al lado del Geary estaba el aún más grande y recargado Curren. El hombre fornido volvió debajo del toldo con rayas rojas de la librería y quiosco Harold’s, y vio cómo los taxis — de las empresas Luxor, Desoto, Veteran’s, City y Yellow Cab — convergían en los teatros.

Paul Lee Stine estaba aparcado en la parada de taxis delante del St. Francis cuando le llamaron para ir a la Novena Avenida. El taxi de Stine se introdujo en el tráfico de la calle Powell y giró en Geary. En el lateral del coche decía: «Llame al 626-2345 Radio Taxi». La puerta del lado del

conductor estaba abollada por un accidente de hacía unos días.

Stine tuvo que reducir la velocidad a causa del tráfico. Cuando pasó por el restaurante Pinecrest, un hombre robusto salió de debajo de un toldo a rayas, puso la mano en el lado del conductor, cerca del retrovisor, y miró dentro del taxi. A contraluz, sólo era visible su silueta; el resplandor se veía a través de su pelo rapado y destacaba la curva de su cráneo. Después de subir al asiento de atrás, el desconocido pidió ir a una dirección en el barrio residencial de Presidio Heights. Stine escribió la dirección en su hoja de ruta, «calle Washington y Maple», y bajó la bandera.

El taxi tomó Geary, hacia el oeste, hasta la esquina de la avenida Van Ness, donde dobló a la derecha y entró en la carretera de California, por donde giró a la izquierda. Después de once manzanas, llegó a Divisadero. Giró otra vez a la izquierda, y siguió avanzando al oeste por Washington. La noche se cerraba.

Bien iluminada y húmeda de niebla, la calle Washington tenía a ambos lados caras mansiones con grandes escalinatas y enormes cantidades de filigrana y hierro forjado. Cuando el taxi bajó la marcha en Maple y Washington, el destino previsto, el hombre corpulento apenas distinguía borrosamente su coche, aparcado al pie de la colina. Después de terminar su tarea en el taxi, el hombre fornido tenía previsto bajar corriendo la colina hasta el coche y desaparecer en la noche.

De pronto, un hombre apareció delante de los faros del taxi de Stine, un hombre que paseaba a su perro. El hombre robusto se echó hacia delante y le dijo al taxista:

—Avance otra manzana.

Soplaba una brisa leve y el hombre fornido oía unas campanillas que agitaba el viento en una de las casas cercanas. El taxi se detuvo entre dos árboles en la esquina

de Washington con Cherry, justo delante del número 3898 de Washington.

Súbitamente, el grueso desconocido puso con fuerza la boca de una pistola en la mejilla derecha del taxista, cerca de la sien; haciendo un gancho con el brazo izquierdo le agarró la garganta. Stine intentó levantar la mano izquierda por encima del hombro derecho, en vano. El hombre apretó firmemente el gatillo; el arma se disparó.

Se oyó un pequeño ruido. La piel quedó sellada a la boca de la pistola y la explosión penetró en los tejidos. Partículas de pólvora sin quemar explotaron junto a la recámara del arma, posándose en las manos enguantadas del asaltante. Se produjo una perforación cónica en el cráneo del taxista cuando se disparó el proyectil. La bala, al dar vueltas y describir espirales, con las partículas de metal fundido que expulsaba desplazándose a más de treinta kilómetros por segundo, creó múltiples fracturas en el cráneo. La bala de plomo, recubierta de cobre, se deshizo y se partió en cuatro fragmentos, entró por la derecha y por el lateral hacia el centro del arco cigomático y finalmente quedó alojada en el músculo temporal izquierdo.

Al mismo tiempo, el cañón y el pasador retrocedieron hasta que el movimiento del cañón se detuvo. Continuando el retroceso, el pasador pasó por el percutor, lo amartilló, y chocó contra el receptor mientras el cartucho vacío se enganchaba y caía al suelo del taxi. El pasador volvió a avanzar, sacó el siguiente cartucho del cargador de dos filas y lo metió en la cámara; después volvió a cerrarse sobre el cañón. La pistola estaba lista para ser disparada de nuevo.

El asesino salió por la puerta de atrás y entró por la puerta delantera derecha. Se puso la cabeza de Stine en el regazo mientras cogía su cartera y le arrancaba un trozo de camisa.

A las 21:55, una chica de catorce años, justo enfrente del

taxi, en la misma calle, miraba por la ventana central del segundo piso de su edificio. Se estaba celebrando una fiesta, pero ella se había puesto la mano sobre los ojos y miraba la calle brumosa. De pronto llamó a su hermano de dieciséis años y a otro hermano menor para que se acercasen a la ventana. Estaban casi a quince metros de distancia y veían directamente el taxi.

La cabeza del taxista reposaba en el regazo de un hombre corpulento. Éste parecía pelear con el taxista, o registrarle. Luego se agachó sobre el asiento del conductor, por encima del cuerpo del taxista, y dio la impresión de que limpiaba el interior del taxi.

El hombre estaba haciendo algo con el cuerpo del taxista, pero los asistentes a la fiesta, que ahora se arremolinaban en torno a la ventana del piso superior, no podían ver qué. La puerta del copiloto se abrió, y el hombre grueso salió al fin.

Dio la vuelta al taxi, llevando consigo una especie de trapo o toalla, y empezó a limpiar la puerta del conductor, la manilla, los alrededores del espejo exterior y el lado del copiloto. En cierto momento abrió la puerta del conductor y se agachó a limpiar otra vez la zona del salpicadero. Para no perder el equilibrio, apoyó la mano derecha en la franja que separa las ventanas delanteras de las traseras. Seguía teniendo el trozo de tela en la mano izquierda. Entonces cerró la puerta y se marchó.

Cuando dobló la esquina, pasando al lado de un buzón de correos, los chicos lo perdieron de vista. Iba hacia el norte, por Cherry, en dirección a Presidio. No corría.

Mientras todo esto sucedía, los asistentes a la fiesta habían llamado a la centralita de la policía. El operador tomó nota de la llamada de las 21:58. Notó que su interlocutor se encontraba sometido a una fuerte tensión. Mientras rellenaba la ficha con la dirección de quien había

llamado, preguntó:

—¿Estaba el crimen sucediendo en ese momento?

—Sí.

Intentó obtener una descripción física del hombre y, en ese momento, por algún motivo, se cometió un error increíble: el hombre fue erróneamente descrito como un AN, un Adulto Negro.

—¿Hacia dónde se dirigía al marcharse? ¿Iba armado?

El operador anotó las respuestas. Entregó inmediatamente la ficha al agente que organizaba las salidas, que se acercó a su panel de luz, consultó un complejo mapa de San Francisco que estaba dividido en distritos y sectores, e hizo un llamamiento general a todas las unidades de policía, a los coches y furgones: una APB.

—Se recomienda precaución —añadió.

Un coche patrulla de la policía se encontraba cerca de Cherry y Washington y se desplazó a toda velocidad al lugar de los hechos. La patrulla llegó a Jackson y Cherry a las 22:00 y vio a un hombre robusto «andando lentamente» en la niebla, hacia Presidio.

La unidad de radio, los patrulleros Donald Foukes y Eric Zelms, que buscaban a un hombre negro, llamaron con un grito al desconocido y le preguntaron si había visto algo raro en el último minuto, aproximadamente. El hombre grueso respondió que había visto a un hombre blandiendo una pistola que corría hacia el este por Washington, y el coche patrulla partió velozmente en esa dirección.

Si la unidad de radio hubiera parado al hombre corpulento, habrían visto que tenía empapado de sangre el regazo, donde se había posado la cabeza de Stine. Su ropa oscura y las sombras penetrantes de los árboles de la calle ocultaron las manchas. Los agentes, debido al malentendido en la comunicación, no tenían motivo alguno para buscar a un HB, un hombre blanco. Si le hubieran pedido al hombre

corpulento que se acercara al coche para hacerle unas preguntas rápidas, podrían haber sido abatidos a tiros; el asesino habría tenido la ventaja que le concedía la pistola de 9 milímetros oculta en la mano derecha. El patrullero más veterano vio claramente el perfil del hombre, pero pasó algún tiempo antes de que los dos policías se dieran cuenta de que habían hablado con el asesino de Stine. Habían estado a punto de atraparlo. Aquél fue el comienzo de la obsesión patológica del hombre corpulento por la policía de San Francisco.

El hombre se paró en el frío aire de la noche. En lugar de dar media vuelta y volver inmediatamente a su coche, entró en Presidio y se dirigió al parque infantil Julius Kahn. Entonces, agachándose un poco junto al muro de piedra, volvió a su coche, en dirección al sur.

A las 22:55, llegaron al lugar del crimen los agentes Armand Pelissetti y Frank Peda, al mismo tiempo que el inspector de Homicidios Walter Kracke, que estaba en las inmediaciones e iba a su casa. Los dos coches se detuvieron justo detrás del taxi. Al salir, vieron a Paul Stine con un tiro en la cabeza, la parte superior de su torso en el asiento del copiloto y la cabeza apoyada en el suelo del coche.

Cuando Kracke abrió la puerta, la mano izquierda del conductor cayó hacia fuera, con la palma hacia arriba, casi tocando la calle. El asaltante no se había molestado en quitarle el reloj y el inspector vio la fina correa negra en la muñeca del asesinado. Un Timex. El agresor también le había dejado el anillo del instituto.

El taxímetro seguía puesto. Las llaves del taxi habían desaparecido.

Los agentes llamaron a una ambulancia, «código tres», y transmitieron una descripción corregida del asesino, diciendo que era un hombre blanco adulto, según les habían dicho los adolescentes. Más unidades confluyeron en el

lugar de los hechos.

La ambulancia número 82 llegó a las 22:10. El enfermero de la ambulancia certificó la muerte de Stine. Kracke había llamado a todas las unidades de perros disponibles y pidió un coche de bomberos con faro para iluminar la zona. A continuación, informó al juez de instrucción de San Francisco. Como el inspector Kracke había oído el primer comunicado por radio de la policía y había respondido al instante, con la ayuda de los dos policías de la comisaría de Richmond pudo conservar un escenario del crimen perfecto.

A las 22:20 llamaron al equipo de homicidios de guardia, los hombres que se encargarían del caso hasta que fuera resuelto.

El inspector de homicidios Dave Toschi (pronúnciese Taski) estaba exhausto, física y mentalmente. Se había ido a la cama en cuanto llegó a casa, a las ocho en punto. El teléfono sonó a las 22:30.

Toschi oyó la voz del telefonista nocturno de la policía, que llamaba desde el cuarto piso del Palacio de Justicia en la calle Bryant.

—Dave —dijo el telefonista—, han disparado a un taxista de Yellow Cab, seguramente le han robado y es posible que le hayan apuñalado.

—¿Dónde? —farfulló Toschi.

—En la calle Washington —dijo el agente de comunicaciones—, entre Maple y Cherry. Más cerca de Cherry.

«Qué demonios está pasando», pensó Toschi. Era su cuarto asesinato desde el 7 de octubre. Acababa de llegar a casa de un homicidio, una muerte por una paliza. «Dios mío, ¡cuatro homicidios en cuatro días!».

El inspector cogió su acostumbrado cuaderno de hojas

amarillas pautadas y escribió la fecha, la hora exacta a la que había recibido la información por teléfono, y el nombre del agente de comunicaciones.

Llamó a su compañero, Bill Armstrong, y le dijo que le recogería en diez minutos. Pero luego se le ocurrió otra cosa. Llamó al centro de operaciones:

—Hay mucha gente que pasa un sábado por la noche por ese lugar; cercioraos de que intenten tocar lo menos posible el escenario del crimen. Decidles que impidan acercarse al taxi a nadie. Y que no dejen, bajo ningún concepto, que nadie toque el coche.

Toschi llamó al laboratorio forense, se metió tambaleante en el baño y se pasó la mano por el cabello negro y rizado. Se lavó los dientes y se vistió deprisa con unos pantalones marrones, su par extra de mocasines Hush Puppies, calcetines oscuros, chaqueta de pana y gabardina para las cuatro estaciones. Fuera hacía frío, y muchas veces no volvía a casa en dos días. Los inspectores trabajan en ocho turnos de dos personas. El «equipo de guardia» se responsabiliza de todos los homicidios que se produzcan en su semana y tienen las siete semanas siguientes para trabajar en esos casos.

Toschi hizo una pausa para beberse de un trago una taza tibia de café Instant Folgers, cogió su omnipresente carpeta y se despidió con un beso de su mujer, Carol. Ella estaba acostumbrada a que lo llamaran en cualquier momento.

Puso en marcha el coche familiar, un Borgward rojo de dos puertas, y salió marcha atrás del garaje. Unos minutos después, vio a su compañero en la esquina, con un jersey negro de cuello alto y una gabardina negra. Armstrong se subió al coche. Mientras se dirigían al lugar de los hechos, Toschi informó a la policía militar y le pidió ayuda para buscar al asesino. Los dos inspectores llegaron al bullicioso lugar del crimen a las 23:10, exactamente a la misma hora

que la policía militar, y tres minutos después de la llegada del juez de instrucción.

Luces rojas, luces azules centelleantes, lámparas de carbón, intensas luces amarillas: la calle Washington brillaba como si fuera un día de verano. Varios cientos de personas se habían congregado cuando los inspectores aparcaron enfrente del taxi, justo debajo de la ventana de la fiesta de los adolescentes. Toschi se alegró de haber llamado al centro de operaciones para que acordonaran el taxi. Aunque habían podido alejar del escenario del crimen a una muchedumbre demasiado curiosa, Toschi y Armstrong tenían que tener cuidado para no ahuyentar a testigos importantes ni tocar o pisar algo.

Un patrullero les informó de los detalles del asesinato. A Armstrong y Toschi les dio la impresión de que aquello había empezado como uno de tantos robos a taxistas, pero que, torpe y poco eficaz, había terminado trágicamente.

A los dos compañeros les pareció obra de un aficionado: el asesino se había ido del lugar de los hechos dejando gotas de sangre, y seguramente no había conseguido mucho dinero. Calcularon que Stine había ganado esa noche, como mucho, veinte o veinticinco dólares. El asesino se había llevado la cartera.

En su cuaderno amarillo, Toschi anotó una descripción completa del cadáver y de su entorno inmediato. El asesino había dejado en el cuerpo de Stine siete llaves, un anillo, una chequera y algunos papeles: documentos del coche y de una moto. Había exactamente 4,12 dólares en el bolsillo del muerto, todo en monedas.

El taxi estaba lleno de sangre.

Toschi se quedó en el coche mientras Armstrong recogía el nombre y la dirección de todos los testigos.

Toschi se agachó y examinó el cadáver, fijándose en posibles rasgaduras en la ropa, si la sangre estaba fresca o seca, o si había armas a la vista. La sangre seguía brillando en el asiento del coche, el salpicadero, incluso en el taxímetro. Se pegaba y ocultaba en todos los resquicios, recovecos y grietas del asiento del conductor. «Stine sangró abundantemente», escribió Toschi.

Mientras tanto, Armstrong hizo que los agentes de paisano comprobaran varias veces si alguno de los residentes había visto u oído algo. Aun cuando los dos inspectores no estaban juntos, sabía cada uno lo que hacía el otro, para evitar hacer lo mismo. Normalmente uno decidía quedarse junto al cadáver, como Toschi hizo esa noche.

Toschi está firmemente convencido de que el cadáver dice casi todo lo que hace falta saber para resolver un caso.

A mano alzada, en un folio en blanco, el inspector dibujó un esbozo del escenario del crimen, incluyendo el taxi y los edificios y la posición del cuerpo con respecto a ellos. Incluso las fotografías tomadas desde todos los ángulos imaginables presentan una imagen distorsionada del cuerpo en relación a su entorno; por eso, él tomó medidas exactas con su metro de acero y las incorporó al esbozo.

Cuando el técnico del juez de instrucción sacó el cadáver del coche, el callejero ensangrentado de Stine salió con él y cayó a la calle. Metieron el cuerpo en una bolsa de color verde y negro oscuro, provista de una larga cremallera, y después lo pusieron en una camilla. Se hicieron fotos de todo lo que podía estar debajo del cadáver.

Toschi se agachó.

Sí, ahí estaba: casi debajo del asiento, cerca del centro del taxi, brillaba el cobre de un cartucho de 9 milímetros. En la esquina del asiento del copiloto había, sobre la sangre, tres franjas que podían ser las marcas de tres dedos. Como

Stine había caído hacia el asiento del copiloto con las palmas hacia arriba, Toschi pensó que podían ser del asesino.

Debajo del salpicadero, encontró un par de guantes de cuero de color negro claro. Estaban empapados de sangre pero eran demasiado pequeños para ser de hombre. Después descubrió que pertenecían a una pasajera anterior.

A las 23:30 el laboratorio forense respondió: Bob Dagitz de San Rafael y Bill Kirkindal de Pacífica eran dos de los mejores técnicos del departamento. Los dos eran expertos en dactiloscopia. Dagitz y Kirkindal buscaron en el interior del taxi huellas latentes que el asesino hubiera podido dejar.

Las huellas latentes son aquellas que quedan en las superficies después de que las palmas y los dedos se impregnen de los aceites naturales del cabello y el rostro. El sudor de las manos no lubrica lo bastante para dejar impresiones. A menos que la persona haya tocado grasa o polvo, esas huellas son invisibles y deben sacarse a la luz echando sobre la superficie unos polvos grises o negros. Una vez que la huella es visible, se puede trasladar a una cinta transparente y fijarse en una ficha de tres por cinco pulgadas sobre un fondo contrastado.

Los técnicos marcaron el lugar de las huellas latentes, midieron la distancia de las impresiones desde el suelo y el techo, e hicieron que los hombres del laboratorio fotográfico sacaran fotos de las zonas. Después, habría que tomar las huellas de todos aquellos que se habían subido al taxi aquel día, localizados mediante la hoja de ruta, y compararlas con las huellas claras que obtuviese el laboratorio. La gran mayoría serían fragmentarias o estarían sobreimpuestas. Había que tomar las huellas de Stine; probablemente ya estuvieran archivadas en Yellow Cab. También se examinarían con detalle las manos de la víctima en busca de cortes, moratones o uñas rotas, así como su cabello.

Toschi vio dos marcas alargadas y oscuras en la mano izquierda de Stine. A lo mejor la había levantado para protegerse de la explosión de la pistola.

Entonces, los dos técnicos forenses descubrieron la pista más importante en el caso Stine: las huellas de una mano derecha impresas en sangre. Esta información y el lugar donde se habían encontrado las huellas se mantendría como dato completamente confidencial.

El juez de instrucción autorizó el traslado de la víctima al depósito de cadáveres, y los ayudantes del *sheriff* Schultz y Kindred se hicieron cargo del muerto.

Los testigos adolescentes habían dado a Armstrong y Toschi una descripción harto vaga del asesino, y ahora éstos ampliaron la búsqueda. «Peinad la zona —dijo Toschi— y buscad a todo aquel que concuerde con la descripción: chaqueta oscura, rapado, un hombre grande, más o menos grueso, fornido…».

Las unidades de perros empezaron a registrar las manzanas de alrededor buscando a alguien escondido en los portales, los caminos de entrada a las casas, o entre las sombras.

Toschi y Armstrong buscaron minuciosamente más cartuchos o agujeros de bala y no encontraron ninguno. El cartucho fue etiquetado e identificado con gran cuidado para que no resultase dañado de ninguna manera. El agente hace una marca especial en la punta de las balas utilizadas y recuperadas, nunca en el costado, para no alterar las estrías. La custodia de las pruebas queda fijada desde el momento de su descubrimiento para establecer una cadena legal. El laboratorio forense necesita la bala mortal, el casquillo mortal, ropa de la víctima que tenga quemaduras de pólvora y, si es posible, la propia arma del crimen.

Presidio, sede actual del Sexto Ejército, está a una manzana y media al norte de Cherry y Washington. La base

está abierta veinticuatro horas al día, prácticamente sin vigilancia y con muy pocas zonas de acceso restringido. Los vecinos declararon a los inspectores que habían visto a una figura fornida pasando como una exhalación por el parque infantil Julius Kahn y metiéndose en la espesa maleza de Presidio. Toschi mandó que encendieran los potentes focos de los bomberos para iluminar toda la zona. Un elevado número de patrulleros empezó a buscar árbol por árbol, arbusto por arbusto, mientras las linternas rasgaban la oscuridad. A lo lejos, las voces se llamaban unas a otras.

Esperaban que su presa estuviera por delante, avanzando entre la maleza, intentando perderse en la verde extensión de Presidio. Oculto en la oscuridad y en el silencio, esperaban encontrar al asesino de Paul Stine.

Las unidades de patrullas de perros, siete de los mejores perros de búsqueda del país, se congregaron en la puerta delantera de Presidio y se fueron desplegando una a una en varias direcciones. Durante más de una hora los perros avanzaron con rápida determinación, olisqueando la densa maleza del interior del recinto.

Armstrong y Toschi sopesaron las posibilidades: ¿el asesino había atravesado rápidamente el bosque oscuro, había salido de Presidio por la avenida Richardson, se había metido en la autopista 101 por detrás de Fort Point hasta el puente Golden Gate, y había desaparecido en el condado de Marin? ¿Podía haber tomado un atajo por el parque infantil Julius Kahn y haber vuelto sobre sus pasos hacia la calle Jackson, al sur?

Después de hablar con el jefe de Stine en Yellow Cab, LeRoy Sweet, supieron que la última llamada para el taxista se había producido a las 21:45, para que fuera al número 500 de la Novena Avenida. Cuando Stine no apareció, asignaron la carrera a otro taxi. El taxímetro de Stine, que seguía en marcha cuando lo encontraron, marcaba

exactamente 6,25 dólares a las 22:46. Eso mostraba que Stine había recogido a otro cliente, el asesino, mientras se dirigía al encargo de la Novena Avenida.

Contando hacia atrás a partir de lo que indicaba el taxímetro, Toschi pudo determinar aproximadamente dónde había parado el asesino a Stine. Los taxis de la ciudad eran de los más caros de Estados Unidos en 1969; Stine habría cobrado 1,35 dólares por una carrera de tres kilómetros.

«¿Cómo había llegado en un principio el asesino al distrito de los teatros? ¿Había vuelto a su coche? ¿Lo tenía ahora aparcado en el gran aparcamiento y garaje del Downtown Center?», se preguntaba Toschi.

A la 1:00, el taxi cruzó la ciudad a bordo de una grúa hasta el Palacio de Justicia, seguido por Dagitz y Kirkindal.

A las 2:00 suspendieron la búsqueda. Armstrong y Toschi abandonaron el lugar de los hechos.

Un asesino había asediado las calles de ese barrio rico y elegante y luego había desaparecido en la niebla.

Domingo, 12 de octubre de 1969

La descripción policial del asesino fue retransmitida sin cesar durante toda la noche y las primeras horas de la mañana. En ese momento, la policía militar había dejado de buscar en Presidio.

A la 1:30, diez minutos después de que informaran por teléfono a la mujer de Stine, Claudia, de su muerte, Dagitz y Kirkindal iniciaron el examen del taxi en el depósito del Palacio de Justicia. Registraron minuciosamente el Yellow Cab número 912, matrícula de California Y17413, en busca de más cartuchos, balas, agujeros de bala o cualquier otra prueba.

La primera autopsia que se realizó a la mañana siguiente

fue la del cadáver de Stine, un poco después de las 9:30. La sala de autopsias del juez de instrucción, blanca como la nieve y fría, está justo detrás del Palacio de Justicia y tres pisos por debajo de la oficina de Toschi. Los cadáveres del depósito se guardan en planchas de metal inclinadas dentro de cajones, cada uno con su número, como la taquilla de una estación de autobuses. Los nichos refrigerados de acero inoxidable, a 3ºC, están al lado de la sala de autopsias, que se mantiene a 15 °C. Tenues luces fluorescentes rebajan y eliminan las sombras. Los patólogos llevan batas de médico verdes y unos gruesos guantes de plástico de ama de casa, con las mangas enrolladas. Normalmente el forense principal supervisa o lleva a cabo la autopsia en persona. El informe de una autopsia incluye, como mínimo, la edad, el sexo, la raza, la constitución, y los rasgos característicos de la víctima. Se registran las señales de muerte tales como el *rigor mortis*, la frialdad, la lividez y la descomposición. Se realiza un examen interno de la cabeza y del tronco y un escrutinio interno de los órganos, del contenido del estómago, el cuello, la médula espinal, la cabeza, los vasos sanguíneos principales y el corazón. Se coloca una etiqueta de papel manila rojo enganchado a un alambre en un extremo del pulgar derecho del pie del cadáver. Antes de quitar la sangre y la suciedad, se hacen fotos de cerca del cadáver completamente vestido, siguiendo las indicaciones del patólogo. Se guarda la tela que haya en la herida para ver si tiene granos de pólvora. Con el fin de descartar cualquier causa que haya podido contribuir a la muerte, se lleva a cabo una autopsia al completo, aunque no haya penetrado nada dentro del cuerpo. «Penetrar» es un término que se emplea para indicar que un objeto ha entrado en el cuerpo pero no ha salido. Cuando el objeto entra y sale del cuerpo, se habla de «perforación».

El forense examinó la herida de la cabeza de Stine. Era

una abertura desigual, con forma de estrella. La pólvora y el hollín habían creado una bolsa entre la piel y el cráneo, ennegrecidos por el tremendo calor. Las quemaduras salían del exterior de la herida e iban hacia el interior. El «tatuaje» —partículas de pólvora incrustadas— de la piel adyacente a la herida irregular había sido causado por la llamarada y los gases en expansión. Tanto la mancha en la sien de Stine como la gran herida carbonizada indicaban al forense que la boca de la pistola había tocado la cabeza. En un disparo así, la herida de salida es mucho más pequeña que la de entrada, no como una herida en la que no hay contacto, en la que sucede lo contrario. En el caso del taxista, la bala no había salido, sino que se había alojado dentro.

La lividez *post mortem*, una decoloración purpúrea de las partes del cuerpo más cercanas al suelo, se produce unas dos horas después de la muerte. Esto da una indicación de cuánto tiempo ha transcurrido desde la muerte. Los músculos de la cabeza, del cuello, la mandíbula y los párpados de Stine habían empezado a ponerse rígidos, el principio del *rigor mortis*. Pasan dos o tres días antes de que la rigidez comience a desaparecer.

Mientras se llevaba a cabo la autopsia, la policía interrogó a los testigos adolescentes y preparó un retrato robot con un policía que también era dibujante, y que sacó su lápiz de ébano, la goma de borrar, y el papel de dibujar Strathmore de siete mil gramos.

Tom Macris, el mejor dibujante de la policía del estado, me dijo una vez: «Tienes que decir al testigo que crea en sí mismo y en la capacidad infinita de la mente para captar detalles. Haces una entrevista guiada. Le pillas el punto a la persona, su capacidad mental, sus imágenes espontáneas». Como Macris, este dibujante trabajaba a partir del sentimiento y de la intuición. Asimismo, como la mayoría de los dibujantes de retratos robot, tenía un archivo de

imágenes, de personas con rostros de formas y peinados distintos. Los testigos revisan las fotos hasta que encuentran una parecida al sospechoso. Esto da al artista una base sobre la que construir. El dibujante hizo el retrato del rostro completo porque así se hacen las fotos de las fichas policiales y, de ese modo, se pueden comparar más fácilmente. Las descripciones de los homicidios suelen ser lo más difícil: lo más probable es que la atención del observador esté dirigida al arma.

—Era de complexión robusta —coincidieron los adolescentes—, y parecía medir alrededor de 1,78 metros. Llevaba una parka azul marino oscuro o negro y pantalones también oscuros.

—¿Qué forma tenía su cabeza? —preguntó el dibujante—. ¿Triangular? ¿Redonda? ¿Cuadrada? ¿Se parece a alguna de éstas?

Al cabo de media hora, el dibujante enseñó un esbozo incompleto a los adolescentes y dejó que lo observaran por encima de su hombro mientras trabajaba, para que le ayudaran a corregir y a definir.

—¿Y la frente? ¿Los ojos? ¿La nariz? ¿Orejas grandes? ¿Color del pelo? ¿Pelo largo o corto? ¿Os fijasteis en si tenía alguna cicatriz? ¿Se parece la nariz a alguna de las que he dibujado? ¿Ésta se acerca? Vale. ¿Tengo que cambiar algo? ¿Están los ojos demasiado juntos? ¿No lo he hecho demasiado joven?

Los adolescentes describieron a un hombre blanco con cabello rojizo o rubio rapado, de unos veinticinco o treinta años, que llevaba gafas.

Armstrong y Toschi decidieron divulgar el retrato robot resultante, el comunicado número 87-69. Enviaron uno a todas las compañías de taxis de la ciudad. Los inspectores querían avisar de que podía estar iniciándose un patrón de asesinatos de taxistas. Cada compañía recibió cien copias

de una circular de «se busca» que describía el *modus operandi* del asesino:

El sospechoso llama a un taxi en el centro sobre las 21:30 y se sienta en el asiento delantero al lado del taxista.

Dice al taxista que quiere ir a la zona de Washington y Laurel o a la zona cerca del parque o de Presidio. Al llegar a su destino, el sospechoso obliga al taxista a punta de pistola a continuar hasta el parque o hasta su interior, donde procede a perpetrar el robo.

En un caso disparó a la víctima a quemarropa en la cabeza.

El arma era una automática de 9 milímetros.

Armstrong y Toschi querían que cualquier taxista que hubiera visto a alguien parecido al retrato robot se pusiera en contacto con ellos.

Aunque los dos inspectores no lo sabían, tenían otros testigos: los dos policías de la unidad con radio que habían hablado con el asesino y que se habían visto empujados a una persecución infructuosa.

En esa época, Dave Toschi, de colorida vestimenta y voz suave, era casi con toda certeza el miembro más dinámico del cuerpo de elite del departamento de policía, los inspectores de homicidios. Era el «superpoli» de la ciudad.

Al elegante detective se le podía ver en el trabajo con una camisa de seda de manga corta, una chaqueta de pana, botines de color marrón oscuro con grandes hebillas de latón y una gran y perenne pajarita. Llevaba la pistolera al hombro, un modelo único que se lleva al revés y que permite sacar la pistola rápidamente, al costado izquierdo, con una fila vertical de repuesto de siete cartuchos y un par

de esposas. La pistola es una Cobra del calibre 38, una de las seis versiones del especial 38 con estructura maciza, culata, un tambor giratorio, y fabricada con una aleación de aluminio. Se trata de un revólver de acción simple y acción doble, que pesa un poco más de 400 gramos y con una longitud total de 17,5 centímetros. Steve McQueen tuvo una reunión con Toschi antes del rodaje de su película *Bullitt*, que se desarrollaba en San Francisco. McQueen mandó que le hicieran una réplica de la pistolera y de la pistola especial de Toschi y basó gran parte de su personaje en el sabueso de ascendencia italiana nacido en Marina.

Toschi era un hombre recio y musculoso de ojos oscuros, boca dura y sinuosa y mentón partido, todo ello coronado por una abundante cabellera negra y rizada. Con el tiempo, había intentado no llevarse los problemas de los casos a casa. Pero, cuando las soluciones se mostraban esquivas y le obsesionaban, daba paseos en coche por la Gran Autopista o caminaba a medianoche por su barrio de Sunset.

Y, a veces, después de un día particularmente duro, Toschi volvía a casa junto a Carol y sus tres hijas preadolescentes y se acomodaba en su gran butaca de cuero marrón; ponía el disco de una *big band* en la cadena de música, normalmente *Arde Shaw's Greatest Hits*, y se tomaba un Manhattan mientras cantaba al son del disco, como hacía en el instituto Galileo y cuando era camarero en la calle California. Había pensado en dedicarse profesionalmente a la música.

Pero se había hecho poli.

El compañero veterano de Toschi era Bill Armstrong. Alto y apuesto, con un aire a Paul Drake, de la vieja serie de televisión *Perry Mason*, Armstrong, de cuarenta años, tenía rasgos marcados y un mentón rotundo; su rostro lo enmarcaban tupidos y rizados cabellos grises y las gafas

que a veces se ponía. Sus elegantes trajes y su cabello corto contrastan con Toschi, más moreno y delgado. Armstrong también era padre de tres hijas e intentaba no llevarse la carga del trabajo a casa.

En los últimos tiempos, eso había resultado muy difícil.

A Stine le quitaron la ropa manchada de sangre, pusieron una etiqueta identificativa con un clip en todos los objetos, y los colocaron bajo una lámpara de secado. Cuando la ropa se secó del todo, la extendieron poniendo papel pizarra entre los objetos para evitar todo contacto entre ellos. Hicieron una lista con la ropa y la mandaron al almacén, donde la guardarían para futuros exámenes de laboratorio. No se tira ninguna prenda hasta que se cierra el caso. Todos los objetos de los bolsillos son catalogados.

El cadáver se coloca en la mesa de autopsias y el forense dicta mientras lleva a cabo el examen. La parte superior de la mesa de metal inclinada en la que se apoya el cuerpo tiene una superficie con una rejilla: al final hay una cuba inclinada, poco profunda, por debajo de la rejilla. En la cuba hay una corriente continua de agua. Los brazos del cadáver están a los lados; un bloque de madera por debajo de los omóplatos eleva el pecho y hace que la cabeza caiga hacia atrás. Suspendido en el techo hay un micrófono que graba cada paso que dicta el patólogo, incluyendo una descripción exacta y la localización de todas las heridas.

El forense dictó al juez de instrucción, John Lee, lo siguiente:

El cadáver es el de un adulto joven y blanco, bien desarrollado y alimentado, que representa la edad descrita. La cabeza es simétrica y la cubre un escaso cabello negro con entradas en las sienes.

Encontramos una herida visible de entrada de bala, grande, desigual, de forma irregular, en el lado derecho de la cabeza. La herida se encuentra en el punto superior y anterior de unión de la cabeza con la oreja derecha. Las dimensiones verticales son de 4 centímetros y las dimensiones transversales son de 2 centímetros.

Encontramos la piel ennegrecida en la cara ventral de la herida, con una extensión de 2 centímetros. Cuando penetramos en ella, la herida se mete por el lado izquierdo hacia la mitad del arco cigomático. En el rostro observamos gran cantidad de sangre.

Extrajeron la herida del asesinado y la examinaron al microscopio en busca de residuos de pólvora. El patólogo escribió unas notas en unos dibujos esquemáticos ya impresos de un cuerpo masculino, visto de f rente y de espaldas, y con la cabeza desde arriba.

En las autopsias se practica una incisión en forma de Y en el pecho y en el abdomen. Se extrae una porción triangular de la caja torácica. Cuando se han examinado la garganta y el cuello, el forense saca el corazón y los pulmones, ligando los vasos sanguíneos más grandes. Se extraen los riñones, el páncreas, el hígado, el bazo y el tracto intestinal de la cavidad abdominal, después de que se haya estudiado el corazón, y se diseccionan en una mesa negra. Se toma una muestra de sangre y se determina el grupo sanguíneo. Finalmente se pasa revista al interior de la pelvis y a los genitales.

Una inyección de formaldehído fija el cerebelo y el patólogo abre el cráneo con una sierra eléctrica circular, evitando el cerebro con cuidado. Se levanta la parte de arriba, que aún tiene pegada membrana craneal. Antes de sacar el cerebro intacto y de pesarlo en una balanza de metal blanco, se estudia la superficie interior de la parte

superior del cráneo. A continuación, se secciona el cerebro para ver si hay anormalidades. Entonces, el médico de guardia decide si vuelve a recomponer la forma colocando en su sitio las vísceras y los órganos y volviendo a poner el triángulo de la caja torácica. Cose la incisión en forma de *Y*, empezando por el pubis hasta la mitad del pecho. Después se lava el cadáver con agua y se le pasa una esponja, se tapa con una sábana de plástico negro y se vuelve a meter en su compartimento del depósito.

Cuando un médico tiene que sacar una bala de un cadáver debe proceder con tiento, pues las impresiones del cañón de la pistola en la bala la relacionan con el arma con que fue disparada. En la mayoría de los casos, el forense raya la marca identificativa en la punta de la bala. En el caso de Stine, se extrajo una bala de plomo recubierta de cobre aplastada y fragmentada. Los cuatro fragmentos de metal se colocaron en un sobre de papel resistente a la grasa, que el patólogo cerró y firmó. La solapa cerrada del sobre también mostraba la localización de la bala encontrada.

Diagnóstico: herida de bala en la piel y en el tejido subcutáneo, herida en la cabeza.

Causa de la muerte: herida de bala en el cerebro.

Los técnicos del laboratorio dedicaron dos días más a revisar el coche de Stine, custodiado en una sala con dos cerrojos. En el taxi sólo se encontró sangre del grupo O -, el grupo de Stine.

A Stine le faltaban sesenta y nueve días para cumplir los treinta años. Iba a la Universidad Estatal de San Francisco y hacía el turno de noche en Yellow Cab para costearse los estudios. Incluso vendía seguros. En enero quería terminar sus trabajos de posgrado para un doctorado en Literatura

Inglesa. Había trabajado de periodista en el periódico de su instituto y después en *The Turlock Journal* Hombre fuerte, sólido, de unos ochenta kilos repartidos por un cuerpo de 1,82 metros, Stine vivía con su mujer en una antigua casa victoriana de color verde, dividida en muchos apartamentos, en el número 1842 de la calle Fell, al otro lado de la larga franja llena de vegetación que da al parque Golden Gate. La pareja no tenía hijos.

Unas cinco semanas antes, dos pistoleros habían asaltado a Stine.

Doce días antes de su asesinato, un martes por la noche, asaltaron a otro taxista de Yellow Cab. ¿Había sido un ensayo del asesinato real?

Lunes, 13 de octubre de 1969

A las 9:00, mandaron las huellas archivadas de Stine a Homicidios y las compararon con las huellas visibles en el coche. Las huellas en sangre no eran de Stine.

Las huellas dactilares se dividen en clases generales: arco puro, arco piniforme, presilla pura, cola de presilla, verticilo puro, verticilo espiral, núcleo biansiforme, núcleo ansiforme[8]. Las finas líneas de las huellas dactilares se llaman «crestas», y los espacios entre ellas se denominan «surcos». Una huella normal suele tener unos cincuenta puntos de identificación en las crestas. El patrón que siguen las crestas es el dibujo. Las huellas parciales suelen tener doce puntos de identificación, pero, en el caso de las huellas fragmentadas, casi nunca se puede determinar su correspondiente exacta. Si hay menos de doce puntos iguales, se requiere la opinión de un experto.

Toschi y Amstrong, utilizando la hoja de ruta del taxi,

fueron a las direcciones donde se habían bajado los pasajeros, llamaron a muchas puertas, y localizaron alrededor de un tercio de las personas que se habían subido a ese taxi el sábado. El mismo día, un miembro del laboratorio forense fue a sacarles una muestra de las huellas para dejar de considerarlos a ciencia cierta como sospechosos de asesinato.

En el laboratorio forense, el experto en dactiloscopia, Bob Dagitz, clasificó las huellas visibles halladas en el coche. Cuando el asesino se echó hacia delante para limpiar la zona del salpicadero del conductor, se había apoyado en el listón que separa la ventana delantera de la trasera, y había dejado huellas de la mano derecha.

«Dedo corazón y dedo anular de mano derecha —escribió Dagitz—, 8 puntos de 2 dedos. En sangre».

6. Zodiac

Martes, 14 de octubre de 1969

A las 10:30, en el *Chronicle*, la editora de las cartas al director, Carol Fisher, acababa de volver de unas largas vacaciones en el campo. Compartía una pequeña oficina en el tercer piso con los dos redactores de editoriales. Mientras los redactores, el editor y yo estábamos en la reunión editorial, ella revisaba el enorme montón de correo que los lectores mandaban cada día al periódico. Una carta tenía escrita la dirección en rotulador azul:

S. F. Chronicle
S. F. Chronicle
Calif.
Para el director. Urgente.
Para el director. Urgente.

El matasellos indicaba que la carta había sido franqueada el día anterior en San Francisco. En vez de remitente, había un símbolo.

Un círculo con una cruz encima.

Con cuidado, Carol abrió el sobre y sacó una carta doblada. Al hacerlo, un retal de 7,5 por 12,5 centímetros, de color gris y blanco, rasgado limpiamente, no cortado, y salpicado de sangre, cayó revoloteando sobre su escritorio.

Zodiac había escrito su quinta carta.

Rápidamente, leyó las estrechas líneas azules:

Zodiac al habla
Soy el asesino del
taxista en la esquina de
Washington con Maple ayer
por la noche, para demostrarlo aquí
está un trozo manchado de sangre de su
camisa. Soy el mismo hombre
que mató a las personas de la
zona norte de la bahía.
La policía de S. F. me podría haber cogido
ayer noche si hubiera
registrado bien el parque
en vez de hacer carreras
con sus motos a ver quién
hacía más ruido. Los
conductores de los coches tendrían que
haber aparcado el coche y quedarse
esperando en silencio a que yo
saliera de mi escondite.

La carta terminaba con una amenaza muy espeluznante. (Aunque la primera parte de la carta se ha publicado antes, es la primera vez que se muestra la carta en su totalidad).

Los escolares son buenos blancos,
creo que una mañana me voy
a cargar un autobús escolar.
Dispararé a la rueda delantera y luego
liquidaré a los chavales cuando
salgan dando saltitos.

Carol, sosteniendo la carta con dos dedos, nos avisó y corrió a la mesa de noticias locales. «Acabo de recibir esto por

correo». Allí llamaron inmediatamente al departamento de Homicidios de la policía de San Francisco.

Primero fotocopiaron y fotografiaron la carta. Todos nos apiñamos a leerla mientras el periodista Peter Sack, que sustituía a Bob Popp, el que solía ir al Palacio de Justicia, llevó la carta y la tela ensangrentada a la oficina de Toschi y Armstrong.

—No sé si tiene algún valor —dijo Stack—. Hemos recibido esta carta y mi jefe ha dicho que os la traiga para ver si quiere decir algo.

Toschi levantó la vista de su mesa.

—Está un poco sucia —añadió Stack—. Hay un trozo de tela, de camisa, o algo así, con sangre. —Lo dejó en la carpeta delante de Toschi y Armstrong.

Toschi se fijó en la tela y recordó haberla visto el sábado por la noche.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Parece la camisa de Stine! Bill, ¡creo que es la camisa de Stine!

Armstrong se dirigió a Stack:

—Vamos a llevar esta camisa a la oficina del juez de instrucción. Ahí es donde guardan la ropa de Stine.

Los inspectores tenían que saber cuántas personas habían tocado la carta y pidieron a Stack que lo averiguase. Antes de bajar a la oficina del juez de instrucción, Toschi y Armstrong hicieron una parada en la oficina del inspector jefe Marty Lee y pidieron verle lo antes posible. «Aquí está pasando algo», dijo Toschi.

Cuando por fin los hicieron pasar a la oficina de Lee, Armstrong sacó la carta del sobre y la puso con mucho cuidado en la mesa del inspector jefe.

—Creo que estamos ante un caso muy gordo —dijo Toschi—. Creo que estamos ante un asesino en serie. Es algo que afecta a San Francisco. La ha traído Stack, un empleado del *Chronicle*.

—¿La han publicado ya? —dijo Lee, observándola sin tocarla.

—No —repuso Armstrong.

—Se lo tengo que contar al jefe —dijo Lee mientras cogía el teléfono.

Armstrong y Toschi dejaron la carta en el laboratorio fotográfico para que hicieran ampliaciones de veinte por veinticinco centímetros. El laboratorio forense intentaría sacar huellas latentes de la carta. El papel siempre es la peor superficie para trabajar. No sólo es difícil, sino que casi todos los delincuentes profesionales se ponen guantes o pegamento aeronáutico, pintaúñas o colodión en las yemas de los dedos.

Dagitz, el técnico en dactiloscopia, roció la carta con una solución muy tóxica de un tono morado llamada ninhidrina, que distorsiona todo lo escrito y vuelve morado el papel. La solución química reacciona con el sudor y los aminoácidos que los dedos dejan en la superficie del papel. Dagitz roció las dos caras de la carta de Zodiac y después la llevó al cuarto oscuro del laboratorio de huellas, en la puerta de al lado. Puso la carta en un estante y dejó que positivara. El proceso completo tardaba de tres a cuatro horas.

En el anexo del piso principal, Toschi y Armstrong vieron al juez de instrucción, el doctor Henry Turkel, que había sacado toda la ropa de Stine del almacén. Volvieron al piso de arriba y dijeron a Lee que el trozo de tela que acompañaba a la carta procedía de la parte inferior izquierda de la camisa de Stine.

No cabía duda de que aquello afectaba a San Francisco.

El paso siguiente era comparar la caligrafía de la carta de Zodiac con la caligrafía de las otras cartas que Zodiac había enviado a la prensa.

El comandante Townsend de Napa accedió a reunirse con Toschi y Armstrong en su oficina, acompañado de su

investigador. También llamaron a la oficina del *sheriff* del condado de Solano, dado que probablemente tendrían que colaborar todos. Armstrong y Toschi estaban anonadados. Se enfrentaban a un asesino loco, que hasta el momento había dejado cinco muertos y dos heridos.

Después, Toschi llamó a Paul Avery, el periodista del *Chronicle* que había seguido el caso Zodiac hasta entonces.

—Después de la comparación de la camisa —dijo Toschi —, vamos a tener que dedicarnos en cuerpo y alma a los asesinatos de Zodiac.

Esa noche, Armstrong y Toschi fueron a Napa a hablar con Townsend y con el inspector sargento Narlow. Este último reconoció que la caligrafía de la carta al *Chronicle* era la misma que en las anteriores.

Miércoles, 15 de octubre de 1969

Toschi y Armstrong fueron a Sacramento a enseñar la carta original al jefe de Identificación de Documentos para el estado, Sherwood Morrill. Incluso después de ser químicamente tratada, una carta original siempre es mejor que una copia para hacer comparaciones. Morrill concluyó que la carta era igual en todos los sentidos a los anteriores comunicados del asesino.

Zodiac escribía con una extraña mezcla de cursivas y letras de molde. El asesino siempre utilizaba una *r* tan pequeña que parecía una *v* y una *d* cursiva que parecía que iba a caerse.

—Si el tipo continúa con esto —dijo Morrill— seguramente se dedicará exclusivamente a escribir a vuestro departamento. Si es un egomaníaco, se limitará a los periódicos de mayor tirada.

Toschi miró los titulares del *Chronicle* de aquella mañana:

«La carta del jactancioso "asesino" afirma que su autor ha asesinado al taxista y a otras cuatro personas». El periódico reproducía el retrato robot y publicaba la parte superior de la carta de Zodiac.

A instancias de la policía, la amenaza al final de la carta fue omitida mientras las autoridades intentaban dar con el mejor modo de enfrentarse a ella.



Ruta de Zodiac la noche del 4 de julio de 1969, cuando siguió y atacó a Darlene Ferrin y Michael Mageau. También se muestra el escenario de los asesinatos de Jensen y Faraday. Mapa de R. Graysmith.

Dear Editor

This is the murderer of the 2 teenagers last Christmass at Lake Herman & the girl on the 4th of July near the golf course in Vallejo To prove I killed them I shall state some facts which only I & the police know.

Christmass

1 Brand name of ammo Super X

2 10 shots were fired

3 the boy was on his back with his feet to the car

4 the girl was on her right side feet to the west

4th July

1 girl was wearing patterned slacks

2 The boy was also shot in the knee.

3 Brand name of ammo was Western

Over-

La primera carta de Zodiac *The San Francisco Chronicle*. 1 de agosto de 1969. Esta carta no ha sido publicada con anterioridad.

cipher on your front page by
Fry Afternoon Aug 1-69, If you
do not do this I will go on a
kill rampage Fry. night that
will last the whole week end.
I will cruse around and pick
of all stray people or coupples
that are alone then move on to
kill some more untill I have
killed over a dozen people.

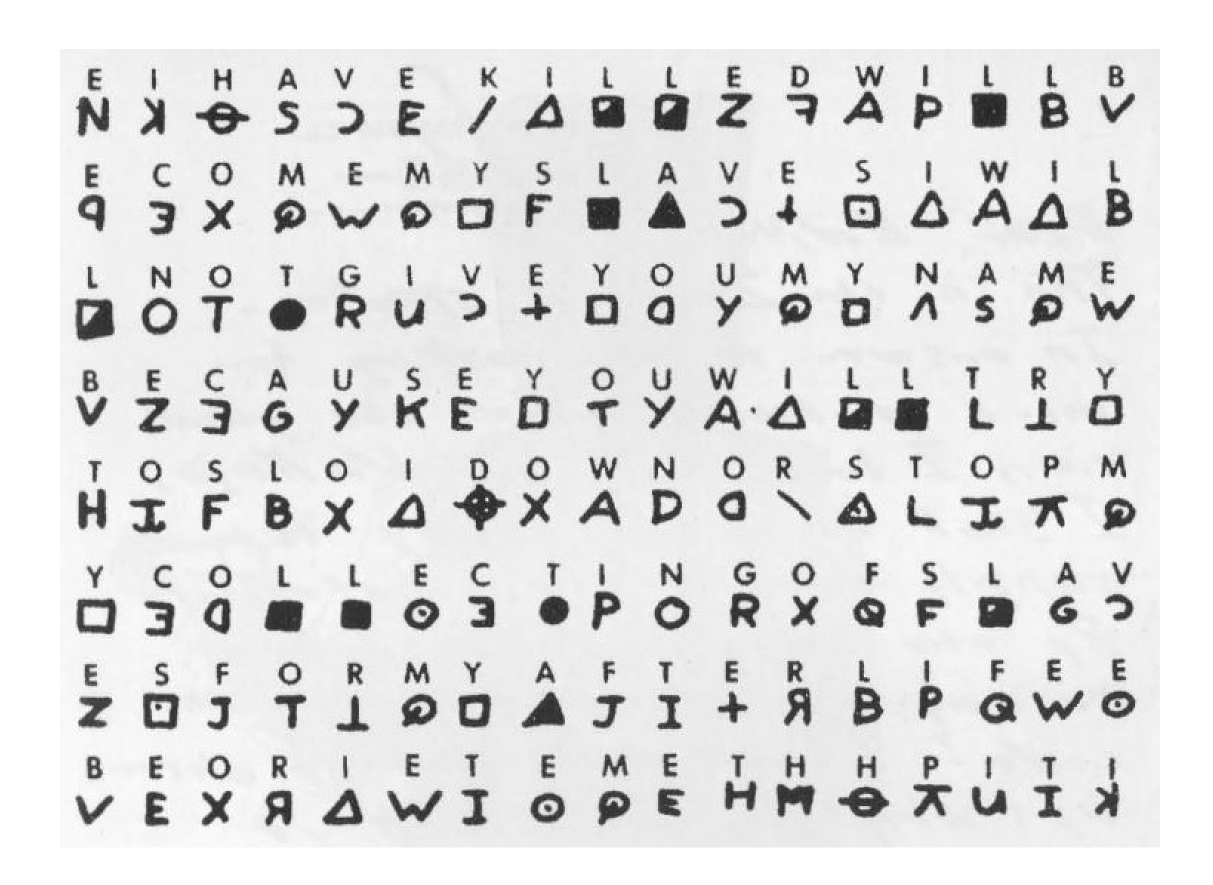
Amenaza por carta a *The Vallejo Times-Herald*, 1 de agosto de 1969. La carta del *Chronicle* estaba redactada de modo ligeramente distinto.



A THE VALLEJO TIMES-HERALD



A THE SAN FRANCISCO EXAMINER



A THE SAN FRANCISCO CHRONICLE

La solución del mensaje en clave de tres partes, según la solución de los Harden.

Dear Editor
This is the Zodiac speaking.
In answer to your asking for
more details about the good
times I have had in Vallejo,
I shall be very happy to
supply even more material.
By the way, are the police
haveing a good time with the
code? If not, tell them to cheer
up; when they do crack it
they will have me.
On the 4th of July:
I did not open the car door, The
window was rolled down all ready.
The boy was origionaly sitting in
the front seat when I began
fireing. When I fired the first
shot at his head, he leaped
backwards at the same time
thus spoiling my aim. He end-
ed up on the back seat then
the floor in back thashing out
very violently with his legs;
thats how I shot him in the

La primera página de la carta de tres páginas del asesino a *The Vallejo Times-Herald* del 7 de agosto de 1969. Es la primera vez que utilizó el nombre de Zodiac. Esta carta no se ha publicado antes.

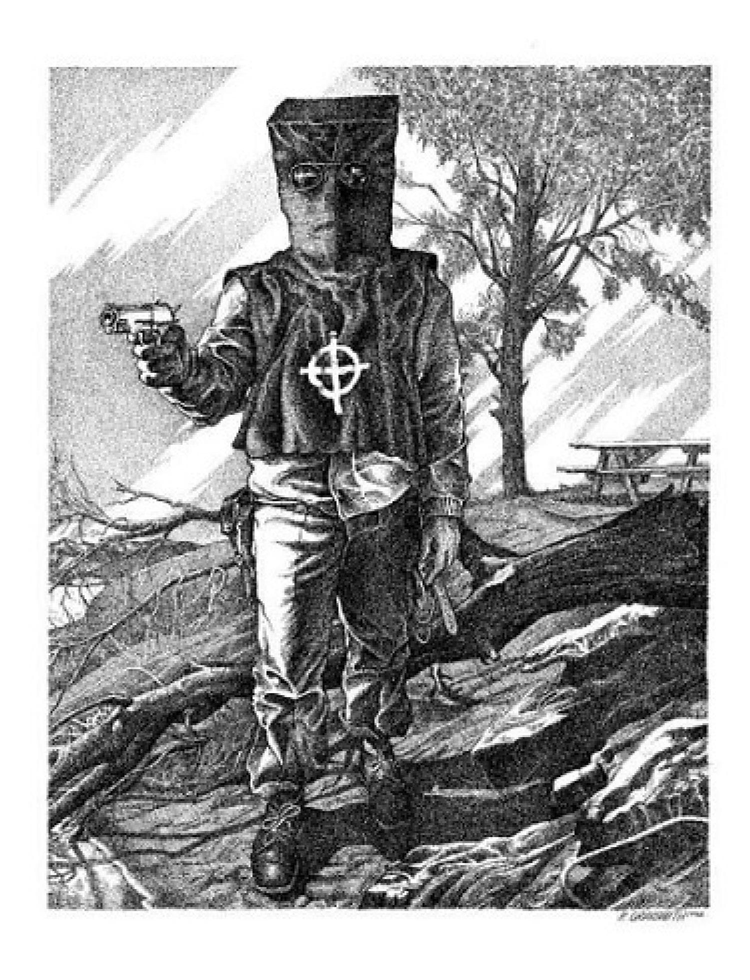
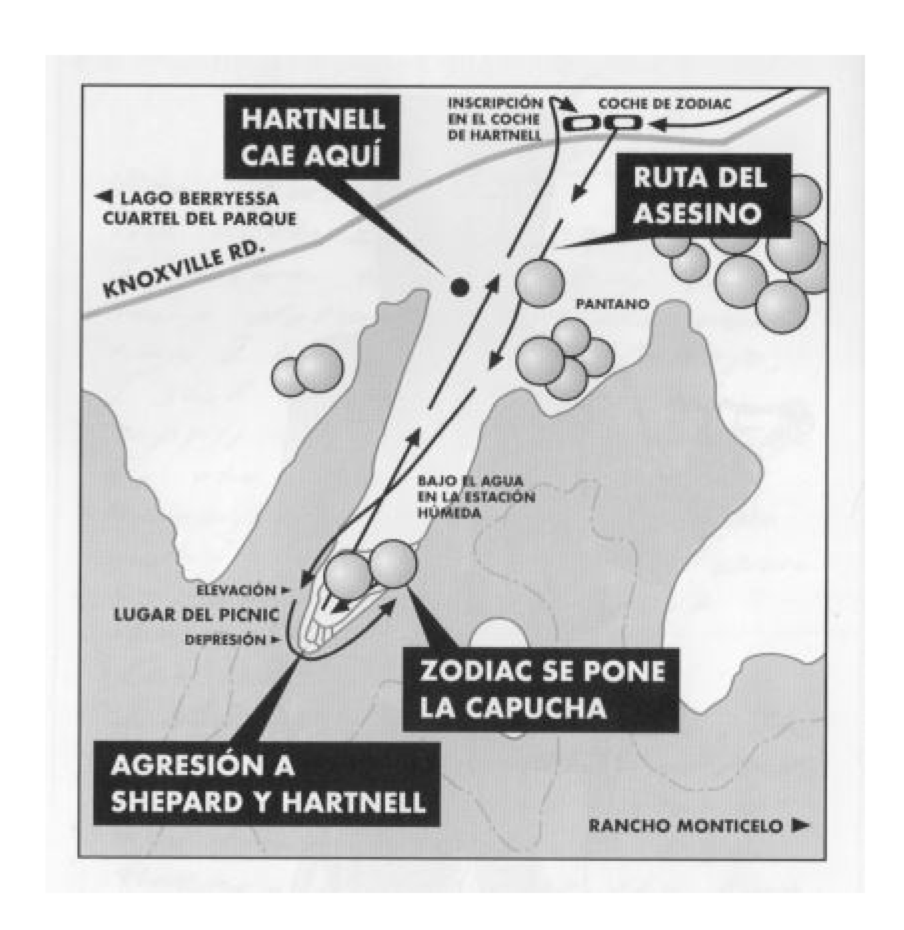


Ilustración del autor del disfraz de Zodiac en el lago Berryessa el 27 de septiembre de 1969, a partir de la descripción de Bryan Hartnell.

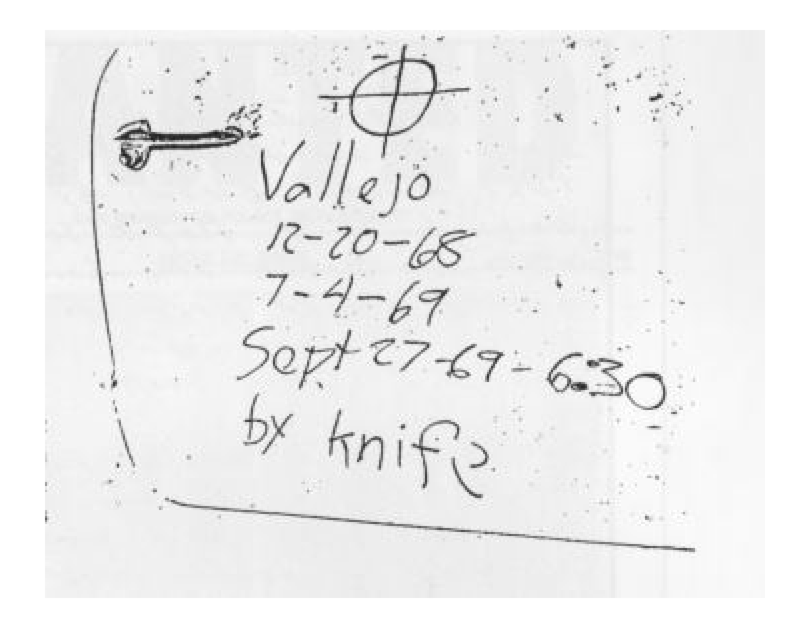


El camino que siguió Zodiac en el lago Berryessa el 27 de septiembre de l969, cuando, con un llamativo disfraz, apuñaló a Bryan Hartnell y a Cecelia Shepard. Mapa de R. Graysmith.

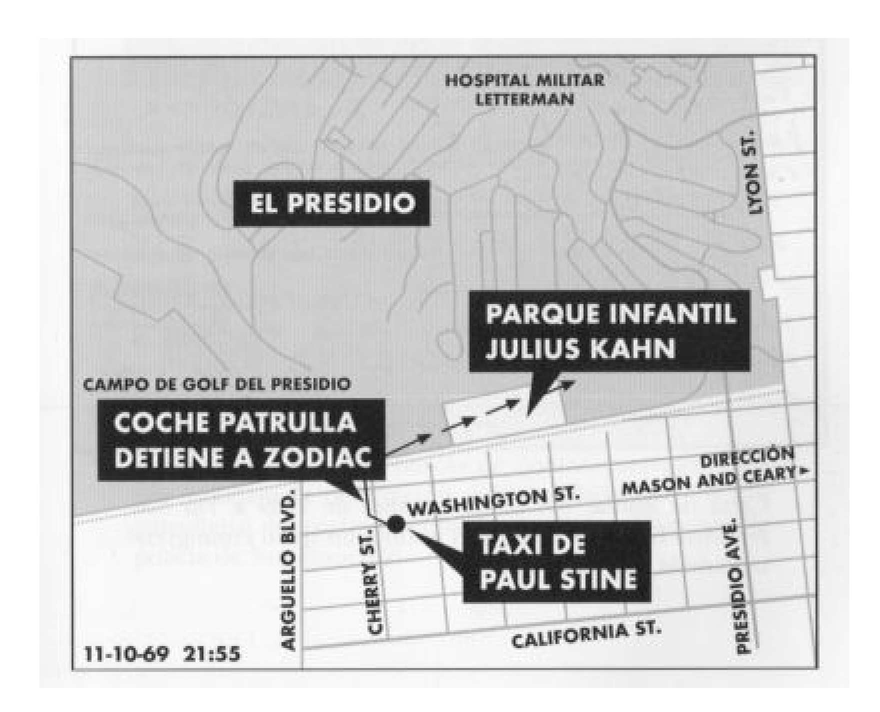


Retrato robot de Roben McKenzie para la policía de Napa, que muestra al hombre sospechoso visto en el lago Berryessa el día del

apuñalamiento. El dibujo tuvo una circulación limitada, y es posible que nunca se haya publicado; en San Francisco, desde luego, no lo fue.



Inscripción de Zodiac con rotulador negro en el Karmann Ghia de Bryan Hartnell después del apuñalamiento.



Mapa del asesinato de Stine el 11 de octubre de 1969 en San Francisco.

Mapa de R. Graysmith.

This is the Zodiac speaking.
I am the murderer of the
taxi driver over by
Washington St & Maple St last
night, to prove this here is
a blood stained piece of his
shirt. I am the same man
who did in the people in the
north bay area.
The S.F. Police could have caught
me last night if they had
searched the park properly
in stead of holding road races
with their motorcicles seeing who
could make the most noise. The
car drivers should have just
parked their cars & sat there
quietly waiting for me to come
out of cover.
School children make nice targ-
ets, I think I shall wipe out
a school bus some morning. Just
shoot out the front tire & then
pick off the kiddies as they come
bouncing out.

Carta de Zodiac del 13 de octubre de 1969 a *The San Francisco Chronicle*, que envió junto a un trozo ensangrentado de la camisa de Stine.



WANTED

SAN FRANCISCO POLICE DEPARTMENT

NO. 90-69 WANTED FOR MURDER OCTOBER 18, 1969

ORIGINAL DRAWING AMENDED DRAWING

Supplementing our Bulletin 87-69 of October 13, 1969. Additional information has developed the above amended drawing of murder suspect known as "ZODIAC".

WMA, 35-45 Years, approximately 5'8", Heavy Build, Short Brown Hair, possibly with Red Tint, Wears Glasses. Armed with 9 MM Automatic.

Available for comparison: Slugs, Casings, Latents, Handwriting.

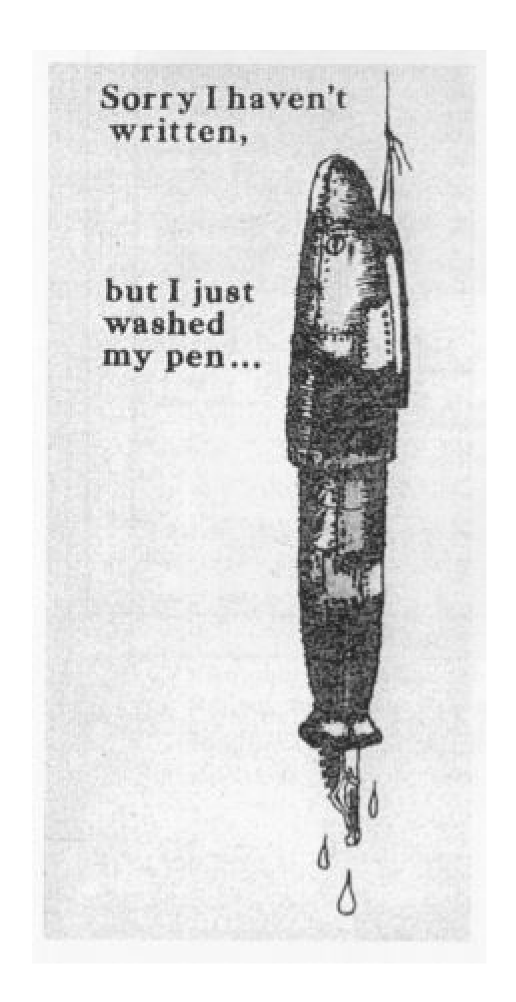
ANY INFORMATION:
Inspectors Armstrong & Toschi
Homicide Detail
CASE NO. 696314

THOMAS J. CAHILL
CHIEF OF POLICE

Segundo cartel de «Se busca» de Zodiac corregido para que reflejara la descripción más detallada que los dos patrulleros del coche patrulla dieron al departamento de policía de San Francisco.



Sobre de tarjeta de felicitación, al que Zodiac, como era habitual, puso más sellos de los necesarios.



Anverso de la tarjeta de felicitación de Zodiac a *The San Francisco Chronicle* del 8 de noviembre de 1969.

This is the Zodiac speaking
I though you would need a
good laugh before you
hear the bad news
you won't get the
news for a while yet
PS could you print
this new cipher
on your front page?
I get awfully lonely
when I am ignored,
So lonely I could
do my Thing!!!!!!

and i can't do a thing with it!

! Des July Aug
Sept Oct = 7

El interior de la tarjeta del 8 de noviembre con la «pluma que goteaba».

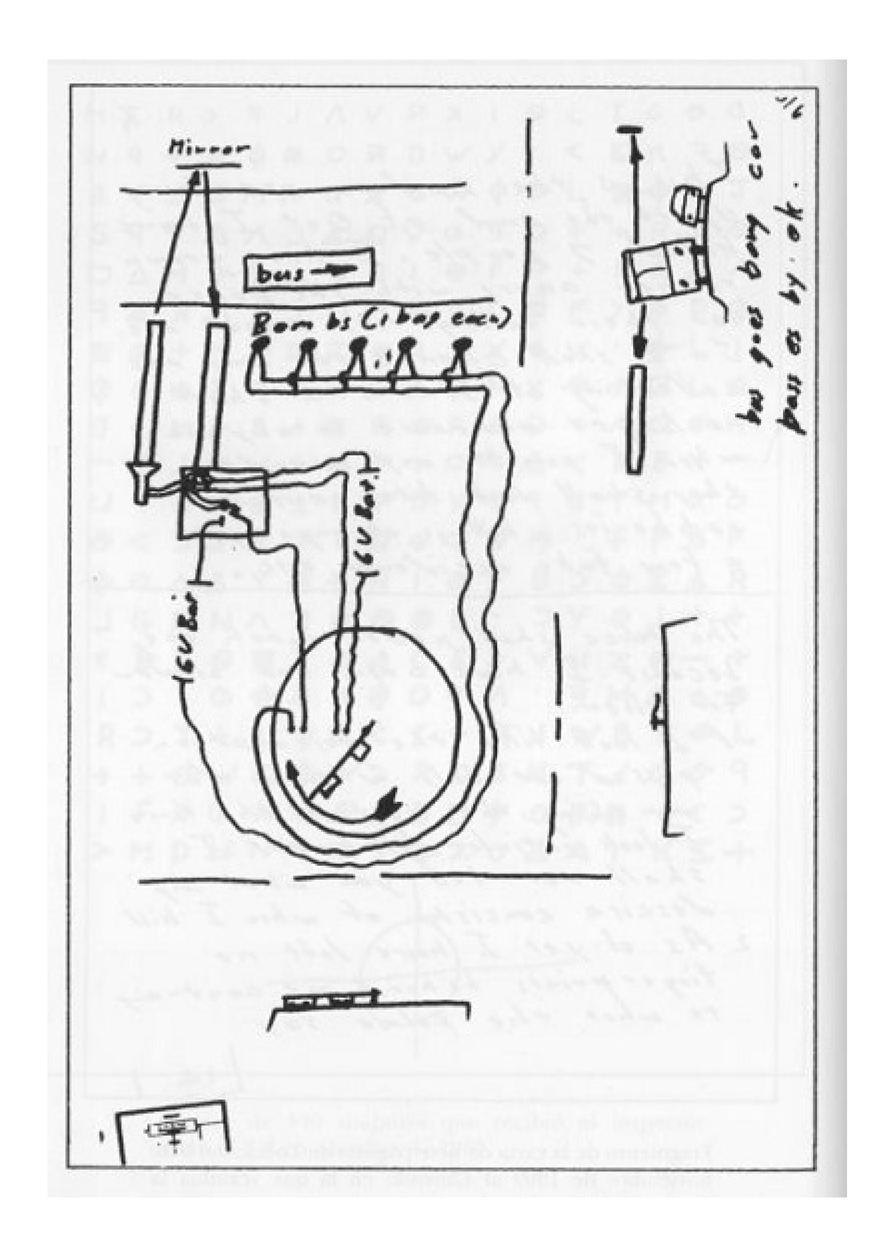


La clave de 340 símbolos que recibió el inspector Toschi el 8 de noviembre de 1969.

This is the Zodiac speaking
up to the end of Oct I have
killed 7 people. I have grown
rather angry with the police
for their telling lies about me.
So I shall change the way the
collecting of slaves. I shall
no longer announce to anyone.
when I comitt my murders,
they shall look like routine
robberies, killings of anger, +
a few fake accidents, etc.

The police shall never catch me,
because I have been too clever
for them.
1 I look like the description
passed out only when I do
my thing, the rest of the time
I look entirle different. I
shall not tell you what my
descise consists of when I kill
2 As of yet I have left no
fingerprints behind me contrary
to what the police say

Fragmento de la carta de siete páginas de Zodiac del 9 de noviembre de 1969 al *Chronicle*, en la que «cambia la forma de conseguir esclavos».



El diagrama de la bomba en el autobús escolar de la carta del 9 de noviembre.

Viernes, 17 de octubre de 1969

Finalmente, permitieron que se publicara la amenaza de Zodiac. La opinión pública reaccionó con pánico. Se produjo una cascada de reportajes en televisión, radio, teletipos y periódicos. Se mandó un boletín de emergencia a los

superintendentes de policía, de los condados y de los colegios de la ciudad:

> A todos los agentes de la ley […]
> Un taxista de San Francisco ha sido asesinado por un psicótico desconocido […] que ha amenazado con «cargarse un autobús escolar […]
> y luego liquidar a los chavales cuando
> salgan dando saltitos».

Después se aconsejaba a los conductores de autobuses escolares sobre cómo enfrentarse a un ataque violento:

1. Sigan conduciendo el autobús con la rueda pinchada. No se detengan.
2. Digan a los niños que se inclinen por debajo de la ventana y que se tumben en el suelo.
3. El conductor seguirá conduciendo y encenderá todas las luces y tocará el claxon.
4. El autobús no se parará hasta llegar a una zona habitada.
5. En cuanto se llegue a dicho lugar, se avisará de inmediato a un agente de la ley local.

El Distrito Escolar Unificado del valle de Napa convocó a sus noventa conductores a jornada completa y parcial. Les dijeron que «el conductor sería el primer blanco de los disparos de Zodiac si se produjera un asalto al autobús». Asignaron un hombre extra, un observador, a cada autobús, para que tomara el mando en caso de que atacara un francotirador. La ley estatal determina que, cuando un conductor escolar sale del autobús para acompañar a un grupo de niños, debe llevarse con él la llave de contacto. Debido a la amenaza, el conductor daría la llave al sustituto,

que se quedaría en el autobús con los demás niños. Si disparaban al conductor, el segundo conductor tenía que llevarse el vehículo lo más rápido y lo más lejos posible. «No olviden —les dijeron— llamar la atención tocando el claxon, encendiendo las luces y conduciendo a bandazos».

Los sesenta y cinco autobuses de raya amarilla del condado de Napa transportaban a diez mil escolares de veintiocho colegios. Recorrían 5.600 kilómetros todos los días, ida y vuelta, gran parte de ellos por curvas peligrosas e intersecciones sin visibilidad. En algunos puntos, las carreteras rurales están totalmente desiertas, y la distancia entre casas llega a ser de hasta tres kilómetros. Toschi se imaginaba un autobús, lleno de niños gritando, a toda velocidad por una carretera de grava vacía, junto a plantaciones y viñedos, con el aullido del claxon, las luces destellando con violencia y el conductor malherido al volante. O quizá un autobús inmovilizado, mientras Zodiac disparaba metódicamente a los neumáticos de las ocho ruedas y después abría fuego contra los cuarenta estudiantes del interior.

En respuesta al boletín, setenta unidades de la policía fuertemente armadas empezaron a montar guardia en los autobuses escolares de Napa. Encargaron al departamento del *sheriff* de Napa, al departamento de policía de St. Helena y a la policía de tráfico que escoltaran a los vehículos. También pusieron a su servicio las furgonetas del departamento forestal y los equipos de guardabosques de Berryessa. Les dijeron que siguieran a los autobuses a una distancia de cien metros. El avión Cessna del Club Aeronáutico de Napa y los aviones patrulla del departamento del *sheriff* sobrevolaron los cientos de kilómetros de las rutas para protegerlas. Los responsables de educación de Napa declaraban: «No estamos exagerando esta amenaza. Lo que nos preocupa es no

haber hecho lo suficiente. Si un loco pudo abatir al presidente Kennedy, con toda la protección que llevaba, lo mismo puede pasar en Napa a pesar de todo lo que hemos hecho».

Tras una amenaza de bomba que hizo una persona en Santa Rosa, dando a entender que podía ser Zodiac, por la mañana se buscaban bombas exhaustivamente antes de empezar la ruta.

El pánico en Napa no era menor que en el Palacio de Justicia de San Francisco.

A las 9:00 del 16 de octubre, Foukes y Zelms, los agentes del coche patrulla que habían visto al hombre corpulento que entraba en Presidio, se dieron cuenta de que tenían que haber pasado junto al asesino. Entregaron a su capitán un informe inicial, que fue enviado a Toschi y Armstrong como comunicado interdepartamental. Los dos patrulleros estaban «abatidos y destrozados».

Con la ayuda de estos dos patrulleros, se realizó un segundo retrato robot de Zodiac. El dibujo corregido mostraba a un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, con la mandíbula más marcada. Pesaba noventa kilos o más, era de espalda ancha y llevaba una chaqueta con cremallera de color azul marino o negro. Señalaron que medía entre un metro setenta y un metro setenta y cinco, que tenía el pelo rapado, entre pelirrojo y castaño, y que llevaba gafas de montura gruesa.

El informe y la declaración de los patrulleros se guardó en los archivos confidenciales; oficialmente, el departamento de policía de San Francisco negó que un policía hubiera visto a Zodiac. A día de hoy lo sigue negando. Varias fuentes han admitido que «sin duda la policía de San Francisco estuvo a punto de atrapar a Zodiac». La policía nunca ha podido explicar por qué hubo que hacer de pronto un segundo retrato robot.

En las oficinas de *The Palo Alto Times*, un hombre llamó a la redacción y declaró lo siguiente: «Soy Zodiac. Tengo que irme de San Francisco porque aquí me buscan demasiado». El jefe de policía de Palo Alto dijo que el mensaje telefónico anónimo era «muy serio». Era posible que sólo se tratase de una broma, pero prefirió no correr riesgos y se puso en contacto con el supervisor de transportes del distrito. Entre los dos decidieron que un guarda armado iría en cada uno de los veinticinco autobuses de la empresa.

En casi todas las comunidades del norte de California se implantó algún tipo de protección policial. En San Francisco, policías de paisano, en veinticuatro coches sin distintivos, custodiaban los autobuses. Más de cien vehículos policiales fueron puestos sobre aviso.

—El intervalo entre los ataques se ha hecho aterradoramente corto —dijo Armstrong a la prensa—. Podría pasar cualquier día. Dios mío, no quiero ni pensarlo.

7. Zodiac

Domingo, 18 de octubre de 1969

El comandante Marty Lee asignó un equipo de diez hombres al caso Stine y se preparó para una investigación larga y ardua en busca de Zodiac. Lee sabía que, en algún momento, tendrían que aprender algo de astrología. Escribió una nota para consultar a varios astrólogos. También planeó una reunión con autoridades de Napa y de Vallejo. Como temía otra agresión, había sido iniciativa suya la circular a los conductores de autobuses escolares de los tres condados. También estaba convencido de que Zodiac conocía Presidio Heights lo suficientemente bien para saber que por allí apenas había tráfico rodado a las 22:00.

Cuando habló con la prensa, Lee presentó a Zodiac como un mentiroso:

—Su alarde de que estaba en la zona mientras la peinábamos es mentira. Llenamos la zona de luz. Teníamos siete perros policía y un elevado número de patrulleros registrando la zona, árbol por árbol y arbusto por arbusto. Los perros son los mejores del país. No se nos habría pasado por alto ni un ratón. El hecho de que Zodiac no hablase de perros ni de focos demuestra que no andaba por allí.

Ciudadanos alarmados inundaron literalmente el departamento de policía de San Francisco con miles de pistas por carta y por teléfono. Los inspectores empezaron a clasificar las informaciones que señalaban a vecinos, compañeros de trabajo y exmaridos como posibles Zodiacs.

La centralita de la policía no daba abasto. Lee triplicó el personal habitual de fin de semana, que hacía turnos para responder al teléfono.

El comandante de la policía de Vallejo, Wade Bird, que buscaba a Zodiac desde julio, tenía sus propias teorías:

—Creo que al final resultará que es un genio, que ha llegado tan lejos que ha perdido el juicio. Puede que sea de aquí, o puede que no. Muchas, no, miles de personas vivieron aquí durante la guerra y acabaron conociendo la zona, y después se marcharon. Pero él conocía los caminos frecuentados por parejas. No estaban muy lejos unos de otros. Algunos dicen que vive en las afueras y trabaja en la ciudad; que comete los asesinatos y luego manda las cartas hablando de ellos desde el trabajo, en San Francisco. Yo no lo creo. Yo no creo que un hombre tan perturbado pueda tener un trabajo normal y estable. Está demasiado loco.

El doctor Leonti Thompson, un psiquiatra del estado de Napa, declaró a la prensa que «para algunos psicóticos, el acto de matar es una negación de […] la impotencia. La psicosis es una desaparición gradual del yo, una aterradora pérdida de la propia imagen. El psicótico hace cosas con vehemencia y violencia y luego se olvida. Entre los psicóticos, los esquizofrénicos del tipo paranoide suelen ser muy reservados y misteriosos en su trato con el mundo. Pueden enfrentarse relativamente bien al mundo exterior y, al mismo tiempo, guardar en su interior su visión propia de cómo es el mundo de verdad».

En Napa, el *vicesheriff* Tom Johnson estaba desbordado por cientos de pistas, pero no había conseguido todavía darles forma para conseguir la imagen de un sospechoso sólido. «No hay nadie a quien busquemos más —dijo Johnson—. No vamos a parar; él es nuestra prioridad número uno».

No obstante, pendía en el ambiente el temor acuciante

de que Zodiac mataría de nuevo. Y pronto.

Domingo, 19 de octubre de 1969

El fiscal general del Estado, Thomas C. Lynch, dirigió una súplica a Zodiac para que se entregase. Al mismo tiempo, organizó, sin hacer publicidad, un seminario sobre el asesino, en el que iban a participar representantes de varias jurisdicciones para intercambiar información sobre los asesinatos anteriores.

—Nos encargaremos de que reciba usted ayuda y de que se protejan todos sus derechos —dijo Lynch en su ruego—. Resulta evidente que es usted una persona inteligente. Sabe que acabará siendo arrestado, así que lo mejor es que se entregue antes de que la tragedia se escriba con letras de sangre.

El ruego no obtuvo respuesta.

El *Examiner* del domingo realizó su propia petición al asesino. Su mensaje ocupó la parte superior de la página número uno:

Han muerto cinco personas. Que no se produzcan más asesinatos. La policía dice que es usted inteligente. Si lo es, entre en razón. Lo persiguen por todas partes, por el estado y por el país. Está usted solo en este mundo. No puede compartir sus secretos con nadie. Ningún amigo puede ayudarlo.

Es usted tan víctima de sus crímenes como aquéllos cuyas vidas ha apagado. No puede ir por la calle como un hombre libre. Para usted no hay lugar seguro. Y lo atraparán, de eso no cabe duda. Le espera la vida de un animal perseguido y torturado, a no ser que se ayude a sí

mismo. Le pedimos que se entregue al *Examiner*.

No le ofrecemos protección ni comprensión. Pero le ofrecemos un trato justo, le garantizamos ayuda médica y todas las ventajas de sus derechos legales.

Y le ofrecemos contar su historia.

¿Por qué ha matado? ¿Ha sido la vida injusta con usted? Llame al redactor de local del *Examiner*, a cualquier hora del día o de la noche.

El número de teléfono es (415) 781-2424. Llame a cobro revertido.

No localizarán su llamada.

Zodiac no sólo hizo caso omiso del ruego, sino que además nunca volvió a escribir al *Examiner*. Evidentemente, la propuesta le pareció humillante.

Lunes, 20 de octubre de 1969

Nueve días después del asesinato de Paul Stine, se celebró un seminario sobre Zodiac en el Palacio de Justicia de San Francisco. Armstrong y Toschi asistieron, y los departamentos de policía y del *sheriff* de Napa, Solano, Benicia, Vallejo, San Mateo y Marin mandaron investigadores. El FBI y la Inteligencia Naval estaban presentes, así como los inspectores de correos de Estados Unidos, la policía de tráfico y la Agencia Estatal de Identificación e Investigación Criminal (CI&I). Napa pidió al estado que mandara a uno de sus agentes, y la CI&I mandó expertos en grafología y preparó para su utilización el laboratorio forense de Sacramento. El fiscal general Lynch seguía en Colorado, en una reunión de los fiscales generales de los estados occidentales, y lo representó su segundo de

a bordo, Arlo Smith.

Una gran pizarra negra presidía la habitación. Dibujada con tiza sobre la superficie negra había una gran cruz encima de un círculo: el signo de Zodiac. Uno por uno, se dibujaron y borraron los escenarios del crimen, mientras los investigadores intercambiaban detalles.

La pistola semiautomática de 9 milímetros que Zodiac había utilizado para asesinar a Stine era relativamente infrecuente: sólo se habían vendido 143 armas de ese tipo en la zona de la bahía en los tres años anteriores. La teoría de Toschi era que la pistola de 9 milímetros empleada en el asesinato del taxista era seguramente una Browning de nuevo modelo, y, lo más probable, que fuese distinta de la 9 milímetros que Zodiac había utilizado anteriormente.

Hasta la carta al *Chronicle*, Toschi había investigado el asesinato de Stine como si se tratara de un atraco urbano del montón. Seguramente, eso era lo que el asesino quería que la policía pensara. Pero también cabía la posibilidad de que Stine hubiera sido elegido por alguna razón y que no fuera una víctima al azar.

El homicidio más difícil de resolver, incluso para un equipo con experiencia como Toschi y Armstrong, es el atraco y asesinato de un taxista en su vehículo. Normalmente, el asesino lleva al taxista a un lugar aislado, al socaire de la oscuridad. Casi todos los asesinatos de este tipo son disparos en la cabeza, y suelen producirse a quemarropa. Por tanto, nadie oye la detonación de la pistola.

Con el tiempo Toschi había aprendido que apenas hay pruebas físicas en el taxi, si es que las hay. Normalmente, lo único que toca el asaltante es la manilla interior para cerrar la puerta al entrar o salir. Lo único que se obtiene son huellas borrosas, inservibles.

O todo lo contrario. Puede que haya cinco muestras de huellas claras y utilizables en el taxi y en la jamba de la puerta o en el retrovisor, casi todas de clientes anteriores o de empleados de la compañía de taxis.

—El asesinato de un taxista —me dijo Toschi— es un todo o nada. Por lo menos, en un asesinato en una tienda de comida el sospechoso suele comprar o coger una lata de Coca-Cola o de cerveza o una caja de galletas, una botella de alcohol en la que deja huellas latentes. A veces, al querer coger hasta el último céntimo de la caja registradora, deja toda una zona de huellas e incluso toca el mostrador. En casi todos los asesinatos de taxistas, las pruebas físicas son mínimas. Lo que realmente hace falta es mucho esfuerzo, y suerte.

Después, en Vallejo, pregunté al inspector sargento Mulanax, que se había hecho responsable del caso Ferrin, sobre la huella del taxi.

—Tienen una huella latente —contestó Mulanax—. En mi opinión personal, es muy dudoso que sea una huella de Zodiac. Cuando aplicas el polvo a un coche siempre sacas huellas latentes. Eso no quiere decir necesariamente que sean del tipo que lo hizo.

La investigación de los técnicos del laboratorio demostró que sólo se había efectuado un disparo en el taxi de Stine. Aparte del casquillo que se encontró en el suelo del coche, al lado del cadáver, no se hallaron agujero de bala ni bala.

A través de los jefes y compañeros de Stine, Toschi supo que el taxista guardaba la recaudación en la cartera o en el bolsillo, pero normalmente en el bolsillo. La mujer de Stine declaró que sólo llevaba tres o cuatro dólares de su propio dinero cuando salió a trabajar. Solía guardar en el mismo sitio el dinero de las carreras y las propinas y lo separaba cuando terminaba el turno.

El capitán Lee se cercioró de que el seminario fuese sólo una reunión de profesionales de policía. No asistieron ni videntes, ni adivinos ni astrólogos, como en otras ocasiones.

—No puedo decir que estemos más cerca de atrapar al sospechoso —dijo al final de una sesión que había durado tres horas.

Cuando terminó el seminario, los detectives tomaron nota de que todos los asesinatos de Zodiac se habían producido en fines de semana. Ahora había llegado el momento de los extenuantes interrogatorios a los vendedores de armas de toda California. Con el fin de encontrar una caligrafía igual, había que comparar las firmas de los registros de armas con las cartas de Zodiac recibidas hasta ese momento. Aquel año se habían implantado nuevas leyes federales para armas, pero hasta entonces, muchos modelos fabricados en el extranjero podían adquirirse por correo en decenas de tiendas que se anunciaban en revistas para hombres. Era posible que Zodiac tuviera un motivo para utilizar un arma sólo una vez.

Mientras tanto, en Napa, guardias y voluntarios armados, profesores en excedencia, conductores y bomberos seguían yendo en los autobuses escolares.

Miércoles, 22 de octubre de 1969

Eran las 2:00 cuando sonó el teléfono en la centralita del departamento de policía de Oakland. El telefonista cogió el teléfono y se puso rígido cuando una voz de hombre dijo:

—Zodiac al habla. Quiero que llamen a F. Lee Bailey… Si no puede ser Bailey, me conformo con Mel Belli… Quiero que uno u otro aparezcan en el programa de entrevistas de

Channel Seven. Llamaré allí por teléfono.

Si había alguien tan extravagante como el abogado F. Lee Bailey, el letrado del Estrangulador de Boston, ése era Melvin Belli, el «rey de los agravios». El elocuente y canoso Belli se movía en un mundo de opulencia y *glamour*. Perturbada por la llamada, la policía de Oakland se puso en contacto con Marty Lee y éste, a su vez, con Toschi y Armstrong. Al cabo de dos horas, Lee llamó al ático de Belli, en el 1228 de la calle Montgomery, en Telegraph Hill. Belli accedió en seguida. Hablaron con el presentador, Jim Dunbar, para que Belli apareciera en el programa de dos horas esa mañana. Dunbar invita a sus espectadores a que llamen para opinar sobre el tema del día, pero esa mañana pidió a sus seguidores que dejaran libres las líneas para que el asesino pudiera ponerse en contacto con Belli.

Aunque el programa normalmente empezaba a las 7:00, ese día empezó media hora antes. Belli y Dunbar se sentaron frente a frente; durante un rato hablaron de cosas intrascendentes y se emitieron anuncios de detergente.

Como otras miles de personas, yo vi el programa de la KGO. Tenía curiosidad por oír por fin la voz de Zodiac.

A las 7:10, al fin, sonó el teléfono.

Fue durante un anuncio, y quien llamaba colgó casi de inmediato. El hombre tenía una voz dubitativa e insegura.

La siguiente llamada entró a las 7:20.

Las siguientes conversaciones son textuales.

Belli, con cortesía de tribunal, pidió al supuesto Zodiac poder llamarlo con un nombre menos ominoso.

—Sam —dijo la voz, que parecía de un hombre joven.

—¿Dónde y cómo podemos verle? —preguntó Belli.

—Venga a verme al tejado del hotel Fairmont —dijo la voz. Hizo una pausa—. ¡Usted solo o me tiraré!

Sam colgó, volvió a llamar y las conversaciones interrumpidas prosiguieron durante más de dos horas. En el

programa se escucharon doce llamadas, de un total de treinta y cinco que hizo Sam. La más larga fue de nueve minutos.

—¿Cree usted que necesita atención médica? —preguntó Belli.

—Sí —repuso Sam—. Médica, no psicológica.

—¿Tiene usted algún problema de salud?

—Estoy enfermo —dijo Sam—. Tengo dolores de cabeza.

—Yo tengo dolores de cabeza, pero un quiropráctico me los quitó la semana pasada. Creo que puedo ayudarle. No tendrá que hablar con nadie, sólo conmigo.

Sam volvió a llamar, temiendo, evidentemente, que localizaran su llamada.

Lee, desde su oficina, dijo:

—No vamos a intentar localizar la llamada. Es un proceso largo y complicado, y no surte efecto con esas llamadas cortas.

Cuando Sam volvió a llamar a las 8:25, Belli le preguntó qué le pasaba.

—No quiero ir a la cámara de gas. Tengo dolores de cabeza —dijo—. Si mato, no los tengo.

—Hace años que nadie va a la cámara de gas —dijo Belli —. Usted quiere vivir, ¿verdad? Bien, éste es su salvoconducto. ¿Desde cuándo tiene esos dolores de cabeza?

—Desde que maté a un chico —respondió Sam.

—¿Recuerda usted su infancia?

—Sí.

—¿Sufre usted desmayos?

—Sí.

—¿Sufre usted ataques?

—No. Sólo tengo dolores de cabeza.

—¿Toma usted aspirinas?

—Sí.

—¿Le sirven de algo?

—No.

—¿Intentó usted llamar en otra ocasión, cuando estábamos con el señor Bailey, hace dos o tres semanas? —inquirió Dunbar.

—Sí.

—¿Por qué quería usted hablar con Bailey?

—¿Cuándo quiere hablar conmigo? —preguntó Belli.

—No quiero que me hagan daño —dijo Sam.

—No le van a hacer daño. No le van a hacer daño si habla conmigo.

—Usted no va a ir a la cámara de gas —dijo Dunbar.

—No creo que pidan la pena capital. Deberíamos preguntar al fiscal del distrito. ¿Quiere que lo haga, Sam? ¿Quiere que hable con el fiscal del distrito? —preguntó Belli.

Se oyó un pequeño grito.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he dicho nada. Era mi dolor de cabeza —dijo Sam.

—Da la impresión de que padece usted grandes dolores —respondió Belli—. Su voz suena apagada. ¿Qué sucede?

—Me duele la cabeza —dijo—. Estoy muy enfermo. Tengo uno de mis dolores de cabeza.

Otra exclamación, y una pausa.

—Voy a matarlos. ¡Voy a matar a todos esos niños! —exclamó Sam. Colgó.

Cuando Sam volvió a llamar, Belli hizo que le pasaran la llamada a una línea privada para que el público no la oyera.

—¿Quiere que sea yo su abogado? Hay bondad en su interior. ¿Quiere decirme algo?

—No.

—¿Cree usted que va a perder el juicio? Sam, ¿qué quiere que hagamos?

—Siento una soledad terrible.

—¿Necesita medicamentos gratis, o cualquier otra cosa? ¿No le gustaría que le desaparecieran esos malditos dolores de cabeza? —Belli dijo que intentaría que el fiscal general, John J. Ferdon, prometiese que Zodiac no iría a la cámara de gas si le declaraban culpable de asesinato.

En vez del Fairmont, Belli propuso que se vieran en la escalinata de la iglesia Old St. Mary’s en Chinatown. Pero Sam eligió otro lugar: Daly City, enfrente del rastrillo de San Vicente de Paúl, en el 6726 de Mission Street, a las 10:30 de esa mañana.

—Cuídese —dijo Belli.

—Sí —respondió Sam.

Seguramente fue una de las reuniones secretas menos secretas de la Historia. A Belli lo siguió la policía, que había escuchado la línea privada; a su vez, a la policía la siguieron equipos de cámaras de televisión, camiones de la radio, periodistas y fotógrafos. No faltaba nadie. Todos menos Jim Dunbar, decepcionado por todo aquel circo. Y menos Zodiac, claro —si es que era él—, que los dejó plantados a todos.

Después de cuarenta y cinco minutos, Belli desistió y se fue a casa a dormir un rato.

Sam no dijo nada que ayudara a la policía a atraparlo. Por otro lado, tampoco había dicho nada que demostrase que era el auténtico Zodiac. Pero al menos Channel Seven había grabado la voz de la llamada misteriosa.

El policía de Oakland que había atendido la primera llamada de las 2:00 dijo estar convencido de que había hablado con el auténtico Zodiac y que le parecía que no era la misma voz que había escuchado en el programa de Dunbar.

Mientras tanto, tres de las cuatro personas vivas que habían oído la voz de Zodiac se reunieron en una pequeña habitación de KGO-TV para escuchar una transcripción de la

conversación de Sam con Belli. Los tres eran el policía de Napa David Slaight, la telefonista de la policía de Vallejo, Nancy Slover, y Bryan Hartnell. Escucharon atentamente la grabación durante casi una hora, una y otra vez. Al terminar se quedaron callados e inmóviles. ¿Era aquélla la voz de Zodiac?

Bryan fue el primero en hablar:

—A mí me ha dado la impresión de que la voz de la cinta era menos profunda y más joven que la de Zodiac.

Los otros se encogieron de hombros y asintieron.

—Es demasiado joven —dijo el policía Slaight, de cabello oscuro y mentón pronunciado—, más insegura.

—Es demasiado lastimera y patética para ser Zodiac —dijo Nancy Slover.

Se hizo evidente que la llamada al programa había sido de alguien que había aprovechado la oportunidad para llamar a «la gala benéfica de Zodiac»; un sarcástico policía sugirió que cambiaran el nombre del programa de Dunbar y que lo llamaran «Hijo de Zodiac».

—Tal y como están ahora las cosas, sin tener ni idea de cuál es la identidad del asesino, estamos dispuestos a lo que sea —dijo un investigador—, aunque eso suponga tratar con chiflados.

El misterio de Sam quedó finalmente resuelto cuando, en posteriores llamadas a Belli, localizaron la llamada en el Hospital del Estado de Napa, y descubrieron que era uno de sus pacientes mentales.

KRON-TV llamó a la sala de prensa del Palacio de Justicia justo antes del cierre de las noticias de la tarde para comprobar si era cierto que la policía había atrapado a Zodiac después de que éste llegara tarde al punto de encuentro en Daly City. El rumor era que Zodiac estaba

detenido en secreto hasta que se pudiera efectuar una identificación segura. Resultó ser sólo un rumor, pero creó una expectación considerable.

Por esa época, el *Chronicle* empezó a recibir llamadas de lectores que veían una relación entre Zodiac y la tira cómica de Dick Tracy de aquellos momentos. El 17 de agosto, unas semanas después de que el asesino de los mensajes en clave se bautizara con el nombre de Zodiac, la Banda del Zodíaco, un grupo de astrólogos asesinos, capitaneados por un grotesco villano llamado Scorpio, hizo su aparición en la tira. La banda liquidaba a un astrólogo columnista ahogándolo, y Tracy encontraba unos gemelos con un escorpión y una camiseta con un horóscopo. Los agentes de la CI&I esperaban encontrar un paralelismo entre los asesinos del zodíaco ficticios y el Zodiac de la vida real. El principal analista del laboratorio forense de la CI&I, Ed Bauer, declaró lo siguiente: «Ahora mismo son sólo cábalas. Todavía no lo hemos estudiado con detenimiento. Se trata tan sólo de una de esas posibilidades remotas a considerar».

El cómic de Dick Tracy se escribe y se dibuja con varias semanas de antelación, para que dé tiempo a corregirlo, a hacer galeradas y reproducciones y a enviarlo por correo. La serie de Tracy y el zodíaco no fue publicada hasta después de que Zodiac eligiera su nombre, por lo que resultaba imposible que el tebeo le hubiera influido; a no ser que Zodiac trabajase en un periódico.

Lunes, 10 de noviembre de 1969

Armstrong y Toschi fueron informados de que el *Chronicle*

había recibido otras dos cartas de Zodiac, ambas con matasellos de San Francisco. En sus esfuerzos habituales por impedir que la policía le localizara a partir de la caligrafía, el asesino seguía escribiendo con letra pequeña y regular. No cabía duda, sin embargo, de que las cartas eran auténticas: con ellas venía otro fragmento de la camisa gris y blanca de Stine. Como en otras ocasiones, los sobres iban dirigidos simplemente al *Chronicle*, «Para el director. Urgente». Los habían echado al correo el sábado 8 y el domingo 9 de noviembre.

En sus nuevas cartas Zodiac alardeaba de dos asesinatos más: siete, en lugar de los cinco conocidos.

Los únicos asesinatos sin resolver recientes en la zona de la bahía que Toschi conocía eran apuñalamientos. El 3 de agosto, dos adolescentes de San José, compañeras de clase, salieron de casa a media mañana para un pícnic en una colina del valle Alameda, al sur de la ciudad. Las chicas, Deborah Gay Furlong, de catorce años, y Kathy Snoozy, de quince, candaron las bicis en la verja al pie de la colina y se dirigieron a una loma soleada desde la que se veían las parcelas de sus casas. Como a las 18:00 no habían vuelto, el padre de la más joven salió a buscarlas. Cuando se acercó al merendero vio que se había formado una muchedumbre de motoristas y policías. Presa del horror, corrió al bosquecillo. Ahí yacían los cadáveres de las chicas. Estaban completamente vestidas, a excepción de una sandalia que se encontró en las inmediaciones. A los detectives les pareció que las habían matado en otro sitio porque se veía poca sangre. Bajo el sol del atardecer, encontraron una serie de huellas en el robledal de la colina. La policía empezó a hacer sus moldes de escayola.

Al doctor John E. Hauser, el primer forense del condado

de Santa Clara, le impresionó tanto el crimen que le dejó sin habla.

—Nunca he visto un caso con tantas heridas de arma blanca —dijo—. Llevo mucho tiempo en esta profesión y a veces creo que soy un poco insensible, pero, cuando vi a esas chicas, créame, fue aterrador. Las mutilaciones sexuales de los nazis en la Segunda Guerra Mundial no fueron nada al lado de lo que les hicieron a esas chicas.

El cuchillo de filo estrecho que había arrancado la vida de las niñas en una orgía de sangre se había asestado más de trescientas veces, siempre por encima de la cintura de las jóvenes víctimas.

Toschi temía que Zodiac estuviera cumpliendo su advertencia de que «los escolares son buenos blancos».

Mientras tanto, esas amenazas continuaban sembrando el pánico. En San José, 475 padres furibundos buscaron al asesino de Furlong y Snoozy formando grupos de vigilancia que patrullaban el barrio en coches identificados con una bandera blanca. Todos los hombres iban armados. La teoría era que el asesino era un adolescente alto y delgado, y que vivía en el barrio, puesto que había desaparecido muy deprisa tras los asesinatos. Tardaron casi dos años en atraparlo.

Toschi no conocía otros asesinatos, con la excepción de un bebé de quien se sospechaba que lo habían matado unos perros. Los detectives se fijaron entonces en la carta de Zodiac del 8 de noviembre. Aunque, como era habitual, había puesto demasiados sellos, éstos no estaban colocados al revés ni verticalmente, sino como es lo común.

Dentro del sobre había una chistosa tarjeta de felicitación fabricada por la empresa Forget Me Not Cards / American Greeting Cards Co. En el dorso (publicado aquí por primera vez) aparecía el dibujo de una pluma mojada que goteaba, colgada de una cuerda, con la frase siguiente:

Perdona por no haberte
escrito,
pero acabo
de lavar mi pluma…

En el interior estaba el final del chiste, escrito con letras borrosas y desordenadas:

¡y no puedo hacer nada con ella!

El texto del Asesino de los Mensajes en Clave decía lo siguiente:

Zodiac al habla
Me ha parecido que os bendría bien
reíros antes de
oír las malas noticias
no oiréis las
noticias hasta que pase un tiempo
PD ¿podríais publicar
esta nueva clave
en primera plana?
Me siento terriblemente solo
cuando me ignoran,
tan solo que podría
¡¡¡¡¡hacer las *cosas que suelo hacer*!!!

En la parte inferior de la carta aparecía una lista de cinco meses, escritos con abreviaturas: «Diz Julio Ago Sept Oct = 7». Se conocían todas las víctimas excepto las de agosto. Al parecer, Zodiac decía que había matado a dos personas en agosto. Los de Snoozy y Furlong eran los únicos asesinatos no resueltos en agosto; la policía de San Francisco no

descubrió otros.

Inmediatamente, el equipo de Zodiac empezó a visitar las papelerías que vendían tarjetas de felicitación con la esperanza de que algún dependiente se acordase de haber vendido la que había enviado Zodiac. Sólo en San Francisco había cincuenta agentes y diez inspectores dedicados al caso Zodiac a jornada completa.

Dentro de la tarjeta, Zodiac también había escrito su criptograma más complejo hasta el momento. La clave estaba compuesta de 340 símbolos ordenados en una cuadrícula de veinte líneas y firmada con su símbolo personal, un gran círculo con una cruz encima. Toschi mandó hacer fotocopias de la nueva clave y las mandó a la Agencia Nacional de Seguridad [NSA, en sus siglas inglesas] y a la CIA en Washington. La NSA dijo que no cabía duda de que había un mensaje en la clave.

Armstrong y Toschi esperaban que, cuando el *Chronicle* publicase el criptograma de 340 símbolos, los aficionados a las claves tuvieran suerte una segunda vez. «Sólo es cuestión de tiempo que adquiera sentido. Gracias a las equivocaciones —dijo un criptógrafo— se resuelven los criptogramas». Un experto en lingüística de la Universidad de Massachusetts examinó el código varias veces con un ordenador, pero sin resultados.

Por su parte, el *Examiner* publicó un desafío a Zodiac, escrito en lenguaje cifrado, del doctor Marsh, de la Asociación Americana de Criptogramas. El doctor Marsh declaró al *Examiner* que «el asesino no se atreverá, como ha afirmado en sus cartas, a revelar su nombre [auténtico] en una clave dirigida a criptógrafos profesionales. Sabe, como dijo Edgar Allan Poe, que “cualquier clave ideada por el hombre puede ser descifrada por el hombre”». El doctor Marsh publicó un mensaje escrito con el código del asesino y le retó a que mandara a la AAC su verdadero nombre en

clave. El reto del criptógrafo consistía en un número de teléfono en clave para que el asesino llamara y diera su propia clave.

La carta que Zodiac franqueó el 9 de noviembre, la séptima, contenía una diatriba de siete páginas. El texto completo de la carta nunca se ha revelado hasta ahora, y nunca se ha publicado. Toschi y Armstrong empezaron por la primera página y tomaron notas mientras avanzaban:

> Zodiac al habla
> hasta finales de octubre he
> matado a 7 personas. Estoy muy
> enfadado con la policía
> por las mentiras que cuenta de mí.
> Por eso, voy a cambiar la forma
> de conseguir esclavos. Ya
> no voy a anunciar a nadie
> cuándo cometa mis crímenes,
> parecerán robos
> normales, crímenes pasionales, & accidentes falsos, etc.
> La policía nunca me atrapará,
> porque he sido demasiado listo
> para ella.
>
> 1. Me parezco a la descripción
> me desmayo sólo cuando hago,
> lo que hago el resto del tiempo
> soy totalmte distinto. No
> os voy a decir de qué
> me disfrazo cuando mato
> 2. Hasta ahora no he dejado
> huellas dactilares a mi paso, a diferencia
> de lo que la policía dice
> en mis asesinatos llevo una capa

transparente en las yemas de los dedos. Sólo
son 2 capas de pegamento aeronáutico
en las yemas —casi no se ben & son muy efectivas.

3. he adquirido mis instrumentos
de matar por correo antes
de que la prohibición[9] se hiciera
efectiva menos uno y lo
compré en otro estado.
como ven, la policía no tiene mucho
con que trabajar. Si se
preguntan por qué limpié
el taxi, estaba dejando pistas falsas
para que la poli las siguiera por toda
la ciudad, se puede decir, he tenido
ocupados a los polis para
que estén contentos. Me gusta fastidiar
a los maderos. Oye, madero, yo
estaba en el parque: utilizabais
coches de bomberos para tapar el ruido
de los coches patruya. Los
perros no estuvieron ni a 2
manzanas de mí & iban
al oeste & sólo había 2zonas
de aparcamiento a 10 min
de distancia luego las motos
pasaron a unos 4,5 metros
iban del sur al noroeste.
pd. 2 polis hicieron el memo unos 3
min después de que saliera del taxi. Yo
bajaba la colina hacia
el parque cuando un coche de polis se paró
& uno de ellos me llamó
& me preguntó si había visto a alguien
comportándose de forma sospechosa o estraña

en los últimos 5 o 10 min & dije
sí había un hombre que
corría con una pistola
& los polis se fueron a toda pastilla &
doblaron la esquina por donde
les dije & yo desaparecí
en el parque a una manzana & media
de distancia y no me volvieron
a ver.

Oye cerdo ¿no te revienta que te restriegue
por la cara tus estupideces?
Polis, si pensáis que voy a asaltar
un autobús como dije que haría,
merecéis tener agujeros en la
cabeza.
Coger una bolsa de fertilizante de
nitrato de amonio & 1 galón de aceite de calefacción
& poner unas bolsas de gravilla encima
& después encender la mierda
& seguro que se bentila
Cualquier
cosa que la explosión pille
por delante.
La máquina de la muerte ya está
preparada. Os habría mandado
fotos pero sois tan malvados
que localizaríais
el laboratorio y después a mí, así que
os voy a describir mi obra maestra.
Lo mejor es que
todas las partes se pueden comprar
en las tiendas sin que hagan preguntas.
1 reloj que funcione con pilas —durará

más o menos un año
1 interruptor fotoeléctrico
2 ballestas de cobre
2 bat de coche de 6V
1 bombilla de *flash* y reflector
1 espejo
2 tubos de 45 centímetros negros con
barniz de zapatos por dentro y por fuera

En la quinta página el asesino había dibujado un diagrama del mecanismo interior de la bomba. Estaba montada para que explotara a la altura de los autobuses sin afectar a los coches bajos.

el sistema funciona perfectamente
en mis ensayos. Lo que no sabéis
es si la maquina de la muerte
está visible o si
la tengo guardada en el
sótano para utilizarla en el futuro.

Si Zodiac tenía realmente un sótano, eso quería decir que tenía casa propia, que no vivía en un apartamento. Eso limitaba el número de sitios en los que podía vivir, puesto que los sótanos son algo infrecuentes en la zona de la bahía.

Creo que no tenéis suficientes
hombres para parar esto
registrando continuamente
los arcenes para buscarla.
& no servirá de nada cambiar la ruta
& el horario de los hautobuses por

que la bomba se puede adaptar
a condiciones nuevas.
¡Que os divirtáis! Por cierto
las cosas podrían ponerse feas
si intentáis engañarme.

En la parte inferior de la página, Zodiac había dibujado un gran círculo con una cruz encima, con cinco equis en el sentido de las agujas del reloj en el hemisferio izquierdo. ¿Era un mapa simbólico de los diferentes asesinatos de Zodiac, o un mapa del camino a su casa? La policía llegó a la conclusión de que probablemente se trataba de un calendario con las fechas de sus siete asesinatos.

PD. No dejéis de
publicar la parte que he
señalado en la
pagina 3 [cuando le para la policía], o haré
lo que suelo hacer
Para demostrar que yo soy
Zodiac, Preguntad al poli de
Vallejo por mi visor
eléctrico que he utilizado para empezar
a conseguir esclavos.

Toschi dejó la carta.

—Llamad al ejército y enteraos de si se puede construir un cachivache así —ordenó Lee.

El experto en bombas del ejército respondió:

—¿Que si se puede? Desde luego que sí.

Después, el propio jefe de policía Al Nelder ordenó a la brigada de Zodiac que no dijera nada de los detalles de la bomba. Para colaborar con la policía, el *Chronicle* accedió a

no publicar ninguna parte de la carta que hiciese referencia a la bomba. Los temores de un asalto a un autobús escolar se intensificaron.

Martes, 11 de noviembre de 1969

Oficialmente, los investigadores descartaron que Zodiac fuera el asesino de las chicas de San José el agosto anterior. Su razonamiento era que el enorme ego de Zodiac le habría impedido matar sin asumir la «responsabilidad» de los brutales actos.

—En la prensa —dijo Marty Lee—, Zodiac ha aparecido como un loco… demente… Yo creo que legalmente está cuerdo… Ha demostrado inteligencia al esconderse y escapar de la policía. No me lo imagino con un trabajo manual. Supongo que tiene un empleo modesto y que trabaja con papel… Los criptogramas son una obra de arte. La cuadrícula está trazada meticulosamente… Es otra suposición… Creo que sigue en la zona de la bahía.

Sábado, 27 de diciembre de 1969

Melvin Belli estaba en Múnich en un congreso de abogados de juicios militares, y la empleada doméstica del letrado le mandaba el correo a su oficina, para que lo abriera su secretaria.

Una carta que llevaba el matasellos del 20 de diciembre había llegado con retraso por el intenso correo navideño. No cabía duda de quién era. Bien doblado, el interior del sobre blanco de diez por diecisiete centímetros contenía otro trozo de la camisa de Paul Stine, oscurecida por la sangre.

Esta carta, en rotulador, estaba escrita con una caligrafía más pequeña que la anterior, y tenía errores ortográficos y de puntuación, como era habitual.

Uno de los abogados asociados de Belli viajó a Múnich para entregarle una reproducción fotográfica de la carta, del sobre y del retal ensangrentado. Dentro también había una tarjeta de felicitación que decía lo siguiente: «Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo». El mensaje, escrito en mayúsculas, era la octava carta de Zodiac, y decía lo siguiente:

Querido Melvin, Zodiac al habla
Le deseo felices Navidades. Lo único
que le pido es una cosa,
ayúdeme, por favor. No puedo
pedir ayuda porque
algo en mi interior me lo impide.
Me está resultando muy difícil
contenerme tengo
miedo de perder el control
otra vez y de cobrarme mi novena &
seguramente décima víctimas. Por favor
ayúdeme porque me ahogo. En
este momento los niños están
a salvo de la bomba porque
es demasiado grande para enterrarla y hace falta
mucho trabajo para ajustar bien
el mecanismo del disparador. Pero
si me contengo demasiado
no serán nueve perderé completamente el
control de mí mismo y construiré
la bomba. Por favor ayúdeme no puedo
controlarme mucho más
tiempo.

Zodiac parecía afirmar que se había cobrado una octava víctima desde las cartas del 8 y 9 de noviembre. Sólo se conocían dos posibles víctimas: Elaine Davis y Leona Larell Roberts. Davis desapareció el 1 de diciembre de 1969, un lunes, y nunca ha sido hallada. De Leona Roberts se perdió el rastro el 10 de diciembre de 1969, un miércoles, a las 18:00. El cadáver de la chica, de dieciséis años, fue encontrado desnudo el 28 de diciembre, en un terraplén al lado de la carretera, cerca de la laguna Bolinas. La habían mantenido con vida durante diez días después de ser raptada en el apartamento de su novio, en Rodeo. No se encontró su ropa, y no habían abusado sexualmente de ella. Pero lo más importante es que la encontraron cerca del agua, como todas las víctimas de Zodiac. El asesino se había llevado las llaves de su Volkswagen.

Por otra parte, Zodiac había utilizado la frase «Feliz Navidad» [*a happy Christmas*], más frecuente en Gran Bretaña y en Canadá que en Estados Unidos. También había avisado de que iba a cargarse a «los chavales» [*the kiddies*], que es otra palabra coloquial del Reino Unido o de Australia. ¿Era Zodiac británico?

Belli estaba dispuesto a reunirse con el asesino en serie en cualquier momento y lugar. A través del *Chronicle* comunicó:

Usted me ha pedido ayuda y le prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para brindarle cuanto necesite o solicite.

Si quiere verme a solas, iré a solas. Si quiere que acuda con un sacerdote o un psiquiatra o un periodista para hablar con él, lo haré. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra.

Dice usted que está «perdiendo el control» y que puede matar de nuevo. No empeore las cosas. Déjeme ayudarle

ahora.

Belli dijo a los periodistas:

—Creo que quiere dejar de matar. He estudiado minuciosamente su carta… y tengo la sensación de que la escribió en un momento en que se planteaba el futuro de forma tranquila y racional. Sabe que lo acabarán atrapando y que, a no ser que consiga un buen abogado, probablemente lo condenen a morir en la cámara de gas. Por eso pide ayuda… ¿Por qué ha acudido a mí? Quiere que lo salven de la cámara de gas.

En una llamada de teléfono, un hombre que decía ser Zodiac hizo tan buenas migas con la empleada doméstica de Belli que éste acabó convencido de que «cuando llegue a casa me lo encontraré sentado en el salón con la asistenta… Creo que podemos hacer algo por él… Podemos atraparlo y salvar algunas vidas, incluyendo la suya».

El asesino no respondió al llamamiento de Belli. El asesino de los mensajes en clave tardaría meses en volver a escribirle.

8. Joseph DeLouise

Domingo, 4 de enero de 1970

Joseph DeLouise, un vidente de Chicago, sentía que llevaba alrededor de un mes recibiendo transmisiones mentales de Zodiac. Tenía la impresión de que el asesino ya no se excitaba matando, y de que buscaba una forma segura de rendirse a la policía. Lo más sorprendente es que DeLouise había empezado a ver una imagen mental del verdadero rostro de Zodiac.

DeLouise se había hecho célebre en toda la nación dos años antes, cuando predijo que la familia Kennedy sufriría una desgracia en la que uno de sus miembros se encontraría cerca del agua. Dos meses después, el coche del senador Edward M. Kennedy se salió de un puente de Massachusetts y cayó en un canal de Chappaquiddick, y una secretaria que iba con él, Mary Jo Kopechne, se ahogó.

El vidente, moreno, delgado, serio, casi de aspecto satánico, de cuarenta y tres años, regentaba un negocio de artículos de peluquería y había crecido en los barrios difíciles de Chicago, después de que su familia llegara de Italia. Ya en Italia, a los cuatro años, había afirmado que podía ver el futuro. Predijo una catástrofe en un puente importante el 25 de noviembre de 1967, y menos de un mes después, el 15 de diciembre de 1967, el Silver Bridge que cruzaba el río Ohio en Point Pleasant, en Virginia Occidental, se derrumbó. En la catástrofe murieron cuarenta y seis personas.

Tres meses y medio antes de los arrestos por el asesinato de Sharon Iate, el adivino dijo dónde estaba el escondite en Texas de uno de los sospechosos, describió correctamente a otras dos personas que habían participado en los asesinatos, y adivinó el número de los finalmente implicados.

En septiembre de 1969, predijo un accidente de aviación en Indianápolis y fijó la hora de la tragedia a las 15:30. Un mes después se produjo un accidente aéreo a las 15: 31.

DeLouise, conocido como el «profeta de los detalles», habló con Bud Kressin de *The Vallejo Times-Herald* en una entrevista exclusiva y le contó lo que había visto a tres mil kilómetros de distancia.

—Se me aparece repetidamente la palabra «Berkeley» —dijo DeLouise por teléfono—. No veo que sea de Vallejo, ni que viva ahí. Pero tengo la fuerte sensación de que vive en Berkeley o de que ha vivido ahí hace poco. Siento que es muy nervioso por dentro. No le gusta conducir. Prefiere andar. No sé por qué, me da la impresión de que está muy confundido y de que se le puede ayudar. Siento que tiene una cajita en la que guarda cosas. Tengo la sensación de que hay piedras dentro. Le gustaría desembarazarse de esos objetos. Tiene una caja en la que hay ciertas cosas que ha guardado. Cuando las mira y las toca con los dedos, se siente empujado a hacer cosas horribles. Me da la impresión de que tirar esas cosas sería como rendirse. Zodiac ha hecho lo que ha hecho porque estaba desorientado. Cuando era joven, pasó una temporada en una institución tipo reformatorio. No contó con la orientación de un padre. Se produjo un gran cambio en su vida cuando tenía trece años porque lo acusaron injustamente de algo. Creo que no era culpable.

Las imágenes mentales del aspecto de Zodiac llevaban casi un mes rondando la cabeza del vidente, fundiéndose y

cambiando continuamente. La imagen que DeLouise recordaba con mayor nitidez era la de un hombre de unos veintiocho años, que medía alrededor de 1,70 metros y pesaba entre 60 y 65 kilos, de un aspecto ligeramente famélico. El asesino tenía el cabello sedoso y oscuro, y lo solía llevar peinado hacia atrás, pero, para que no lo reconocieran, se lo echaba hacia delante. «No creo que lleve gafas —dijo—. Es demasiado presumido para llevarlas, aunque le hagan falta. Sólo las utiliza para que no lo reconozcan».

El vidente de Chicago intuía que Zodiac tomaba drogas que le habían dañado el cerebro, drogas que le colocaban, aunque en el caso del asesinato de Berryessa había tomado algún depresivo. DeLouise afirmó que las «vibraciones» que recibía le decían que Zodiac consumía «*speedy* barbitúricos», que tomaba antes de los asesinatos.

—Este hombre está enviando señales —dijo—. Sólo las personas que tienen estas percepciones extrasensoriales se reconocen entre ellas. Espero poder demostrarle de algún modo que quiero ayudarle.

DeLouise iba a reunirse con la policía de Chicago para convertir su visión en un retrato robot. El vidente creía que el asesino podía ser escorpio o acuario porque los números «2-11» y «11-2», que veía con frecuencia, eran el 2 de noviembre o el 11 de febrero.

En vista de que seguía teniendo la impresión de que el asesino quería entregarse, DeLouise decidió ir a la zona de la bahía de San Francisco, pagándose él el viaje, para ayudar a Zodiac a encontrar sosiego.

Martes, 20 de enero de 1970

DeLouise llegó a San Francisco a las 7:00 y lo recibió su

representante en la costa oeste, Christopher Harris, que se había desplazado desde Hollywood. El vidente llegó a Vallejo a las dos de la tarde y fue directamente al departamento de policía. Los agentes lo llevaron al escenario de los asesinatos de Jensen y Faraday, con la duda de si los meses transcurridos desde la agresión afectarían a su capacidad de recibir impresiones. DeLouise les dijo que las percepciones extrasensoriales eran atemporales y que una diferencia de un año no iba a debilitar su concentración adivinatoria.

Después, DeLouise hizo una visita a los agentes de la ley de Napa, con quienes repasó los detalles del asesinato del lago Berryessa. DeLouise tuvo nuevas percepciones sobre el asesino, relacionadas con los caballos y un perro blanco, la soledad, al amor por las flores y un odio intenso a la policía. Sugirió que el asesino podía haber solicitado un trabajo como agente de la ley y que le habían rechazado, o que era un paciente externo de un psiquiátrico. Le vinieron a la cabeza las palabras «roth» y «campo», y la imagen de un puentecillo a 12 kilómetros al sur de la ciudad, pero no pudo decir en qué contribuían a la resolución del enigma de la identidad de Zodiac.

Le dijo a la policía: «Me quedaré hasta el fin de semana, pero en San Francisco. Tengo la sensación de que sería peligroso quedarme en Vallejo. No puedo explicar por qué. Lo siento así».

En San Francisco, no le dejaron tocar las pruebas físicas del caso de Stine y no vio nada. «A veces, tocar esas cosas despierta una impresión, un nombre. Se llama psicometría», dijo. Pero no convenció a la policía.

El vidente pidió durante tres días al asesino por radio y televisión que se entregara, pero no lo hizo.

Luego volvió a Chicago.

9. Kathleen Johns

Domingo, 15 de marzo de 1970

En Santa Rosa, un hombre aterrorizó a tres mujeres diferentes que iban en moto, entre las 3:00 y las 4:00. A las 5:10, la policía paró a un individuo cuyo coche y matrícula se correspondían con las descripciones de las mujeres.

Lo identificaron como residente en Vallejo, con un «Chevrolet blanco de 1962-64». Al hombre, «de unos veintitrés años», lo pararon en la calle Cuarta después de que siguiera a una mujer hasta el aparcamiento de la oficina de correos. Dijo que se había perdido y que buscaba el camino para salir del pueblo.

La policía le dejó marchar y lo acompañaron a la salida del pueblo.

Martes, 17 de marzo de 1970

Una mujer de Vallejo se dirigía a la base del Ejército del Aire de Travis cuando un Chevrolet blanco empezó a seguirla a corta distancia. El conductor no dejaba de mirarla y después empezó a «encender las luces y a tocar el claxon» y a tratar de que se detuviese.

La mujer pisó el acelerador y finalmente consiguió alejarse del coche.

Domingo, 22 de marzo de 1970

La señora Kathleenjohns abrigó a su hija de diez meses, Jennifer, y salió a las 19:00 de su casa de San Bernardino para ir a Petaluma, una población dedicada a la industria láctea, donde vivía su madre enferma. Era más cómodo viajar de noche, mientras la niña dormía.

Kathleen llegó a la polvorienta autopista nacional 5 y tomó la 99 antes de Bakersfield; pasó por Fresno, Merced y Modesto, donde giró a la izquierda y cogió la 32, una carretera poco frecuentada. Por el retrovisor vio que un coche parecía seguirla desde Modesto. «Era de antes del 68 —me contaría después—. Estaba destartalado».

Se acercaba la medianoche cuando disminuyó la velocidad para que el coche la adelantara. De pronto, éste empezó a encender y apagar las luces y a tocar el claxon. Como Kathleen hizo caso omiso, el desconocido aceleró y se situó en el carril de al lado de su Chevrolet blanco y granate de 1957. Le gritó por la ventana del copiloto abierta que le bailaba la rueda izquierda trasera.

A Kathleen, que estaba embarazada de siete meses, le inquietaba mucho parar en una carretera tan poco transitada y encontrarse con un desconocido.

—Era una carretera de dos carriles —me contaría—. El hombre empezó a apagar y encender los faros. Mi coche se averiaba con tanta frecuencia que imaginé que le pasaba algo. Pero no paré, porque allí era peligroso. Esperé hasta llegar a la autopista, y me detuve al lado de la 5.

Kathleen se detuvo en la cuneta de la calle Maze cerca de la nacional 5, y el coche de color claro aparcó en el arcén, detrás de ella.

«Un hombre bien afeitado y muy bien vestido» salió con una llave para ruedas en la mano izquierda y se acercó a ella, señalando la parte de atrás de su coche.

—Tenía unos treinta años —declaró—. Parecía que se podía confiar en él. Su aspecto era completamente normal. De hecho, recuerdo que pensé que podía ser militar, o algo así. Iba así de arreglado. Llevaba una palanca cuando salió. «Lleva suelta la rueda posterior izquierda —me dijo con voz suave, apoyándose en la puerta y mirando el interior del coche—. Si quiere, le aprieto las agarraderas».

Kathleen se agachó, tapó con la manta a su hija dormida e intentó ver en la oscuridad detrás de la ventana, donde el hombre señalaba.

—No se preocupe —dijo él, acercándose a la parte posterior del coche—. Estaré encantado de arreglárselo.

Kathleen le oyó trabajar con la rueda, pero quedaba fuera de su campo de visión. Al cabo de un rato, él se levantó y se aproximó a su ventana.

—Bueno, pues ya está —dijo, saludó con la mano y volvió a su coche.

—Retomó la marcha y se fue por la autopista —me contó Kathleen.

Ella apenas había avanzado unos metros cuando se le soltó toda la rueda posterior, con un gran estruendo, y fue a parar a la maleza de la cuneta. Apagó el motor, dejó las llaves puestas, y salió a ver qué había pasado. Mientras tanto, el desconocido dio marcha atrás hasta el morro del coche de Kathleen, salió y se acercó a ella corriendo. Por primera vez lo pudo ver bien, cuando cruzó por delante de sus faros.

—¡Oh, no, la cosa es peor de lo que pensaba! —le dijo—. La llevaré a la estación de servicio. —El desconocido se interponía entre ella y su vehículo.

Kathleen vio por encima del hombro del hombre una luz en la carretera. A menos de medio kilómetro había una estación de servicio ARCO, muy iluminada. ARCO le venía bien porque en ese momento llevaba una tarjeta de crédito,

pero no dinero.

—Vamos —rogó el hombre—. La llevaré al garaje. No pasa nada.

—La verdad es que no habría salido del coche si me hubiera dado mala espina —me contaría Kathleen—. Recuerdo que le dije adónde iba, y creo que él también iba al mismo lugar.

Kathleen cogió a Jennifer y se metió en el coche del hombre. Cuando se ponían en marcha, se dio cuenta de que las luces de su coche seguían encendidas, y las llaves puestas. El hombre sonrió, volvió a su coche, apagó las luces y se metió las llaves en el bolsillo. Después, él arrancó, dejó atrás el automóvil, pero sin dirigirse a la estación ARCO.

—Cuando la pasó, no le di mucha importancia. No dije nada —me contó Kathleen—. Cuando no cogió la siguiente salida, me di cuenta de que algo pasaba. Si él no decía nada, yo tampoco iba a hacerlo.

Pasamos por varias salidas antes de que tomara una, y entonces seguí callada. Era él quien conducía.

El hombre se internó en un camino rural pedregoso y solitario. Durante mucho tiempo no dijeron nada. Él llevaba la cazadora abierta y ella vio que su camiseta blanca brillaba tenuemente bajo la luz de la luna. El hombre empezó a acercarse al arcén y luego aceleró. Esto lo repitió varias veces. Kathleen pensó que iba a tirarle los tejos.

Fue ella quien rompió el silencio:

—¿Va siempre ayudando así a la gente por la carretera? —dijo con sorna.

—Cuando acabo con ellos no necesitan ayuda —dijo el hombre, cambiando la voz al contemplar el bosque oscuro a lo lejos.

Kathleen veía las amenazadoras formas oscuras de los árboles y alguna que otra casa de labranza que pasaban a

toda velocidad sin rumbo fijo. Al cabo de treinta minutos, el desconocido se dio la vuelta, la miró y dijo: «Sabes que vas a morir. Sabes que te voy a matar».

—Entonces dijo: «Voy a tirar a la niña» —me contaría Kathleen—. Yo tenía tanto miedo que casi me hago pis encima. Pensaba: «¿Qué voy a hacer?». Pero muy tranquila y fríamente. Se me ocurrió que tenía que seguirle la corriente. Hacer lo que él quisiera. A veces tienes que llorar o suplicar o algo así. En total, estuvo conduciendo por esos caminos rurales dos o tres horas.

El hombre llevó a la asustada mujer por un laberinto de caminos sinuosos, casi sin hablar, pero mirándola de vez en cuando y repitiendo: «Sabes que te voy a matar» o «Sabes que vas a morir».

Kathleen sabía que lo decía en serio. «Sus ojos —pensó— son ojos inexpresivos». Estaba muy confusa, pero intentó memorizar cuanto pudo del hombre en su lento viaje. Primero advirtió que sus zapatos estaban tan lustrosos, «relucientes», que reflejaban las luces interiores amarillas del coche. «No eran tipo bota. Eran zapatos náuticos. Todo él, ahora que lo pienso, tenía aspecto de un *marine*».

Llevaba una cazadora de nailon por encima de unos pantalones de campana de lana negra. Las gafas negras de montura ancha estaban firmemente sujetas gracias a una fina cinta de plástico en la cabeza. Su mentón mostraba las cicatrices de un antiguo acné.

—Su nariz no era especialmente pequeña; tenía la mandíbula marcada. No era una persona débil y no tenía la frente ancha. Su cabello era castaño, lo llevaba cortado al rape. Seguramente por eso pensé que era soldado. No era muy grande, pesaba unos 75 kilos. —Kathleen medía 1,70 metros—. Tuve la clara impresión de que no sabía lo que hacía. Podía ser el vecino de enfrente y no saber que lo era. Era evidente que estaba enfermo.

La luna llena hacía que brillaran el cabello rubio y los ojos grises de Kathleen. Ella se fijó en todo lo que pudo. El coche era de fabricación estadounidense, de color claro, un modelo reciente de dos puertas con matrícula antigua de California, de las negras y amarillas. El interior estaba desordenado, con papeles, libros y ropa tirada por los asientos delanteros, traseros, e incluso en el salpicadero. La ropa era sobre todo de hombre, pero había mezcladas algunas camisetas pequeñas con dibujos, como para un niño de ocho a doce años.

«Va muy bien vestido —pensó Kathleen— pero el coche está muy desordenado». En el salpicadero había dos estropajos de plástico de colores, «cosas domésticas. Cosas que estaban fuera de lugar». Al lado de los estropajos vio una linterna negra de cuatro pilas con un asa de plástico.

Entre los dos asientos ergonómicos negros había una caja de cambios deportiva de transmisión automática, tipo consola, con un mechero incorporado en el lado derecho y un cenicero en la parte de delante. «Parecía formar parte del coche».

El desconocido seguía hablando con voz monótona, sin rastro de acento.

—Sin emoción —me dijo Kathleen—. Sin rabia, sin ninguna emoción. Nada. Las palabras salían sin más. No hablaba anormalmente despacio, sino con mucha precisión. Le salía. Ya está. Lo que iba a decir. No tenía sentimiento. Yo no podía aguantarlo más, así que decidí que la próxima vez que redujera la velocidad, sin pararse del todo, al llegar a las señales de *stop*, saltaría.

De pronto, el coche se detuvo. Sin darse cuenta, el hombre se había metido en una vía de salida.

Kathleen agarró a la pequeña Jennifer y salió del coche bruscamente, cruzó la carretera deprisa y se metió de un salto en una acequia rodeada de hierba alta en medio de un

campo.

—Era un viñedo con un pequeño cauce y me tumbé lo más pegada al suelo que pude. —Se colocó encima de Jennifer para impedir que la niña gritase.

Le latían las sienes, respiraba ruidosa y rápidamente; el coche no se movió. Ahora podía ver al hombre. Tenía una linterna y la dirigía al campo. La llamó diciéndole que volviera. En el silencio se oían los grillos. El hombre avanzó, moviendo la luz de un lado a otro.

—Entonces pasó un viejo camión con remolque por la autopista, sus faros debieron de iluminar al hombre porque el conductor paró esa cosa enorme justo en ese punto, salió y gritó: «¿Qué demonios pasa?», y el tipo se metió en su coche y se largó.

El coche del desconocido aceleró por la negra carretera; se formó un rastro de espirales de polvo gris. El conductor del camión se aproximó a Kathleen, y ella se asustó.

—¡Otro hombre no! Empezó a bajar la colina hacia mí y yo me aparté. Le hice esperar hasta que vino una señora y me fui con ella. Pero, cuando llegamos a un pueblo de mala muerte, me dejó delante de la comisaría y entré en una oficinucha donde sólo había un viejo, el sargento. Le conté mi historia y se puso un poco pálido. Supongo que cosas así no pasan todos los días en un pueblecito. Bueno, pues sacó un impreso y le di una descripción detallada del hombre y de su coche.

Mientras hablaba con el policía, la mirada de Kathleen recorría la pared donde estaban colgados los carteles de «se busca». Su mirada se detuvo en el tablón de anuncios; dio un salto y se le escapó un grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es él! ¡Es ése de ahí!

En el tablón de anuncios había un retrato robot del asesino de Paul Stine: un retrato robot de Zodiac.

—Al sargento le entró el pánico cuando le dije que era el

tipo de la pared, y quería sacarme de allí porque creía que el hombre iba a volver para liquidarnos a los dos. Era el único que estaba de servicio y lo que hizo fue llevarme a una cafetería que estaba cerrada. Pidió al dueño que la abriera para que yo me quedara allí en vez de en su oficina. Eso me fastidió un poco. Supongo que no se sentía seguro conmigo allí. Me senté en la cafetería a oscuras y le indiqué dónde estaba mi coche, al lado de la estación ARCO. Supongo que el *sheriff* fue, pero por radio dijo que allí no había ningún coche. Siguieron buscando, y un poco después dijeron por la radio que habían encontrado el coche en otra calle, pero todo quemado.

Para llevar el coche de Kathleen a la calle Byrd, en la autopista 132, el desconocido había tenido que volver a poner la rueda del coche.

—El interior estaba totalmente quemado. Fui al desguace porque las cosas de mi hija estaban ahí. Quería ver si se podía recuperar algo. No se podía. El interior estaba destruido.

En los días posteriores, Toschi mandó a Kathleen una serie de fotos de sospechosos. Las edades iban de los veintiocho a los cuarenta y cinco años.

—Sí, me las mandó a través del *sheriff* del condado de Stanislaus. Pero a mí me pareció que el sospechoso era más joven y que no salía en esas fotos. Aunque si lo volviera a ver, lo reconocería al instante.

El hecho de que el intento de asesinato de Kathleen y su hija ocurriese alrededor de medianoche, en un fin de semana, cuando había luna llena, y de que el hombre fuese vestido como un *marine* y llevase el pelo rapado, me llevó a creer que había escapado a Zodiac. Además, el desconocido llevaba gafas de montura oscura y hablaba con la voz

monótona que todas las víctimas supervivientes habían descrito.

Si era de Zodiac de quien había escapado, Kathleen lo había visto de cerca, y sin disfraz, más tiempo que cualquier otra víctima.

Y vivía para contarlo.

10. Zodiac

Domingo, 19 de abril de 1970

El hombre que tenía aparcado el coche de último modelo en la esquina de la calle Bay con el Embarcadero parecía obsesionado por el índice de criminalidad de San Francisco. Citó con todo detalle la lista de los treinta y cinco asesinatos cometidos aquel año en la ciudad hasta ese momento.

—Es peligroso andar solo —le dijo a Christopher Edwards, camarero de un barco—, con todos esos atracos, asesinatos, violaciones y delitos.

Edwards se había parado a pedir indicaciones mientras se dirigía al muelle del Pescador, y el desconocido le estaba dando «mala onda». El hombre dijo que era un ingeniero británico que llevaba diez años viviendo en San Francisco; se ofreció a llevarlo. Edwards dijo que no, pero le escuchó mientras se extendía con todo detalle sobre todos los asesinatos de la ciudad, excepto aquellos que todo el mundo conocía mejor: los de Zodiac.

La reticencia del desconocido a hablar de Zodiac llamó la atención de Edwards, y no pudo olvidar el incidente. En cuanto llegó al muelle, llamó a la policía. Después, en la Comisaría Central, identificó al hombre a partir de un retrato robot de Zodiac.

¿Era Zodiac un ingeniero británico?

Domingo, 19 de abril de 1970

El cadáver del célebre diseñador de lámparas Robert Salem, de cuarenta años, fue hallado, mutilado y casi decapitado, en su elegante taller-apartamento en el 754 de la calle Stevenson, detrás del hotel San Franciscan. El asesino (o asesinos) había intentado sin éxito cortarle la cabeza con un cuchillo largo y de filo estrecho; al no conseguirlo, le cortó la oreja izquierda y se la llevó. En la pared, escritas con la sangre del diseñador, aparecían las siguientes palabras: «Satán Salva». Además, en grandes letras, al lado del goteante símbolo rojo de un crucificado aparecía la palabra ZODIAC. En el estómago de Salem aparecía el mismo símbolo del crucificado, también trazado con sangre de la víctima. Parecía que el asesino se había empapado de sangre de su víctima y que había cometido el asesinato desnudo, dejando un rastro de sangre por todo el estudio.

Los inspectores Gus Coreris y John Fotinos no creían que aquello fuera obra de Zodiac, sino de un «asesino imitador».

Mientras los detectives seguían trabajando en el caso de Salem, el auténtico Zodiac estaba ocupado en otra parte. Estaba escribiendo en un papel de tamaño extraño con un rotulador azul, redactando otra de sus cartas: la novena.

El sobre rezaba: «Director, *San Fran. Chronicle*, San Francisco, Calif». En él había dos sellos de Roosevelt de seis centavos puestos de lado: el doble de lo necesario. Era como si el asesino estuviera impaciente por que recibieran su mensaje. A veces las cartas estaban escritas en papel Eaton de buena calidad, pero en ésta ocasión el papel era tan barato que no llevaba marca de agua y no se podía averiguar su fabricante.

En una combinación de mayúsculas y minúsculas, el mensaje decía sencillamente:

Zodiac al habla
Por cierto ¿habéis descifrado
la última clave que os mandé?
Me llamo:

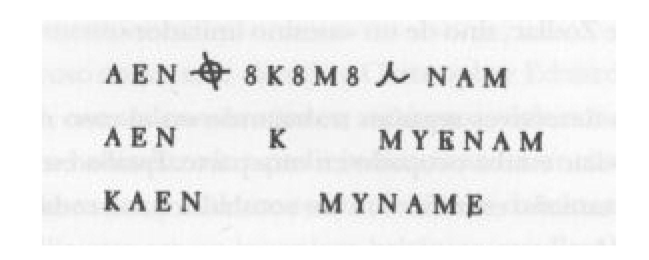
Después venía una línea con trece símbolos:



Ésa era la pista más provocadora de todas: la serie de trece caracteres que, según Zodiac, componían su nombre.

Se interpretaron los trece símbolos de múltiples formas. Los detectives de Vallejo trataron de hacer multiplicaciones y sumas en varias direcciones, utilizando los tres ochos dentro de un círculo. Los números parecían estar fuera de lugar en medio del mensaje cifrado. Era la primera vez que Zodiac empleaba números. ¿O tal vez no eran ochos?

Quizá los símbolos no eran una clave de sustitución. Era posible que hubiera que leerlos literalmente: «RAEN MYNAME». [Raen mi nombre]. Herb Caen era el columnista principal del *Chronicle*.



O a lo mejor Zodiac decía que se llamaba Rane. ¿«Riller Rane». [Asesino Rane]? ¿Estaba divirtiéndose el corpulento asesino, o nos había dicho al fin su nombre? ¿Seríamos lo bastante listos para obtener la respuesta a partir del mensaje cifrado?

La carta proseguía:

Tengo una lebe curiosidad por cuánto
dinero vale ahora mi
cabeza. Espero que no
creáis que fui yo quien
se cargó a ese madero
con una bomba en la
comisaría. Aunque hablé
de matar a colegiales con
una. No estaría ien
meterse en el territorio de otro.
Pero es más glorioso matar a
un poli que a un niño porque un poli
puede devolver el disparo. He matado
a diez personas hasta ahora. Habrían
sido muchas más pero
mi bomba para el autobús era una birria.
Me inundó la lluvia de hace poco.

La referencia de Zodiac al asesinato de un policía era una alusión a la bomba de dinamita puesta en la comisaría del parque Golden Gate el 16 de febrero, que mató al sargento Brian McDonnell e hirió a otros ocho agentes.

El margen izquierdo y los renglones de la carta eran rectilíneos, y el tamaño de las letras demostraba una enorme paciencia. Era el tipo de caligrafía que uno asociaría con un estudiante o un científico. La I mayúscula era austera y se parecía al número romano I.

La segunda página de la carta empezaba con las siguientes palabras:

La nueva bomba está construida así

El resto de la página lo ocupaba el plano elaborado de una nueva bomba mejorada para el atentado del autobús escolar. En la parte inferior había una posdata:

> Espero que os divirtáis intentando
> aberiguar a quién he matado

Escrito con cuidado aparecía el símbolo de Zodiac y la «puntuación»:

> Zodiac-10 SFPD [Policía de San Francisco]-0

Martes, 21 de abril de 1970

La novena carta de Zodiac al *Chronicle* llegó en el correo de la mañana. Llamaron a Toschi, que fue corriendo al periódico a ver si era auténtica. Aunque no incluía un retal de la camisa ensangrentada de Stine, había suficientes pruebas para convencer al detective de que el mensaje era auténtico.

—Es Zodiac —dijo Toschi con un suspiro—. Ya estamos otra vez.

«¿Quiénes eran la novena y décima víctimas? —se preguntó—. Si Zodiac considera a Kathleen Johns una víctima, ¿quién era la otra?».

El viernes 13 de marzo de 1970 raptaron a Marie Antoinette Anstey en el aparcamiento de la Coronado Inn de Vallejo. Su cadáver desnudo fue descubierto en el condado de Lake el 21 de marzo de 1970, al lado de una solitaria carretera rural. No llegaron a encontrar su ropa. Le habían dado mescalina, le habían asestado un golpe en la cabeza y después la habían ahogado.

El asesinato concordaba con muchos de los patrones de los asesinatos de Zodiac: sucedió un fin de semana, no se produjo abuso sexual y ocurrió cerca del agua. La Coronado Inn era la discoteca de madrugada favorita de Darlene Ferrin, la tercera víctima de Zodiac en Vallejo. Me pareció extraño que, hasta ese momento, los asesinatos se hubieran dado en lugares cuyo nombre hacía referencia al agua: carretera de *Lake* [lago]. Herman, Blue Rock *Springs* [Manantiales], *lago* Berryessa y la calle *Washington* [lavar], que estaba bastante cerca de la calle *Lake*. ¿Era el condado de *Lake* un eslabón de esta cadena?

Lo que más interesó a la policía era que Zodiac dijera que había matado a diez personas y que «habrían sido muchas más, pero *me inundó la lluvia de hace poco*» (la cursiva es mía). Él se había quedado inundado; no quería decir que la lluvia torrencial hubiera impedido a sus jóvenes víctimas ir a los caminos frecuentados por parejas. ¿Había inundado la lluvia el sótano donde decía haber construido sus bombas? ¿Vivía en una zona alejada que estaba incomunicada con el exterior?

Toschi y Armstrong investigaron a los sospechosos que vivían en zonas que habían sufrido inundaciones recientes.

Miércoles, 29 de abril de 1970

El *Chronicle* recibió la décima carta de Zodiac. La habían echado al correo justo antes del mediodía del día anterior, en San Francisco. El periódico ocultó la carta un día a petición del jefe de policía Al Nelder, mientras éste tomaba una difícil decisión.

Después de la primera referencia a una «máquina de matar» el noviembre anterior (en la séptima carta), los periódicos habían renunciado voluntariamente a mencionar

ese detalle, para evitar un pánico como el que se produjo después de la muerte de Stine, cuando Zodiac amenazó con liquidar un autobús lleno de niños. Ahora Zodiac exigía que se hablase de sus amenazas de bomba, porque, de lo contrario, *sí* que volaría un autobús escolar.

Toschi y Armstrong estudiaron la nueva carta, otra de esas plúmbeas tarjetas de felicitación sin gracia que tanto disfrutaba Zodiac mandando a los periódicos.

La tarjeta (que aquí publicamos por primera vez) mostraba a dos ancianos exploradores. El primero, montado en un burro, le decía al segundo: «Lamento enterarme de que tu burro es un dragón[10]». El segundo minero estaba montado en un cansado dragón de lengua bífida.

Encima del dragón, Zodiac había escrito:

Espero que os divirtáis
cuando yo me lo pasey
Bomba.
PD por
detrás.

La tarjeta era de International Greetings Co., y formaba parte de la colección de la Bandera del Pirata. El reverso de la carta decía:

Si no queréis que
suelte la bomba tenéis que
hacer dos cosas. 1 Contar a todo
el mundo lo de la bomba del autobús con
todo detalle. 2 Me gustaría
ver la ciudad llena de
bonitas chapas de Zodiac. Todos los demás
tienen sus chapas, como por ejemplo

[símbolo de la paz], poder negro, *melvin eats bluber*[11], etc. La verdad es que me alegraría
mucho si viera
a mucha gente llevando mi
chapa. Por favor, que no sean vulgares
como la de Melvin
Gracias

Parece que Zodiac le había perdido el respeto a Melvin Belli.

Al final, el hombre corpulento había dibujado su emblema con osadía, por segunda vez en la carta. Era el diseño que había que utilizar en las chapas, el sello de Zodiac.

El jefe de policía Nelder tenía la impresión de que el plano de la bomba en la novena carta (del 20 de abril) era un ardid, pero, en cualquier caso, convocó una rueda de prensa: «No es mi intención asustar a la opinión pública, pero este señor ha pedido ahora que se mencione la bomba y ha amenazado con hacer explotar un autobús escolar si no se produce esa mención. He considerado la cuestión desde todos los ángulos y he llegado a la conclusión de que esta noticia hay que hacerla pública».

Hasta el momento, los periódicos sólo habían publicado fragmentos de las cartas de Zodiac, y ahora aplacaron cualquier posible alarma general diciendo que el plano de la bomba era poco fiable. El esquema de la bomba que Zodiac había dibujado nunca se publicó.

Las chapas tampoco se fabricaron.

Viernes, 8 de mayo de 1970

En Santa Rosa, los grandes almacenes K-Mart fueron

evacuados después de que un desconocido que decía ser Zodiac diera un aviso de bomba por teléfono. Un hombre que decía ser Zodiac había dado un aviso de bomba en Santa Rosa exactamente un año antes.

Viernes, 22 de mayo de 1970

En una rueda de prensa en Los Ángeles, Florence E. Douglas, alcaldesa de Vallejo y candidata a gobernadora por los demócratas, declaró: «Creo que no se prestó la debida atención a ciertas pistas en el asesinato de Darlene Ferrin». Prometió ejercer toda su influencia para reabrir el caso Ferrin. Creía que había sido un asesinato con premeditación.

La madre de Darlene había contado a Christopher Harris, el representante de Joseph DeLouise, que la noche anterior a su muerte Darlene le había dicho lo siguiente: «Puede que mañana aparezca en los periódicos». Tanto Harris como DeLouise creían que Darlene conocía a su asesino. Harris estaba en la rueda de prensa de la alcaldesa Douglas y se presentó como escritor.\b conocía a Harris. Se le había considerado sospechoso en el caso Zodiac debido a las extrañas preguntas que había hecho a los habitantes de Vallejo. La policía estaba segura de que no tenía nada que ver con los crímenes.

—La investigación de la muerte de Darlene Ferrin por parte de la policía de Vallejo fue a todas luces insuficiente —afirmó Harris en la rueda de prensa—. Baso esta afirmación en conversaciones con agentes de la investigación, con autoridades policiales de la zona Napa-Vallejo, la madre de Darlene Ferrin, y la alcaldesa Florence E. Douglas […]. Cuando estuve en Vallejo observé que la policía desdeñaba lo ridículo; ahora estoy firmemente convencido de que en lo ridículo, especialmente en el caso de Darlene Ferrin, hay

una mina de pistas. La policía tendría que haber hecho un esquema completo del carácter de Darlene Ferrin. Hay demasiadas preguntas en tomo a su muerte que no se han respondido cabalmente. El uso de la linterna demuestra que el asesino quería cerciorarse de que la persona era la que debía ser. No estoy de acuerdo con que utilizara la linterna para asegurarse de que había matado a su víctima. Si se reabriera el caso de Darlene Ferrin, tendría un efecto psicológico muy importante en la mente perturbada de Zodiac, y eso acabaría empujándole a entregarse.

En Vallejo, la investigación del asesinato de Ferrin proseguía; el caso seguía abierto. Los asesinatos no prescriben. El departamento de policía empezó a sufrir reestructuraciones, del jefe hacia abajo.

Lunes, 29 de junio de 1970

Zodiac tardó dos meses en volver a mandar otra carta al *Chronicle* (hasta ahora sólo se han publicado pequeños extractos de esta carta). Ésta llevaba un matasellos de San Francisco, y la habían echado al correo el 26 de junio.

La undécima carta decía así:

Zodiac al habla
Estoy muy enfadado
con la gente de la zona de la bahía
de San Fran. *Nadie* ha cumplido
mi deseo de
ponerse unas bonitas chapas de
Prometí castigarles
si no lo cumplían,
cargándome un hautobús escolar lleno.

Pero ahora hay vacaciones
de verano, así que los he castigado
de otra forma.
Le he pegado un tiro con una .38 a un hombre sentado
en un coche aparcado.
⊕-12 SFPD-0

El Mapa, junto con este
código, os dirá dónde está colocada
la bomba. Tenéis asta el próximo
otoño para desenterrarla.⊕

El agente de la policía de San Francisco Richard Radetich, de veinticinco años, había sido asesinado a tiros con una .38 mientras estaba en un coche aparcado, un viernes por la mañana, en el número 600 de Waller, escribiendo una citación de tráfico. Los inspectores de homicidios negaron enérgicamente que Zodiac fuera su asesino. «Si da a entender que mató al agente Radetich, miente. Ya hemos emitido la orden de arresto de ese caso», dijo un inspector.

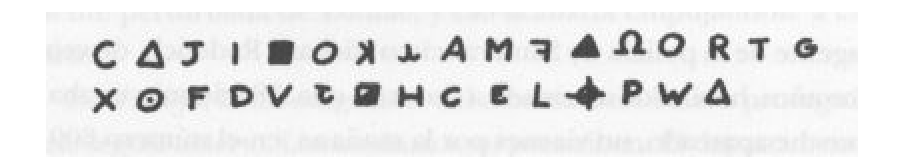
El mapa que adjuntaba Zodiac, un mapa modificado de carreteras Phillips 66 de gasolinera señalaba la cima del monte Diablo en el condado de Contra Costa, al otro lado de la bahía de San Francisco. Me llamó la atención que Zodiac eligiera ese tipo de mapa. Sin ir más lejos, Phillips era el apellido del primer marido de Darlene.

En la nueva carta, Zodiac reivindicaba doce víctimas. Los inspectores consideraron la posibilidad de que el mapa no señalase la localización de una nueva bomba, sino el lugar de enterramiento de la duodécima víctima de Zodiac. Imitando su símbolo del círculo con la cruz encima, dibujó una brújula cuyo centro estaba en un pequeño cuadrado en el centro del mapa. Éste no era suficientemente detallado y no permitía ver qué indicaba el cuadradito, así que consulté

un mapa más grande y descubrí que ahí, en el centro exacto, estaba la emisora de radio naval, una importante estación repetidora del pico meridional.

Se creía desde hacía mucho tiempo que Zodiac podía pertenecer a la Marina, que se hacía a la mar entre asesinato y asesinato, entre carta y carta, y así conseguía no ser localizado. Era una idea tentadora. ¿Trabajaba el maníaco en la emisora cuando estaba en tierra? ¿Se erguía por la noche como un rey en la cima de la montaña, viendo a sus pies la zona de la bahía, bajo un cielo con todos los auténticos símbolos de la astrología? Después de la guerra civil, el monte Diablo había servido para calcular longitudes y latitudes en la zona de la bahía.

Éste es el mensaje en clave de dos líneas que aparecía al final de la carta y que había que leer conjuntamente con el mapa:



Viernes, 24 de julio de 1970

Imaginé que Zodiac escribió las dos siguientes cartas de este modo: en un frenético impulso, agachado en el silencio de su sótano, se puso los guantes y cogió el rotulador azul. Fuera brillaba el sol; donde él trabajaba, una oscuridad que se apoderaba de todos los rincones, sólo interrumpida por una extraña luz.

Su duodécima carta decía lo siguiente:

Zodiac al habla

Estoy muy disgustado porque
no os ponéis unas
bonitas chapas de ⊕. Por eso, ahora
tengo una pequeña lista, que empieza con
la muger y su hija a las que
di un paseo muy interesante
durante un par de oras una
tarde hace unos meses que
terminó cuando quemé su
coche donde las había encontrado.

La «muger» sólo podía ser Kathleen Johns. El aterrador paseo de Kathleen sólo había sido reseñado brevemente en un pequeño periódico.

El hombre fornido echó la carta al correo. Después empezó a redactar la carta más larga que escribió al *Chronicle*.

«Zodiac al habla»: así empezaba la decimotercera carta (que aquí reproducimos en su totalidad por primera vez), como era habitual. Volvía a decir que estaba muy enfadado, porque los habitantes de San Francisco no llevaban chapas de Zodiac en los ojales, ni siquiera chapas «vulgares» ni «ninguna clase» de chapas del zodíaco.

Hizo una pausa. ¿Cómo podía mostrar su irritación, su encendida rabia por ser ignorado? Su rotulador azul se desplazaba de un lado a otro del papel de cartas con toda la velocidad que permitía su extraña manera de escribir.

«*I* [yo]», escribió, con una I grande y vigorosa, sólo superada en tamaño por la Z de Zodiac en la parte superior de la página.

Yo [aparte de
todo lo demás] torturaré a mis 13

esclabos que me
esperan en el Parayso.
A algunos los ataré en colinas de hormigas
y veré cómo gritan y tiemblan
y se retuerzen. A otros les meteré
astillas de pino bajo las
uñas y luego los quemaré. A otros los
meteré en jaulas y les haré comer carne en
salmuera hasta que se atiborren y luego
oiré cómo piden
hagua y me reiré de
ellos. A otros los colgaré de
los pulgares y los quemaré bajo el
sol y luego los frotaré
a conciencia para que se
calienten. A otros los
despellejaré vivos & dejaré
que corran dando gritos. Y…

Ahí empezaba a parafrasear a Gilbert y Sullivan, pero cambiando la letra para darle el significado que él quería. Las estrofas que escribió eran de *El Mikado*, cantadas por el propio Mikado. Imitando «The Punishment Fit the Crime». [El castigo proporcionado al delito], escribía:

Haré qué todos los jugadores de billar
jueguen en una mazmorra os
cura con tacos
curvados y Zapatos Torcidos.
Sí me divertiré muchísimo
infligiendo el más delicioso
dolor a mis
Esclavos.

El símbolo de Zodiac adquiría aquí proporciones gigantescas, y ocupaba toda la parte inferior de la carta, tapando la siguiente anotación:
Citando ahora a Ko-Ko en *El Mikado*, escribió una lista de todas las personas a las que le gustaría matar:

Y puede que algún día
encuentre una víctima.
Tengo una pequeña lista. Tengo
una pequeña lista, de delincuentes
sociales a quienes más les valdría
estar bajo tierra que nadie
echaría de menos
que nadie echaría de menos.
Están los pesados
pestilentes que firman
autógrafos, todos los que tienen
manos gordas y risas
irritantes. Todos los niños de edad
avanzada y te imploran
y te imploran. Todos los
que estrechan manos las estrechan
así. Y todas las terceras
personas que sin incordiar
se llevan a los que insisten. A
ninguno se le echaría de menos. A
ninguno se le echaría de menos. Está
el de las serenatas de banjo y
otros de su calaña y
al organista
le tengo en la lista. Todos los que comen
pastillas de menta y te lo echan
en la cara, nadie los
echaría de menos Nadie los

echaría de menos Y el
Idiota que canta las alavanzas en tono
entusiasta de todos los siglos menos
el suyo y de todos los países menos
el suyo. Y la dama de
probincias que se viste como
un hombre que no llora y
la singular anormalidad de la
chica que nunca ha besado. No creo
que la echaran de menos
estoy seguro de que no la echarían
de menos. Y el buen cura
en la opulencia el
más juicioso lo tengo en la
lista Todos los graciosos, cómicos
y payasos de la vida
privada. A ninguno se le echaría
de menos. A ninguno se le echaría de
menos. Ni a esa clase de intransigentes,
a esos fulanos
y menganos y demás, y tal
y cual, y la la la la,
ni a ese de ahí, ya sabes
quién, pero la tarea de rellenar
los huecos mejor te la dejo
a ti. Pero qué más da
a quién pongas en la lista, pues a ninguno
se le echaría de menos, a ninguno
se le echaría de menos.

Terminaba el aria del Gran Verdugo con otro símbolo del zodíaco, que ocupaba tres cuartas partes de la página. Debajo escribió una pista sobre el mapa del monte Diablo y el mensaje cifrado de exactamente un mes antes:

PD. El código del monte Diablo indica
los radianes y el número de pulgadas entre ellos.

El domingo por la mañana, el hombre corpulento escribió «S. F. Chronicle» en el sobre, se levantó de la silla, puso un sello de seis centavos de Roosevelt graciosamente torcido a la derecha de la carta, y salió a echarlo al correo.

Lunes, 27 de julio de 1970

Las cartas llegaron simultáneamente al *Chronicle*.

El lunes por la noche, el martes y el miércoles, Zodiac esperó a que hablasen de sus últimas amenazas en los medios. Pero nadie dijo nada: ni una palabra. ¿Qué había salido mal? Correos no podía haber perdido las dos cartas.

Pasaron agosto y septiembre y empezó octubre, casi el aniversario del asesinato de Paul Stine. Las nuevas cartas de Zodiac seguían sin ser mencionadas. El asesino no sabía que el 27 de julio la policía y el *Chronicle* habían decidido llevar a cabo un experimento para ver cómo reaccionaba Zodiac ante la falta de publicidad[12]. Tenías la impresión de que sus ansias de notoriedad se habían convertido en el motivo de los asesinatos.

Gracias a los cambios en las letras originales de Gilbert, Armstrong y Toschi sabían que su hombre escribía las frases de memoria, que no las había copiado directamente del libreto. Iniciaron una búsqueda e interrogatorio minuciosos de aquellos que habían interpretado a Ko-Ko en alguna ocasión, pensando que Zodiac podía haberlo hecho cuando era estudiante. Los detectives empezaron en la compañía de San Francisco de Gilbert and Sullivan, The Lamplighters, e interrogaron a todos sus actores, especialmente a los

bajo-barítonos. Las comparaciones de caligrafía y las diferencias obvias con Zodiac en el aspecto físico libraron de sospecha a todos los Grandes Verdugos pasados y presentes. Toschi aventuró que posiblemente el asesino sólo fuera un aficionado a Gilbert y Sullivan.

Descubrí que, la noche del asesinato de Paul Stine, The Lamplighters ensayaban *El Mikado* en el teatro Presentation, que iba a estrenarse una semana después. El teatro estaba a unas trece manzanas del escenario del crimen del taxista.

Aún más misterioso resultaba el hecho de que, durante toda la temporada del *Mikado* local, no se recibiera ninguna carta de Zodiac.

Zodiac escribió cuatro cartas en un período de cuatro meses después del ataque a Kathleen Johns, sobre todo para que le hicieran caso. Sólo habló finalmente del aterrador viaje en coche en la cuarta carta. ¿Por qué hablar de él ahora? El *Chronicle* no publicaba sus cartas, y la policía dudaba abiertamente de que Zodiac estuviera matando realmente a alguien. Quizá el asesino recurrió a algo concreto que demostrara que estaba en activo. Había dicho lo siguiente:

> […] la muger y su hija a las que
> di un paseo muy interesante
> durante un par de oras una
> tarde hace unos meses que
> terminó cuando quemé su coche […]

Yo me preguntaba por qué Zodiac se había acordado de ese incidente en particular si no era el asaltante de verdad. Sólo *The Bee* de Modesto, periódico de baja tirada, en un artículo el día después del incidente, había mencionado la quema del coche de Kathleen. Si Zodiac lo único que había hecho era atribuirse lo ocurrido, tenía que vivir lo bastante cerca

de Modesto para haber podido leer el artículo.

Mi teoría es que Zodiac no había reivindicado ese delito porque él era realmente el conductor y tenía miedo de lo que Kathleen pudiera recordar, y de que condujese a la policía hasta su casa[13].

En aquella época, Kathleen Johns desapareció. No pude encontrarla hasta el 18 de febrero de 1982.

Miércoles, 6 de octubre de 1970

En el correo de la mañana, el *Chronicle* recibió una ficha blanca sencilla, de siete por doce centímetros, en la que el autor había compuesto un mensaje utilizando letras recortadas del *Chronicle* del día anterior. Había dibujado una cruz con sangre. Estaba fechada el lunes 5 de octubre de 1970. Decía así:

> QUERIDO DIRECTOR:
> Me va a odiar, pero tengo que decírselo.
> ¡EL RITMO NO ESTÁ BAJANDO! LA VERDAD
> ES QUE HEMOS LLEGADO AL trece
> *13* «Algunos pelearon
> Fue Horrible».

Debajo del 13 había una cruz trazada con sangre humana y una «P. D.» pegado al revés en el lado izquierdo de la ficha:

> HAY INFORMES
> de que los cerdos de la poli
> están acercándose a mí, que les jodan
> mi clave es irresoluble. ¿Qué
> precio han puesto ahora?

La palabra «Zodiac», en letra redondilla, aparecía a la derecha con un gran símbolo, en el que la cruz lo formaban trozos de cinta. El autor había practicado trece agujeros a un lado de la ficha para representar a las víctimas.

Armstrong y Toschi creyeron que era una carta auténtica de Zodiac durante casi dos días, pero la acabaron archivando como una imitación.

Las pruebas relativas a Zodiac ya llenaban un archivador ignífugo gris metal de cuatro cajones.

Miércoles, 28 de octubre de 1970

Paul Avery, el periodista de investigación más importante del *Chronicle*, había escrito el grueso de los artículos sobre los asesinatos de Zodiac. Por eso no le sorprendió que la siguiente carta del asesino, la decimoquinta, no estuviera dirigida al *Chronicle* sino a él en persona.

En esta ocasión, Zodiac había enviado una llamativa tarjeta infantil de Halloween. En el dorso aparecía un esqueleto bailando con una calabaza, negra y naranja, y unas letras blancas en negrita que rezaban:

DE PARTE DE TU
<u>TU AMIGO INVISIBLE</u>

En la parte inferior izquierda había un verso que decía:

Tengo un
Presentimiento
Te mueres
por saber
mi nombre, así que

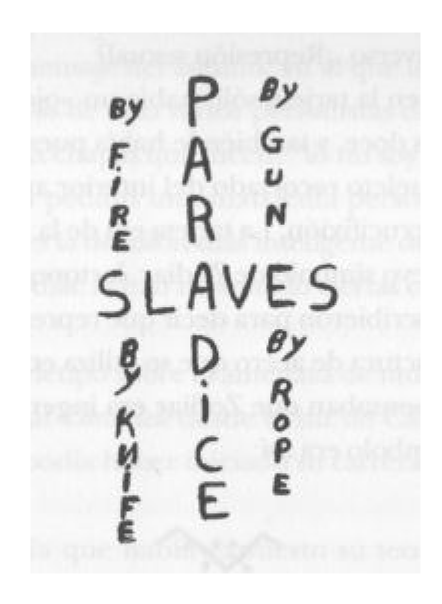
te daré una pista…

A Avery se le secó la garganta. Con dedos torpes y nerviosos abrió rápidamente la tarjeta para leer la frase final.

¡Pero para qué vamos a estropear el juego! ¡UUUHHH! ¡Feliz
Halloween!

Dentro, Zodiac había pegado un esqueleto completamente distinto, parte de otra tarjeta, y había hecho unos dibujos enormes de varios ojos observando. Algunos ojos miraban por ranuras. Además de la gran Z y del habitual círculo con la cruz, el asesino había dibujado un extraño símbolo nuevo que, a primera vista, parecía compuesto de símbolos meteorológicos.

Zodiac había escrito en el reverso con tinta blanca, como la que usan los dibujantes y delineantes, lo siguiente:



En los lados de la cruz las inscripciones dicen lo siguiente: «con fuego»,

«con arma de fuego», «Con arma blanca», «con soga». Los brazos de la cruz lo componen las palabras «parayso» (con la habitual falta de ortografía) y «esclavos».

Cuando Toschi y Armstrong pudieron convencer a Avery de que les diera la carta, se fijaron en el esqueleto que Zodiac había recortado y pegado dentro de la tarjeta. Con cuidado, lo despegaron para ver si había un mensaje en el dorso. No lo había.

Pero en la parte interior del sobre había unas letras pequeñas, que componían una X. Decían, dos veces: «Lo siento, no hay mensaje en clave».

—Investigábamos todas las tarjetas de felicitación en cuanto Zodiac las mandaba para ver si eran de tipo común y si a él le resultaba fácil o difícil comprarlas —me contó Toschi más tarde—. Todas las tarjetas eran corrientes, y se podían comprar en cualquier papelería. Eso lo investigaba en mi tiempo libre, los sábados o domingos. Quería estar seguro. A veces lo hacía sólo para cerciorarme de que no le poníamos fácil a Zodiac dejarnos en mal lugar.

Compré un ejemplar de la tarjeta de Halloween, y me di cuenta de que Zodiac había tapado con la calabaza naranja recortada la pelvis del esqueleto del anverso. ¿Represión sexual?

Originalmente, en la tarjeta sólo había un «ojo malvado». Zodiac había añadido otros doce, y también le había puesto ojos al esqueleto ya dibujado. El esqueleto recortado del interior aparecía en una postura que imitaba la crucifixión. La tarjeta era de la marca Gibson.

En cuanto al nuevo símbolo de Zodiac, lectores de lugares tan lejanos como Detroit escribieron para decir que representaba una viga de ala ancha, una estructura de acero que se utiliza en la construcción de edificios. Algunos pensaban que Zodiac era ingeniero de caminos, o algo

parecido. El símbolo era así:



Al escribir «UUUUUUHHHHH… ¡ESTÁS CONDENADO!» y «CATORCE» en la tarjeta a Avery, Zodiac se jactaba de haberse cobrado ya su decimocuarta víctima o de que Avery sería el siguiente.

El *Chronicle* publicó el artículo en la primera página el día de Halloween, y recibió atención mundial. El despacho de noticias locales se llenó de cámaras de televisión durante un tiempo, y el rubio y larguirucho Avery se vio, por una vez, siendo el entrevistado en vez del entrevistador.

A raíz de la entrevista se produjo una avalancha de pistas, cosa que agradó a la policía. Cuando los periodistas le preguntaron si le preocupaba la amenaza de muerte de Halloween, Avery repuso que la consideraba «pura cháchara».

Antiguo corresponsal de guerra en Vietnam y detective con título, Avery se cuidaba bastante bien. Pero el jefe de policía Nelder decidió no correr riesgos y le otorgó una licencia para llevar un revólver del calibre 38, y le dejó entrenar con la pistola en el campo de tiro de la policía.

«El reportero del *Chronicle* Paul Avery está en peligro —escribió Herb Caen—. Sus reportajes sobre las actividades de Zodiac han sido premiados con un mensaje del asesino, en el que le avisa de que “está condenado”. Después de esto varios periodistas del *Chronicle* —incluyendo a Avery— llevan chapas que dicen: “Yo no soy Paul Avery”. Mientras tanto, Avery ha pedido una matrícula personalizada que diga “Zodiac”, lo que no es la decisión más inteligente del mundo…».

—Parece que a Zodiac le han molestado ciertas cosas que he escrito de él —dijo Avery.

En respuesta al teletipo sobre la amenaza de muerte, alguien envió una carta anónima al *Chronicle* desde el sur de California. En ella se sugería que Zodiac podía haber iniciado su carrera criminal en Riverside, en California.

El anónimo decía que había expuesto su teoría a la policía de Riverside pero que no le habían hecho caso. Pedía a Avery que considerara esa posibilidad:

Por favor, haga llegar el contenido de esta carta al detective encargado del «caso de los asesinatos de Zodiac».

Espero que esta información también le sea útil, pues a los dos nos gustaría que se resolviera este caso.

En lo que a mí respecta, no quiero desvelar mi identidad, ¡y sé que usted entenderá por qué!

Hace unos años, en Riverside, California, asesinaron a una joven, ¡creo que más o menos la tarde del día de Halloween! Podría escribir una carta mucho más larga, detallando las similitudes entre el caso Zodiac y este asesinato que tuvo lugar en Riverside, pero si la policía no ve puntos de semejanza entre ambos casos, tomaré el camino más largo, ¡aunque esos crímenes los cometieran dos personas distintas! Yo creo que, después de que estudien los datos de los dos casos, si la policía no ha investigado ya la posibilidad y no conocen todavía el caso de Riverside, quizá entonces se ocupen de él…

Cartas a los periódicos, la misma caligrafía desordenada, investigue los dos casos… Llame por teléfono al comandante Cross, él sabe que yo no me rajo.

Señor Avery, le llamaré dentro de poco, ocúpese por favor de este caso, la policía de Riverside tiene mucha información, también la de San Francisco, esperemos que su orgullo no les impida trabajar juntas, y, si ya lo están

haciendo, ojalá que intercambien información…

Hablando con el comandante de la policía de Riverside Irv Cross, Avery supo más cosas del autor de la carta. Su única dirección era un apartado de correos en varias ciudades siempre distintas. (También había escrito al sargento Lynch. Su caligrafía no se parecía a la de Zodiac). Cross dijo que el hombre llevaba una temporada intentando convencer a la policía de Riverside de que Zodiac había asesinado a una universitaria en 1966. Cross contó por encima el caso al reportero y prometió mandarle un *dossier* de material de archivo lo antes posible.

Al principio, Avery dudaba de la relación; aunque había similitudes con los asesinatos conocidos de Zodiac, no veía un vínculo claro.

Esa carta sólo fue una de las cientos que Avery recibió de personas que «sabían» quién era Zodiac o que «sabían» cómo atraparlo.

11. Cheri Jo Bates

Lunes, 9 de noviembre de 1970

Avery recibió finalmente la información sobre el asesinato de Riverside, el único asesinato sin resolver en la historia de esa localidad. Entre los informes del asesinato de la chica había una fotografía de una carta manuscrita recibida cinco meses después del asesinato. La policía sólo la consideró otro mensaje falso de algún excéntrico; en aquel momento, la firma en la parte inferior no les decía nada.

El autor había firmado el mensaje con una única letra: Z.

Al cabo de dos horas, Avery se dirigía a Riverside, a 85 kilómetros al suroeste de Los Ángeles. Avery fue a ver al inspector sargento Dave Bonine, el principal investigador responsable del caso en aquel momento, y éste le permitió ver los archivos. La víctima se llamaba Cheri Jo Bates. Desde su asesinato hacía más de cuatro años, el archivo del caso, el número 352 481, se había hecho voluminoso. En una reunión con Bonine y el comandante Cross, Avery empezó a reconstruir con todo detalle el último día de la difunta. En su fuero interno, Avery creía que Zodiac había escrito la nota a lápiz y que podía ser el asesino de Cheri Jo.

Según los informes de la policía, Cheri Jo era estudiante de primer año en la universidad, alumna de matrícula de honor, y su principal ambición era convertirse en azafata de vuelo. Había sido animadora en el instituto Ramona cerca

de la universidad de Riverside City y también lo era en esta última. Medía 1,57 metros, pesaba 50 kilos, tenía los ojos azules, el cabello rubio y la piel clara, aunque cuando murió estaba muy morena. Llevaba gafas, pero sólo para estudiar. Vivía sola con su padre, Joseph, en el 4195 de la Vía San José de Riverside. Joseph era operario en el Laboratorio de Artillería Naval de Corona. Su madre les había abandonado en 1965, y su hermano era miembro de la Marina en Florida.

El día del asesinato, el 30 de octubre de 1966, Joseph y su hija fueron a misa en la iglesia de St. Catherine en Brockton. A las 9:00 desayunaron en el restaurante Sandy's en el Hardman Center. A las 10:00, Joseph salió de su casa para pasar el día en la playa. Sobre las 15:00, Cherijo llamó a su amiga Stefanie. No recibió respuesta. Volvió a llamar a las 15:45. Ahora Stefanie estaba en casa. Cherijo le preguntó si quería ir a la biblioteca de la universidad a buscar unos libros y estudiar un poco. Stefanie dijo que no, y Cherijo salió de casa entre las 16:30 y las 17:00. A las 16:30, unos amigos suyos pasaron por delante de su casa y vieron su Volkswagen verde lima aparcado enfrente. A las 17:00, Joseph volvió a casa.

Cuando Cherijo salió, llevaba unos pantalones pirata rojos y desgastados y una blusa amarillo claro de manga larga con un lazo en el cuello, un gran capazo rojo y marrón de paja trenzada, y calzaba unas sandalias blancas con correas que pasaban por los tobillos y por el primer y segundo dedo.

—A las 17:00, Joseph Bates encontró una nota pegada en la nevera —le dijo el comandante Cross a Avery. Le dio al periodista la nota enfundada en plástico. Decía: «Papá: Me he ido a la biblioteca de la universidad»—. Joseph tomó nota de un mensaje de Stefanie para Cherijo y volvió a salir de inmediato. Sobre las 17:30, Cherijo se dio cuenta de que había perdido la bibliografía de su trabajo trimestral y llamó

a una compañera del trabajo, Donna, en el Riverside National Bank. Donna no la había visto; las dos charlaron un rato. «Ahora voy a tener que empezar mis fichas de cero», le dijo Cherijo.

—Tenemos la declaración de un testigo —dijo Bonine—, según la cual a las 18:10 una de las amigas de Cherijo la vio pasar por Magnolia en su Volkswagen, hacia la universidad. La amiga dijo que la saludó pero que, evidentemente, ella no la vio, no le devolvió el saludo. Un miembro del Ejército del Aire que vivía cerca de la biblioteca también declaró que le adelantó un Volkswagen verde claro conducido por una mujer rubia en un callejón paralelo a Magnolia, al este de los apartamentos Sherri Lynn. Recordó que al coche lo seguía de cerca un Oldsmobile de color bronce de 1965-66. Imaginamos que Cherri Jo llegó al anexo de la biblioteca de la universidad sobre las seis y que entró en ella. Tenía amigos estudiando allí, pero ninguno recuerda haberla visto. Sabemos que entró sólo gracias a los tres libros sobre el Colegio Electoral que sacó, que fueron encontrados en el asiento delantero de su coche. Es evidente que, mientras estaba en la biblioteca, el asaltante consiguió abrir el motor y sacó la bobina que va al distribuidor y el condensador, y desconectó el cable central del distribuidor. Es posible que entrara en la biblioteca y que esperara a que ella agotara la batería al intentar arrancar el motor. Seguramente se acercó y le ofreció ayuda, le ofreció llevarla en su coche… Luego la convenció de tomar el oscuro camino de grava del aparcamiento, a unos setenta y cinco metros a la derecha del coche. Entonces, le tapó la boca con una mano y con la otra le puso un cuchillo en el cuello. Debió de empezar a asfixiarla —prosiguió Bonine—, pero Cheri Jo era deportista y opuso resistencia con tanta fuerza que encontramos el reloj del hombre, manchado de pintura, que ella se lo había arrancado. Le arañó el rostro. En ese momento, debió de

gritar. Tenemos una declaración… Un vecino oyó un «grito horrible» entre las 22:15 y las 22:45, después unos dos minutos de silencio, y finalmente el ruido de un coche viejo poniéndose en marcha. Un hombre que volvía a esa zona a las 22:30 nos dijo que oyó dos gritos.

El informe médico decía que a Cheri Jo le habían pateado la cabeza. Le habían clavado un cuchillo corto en el pecho dos veces. Tenía cortes en la mejilla izquierda y en el labio superior, y tres tajos en el cuello le habían seccionado tanto la yugular como la laringe, y casi la habían decapitado. Estaba boca abajo en el suelo cuando el asesino le clavó el cuchillo en el omóplato izquierdo. «La tierra removida en la que había signos de violencia parecía un campo recién arado», decía la nota.

La policía pensaba que el asesino se había detenido a buscar su reloj antes de marcharse en su coche.

—Era medianoche cuando Joseph Bates volvió a casa y vio que una nota que había dejado a Cheri Jo seguía en su sitio. Supuso que había salido con unas amigas, y se fue a dormir. A la mañana siguiente no había vuelto, así que llamó a Stefanie para ver si estaba con ella. Denunció la desaparición de su hija exactamente a las 5:43. Cuarenta y cinco minutos después, la mañana del día de Halloween, Cleophus Martin, el conserje de la universidad, pasaba la aspiradora mirando a Terracina. Vio el cadáver, boca abajo, con el capazo al lado. Nos llamó. Acordonamos la zona. El capazo de la chica aún contenía toda su documentación y cincuenta y seis centavos. A tres metros del cadáver encontramos el reloj Timex del asesino, con una circunferencia de diecisiete centímetros. La correa negra estaba rota a un lado de la esfera. Encontramos una pisada de un tipo de zapato que sólo se vende en tiendas del Ejército, como la cercana March A. F. B. La talla era entre una cuarenta y una cuarenta y tres, y lo fabricaban los

reclusos de Leavenworth. Encontramos restos, fragmentos de piel humana y cabellos, debajo de sus uñas. En el asiento delantero encontramos la huella grasienta de la palma de una mano. Y en el tejado de un edificio cercano —prosiguió Bonine— encontramos las llaves de un Volkswagen, pero no guardaban relación alguna con el asesinato de Bates.

Avery repasó el informe de la autopsia, tomó varias notas, cerró su cuaderno y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Como pronto, podían haber asesinado a la chica a las 21:00 del domingo por la noche, cuando la biblioteca cerraba. Oyeron el «grito horrible» a las 22:30, y lo más probable es que la mataran entonces. A Avery se le ocurrían muchísimas preguntas: ¿estuvo Cheri Jo con su asesino durante casi dos horas en la oscuridad entre dos casas de madera abandonadas? ¿Hablaron? ¿Conocía ella al asesino? ¿Qué aguardaba éste?

El informe decía que el cuchillo utilizado por el asesino tenía una hoja de 3,75 centímetros de ancho y 8,75 de largo. Las gotas de sangre iban del escenario del crimen en dirección a Terracina.

Apenas veinticuatro horas después del homicidio, Cross y sus hombres ya habían interrogado a setenta y cinco personas y estaban investigando a los militares de la base aérea cercana, así como a los compañeros de clase y a los profesores de Cheri Jo. El mayor sospechoso era un joven de la zona que conocía a la guapa animadora. Contra él se podían presentar bastantes pruebas circunstanciales, pero nada suficientemente firme para un tribunal. Cross y Bonine creían que era culpable. Avery se preguntó si podía situar este hombre en el norte de California en la época de los asesinatos de Zodiac.

Cinco días después del crimen enterraron a Cheri Jo. Mientras cientos de personas la lloraban en el funeral, inspectores de homicidios se internaron en la muchedumbre

y examinaron los rostros buscando una señal del asesino.

—Joseph Bates se desmayó al final del funeral —dijo Cross—. Exclamaba: «¡Mi hija, mi hija!».

—Nueve días después —dijo Bonine—, el comandante Cross pidió a todas las personas que estaban en la biblioteca la noche del asesinato que repitieran sus movimientos. Había sesenta y cinco personas. Les pedimos que se pusieran la misma ropa, que se sentaran en los mismos asientos, que aparcaran en las mismas plazas. El coche del comandante Cross ocupó el lugar del de Bates. Les preguntamos a qué hora llegaron, a qué personas vieron fuera, dónde habían aparcado, y en qué vehículos se fijaron. Les pedimos que nos dijeran si se acordaban de haber visto a alguien la noche del asesinato que no hubiera acudido a los interrogatorios. Grabamos todas las entrevistas. El propio comandante tomó las huellas dactilares y cortó un mechón de pelo a todos los hombres. Mandaron las huellas al FBI y las muestras de cabello fueron a la CI&I. Nos faltaban dos personas: una mujer y un joven robusto de alrededor de 1,78 metros, que llevaba barba. Salimos a buscar a cualquier hombre joven con arañazos en la cara.

Bonine miró el archivo y movió la cabeza.

—No encontramos a ninguno de los dos, ni tampoco el Studebaker del 47-52 de color marrón y gris, con pintura oxidada, que vieron esa noche.

En una segunda reunión hablaron a Avery de una «confesión» que la policía había recibido.

—Creemos que el asesino conocía bastante a fondo las técnicas de identificación —dijo Bonine—. Ideó un método para burlar al mejor de los expertos. Funcionaba más o menos así: primero ponía las mayúsculas de la máquina de escribir. Después hacía un librillo de papel de escribir y

papel carbón, unas trece páginas del de escribir y doce de carbón. Como mandaba una de las últimas copias de la carta, se aseguraba de que no había huellas, y de que las letras estuvieran tan borrosas que la identificación de la marca de la máquina resultara difícil.

Abrió el cajón superior y pasó una fotocopia a Avery: esto nunca ha sido publicado en su totalidad[14].

ELLA ERA JOVEN Y GUAPA
PERO AHORA ESTÁ DESTROZADA Y
MUERTA. NO ES LA PRIMERA
Y NO SERÁ LA ÚLTIMA
POR LAS NOCHES ME TUMBO Y PIENSO EN MI
PRÓXIMA VÍCTIMA. PUEDE QUE SEA LA
GUAPA RUBIA QUE HACE DE NIÑERA CERCA DE
LA TIENDECILLA Y QUE VA
POR EL CALLEJÓN OSCURO POR LAS TARDES A LAS SIETE.
O PUEDE QUE SEA LA MORENA CON CURVAS Y OJOS
AZULES QUE ME DIJO QUE NO CUANDO LE
PEDÍ SALIR EN EL INSTITUTO.
QUIZÁ NO SEA NINGUNA DE LAS DOS. PERO
LE CORTARÉ SUS PARTES ÍNTIMAS Y LAS
DEJARÉ PARA QUE LAS VEA TODA LA CIUDAD.
ASÍ QUE NO ME LO PONGÁIS FÁCIL. NO DEJÉIS
QUE VUESTRAS HERMANAS, HIJAS Y MUJERES VAYAN
POR LAS CALLES Y CALLEJONES.
LA SEÑORITA BATES FUE ESTÚPIDA. FUE A
LA MATANZA COMO UN CORDERO. NO
LUCHÓ. PERO YO SÍ.
FUE DIVERTIDÍSIMO.
PRIMERO QUITÉ EL CABLE CENTRAL
DEL DISTRIBUIDOR. LUEGO LA ESPERÉ

EN LA BIBLIOTECA Y LA SEGUÍ AL SALIR
A LOS DOS MINUTOS. ENTONCES YA ESTABA
AGOTADA LA BATERÍA. ENTONCES
OFRECÍ MI AYUDA. ELLA SE MOSTRÓ MUY DISPUESTA
A HABLAR CONMIGO. LE DIJE QUE MI COCHE ESTABA
EN ESA CALLE Y QUE LA LLEVARÍA
A SU CASA. CUANDO NOS ALEJÁBAMOS ANDANDO
DE LA BIBLIOTECA DIJE QUE HABÍA LLEGADO
EL MOMENTO. ELLA PREGUNTÓ: «¿EL MOMENTO DE QUÉ?».
DIJE QUE ERA EL MOMENTO DE QUE
MURIERA. LA COGÍ DEL CUELLO TAPÁNDOLE
LA BOCA CON UNA MANO Y CON LA OTRA MANO
LE PUSE UN CUCHILLO EN LA GARGANTA. ELLA
SE DEJÓ HACER CON GUSTO.
SENTÍA SU PECHO CALIENTE Y FIRME
BAJO MIS MANOS, PERO YO SÓLO PENSABA EN
UNA COSA. HACERLE PAGAR POR TODAS LAS VECES QUE
ME HABÍA DICHO QUE NO EN LOS AÑOS ANTERIORES.
TARDÓ EN MORIR. SE RETORCÍA Y AGITABA
CUANDO LA ESTRANGULÉ, Y
SUS LABIOS TEMBLABAN.
GRITÓ UNA VEZ Y LE DI UNA PATADA EN
LA CABEZA PARA QUE SE CALLARA. LE CLAVÉ EL CUCHILLO
Y SE ROMPIÓ. TERMINÉ
LA TAREA DEGOLLÁNDOLA. NO ESTOY ENFERMO.
ESTOY LOCO. PERO ESO NO VA A DETENER
EL JUEGO. ESTA CARTA DEBE SER PUBLICADA
PARA QUE TODOS LA LEAN. PUEDE QUE SALVE A ESA

CHICA DEL CALLEJÓN. PERO DEPENDE DE VOSOTROS.

PESARÁ SOBRE VUESTRAS CONCIENCIAS. NO LA MÍA. SÍ, TAMBIÉN FUI YO QUIEN OS LLAMÓ. ERA UN AVISO. TENED CUIDADO… ANDO DETRÁS DE VUESTRAS CHICAS.

COPIA PARA EL JEFE DE POLICÍA

ENTERPRISE

Que el asesino mencionase un «juego», que insistiera en que publicaran la carta, y que llamara a la policía para hablar del crimen, eran signos distintivos de Zodiac.

—El asesino echó la carta a un buzón lejano del campo, sin franquear. Nunca dudamos de que era del asesino de Cheri Jo, por los detalles confidenciales que incluía, principalmente el cable central arrancado del distribuidor del Volkswagen —declaró Bonine.

The Riverside Press-Enterprise publicó un artículo sobre el caso Bates exactamente seis meses después de la muerte de Cheri Jo. Al día siguiente, la policía recibió una nueva carta del asesino. A Avery le enseñaron una nota escrita abruptamente a lápiz en una hoja de cuaderno normal, con tres agujeros en el margen. Unas letras grandes y desgarbadas inclinadas a la izquierda componían el siguiente mensaje:

BATES TENÍA QUE MORIR

HABRÁ MÁS

En la parte inferior del papel, de líneas azules, había un pequeño número 2 o la letra Z. El sobre tenía dos sellos de Lincoln de cuatro centavos, el doble de lo necesario. La carta había sido incluida en el archivo de Cheri Jo, pero la

habían considerado falsa, sin relación alguna con la carta de confesión.

Dejaron solo a Avery para que estudiara el archivo de Bates. En seguida descubrió que había otras dos cartas idénticas de «Bates tenía que morir». Una estaba dirigida a *The Press-Enterprise* y la otra, con toda crueldad, a Joseph Bates.

Avery sacó una foto del tablero de un pupitre que un bibliotecario de la universidad descubrió cinco meses después en un almacén. Habían escrito encima un poema escabroso (aquí publicado por primera vez), que ocupaba doce centímetros de alto y diez de ancho sobre la superficie brillante, con un rotulador azul:

Cansado de vivir/sin ganas de morir cortado.
limpio.
si rojo
limpio.
Sangre brotando,
          goteando,
             salpicando;
en *todo* su nuevo
vestido,
pero bueno,
ya era rojo.
la vida se seca en una
muerte incierta,
ella no
morirá.
esta *vez*
Alguien la encontrará
esperad a la
próxima vez.

El texto era distinto de las otras cartas de mal gusto que habían recibido en el departamento desde la muerte de Cherijo; éste estaba firmado. Al final de la sangrienta poesía había dos minúsculas, una *r* y una *h*.

En una reunión con Cross, Avery señaló que la escritura a lápiz de las notas de «Bates tenía que morir» era parecida a la caligrafía reciente a rotulador de los mensajes de Zodiac al *Chronicle*, y que la caligrafía de las notas era casi idéntica a la del tablero del pupitre. El periodista también convenció a Cross y Bonine de que conectaran la investigación sobre Bates con el caso Zodiac.

Decidieron que Avery llevase personalmente las pruebas a Sacramento en sobres cerrados (para no perder la cadena de pruebas) y que se las diese a Sherwood Morrill, experto de la oficina de Identificación e Investigación Criminal, sección Documentos Dudosos. Avery llamó a casa de Morrill y le pidió que se viesen en el aeropuerto de Sacramento.

Jueves, 12 de noviembre de 1970

Avery subió al avión a Sacramento con las cartas y sobres auténticos del asesino de Cherijo, y una foto del poema del pupitre. Morrill lo esperaba con impaciencia. Llevó a cabo un examen preliminar allí mismo. Las cartas de papel carbón estaban «muy borrosas» y volvían la identificación de la máquina de escribir y del tipo de letra casi imposible[15].

Avery sacó las cartas escritas a lápiz que había encontrado en el archivo de la policía. Al cabo de un rato, el calígrafo habló.

—No se parece en nada a la caligrafía de Zodiac —declaró.

El experto examinó a continuación el sobre del mensaje a

lápiz.

—Esto empieza a parecerse —dictaminó Morrill. Contempló el sobre—: Sí, aquí está la clave. Las cartas de Riverside son de la misma persona que escribió las cartas de Zodiac en el norte de California.

Morrill también interpretó la letra en la parte inferior de la página como una Z.

—Voy a contárselo a Armstrong y Toschi —dijo.

Avery estaba emocionado; volvió inmediatamente a San Francisco y se lo contó a Armstrong antes de que Morrill pudiera hacerlo. Morrill, un gran experto, también fue previsor y tomó muestras de la escritura de Avery para compararla con la de las cartas de Riverside. Avery salió limpio.

Lunes, 16 de noviembre de 1970

Morrill informó a Avery de que, después de cuatro días de estudio, podía decir que las muestras de escritura de las cartas halladas en Riverside eran «sin duda alguna obra de Zodiac. La letra del pupitre es la misma que la de las tres cartas, sobre todo la de los sobres, y esa caligrafía es de la misma persona que ha escrito las cartas de Zodiac que han llegado al *Chronicle*». Avery escribió un artículo sobre lo descubierto en el viaje a Riverside. Salió publicado en el *Chronicle* del martes bajo el siguiente titular: «Relación segura con Zodiac». Cross reabrió completamente el caso Bates, pero dijo que era posible que «Zodiac sólo intentara aprovecharse de la publicidad. Al fin y al cabo, las cartas se recibieron siete meses después del asesinato».

—Un sospechoso ha estado en la cárcel, y ahora está en libertad bajo fianza, pero nunca ha habido suficientes pruebas para declararle culpable del asesinato de Bates —

dijo Cross—. Yo no soy calígrafo, pero me parece perfectamente posible que, sea quien sea Zodiac, se haya enterado del asesinato de Bates, se haya dado cuenta de que estaba sin resolver, y haya mandado las cartas para reivindicarlo sin tener nada que ver con él. No dejen de tener en cuenta que Bates fue asesinada en octubre de 1966 y que las cartas llegaron en abril de 1967. No hay nada en las cartas que haga pensar que el chico de la zona no lo hizo.

Jueves, 19 de noviembre de 1970

Avery escribió otro artículo para el *Chronicle* sobre un seminario a puerta cerrada al que asistieron inspectores de Homicidios de San Francisco, Sacramento y Napa. La reunión de nueve horas fue el resultado directo de «la conexión Riverside» descubierta por el periodista.

Al acabar la reunión, Cross, Toschi, Narlow y el inspector Mel Nicolai de la CI&I dijeron poco de lo que habían hablado. Avery pudo saber que «los inspectores coincidieron en que en algún momento Zodiac tuvo fuertes vínculos con Riverside». Cecelia Ann Shepard, la víctima de Berryessa, estudiaba en Riverside. El aspecto más llamativo del asesinato de Bates era la falta de fanfarronería por parte de Zodiac, que anteriormente nunca había dejado de jactarse en seguida de sus crímenes. ¿Se negaba a reivindicar el asesinato de Cheri Jo porque había cometido algún fallo, porque había dejado alguna pista que podía inculparle?

Gracias al poema del pupitre, la policía sabía que Zodiac había estado en la biblioteca de la universidad de Riverside City «antes o después del crimen». Su metedura de pata más evidente podían ser las iniciales en la parte inferior de la escabrosa poesía. ¿Quién era «r. h.»? ¿O querían decir *red*

herring, pista falsa en inglés? ¿O eran el grupo sanguíneo RH?

Martes, 24 de noviembre de 1970

Doce días antes, Morrill había recibido siete muestras de la caligrafía del hombre que la policía de Riverside consideraba el asesino de Bates. Ahora terminó de estudiarlas.

No se correspondían.

Viernes, 27 de noviembre de 1970

La policía anunció que «un experto estatal ha comparado la caligrafía ele nuestro principal sospechoso y ha dictaminado que es distinta a la de Zodiac. Pero eso no implica que nuestro hombre local no matara a la chica. Sólo implica que el hombre de Riverside no es Zodiac».

12. Zodiac

Lunes, 15 de marzo de 1971

Después de que Zodiac lo amenazara de muerte, Paul Avery acudió a la televisión local y retó al asesino, con la seguridad que le daba el peso de la pistola del calibre 38 en la funda oculta debajo de la chaqueta. El 3 de enero de 1971, después de tener que sacar el arma para impedir que un vagabundo fuera apuñalado, empezó a pensárselo dos veces.

—Llevando una pistola, me estaba colocando en una situación en la que antes o después tendría que utilizarla —me dijo—. Acabé deshaciéndome de ella.

Cuatro meses después de que Avery descubriera la «conexión Riverside» de Zodiac, *The Los Angeles Times* recibió su primera carta del Asesino de los Mensajes en Clave.

Por primera vez, el sobre no llevaba matasellos de San Francisco. Lo habían echado al correo en Pleasanton, un pueblecito en el cercano condado de Alameda. De nuevo había el doble de sellos de lo necesario, dos de Roosevelt de seis centavos puestos al revés, y la indicación «Para el director, urgente». Las palabras «Correo aéreo» ocupaban un tercio del sobre. Era su decimosexta carta. Había elegido el periódico de mayor tirada de California.

Como siempre, empezaba del siguiente modo: «Zodiac al habla».

Como siempre he dicho
mis claves son indescifrables. Si los
maderos quieren cojerme,
más les valdría mover el culo
& hacer algo. Porque, cuanto más
tiempo anden zascandileando[16],
más esclavos conseguiré para mi vida en
el más allá. Tengo que reconocerles el
mérito de haber descubierto
mis actividades de riverside, pero
sólo descubren las
fáciles, hay muchísimas más
por ahí.
La razón por la que escribo
al Times es para que no
me recluyan a las últimas páginas
como hacen con otros.
SFPD-0 ϕ-17+

Algunos psiquiatras de la zona de la bahía con los que habló Avery creían que Zodiac sólo reivindicaba a las víctimas sobre el papel. «Las fanfarronadas de Zodiac sobre su número cada vez mayor de esclavos puede que sólo sean eso: fanfarronadas».

Lo fueran o no, Toschi y Armstrong seguían teniendo la misma cantidad extenuante de trabajo.

Cerca de la universidad Pacific Union, descubrieron el coche de una chica en la desviación de la calle White Cottage. En las inmediaciones aparecieron dos partes de su chándal color oro; la radio portátil seguía encendida en el asiento del coche. Grupos de veintiún estudiantes de esa universidad, Bryan Hartnell entre ellos, iniciaron una búsqueda a pie. Cuando cayó la nieve y las temperaturas de

la mañana descendieron, llevaron a un detective. Como la zona del cañón era muy irregular, tardaron ocho días en encontrar el cadáver. Estaba apenas a 70 metros del coche abandonado, cerca de la calle Howell Mountain, debajo de una capa de maleza y troncos y una bolsa militar desgarrada, envuelto en una bandera estadounidense. Tenía múltiples cardenales, y se veía la marca en sangre de un golpe en el lado izquierdo de la cabeza, al lado de su larga melena negra. Un nudo de alambre ahogaba el cuello. Encontraron una pulsera que utilizaba de llavero; el asesino se había llevado todas las llaves. Al igual que a Cecelia Shepard, la habían asesinado en una apartada zona boscosa.

Aunque la víctima, Lynda Kanes, de veinte años, era la segunda alumna de la Pacific Union asesinada en los dos años anteriores, el *sheriff* Earl Randol aseguró a los estudiantes que no estaban «señalados para ser asesinados». Randol dijo a los alumnos que no había nada que relacionase a Zodiac con ese asesinato reciente.

Había un sospechoso en St. Helena, dictaron una orden de búsqueda, registraron su casa, se llevaron varios objetos no identificados para examinarlos. Pero aquello no llevó a ningún sitio.

Lunes, 22 de marzo de 1971

Una semana después, una postal normal de cuatro centavos llegó al *Chronicle*. De nuevo, estaba dirigida a «Paul Avery» y llena de más recortes de periódico, de imágenes y frases.

Había recortado del periódico y pegado las frases «Se busca a la víctima 12», «mirad entre los pinos», «pasar las zonas del LAGO TAHOE», «club Sierra», y «en la nieve». Zodiac había decorado los márgenes con incisiones en

forma de media luna hechas con la perforadora de un revisor. Pegado en la parte trasera había un dibujo de lo que más tarde se descubrió que era un anuncio de Forrest Pines, una urbanización de apartamentos que se construía en ese momento cerca de Incline Village, en la ribera septentrional del lago Tahoe, en Nevada.

Así pues, la víctima número doce, podía ser Donna Lass, una guapa enfermera de veinticinco años y cabello rubio oscuro, que llevaba desaparecida desde el 6 de septiembre de 1970, después de salir de su trabajo en el hotel Sahara de Stateline, Nevada. El coche de la enfermera del casino fue hallado cerca de su pequeño apartamento, pero no había señales de violencia y sólo faltaban el bolso y la ropa que llevaba. Un hombre desconocido llamó al casero y jefe de Donna el día en que desapareció y le dijo que ésta no iba a volver a causa de una enfermedad en su familia. La familia contó a la policía que no existía tal enfermedad; la llamada era mentira.

Detectives de San Francisco y Nevada intentaron adivinar el significado del enigmático «en la nieve». ¿Y habían matado y enterrado a Donna cerca de la nueva urbanización? El anuncio de los apartamentos había salido publicado en el *Chronicle* dos días antes.

Morrill informó a Toschi de que las palabras escritas en el anverso de la tarjeta «coinciden y se parecen a todos los textos [de Zodiac] que he examinado».

—Como no hay ningún otro sospechoso en el caso —dijo el jefe de policía de South Lake Tahoe, Ray Lauritzen—, supongo que la teoría de Zodiac es tan válida como cualquier otra. Desde luego, estamos investigando esa posibilidad por la postal enviada al *Chronicle*. Desde el principio hemos creído que raptaron a la señorita Lass, y que está muerta. No era de las que «desaparecen»; era, en el sentido más estricto de la palabra, una «buena» chica.

Viernes, 25 de marzo de 1971

La búsqueda del cadáver se aplazó por culpa de las ventiscas, y volvía a nevar. No se llevó a cabo una búsqueda formal del cadáver de la joven enfermera. No se ha encontrado a Donna Lass. Toschi se preguntó si la frase «mirad entre los pinos» era una invitación del asesino para buscar entre los pinos del dibujo y encontrar dónde estaba enterrada la chica. En primer plano aparecía ominosamente un hombre cavando con una pala.

—Nadie me interrogó. Me sorprendió que la policía nunca me preguntara nada —me contaría años después la antigua compañera de piso de Donna Lass, Jo Anne. Le pregunté si Donna tenía algún vínculo con Riverside. Me contó que ella y Donna salían a volar con dos hombres de Riverside cuando vivían en San Francisco. La policía no había relacionado a Donna Lass con San Francisco—. Donna y yo trabajábamos en el Hospital General Letterman, en Presidio. Donna estuvo en Presidio hasta junio de 1970 y después se mudó al lago Tahoe y desapareció tres meses después.

Volvía a aparecer la conexión Presidio. Paul Stine fue asesinado cerca de Presidio y Zodiac desapareció en él. Si Zodiac hubiese seguido hacia el noreste, habría llegado al 225 de Mallorca Way, donde Donna y Jo Anne iban a vivir unos meses después. ¿Vivía el asesino cerca de allí en 1969? ¿Conoció allí a Donna, y meses después la siguió y la mató en otro estado?

Miércoles, 7 de abril de 1971

Fui a ver una película de bajo presupuesto sobre Zodiac en el cine Golden Gate. Sólo estuvo en cartel una semana y la

vieron menos de mil personas. En la película, al principio se sospecha de un rudo camionero (Bob Jones), pero se descubre que Zodiac es un hombre joven (Hal Reed). La película acaba con la sugerencia de que Zodiac puede ser el hombre que está sentado detrás de ti en el cine.

Dado que Zodiac era aficionado al cine y un egocéntrico, y dado que la película la vio poca gente en San Francisco, las probabilidades de que estuviera sentado detrás de ti eran bastante altas.

El periodista del *Chronicle* Duffy Jennings me habló de un concurso que se les había ocurrido a los productores de la película de Zodiac, con el que los espectadores podían ganar una motocicleta si rellenaban una ficha y completaban en veinticinco palabras, más o menos, «Creo que Zodiac asesinaba porque…».

«Con la idea de que el Zodiac de verdad podía ser lo suficientemente curioso y vanidoso para ir a ver la película, colocaron una gran caja de cartón en el vestíbulo para meter en ella las fichas —escribió Jennings— y, en su interior, había un hombre agachado que las leía cuando entraban por la ranura de la tapa. Evidentemente, tenía que avisar a la dirección del teatro por un interfono si leía una respuesta sospechosa de alguien que dijese ser el auténtico asesino».

Aunque no introdujeron por la ranura ningún mensaje de esas características, la policía estudió todas las fichas buscando parecidos con la caligrafía de Zodiac.

La mejor película sobre Zodiac la hizo la Warner en 1971. Titulada *Harry el Sucio*, estaba protagonizada por Clint Eastwood en el papel de un remedo del inspector Toschi que perseguía a un francotirador encapuchado, «Scorpio». (Andy Robinson). Es fiel a los hechos del caso Zodiac y utiliza una copia exacta de la letra de Zodiac para las cartas de Scorpio al *Chronicle*.

Domingo, 11 de abril de 1971

Vestida con unos vaqueros azules y una blusa blanca, con un libro de bolsillo y unos prismáticos, Kathy Bilek, de dieciocho años, cogió el coche familiar y fue a un parque del condado, Villa Montalvo, en las afueras de la ciudad de Saratoga. Dejó el coche en al aparcamiento del arboreto y se dirigió a un arroyuelo para leer su novela gótica y observar los pájaros en esa zona lejana, muy boscosa y poco transitada. Era el mismo lugar donde dos jóvenes, Kathy Snoozy y Deborah Furlong, habían sido apuñaladas más de trescientas veces el 3 de agosto de 1969.

Mientras leía, una figura apareció detrás de ella y se movió en silencio entre la hierba hasta que la tuvo a su alcance. Con un cuchillo de hoja corta, la apuñaló diecisiete veces por la espalda. Cuando la chica se desplomó, le asestó otras treinta y dos puñaladas en el pecho y el estómago, evitando los senos.

Cuando se denunció la desaparición de Kathy Bilek, la policía encontró su coche, pero no pudo continuar el rastreo en la oscuridad. La búsqueda volvió a comenzar al amanecer. El padre, Charles, encontró su cadáver con las primeras luces de la mañana mientras treinta ayudantes del *sheriff* buscaban a pocos metros de distancia. La habían arrojado a una hondonada poco profunda. Cuando al día siguiente los investigadores peinaron la zona en busca de pistas, hallaron restos de ropa ensangrentada.

Los forenses de Santa Clara relacionaron el crimen de Semana Santa con los asesinatos de Snoozy y Furlong en 1969, y dijeron que eran exactamente iguales.

Dos semanas después, la policía recibió la descripción de un sospechoso que frecuentaba la zona en que había ocurrido el asesinato. Eso les condujo a un hombre, Karl F. Warner, de cabello corto y rubio y gafas de montura de

concha, que había ido al instituto Oak Grove con Snoozy y Furlong y que vivía a tres manzanas de sus casas. También había sido sospechoso de un ataque con cuchillo a una mujer.

Con una orden de búsqueda, los investigadores sorprendieron a Warner, alumno de la universidad San José City, estudiando para un examen de física. Le encontraron un cuchillo y llevaron al chico, de dieciocho años, a los escenarios del crimen. En septiembre se declaró culpable de los tres apuñalamientos y le sentenciaron a cadena perpetua.

Sin embargo, Warner no era Zodiac. Antes vivía en Marlborough, Massachusetts, y se había mudado a California a principios de 1969, después de que empezaran los crímenes de Zodiac.

Miércoles, 22 de marzo de 1972

Aquella mañana, Armstrong y Toschi tenían un buen motivo para revisar minuciosamente su correo: había transcurrido exactamente un año desde la última carta de Zodiac.

No encontraron nada. Toschi, cada vez más obsesionado por el caso, consideró la posibilidad de que Zodiac hubiera muerto en un accidente o mientras cometía uno de sus crímenes. Quizá se había marchado del estado; quizá había superado su resentimiento y ya no mataba. O era posible que estuviera en la cárcel. O en un psiquiátrico. Pero Toschi era incapaz de creer que un consumado fanfarrón pudiese desaparecer sin dejar un último mensaje, un desafío, o una prueba que le inculpase: una pistola, un cuchillo, una clave, o al menos la parte que quedaba de la camisa de Stine ennegrecida por la sangre.

Toschi tenía la sensación de que Zodiac seguía vivo,

esperando.

Viernes, 7 de abril de 1972

Alrededor de las 21:00, Isobel Watson, secretaria de un abogado de treinta y tres años, se bajó del autobús en Tamalpais Valley y empezó a subir por Pine Hill. De la nada, un Chevrolet blanco se le acercó dando un volantazo. El coche se detuvo y el conductor se apeó.

—Perdone —dijo—. Por favor, permítame llevarla a su casa.

El conductor tenía cuarenta y pocos años, medía en torno a 1,72 metros, y llevaba unas gafas para leer de montura gruesa y negra.

—No, gracias —repuso la señorita Watson.

El hombre reiteró su petición en un tono muy inquieto, pero la señorita Watson se negó firmemente. Ante esto, el hombre se puso fuera de sí y, sacando un cuchillo de hoja corta, empezó a apuñalarla por la espalda. Ella gritó varias veces; las luces se encendieron en todas las casas cercanas.

Paralizado por un momento bajo el resplandor, el hombre volvió corriendo a su coche y se marchó a toda velocidad. Los vecinos llamaron a una ambulancia. En seguida llevaron a la mujer al Hospital General de Marin, donde le curaron las heridas.

—Creo que hay muchas posibilidades de que fuera Zodiac —diría Ken Narlow, de la policía de Napa—, más de un cincuenta por ciento.

Llevo persiguiendo al muy cabrón más de dos años, y la descripción de la señorita Watson encaja al dedillo con él. Y era un viernes por la noche. Todos sus delitos se han cometido un viernes o un sábado. Estamos estudiando el caso en profundidad. Me gustaría que fuera él. Si lo es,

tenemos otro testigo ocular, y así sabemos que sigue aquí.

Miércoles, 12 de julio de 1972

«El departamento de policía sigue contando con una brigada Zodiac: los inspectores Dave Toschi y Bill Armstrong —escribió Herb Caen en el *Chronicle*—, Pero no se ha producido actividad en los últimos dieciséis meses. Apenas se reciben ya cartas de chalados. “Antes teníamos una media de diez por semana”, declara Toschi».

En los dieciocho meses siguientes, nadie vio a Zodiac, y el asesino no entabló ningún tipo de contacto. A pesar de los soplos que se recibían de todo Estados Unidos y Canadá, Toschi y Armstrong estaban frustrados tras años de pistas falsas y de esperanzas truncadas. Nunca habían tenido un sospechoso sólido.

Entonces, después de casi tres años, el asesino volvió a escribir al *Chronicle*.

Miércoles, 30 de enero de 1974

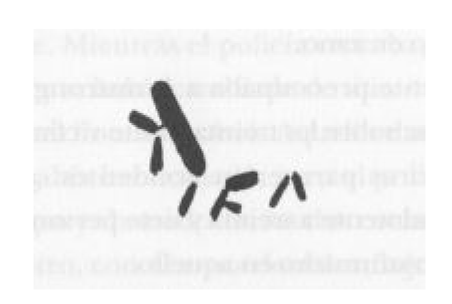
El matasellos de la nueva carta de Zodiac decía «940», lo cual indicaba que la habían mandado a primera hora del día anterior desde un condado limítrofe con el sur de San Francisco.

Armstrong y Toschi acudieron de inmediato al *Chronicle* y la leyeron en el periódico:

> He visto y creo que «El exorcista».
> es la mejor comedia satírica
> que he visto en mi vida.

Firmado, atentamente:
Él se arrojó a
la ola embravecida
y un eco surgió
de la tumba de los suicidios
píopío
píopío[17]
Pd. si no veo esta
nota en vuestro periódico, haré algo feo,
y sabéis que soy capaz de
hacerlo.
Yo-37
SFPD-0

Zodiac había dibujado un símbolo extraño en la parte inferior de la página, quizá una pista sobre su identidad real, o una última bofetada a la policía:



Al ver la línea de «pío», Toschi dijo: «Otro plagio de Gilbert y Sullivan, y otra provocación a la policía de San Francisco. Por Dios, ¿por qué nos señala siempre a nosotros? ¿Qué tiene en contra de nosotros?». El aria era la del Gran Verdugo, del segundo acto de *El Mikado*. No había explicación para el prolongado silencio de Zodiac. En cuanto a lo que le había hecho volver a manifestarse, *El exorcista* estaba recibiendo mucha publicidad[18].

—Desde luego —dijo Toschi— este tipo es un fanático del

cine. Pero estoy seguro de que ha sido por todo el lío de la noche del lunes.

El periódico de la mañana del martes había dedicado gran atención a los tiroteos al azar contra blancos efectuados por negros guiados por motivos religiosos, en una serie de ataques que fueron bautizados como los asesinatos Cebra. El más reciente había ocurrido en un período de dos horas entre las 20:00 y las 22:00. Eso propició una persecución día y noche en la que participó todo un equipo de homicidios. Miembros de una secta fanática secuestraron y dispararon a veintitrés víctimas en lo que se convirtió en una pesadilla de 179 días. Quince personas murieron; sólo ocho víctimas sobrevivieron. Cinco asesinos acabaron declarados culpables y condenados a cadena perpetua.

Toschi, que estaba enfermo en la cama, tuvo que salir a ocuparse del caso Cebra, y ahora, además, había vuelto Zodiac.

—Ha elegido un momento malísimo —dijo—. Pero, por lo menos, ahora sé que todo lo que hemos hecho para este caso en los últimos tres años no ha sido en vano.

Lo que realmente preocupaba a Armstrong y Toschi era lo que había escrito Zodiac sobre las treinta y siete víctimas. Había dicho que sus asesinatos futuros parecerían accidentes. ¿Y si aquel maníaco había asesinado realmente a treinta y siete personas?

Toschi iba a pensar mucho en aquello.

Toschi y Armstrong no lo sabían, pero, en los últimos cuatro años, policías e investigadores de la zona de Vallejo habían estado siguiendo al primer sospechoso importante en el caso Zodiac. Ahora preparaban un informe secreto sobre aquel hombre.

13. Andrew Todd Walker

Abril de 1970

A principios de 1970, la policía se enteró de la existencia de Andy Walker (el nombre ha sido cambiado).

Un policía de tráfico se vio envuelto en un juego del ratón y el gato con un hombre que iba en un Ford verde nuevo. Era un día caluroso. Los dos coches estaban aparcados en pasos elevados, uno enfrente de otro: el tráfico de la carretera circulaba por debajo y entre ellos. El policía se dio cuenta de que el conductor del Ford en el aparcamiento elevado al otro lado le miraba. Decidió investigar al desconocido.

Salió de su aparcamiento y se metió en un túnel que daba al otro lado de la autopista. Cuando llegó, el aparcamiento estaba vacío. Miró al otro lado de la autopista, y allí estaba aparcado el Ford verde, donde antes estaba su coche. Mientras el policía cruzaba, el hombre había cogido el paso a nivel y se había cambiado de sitio.

Dos días después, el hombre volvió. Aquello duró varias semanas. El desconocido no había hecho nada, pero el policía sentía curiosidad. En esos días largos y abrasadores, los dos coches quedaban aparcados uno frente a otro, con el ensordecedor flujo del tráfico entre ellos. Cada vez que el policía cruzaba, el coche verde ocupaba su sitio.

Un día, el policía se paró en el aparcamiento de la colina Hunter. De pronto, el Ford LTD nuevo de color verde oscuro y cuatro puertas entró en el aparcamiento, se puso a su

lado, y aparcó tan cerca que no se podía abrir la puerta de ninguno de los dos coches. El policía calculó que había cinco centímetros entre los vehículos.

Al policía le parecía increíble que alguien buscara pelea con un agente de uniforme en un coche de la policía de tráfico de California.

Notó que el otro le miraba fijamente, pero decidió no hacerle caso. Finalmente, volvió la cabeza y lo miró de frente.

Los ojos poco separados, intensos, penetrantes y azules del desconocido despedían una mirada de auténtico odio.

—Nunca he tenido una experiencia parecida —me contaría después el policía—. Parecía que tenía un ataque de epilepsia. Ese rostro contraído. Daba miedo.

Así es como el policía conoció a Andy Walker.

Walker era un hombre de mediana edad con un rostro enorme, como el de un gran búho, y labios finos y apretados. Aunque su frente estaba muy despejada, tenía una abundante mata de pelo que empezaba a encanecer. Llevaba gafas de montura oscura, tenía barriga, pesaba más de noventa kilos y medía 1,80 metros.

En 1971, el sargento de Vallejo Les Lundblad le había considerado sospechoso del asesinato de Darlene Ferrin.

Miércoles, 1 de mayo de 1974

—Hace mucho tiempo que sé quién es Zodiac —dijo el negro de aspecto mexicano—. No tiene veinte ni treinta años, como dice la policía. El tipo tiene entre cuarenta y cuatro y cincuenta y cuatro años y pasa la noche fuera de su casa dos días a la semana. Siempre lleva zapatos Wing Walker.

Había tres hombres envueltos en la penumbra de la tarde en un establo de Vallejo. Uno era el que hablaba, un

funcionario. Los otros dos eran sus amigos, un empleado de una bolera de Napa y un policía de tráfico.

El policía investigó a Walker. Descubrió que vivía en una zona apartada. Como Walker había sido sospechoso en el caso Zodiac y había mostrado tanto odio a la policía, animaron al agente de tráfico a que continuara sus pesquisas.

Al mismo tiempo, una profesora de colegio joven y guapa recibía su cuarta llamada de teléfono anónima en el complejo de apartamentos de Vacaville, al sureste de Vallejo, donde vivía. Era igual que las otras: sólo se oía un ruido de ráfagas de viento al otro lado de la línea. Asustada, decidió ir a ver a su novio en Dixon, cerca de Sacramento, en la calle Silveyville. Se quedó tres días. Cuando volvió a su casa, descolgó el teléfono.

El lunes, al volver a casa, encontró una carta dirigida a ella.

Gracias al sobre, la profesora se dio cuenta de que era de alguien que no la conocía muy bien.

—Mi nombre está como aparece en mi buzón y en la guía telefónica —contaría temblorosa a la policía mucho después —, sólo mi primera inicial y el apellido.

La carta enviada decía lo siguiente:

Te miro mucho y te llamo mucho. Te
Vi en las calles Davis y Silveyville en
Dixon. Estoy muy enfadado porque tu teléfono
no suena por las noches.
Pasarán cosas malas si no lo dejas sonar.

La profesora estaba perpleja. El autor decía haberla visto en todas partes menos en el sitio donde trabajaba, la escuela de primaria en Cordelia donde daba clases a los alumnos de doce y trece años.

Ya muy asustada, la profesora cogió el coche y se fue a El Sobrante a casa de sus padres. En mitad de la noche, el teléfono sonó allí. Al descolgar, sólo se oía el ruido del viento.

Sábado, 11 de mayo de 1974

La siguiente carta anónima que recibió la profesora llegó a casa de sus padres. Decía así:

> Resulta difícil mirarte y llamarte cuando
> tu número no aparece en la guía.
> Eso no me gusta.

El autor había arrugado la carta y después la había alisado bien, con cuidado, para borrar las huellas. La CI&I de Sacramento dijo que la caligrafía de las cartas era «muy muy forzada», y que el autor intentaba dar la impresión de que tenía doce o trece años escribiendo con una sintaxis pobre y mala letra.

La administradora del edificio de apartamentos de Vacaville había visto «un Ford verde oscuro de cuatro puertas aparcado en la parte trasera del complejo», y a un hombre mal vestido al volante. Pasó allí varias tardes. En abril, en una ocasión llamó a la puerta de la administradora, supuestamente para pedir información. «Iba muy descuidado y tenía tripa. No tenía mucho aspecto de empresario», dijo la administradora.

A la policía le llamó la atención porque una profesora había recibido cartas que coincidían con el *modus operandi* de Zodiac, y habían visto a un hombre que se parecía a su principal sospechoso observando la urbanización. Decidió

averiguar si el hombre que había hablado con la administradora de los apartamentos era Walker. Eso no demostraría más que la posibilidad de que Walker estuviera fingiendo ser otra persona. No demostraba que Walker escribiese anónimos a la profesora, ni que fuese Zodiac. Determinar su presencia en el edificio de apartamentos proporcionaría al menos un vínculo.

Planearon que la administradora viese a Walker en una reunión semanal a la que éste asistía. Ella lo identificó en un grupo de veinticinco personas. «Esta noche va muy arreglado —dijo—, pero no me cabe duda de que es el mismo hombre que llamó a mi puerta».

Entonces los investigadores de Vallejo se emocionaron. El funcionario había acusado a Walker de ser Zodiac, y era posible que el sospechoso estuviera involucrado en un caso de amenazas anónimas parecidas a las cartas de Zodiac a la prensa. Además, la policía estudiaba el informe sobre las actividades sospechosas de Walker en aparcamientos. Zodiac siempre aparecía relacionado con coches y zonas de aparcamiento. La policía se dio cuenta de que cabía la posibilidad de que Walker fuese el hombre que hacía preguntas sobre Darlene en Terry’s. En su tiempo libre, varios detectives empezaron a investigar a aquel hombre. (Los detectives, dos policías y un investigador federal, me han pedido que no dé sus nombres).

Prepararon un informe confidencial de diecisiete páginas, titulado: «¿Qué, otro sospechoso de ser Zodiac?». Tomando un café en casa de uno de los detectives, me dejaron leer y copiar el informe. A lo largo de los años me encontré ese informe una y otra vez en sitios tan dispares como el departamento de policía de Berkeley y la oficina de una famosa detective.

Antes de marcharme, discutimos el informe en profundidad. Los investigadores me hablaron de las

fotografías que habían enseñado en San José a Linda, la hermana de Darlene.

—Señaló a Walker —afirmaron—. Dijo lo siguiente: «Probablemente se trata del mismo hombre que aterrorizó a Darlene en los meses antes de su muerte». Nos dijo que lo había visto dos veces. Una en febrero de 1969 (en Terry’s), y otra en mayo de 1969 (la reunión para pintar la casa).

Esto animó a los detectives[19].

Mucho después, hablaría con Linda. El policía de Vallejo Steve Baldino, amigo íntimo de Darlene, estuvo en la reunión y señaló a Walker como uno de los asistentes.

—A Steve aquello le afectó mucho —dijo Linda—. Conocía a la familia… Era muy buen poli, y, cuando Darlene murió, se excedió intentando encontrar al asesino.

Los detectives consiguieron una copia impresa por ordenador de la NSA [Agencia Nacional de Seguridad, en sus siglas inglesas] de uno de los mensajes cifrados de Zodiac y afirmaron que unas palabras que se parecían al nombre de Walker se repetían varias veces en el criptograma. Evidentemente, se trataba de la última línea del mensaje en clave de Zodiac del 31 de julio de 1969.

«Me inundó la lluvia de hace poco», había escrito Zodiac. En la época de la carta de Zodiac, la casa de Walker sufrió una inundación, y los detectives habían obtenido unas fotos para demostrarlo. «Mirad entre los pinos», rezaba una tarjeta de Zodiac. Uno de los detectives me explicó que Walker vivía en un bosque de pinos en una zona aislada: «Ni siquiera se puede ver la casa hasta que te acercas lo suficiente para mirar entre las largas hileras de pinos».

Examiné las fotos que habían hecho de la casa de Walker y vi que el agua había subido por la carretera y formado bancos de barro cerca del centro. Cuando la visité, toda la zona, a pesar de los verdes pinos, infundía un lóbrego escalofrío. Después los agentes me ofrecieron una larga

lista de vínculos entre Walker y los asesinatos y las cartas de Zodiac. «Podemos relacionarle con el club Sierra». Zodiac había mencionado el club Sierra en la misma tarjeta en la que hablaba de mirar entre los pinos. Los investigadores llevaron a cabo un trabajo exhaustivo para dar con un vínculo con el lago Berryessa. El mismo día en que Bryan Hartnell y Cecelia Shepard fueron atacados en el lago, un hombre corpulento entró en el autoservicio de Moskowite Corners, enfrente de la estación de servicio de Chevron Pearce's, cerca del lago. Estaba nervioso y preguntaba inquieto cuál era el camino más rápido para salir del lago. Los detectives localizaron a un testigo que comía en ese momento en el autoservicio y que tuvo la impresión de que el hombre se comportaba de un modo muy extraño. Incluso lo siguió al exterior de la tienda y vio cómo subía a un coche blanco y se alejaba del lago.

—Respondía a la misma descripción —me dijeron— de un hombre que había estado espiando a varias chicas que tomaban el sol cerca de donde apuñalaron a Hartnell y Shepard. La policía nunca encontró a ese hombre ni el coche en el que iba.

Les dije que, según recordaba, se creía que el hombre al que se había visto en el lago era mucho más joven que Walker.

—Enseñamos una serie de fotos a nuestro testigo —prosiguieron—, y ¡zas!, señaló a nuestro hombre. Era a él a quien había visto en Moskowite Corners. El martes siguiente lo llevamos a una reunión para que viera a Walker en carne y hueso. No estaba totalmente seguro de que fuera el mismo hombre. Nuestro testigo creía que se había teñido el pelo. Sí que nos dijo que la voz de Walker era casi exactamente igual a la del hombre que pedía indicaciones el día del asesinato de Berryessa. Y eso fue unos cinco años después de la muerte de Shepard. Desgraciadamente,

perdimos a nuestro testigo diez días después de que lo acompañáramos a identificar a Walker. Fue por una explosión. La muerte fue considerada un accidente.

Todos estuvimos de acuerdo en que Walker coincidía con la descripción general de Zodiac, menos en la edad. Los detectives habían tenido acceso a un formulario laboral rellenado por el sospechoso y descubrieron que, de 1942 a 1945, había impartido clases de criptografía en el servicio militar:

—Dio clases de criptografía durante dos años. En siete meses, pasó de ser alumno en la escuela de criptografía a ser uno de los profesores. Debía de ser bastante brillante.

Los detectives habían comprobado los registros de Walker en la Seguridad Social y vieron que no sólo tenía una tarjeta con su nombre, sino otras tres.

—Todos los asesinatos de Zodiac se cometieron, y todas las cartas se enviaron, mientras Walker estaba en el paro, y ninguno de ellos en las épocas en que trabajaba. Es ambidiestro. Yo mismo lo he visto —me contaron. También insistieron en lo siguiente—: Walker pasó mucho tiempo en el restaurante Terry's en la época en que Darlene trabajaba allí de camarera. Eso fue justo antes de que la mataran. El agente Steve Baldino lo ha verificado. La Dirección General de Tráfico nos ha dicho que tenía un Biscayne blanco de cuatro puertas en 1968. Como sabes, su diseño se parece al del Impala. Sabemos que es abiertamente hostil con los agentes de la ley. —Entonces me hablaron del incidente con el policía de tráfico—. Sabemos que cambió de aspecto cuando estuvo en el edificio de apartamentos de la profesora que recibía amenazas por carta. Podemos relacionarlo al menos con dos de los asesinatos, conocía a Ferrin y es posible que estuviera en Berryessa. Tiene un carácter muy fuerte, sufre intensos dolores de cabeza y siempre ha tenido problemas cuando trabajaba con

mujeres. Sus antiguos jefes nos lo han contado.

Walker había admitido al fin haber «pasado muchas horas en Terry’s», lo cual, desde luego, no demostraba que fuera el hombre que acosaba a Darlene, pero los detectives idearon una serie de planes para obtener más pruebas contra el sospechoso, especialmente huellas de la palma de la mano. Enviaron a un ayudante a montar guardia cerca del trabajo de Walker. Le escayolaron los dos brazos y colocaron una pecera grande y otra pequeña en la repisa de la luna de un escaparate.

Cuando Walker se acercó de camino al trabajo, el ayudante lo abordó:

—Perdone, señor. ¿Puede ayudarme a llevar estas peceras? Mi coche está en esta calle.

Walker miró al hombre de arriba abajo, y después las dos peceras llenas de agua.

—Supongo que sí —dijo, cogiendo la grande.

Walker acababa de cogerla cuando el policía exclamó:

—¡No, no! Coja la pequeña. —Abrazó con los extremos de la escayola la superficie de la pecera (para no borrar las huellas) y se fue corriendo y salpicando, dejando atrás a un muy perplejo Walker.

Desgraciadamente, por culpa del agua, no se pegó ningún fragmento de huella a la superficie de cristal.

El siguiente plan de los tres detectives consistió en seguir a Walker. Todos los fines de semana esperaban en dos coches, en un bosque cerca de la finca donde vivía. Un viernes, mientras observaban, uno de los coches de Walker, un Dodge de 72, salió a toda prisa por el camino jalonado de árboles, giró a la derecha y desapareció rugiendo en la noche y levantando a su paso una nube de polvo.

De inmediato, los investigadores siguieron con las luces apagadas al coche de color bronce.

—Sabe que estamos aquí. A toda pastilla. Ve todo lo

deprisa que puedas.

Sin embargo, Walker no tardó en burlar a sus perseguidores. Media hora después, los investigadores vieron el Dodge aparcado en el camino de entrada. Walker estaba apoyado en el guardabarros trasero, fumando.

A la semana siguiente, la policía pidió a la Seguridad Social que fuera a ver a Walker con una excusa para obtener muestras de su caligrafía. Al volver a casa, Walker le contaría a su mujer la visita y le dijo que creía que intentaban «conseguir algún tipo de prueba contra mí». También le contó la desafortunada persecución. Ella denunció el acoso a las autoridades.

A la mañana siguiente, el juez ordenó a los detectives que «cesaran su acoso a Andrew Walker» y que «cerraran el caso contra él».

Los dos investigadores pensaban que las posibilidades de que Walker fuera Zodiac eran numerosas. Tal y como señalaban en la conclusión de su informe, las autoridades habían descartado a Walker como sospechoso hasta aquel momento sólo por dos razones de peso. La primera, que su escritura no era la misma que la de las cartas de Zodiac. Los detectives creían que no se habían comparado suficientes muestras de caligrafía y que había que realizar de nuevo el estudio. En segundo lugar, las huellas dactilares de Walker no se correspondían con la huella en sangre en el exterior del taxi de Paul Stine en San Francisco.

La explicación que proponían los investigadores era bastante rebuscada, pero, como creían que Zodiac era una persona muy retorcida y perturbada, pensaban que sería capaz de elaborar un plan de estas características.

—Quería dejar huellas dactilares, pero no las suyas. No puedo decirte cómo lo hizo. Creemos que quizá con el negativo de unas huellas o utilizando los dedos cortados de una víctima que ni siquiera conocemos: cualquier cosa.

Quería burlarse de la policía. Odia especialmente al departamento de San Francisco. Piénsalo. En el asesinato del taxista de San Francisco organizó un plan meticuloso. Perpetró el asesinato, cortó una parte de la camisa de Stine para demostrar que era el asesino, limpió el vehículo, dejó un coche para escapar al que podía llegar andando… No creo que metiera la pata y dejara huellas, a menos que lo tuviera planeado.

Había un último detalle extraño. Los detectives descubrieron en los postes que rodeaban la casa del campo del sospechoso, y en la puerta de atrás de su finca, símbolos en color pintados a mano. Les hicieron unas Polaroids y las mandaron al Departamento de Justicia.

> Adjuntamos cinco fotos de varios signos fotografiados en una zona rural. Por favor, dictaminen si representan símbolos de brujería. En tal caso, dictaminen cuál es el significado de cada símbolo individual en brujería.

Los expertos no pudieron relacionarlos con ningún símbolo de brujería conocido.

Enseñé la foto de Walker a los tres adolescentes que habían presenciado el asesinato de Stine. Les pareció demasiado mayor para ser el asesino.

Ahora creo que Walker no es Zodiac. Pero hasta aquel momento, casi seis años después de los asesinatos de la carretera del lago Herman, era lo máximo a lo que se había podido llegar.

14. Zodiac

Miércoles, 10 de julio de 1974

Llegaron dos nuevas cartas de Zodiac:

—No está engañando a nadie, juegue a lo que juegue —dijo Toschi—. Yo no tengo dudas sobre ninguna de las dos. Se las llevé a un experto en documentos y en menos de cinco minutos me dijo que estaban escritas por Zodiac con toda seguridad. Manda cartas y tarjetas al *Chronicle* intentando que no lo detecten.

Los nuevos mensajes estaban escritos a mano, como siempre, pero la ortografía y la puntuación eran correctas y no reivindicaba nuevas víctimas.

El primero era una postal que había echado al correo el 8 de mayo en el condado de Alameda y que no había llegado al periódico hasta el 4 de junio.

Señores: Me gustaría
expresar mi preocupación ante
su mal gusto y su falta de
compasión con la gente, puestos
de manifiesto al publicar
anuncios de la película
Malas tierras, en los que aparece
el eslogan «En 1959 casi todo el mundo
mataba el tiempo. Kit & Holly
mataban a gente». A tenor
de los recientes acontecimientos, esta
glorificación del asesinato resulta, cuando menos,

deplorable
(aunque la glorificación de la violencia
jamás esté justificada).
¿por qué no demuestran un poco
de respeto por la sensibilidad de la gente & retiran el anuncio?
(firmado). Un ciudadano

La segunda carta fue echada el 8 de julio, un lunes, a un buzón de San Rafael. De todas las cartas, ésta era una de las más extrañas: letras claras escritas minuciosamente se mezclaban con largos trazos descendentes y extensas líneas.

Director:
Devuelva a Marco al tugurio
del que ha salido —tiene una
grave perturbación mental
siempre necesita sentirse superior. Le
sugiero que lo envíe a un arreglatuercas.
Entretanto, suprima la columna del
conde Marco. Como el conde escribe
de forma anónima, yo hago lo mismo.
(firmado) el Fantasma Rojo
(rojo de ira).

El conde Marco Spinelli, un columnista antifeminista que antes había sido peluquero, se marchó del *Chronicle* después de quince años a raíz de la amenaza y se mudó a Hawai, dispuesto a llevar una vida de placer. Posteriormente volvería.

La única película en la que aparecía un «Fantasma Rojo» en esos momentos se proyectaba en un cine de películas

mudas, una sala con una cúpula decorada con un dibujo gigante del zodíaco. La película era *El fantasma de la ópera(The Phantom of the Opera,* 1924), protagonizada por Lon Chaney.

La policía de San Francisco seguía sin tener un sospechoso principal.

Sábado, 24 de julio de 1976

Armstrong miró el cuerpo tendido en la acera de Van Ness y, de pronto, todos los años de trabajo agotador en homicidios le pasaron factura. Allí mismo, dejó los homicidios para siempre. Al día siguiente se trasladó al departamento de Fraudes. Sherwood Morrill se enteró de que se produjeron ciertos roces o disputas con Toschi, que duran hasta hoy. Ambos se niegan a hablar de ello. Pero, en esencia, aquél fue el asesinato que colmó el vaso para el inteligente y sensible Armstrong.

En Vallejo, el sargento Lynch me dijo:

—Me dio la impresión de que Armstrong estaba exhausto. No podías sentarte con él y hablar, como ahora. Tenías que ir andando a algún sitio o subiendo las escaleras. El tipo estaba a punto de explotar.

Jueves, 29 de julio de 1976

Herb Caen, en su columna diaria del *Chronicle*.

> AVANCE: El inspector de homicidios Dave (Gabardina). Toschi es ahora el único policía de San Francisco que se ocupa del caso Zodiac. Las últimas

> noticias que tuvo del asesino fueron hace dos años, cuando Zodiac criticó *El exorcista*, diciendo que era una «comedia mala», y terminaba la nota con el supuesto cómputo de sus asesinatos: «YO 37, SFPD O». Quizá *La profecía vuelva* a hacerle salir de su escondrijo.

Ahora que Armstrong se había ido, Toschi era el único detective de San Francisco dedicado a uno de los casos más sorprendentes de la historia del crimen de Estados Unidos.

—Es todo un reto. No pasa un día en que no me acuerde de Zodiac. Ahora que soy el único que trabaja en esto —dijo Toschi— se ha convertido en algo más personal. Tengo ocho cajones de un archivador llenos de datos de Zodiac, entre ellos los nombres de más de dos mil sospechosos potenciales. No sé si conseguiré resolver el caso, pero vive Dios que lo estoy intentado. Siento que él está ahí. Tengo la sensación de que va a salir a la calle.

La salud de Toschi se resintió por la tensión: avanzaba por un laberinto interminable en busca de un asesino patológico. El proceso le valió la fama y la admiración de una gran ciudad, y le creó muchos enemigos poderosos y envidiosos.

Martes, 31 de mayo de 1977

El 3 de marzo el FBI pidió copias de todas las cartas de Zodiac. Estábamos en 1977, y la oficina seguía investigando el caso.

El psicolingüista más importante del país, el doctor Murray S. Mirón, al analizar diecinueve cartas del asesino, llegó a las siguientes conclusiones en un informe secreto del

Instituto de Investigación de Siracusa: Zodiac «ha tenido algún contacto con nuestros cursos de criptografía básica» y «es un hombre caucásico soltero de entre veinte y treinta años. Su educación no va más allá de la secundaria, lee poco, vive aislado, apartado, y es de hábitos solitarios, de talante callado y poco llamativo». A Mirón le parecía que el asesino tenía buena vista y que era «prácticamente analfabeto», alguien que prefiere «la pasividad de las imágenes, de la tele y del cine», y que ni siquiera tiene una biblioteca de «libros de bolsillo baratos». Mirón opinaba que Zodiac «había pasado mucho tiempo en cines especializados en erotismo sadomasoquista y ocultista», y que «estaba en la frontera de la psicosis […]. Sus escritos muestran los signos característicos del pensamiento mágico, y un infantilismo narcisista típico de los esquizofrénicos».

«Zodiac se corresponde bastante bien con el patrón de lo que se podría llamar esquizofrenia seudorreactiva […]. En ella, los individuos se entregan a un comportamiento extraño como tapadera para una psicosis subyacente y más oculta. Es frecuente que padezcan grandes cambios de humor, de intensa euforia a la más profunda depresión. Vive una vida secreta de reclusión y presenta al mundo una máscara de contención, simpatía y normalidad».

Mirón pensaba que la carta a Belli de diciembre de 1969 ofrecía señales de una depresión que «le sobreviene con frecuencia […]. No resulta del todo improbable que, en una de esas virulentas depresiones, esos individuos se suiciden». Debido a la preocupación de Zodiac con el control, Mirón creía que rechazaba los «efectos desinhibidores del alcohol», y que evitaba «contactos sexuales normales con mujeres».

El «trasfondo moral» expresado en la carta de Zodiac de 1974 no contenía «una amenaza explícita» ni «chulería», ni

en ella «aparecía su simbolismo característico. El trasfondo moral expresado en esa nota coincide con la motivación que podría anticipar un suicidio. Hay una explicación alternativa de ese progresivo cambio de Zodiac. Es posible que el suicidio al que se refiere sea la muerte simbólica de Zodiac […]. La personalidad sociópata acaba “desgastándose” […] cuando el individuo envejece».

Viernes, 10 de junio de 1977

Sobre las 10:00, un investigador federal habló con una joven llamada Karen en su casa de Vallejo. Había trabajado de niñera para Darlene Ferrin en febrero de 1969, y había sido la primera en ver al hombre del coche blanco aparcado delante de la casa de Darlene en Wallace. Por fin, sus amigos la habían convencido para que informase a la policía.

El investigador y Karen hablaron en su salón mientras tomaban un café. Al cabo de un rato, el investigador sacó la grabadora, la puso en la mesita baja de cristal, y sacó el bolígrafo y el cuaderno amarillo. Aunque grabó la conversación, anotó también cada palabra.

Ella explicó minuciosamente los acontecimientos del 26 de febrero de 1969. Un coche blanco de fabricación estadounidense llevaba aparcado delante de la casa desde las 22:00. Un hombre había estado observando la casa. Alrededor de medianoche, encendió una cerilla y ella le pudo ver el rostro. Pero sólo durante un instante.

—Era corpulento y con una cara muy redonda —dijo—. Tenía el cabello rizado y castaño oscuro. Creo que era un hombre maduro.

También dijo que al día siguiente le habló a Darlene del hombre.

—Ella parecía saber quién era. Me dijo: «Supongo que me está vigilando otra vez. Me habían dicho que ha vuelto a este estado». Darlene me contó que le había visto asesinar a alguien. Me dijo cómo se llamaba, pero sólo recuerdo que su nombre era muy corto, tres o cuatro letras, y que el apellido sólo era un poco más largo. El apellido era muy corriente. Tengo muy buena memoria para los nombres. Es… es…

«¡Ya lo tengo!», pensó el investigador.

—No te apresures, Karen —dijo—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El investigador esperó. Repasó su cuaderno, se movió en la silla, miró el reloj que hacía tictac en la repisa.

Finalmente, Karen se encogió de hombros:

—Lo siento. No me acuerdo.

—Tengo una idea —dijo el investigador—. Déjame llamar por teléfono un segundo. —Entonces se puso en contacto con el teniente James Husted de la policía de Vallejo, para ver si podían organizar una sesión de hipnosis con Karen. La ayudaría a recordar todo lo que había sucedido esa tarde de 1969. Husted dijo que le parecía bien y que la prepararía pronto.

El investigador obtuvo el permiso de Karen para celebrar la sesión, y volvió sin prisas a San Francisco.

Miércoles, 15 de junio de 1977

El teniente Husted se puso en contacto con el teniente Larry Haynes, de la policía de Concord, California. Haynes había sido alumno del Instituto de Hipnosis para Agentes de la Ley de la policía de Los Ángeles. Dijo que los años transcurridos desde el asesinato no eran importantes.

Jueves, 16 de junio de 1977

Karen fue a buscar a Husted a la comisaría de Vallejo, y a las 13:00 se reunieron con Husted en Concord para celebrar la sesión de hipnosis. Ésta fue grabada en audio y vídeo.

«El teniente Haynes, después de inducir un trance hipnótico —relataba el informe de Husted— exploró ciertas cuestiones problemáticas, sobre todo la discusión que Karen tuvo con Darlene Ferrin […] sobre una persona de la que esta última había dicho que había visto asesinar a alguien. Gracias a ese interrogatorio en concreto, Karen pudo dar una descripción general del hombre del vehículo […]. No se acordaba del nombre de dicho individuo, pero recuerda nítidamente la conversación con Darlene —proseguía el informe—. Contó que un teléfono sonaba. Existe la percepción de que el teléfono que suena es una compensación del subconsciente, y que es posible que intente tapar inconscientemente la información por miedo a tener que prestar declaración ante un juez sobre este asunto».

El investigador federal tenía otra impresión. Husted era un buen detective pero un hombre brusco; el investigador estaba seguro de que Karen era incapaz de recordar porque la presencia de Husted la ponía nerviosa.

«También se le dieron instrucciones para que recordara el rostro que viera en el trance, y ayudase a trazar un retrato robot con el dibujante de la policía», concluía el informe.

Esto nunca lo hicieron.

Como jefe del departamento de Documentos Dudosos de la CI&I en Sacramento, Sherwood Morrill se ocupó del caso Zodiac desde el principio y siguió haciéndolo incluso después de jubilarse. Morrill era el perito calígrafo más importante de California, y veía hasta cien casos por mes; él fue el responsable de verificar o descartar todas las cartas

de Zodiac que llegaron a lo largo de los años. El experto vivía esperando el día en que encontrase otra escritura igual a la característica de Zodiac. Yo me reuní muchas veces con el alto, circunspecto y atlético erudito de ciencia y psicología en su oficina al sur de Sacramento, y nos hicimos amigos. Después de treinta y nueve años siendo el calígrafo más preeminente del estado, se jubiló en diciembre de 1972. Había prestado declaración ante el juez dos mil quinientas veces. Participó en los casos de Juan Corona, de Angela Davis y de los «seis de San Quintín». Pero, para él, todo se quedaba pequeño al lado de Zodiac.

—¿Cree usted —le pregunté— que las *d* cursivas y las r que parecen una *v* son parte de la caligrafía real de Zodiac?

—Sí. No las ha cambiado.

—¿Y esa *k* tan rara?

—Al principio creímos que siempre la hacía así, pero luego dejó de hacerlo. La hacía con tres trazos, en lugar de dos, que era más frecuente —repuso Morrill.

—Me han dicho que, si estuviera usted al lado de Zodiac en el banco y él estuviera rellenando un resguardo de ingreso, le reconocería.

—Lo creo de verdad. Si escribiera lo suficiente en el impreso, creo que lo identificaría al instante.

—He oído que el tamaño de los folios de las cartas era de dieciocho por veinticinco centímetros —añadí.

—Dieciocho por veinticinco centímetros —dijo Morrill pensativo—. Es un tamaño extraño. No tiene sentido. Lo normal son veintiuno.

Decidí investigar aquello.

Las cartas de Zodiac de Riverside estaban escritas en papel para teletipo. ¿Desenrollaba Zodiac el papel como si fuera papel de cocina y luego lo recortaba? A finales de los años

sesenta se utilizaban rollos de papel de teletipo para las copias sin editar de los periódicos. Ya no se fabrican. Yo recordaba que era bastante estrecho, pero llamé a las agencias AP y UPI y me dijeron que era demasiado ancho para ser el de las cartas de Zodiac, a menos que el asesino también hubiera recortado los márgenes. El papel de teletipo, de nuevo, señalaba a una persona con relación con algún periódico.

Me pregunté si Zodiac podía ser un tipógrafo que utilizaba papel sobrante de tamaño extraño. Llamé a varias papelerías y me dijeron que las cartas estaban escritas en un tipo de papel llamado «tamaño Monarch»; si lo quería, tenía que pedir un mínimo de quinientos folios, que ellos harían cortando por el centro quinientas hojas de papel de carta de tamaño normal.

Los bordes de las cartas de Zodiac eran rectos, limpios y regulares, y habían sido cortados por la máquina de una tienda o en una fábrica, y no a mano. Pero cada uno de ellos era de un tamaño ligeramente distinto y tenían diferencias de hasta dos centímetros de ancho o largo. Ninguna fábrica producía papel tan imperfecto, por lo que limité el papel al cortado a medida. Los tamaños diferentes implicaban que Zodiac había realizado muchos pedidos especiales de quinientos folios cada uno y que había utilizado páginas de cada pedido.

En algún lugar podía haber un impresor que recordase al hombre que había comprado tanto papel de carta Monarch.

Lunes, 30 de enero de 1978

—Creo que está vivo —dijo Dave Toschi en un resumen del caso Zodiac publicado en primera plana en *The San Francisco Examiner*—. Es casi una intuición. Pero, si hubiera

muerto en un accidente o se hubiera suicidado o lo hubieran asesinado, creo que alguien habría entrado donde vivía. Y creo que habría dejado algo para que lo encontráramos. Disfrutaba contándonos los asesinatos. Yo creo que no ha vuelto a asesinar. Es su ego lo que le empujaba a asesinar y a escribir cartas, porque sabía que los medios de comunicación lo retransmitirían y lo publicarían. Creo que se halla en un período de latencia y que algunos de los síntomas han disminuido. Es posible que en este período no haya sentido deseos de matar.

Martes, 28 de marzo de 1978

Durante todo el mes de marzo se produjeron ciertos movimientos extraños, actividades poco comunes que fueron atribuidas a chalados.

Toschi leyó un Informe Inicial de Incidente de la policía de San Francisco, código 64070. Acontecimiento sospechoso:

FECHA Y HORA DEL INCIDENTE: LUNES 13/03/78 0700 HORAS

HASTA EL MARTES 14/03/78 0030 HORAS

DISTRITO DEL INCIDENTE: TARAVAL

UNIDAD DE INFORMACIÓN: 311 ÁREA DE INFORMACIÓN: 422

TIPO DE LUGAR: CASA UNIFAMILIAR

SOSPECHOSO: OBJETO: 1 (ARTÍCULO DE IDENTIFICACIÓN):

NOTA NÚMERO: 1 CATEGORÍA: 30

NARRACIÓN DE LOS HECHOS

LA INFORMANTE _____ DECLARÓ QUE, AL LLEGAR A CASA DE CUIDAR A UN NIÑO, DESCUBRIÓ LA NOTA DE

ARRIBA *CLAVADA* EN LA PUERTA DE ENTRADA CON UNA FLOR. LA NOTA DECÍA «ERES LA PRÓXIMA (LOS ASESINOS DEL ZODÍACO)».

AGENTES INFORMANTES: KAWAGUCHI / TODD/L/PTL /1099

Toschi llamó a la mujer y la tranquilizó diciéndole que la nota no era de Zodiac porque la caligrafía no se correspondía con la del asesino. Le recomendó que pensara en algún compañero de trabajo o vecino que pudiera gastarle una broma tan cruel, que contara el incidente al casero, y que llamara a la policía si volvía a suceder.

Toschi examinó otro incidente sospechoso del distrito de Mission:

HORA Y FECHA DEL INCIDENTE: MPN 13/03/78 2300 HORAS

NARRACIÓN DE LOS HECHOS:

EL INFORMANTE _____ DECLARÓ A LOS AGENTES QUE, AL ESCUCHAR ESTA MAÑANA LOS MENSAJES DE SU CONTESTADOR, ENCONTRÓ EL MENSAJE SIGUIENTE: «SOY ZODIAC. DÍGALE A LA PRENSA QUE HE VUELTO A SAN FRANCISCO». EL INFORMANTE DECLARÓ QUE NO SABE POR QUÉ LE HAN HECHO LA LLAMADA A ÉL. TAMBIÉN DECLARÓ QUE HA RECIBIDO LLAMADAS EXTRAÑAS CON CIERTA FRECUENCIA. CREE QUE LAS LLAMADAS SON DE JÓVENES.

También en el mes de abril los informes seguían llegando a raudales:

FECHA Y HORA DEL INCIDENTE: VIERNES 05/05/78 0700 HORAS

LUGAR DEL INCIDENTE: CALLE MONTGOMERY 600

NARRACIÓN DE LOS HECHOS:

LOS AGENTES KELLY Y SIMPSON ACUDIERON AL EDIFICIO TRANSAMÉRICA DESPUÉS DE UN AVISO DE BOMBA. NOS COMUNICARON QUE EL TELEFONISTA DE LA POLICÍA DE SAN MATEO HABÍA RECIBIDO SOBRE LAS 17:00 HORAS LA LLAMADA DE UN HOMBRE QUE DECÍA SER «ZODIAC». ESA PERSONA DECLARÓ QUE HABÍA UNA BOMBA EN EL EDIFICIO TRANSAMÉRICA Y QUE IBA A EXPLOTAR.

EL JEFE DE SEGURIDAD ME INFORMÓ DE QUE YA LE HABÍAN NOTIFICADO LA AMENAZA. EL EDIFICIO FUE REGISTRADO A LAS 17:30 HORAS SIN ENCONTRAR NADA PELIGROSO. SE HA PROLONGADO LA VIGILANCIA EN TODAS LAS ZONAS PÚBLICAS, DADO QUE EN ESA OCASIÓN NO SE HAN ENCONTRADO APARATOS SOSPECHOSOS.

COPIA ENVIADA A LA OFICINA DEL JEFE Y AL EQUIPO OPE RATIVO.

Toschi marcó con un círculo un anuncio de *El Mikado* del 30 de mayo y me lo mandó. «Es posible que Zodiac se fije en este anuncio, pues hace diez años que *El Mikado* no se representa en San Francisco —me decía—. ¡Tendremos que vigilar nuestro correo durante ese período!». La producción de Gilbert y Sullivan se iba a representar en el teatro Curran, en el 445 de la calle Geary, a escasos metros de donde Zodiac había parado el taxi de Paul Stine aquella noche neblinosa de hacía tanto tiempo.

Asistí a las cuatro funciones de *El Mikado*, que formaba cartel con otras dos obras de Gilbert y Sullivan. Como los actores eran británicos y no habían actuado antes en San Francisco, fui sobre todo para estudiar al público, buscando algún sospechoso. No vi ninguno.

Me pregunté si el regreso del Gran Verdugo suscitaría algún tipo de respuesta por parte de Zodiac.

Martes, 25 de abril de 1978

—Vaya a ver al sargento Ralph Wilson —me dijo el comandante Vince Murphy—. Él le ayudará. —Yo estaba en la oficina del *sheriff*, justo encima de la cárcel de Fairfield, California. Murphy me estaba organizando una cita para conocer el escenario exacto de los asesinatos de Faraday y Jensen.

El sargento Wilson me hizo pasar a su despacho. Llevaba trece años en el departamento del *sheriff* y cuatro en la policía de Vallejo. Era un hombre corpulento, de rostro surcado de arrugas, que me recordaba muchísimo al actor Ben Johnson. De él emanaba una especie de simpática autoridad. Me llevó a su coche patrulla.

Por la estrecha carretera del lago Herman, de dos carriles, pasamos junto a postes de madera negra unidos por alambre de espino. En cada curva aparecían vacas pastando y maleza y árboles que proyectaban sombras veteadas en la gravilla. De noche estaría completamente oscuro. Nos paramos en un claro pedregoso delante de una valla de tela metálica inclinada que nos separaba de una colina sinuosa, con dos torres de alta tensión de tres pisos y un observatorio, pequeño a lo lejos.

El sargento Wilson reprodujo con exactitud lo que había pasado hacía casi diez años, cuando David y Betty Lou aparcaron en ese lugar oscuro y solitario, en el mismo punto donde el sargento Wilson había aparcado ahora. Al lado del coche de policía había un espacio vacío, en el que Zodiac había dejado su coche, cerca del vehículo familiar de Jensen. Wilson me enseñó el lugar preciso donde había

caído el cuerpo de David Faraday, justo al lado de la puerta delantera derecha del Rambler.

Saqué la cámara e hice diez fotos. El sol parecía luminoso y corría una leve brisa. A las dos de la tarde, la zona no resultaba amenazadora en absoluto. Después, cuando revelé las fotos, el cielo parecía cubierto, con nubes oscuras formándose a lo lejos y sombras largas y negras en el suelo.

Wilson me llevó al aparcamiento de Blue Rock Springs y me enseñó dónde fueron atacados Ferrin y Mageau el 4 de julio de 1969. Después volvimos a su oficina. Di las gracias al sargento y regresé a San Francisco.

Esa tarde, cuando escribía unas notas antes de cenar, me sorprendió un excitado locutor de Channel 2 que hablaba de Zodiac.

—¡Buenas tardes! Después de cuatro años de un silencio autoimpuesto, el esquivo y fanfarrón asesino conocido como Zodiac ha escrito una carta hoy a *The San Francisco Chronicle*.

Cogí el coche e hice el trayecto de diez minutos al *Chronicle*. Estaban revelando la foto de la carta en el departamento gráfico y colocando encima un gran titular.

El titular decía: «Zodiac pone fin a su silencio: “Estoy otra vez con vosotros”».

15. Zodiac

Leí la primera carta de Zodiac en cuatro años:

> Querido director:
> Zodiac al habla Estoy otra vez con vosotros.
> Dígale a herb caen que estoy aquí,
> que siempre he estado aquí.
> El poli de mierda de toschi es bueno, pero
> yo soy más listo y mejor él
> se cansará y me dejará
> en paz. Estoy esperando una buena
> película sobre mí. quién hará
> mi papel. Ahora yo lo controlo
> todo.
> atentamente:
> —adivínelo SFPD-0

La nueva carta había sido enviada el lunes 24 de abril. Aunque llevaba un matasellos de San Francisco, sus inscripciones indicaban que procedía de los condados de Santa Clara o de San Mateo.

Era la vigesimoprimera carta del asesino desde 1969. Contando la inscripción en el pupitre, la puerta del coche y las cartas de Riverside, el asesino había mandado a la policía veintisiete mensajes escritos.

Como era habitual, llevaba más sellos de los necesarios, un intento subconsciente por parte del asesino de que su nota llegara más deprisa. Llegó al *Chronicle* alrededor de las

14:15, mientras yo estaba en la carretera del lago Herman con el sargento Wilson.

Brant Parker, un corrector que acababa de volver al periódico, reconoció la caligrafía. Entregó la carta a Mike Duncan, su jefe, y le dijo que era una nueva misiva de Zodiac, la primera en cincuenta y un meses. Duncan la abrió y llamó a gritos a Duffy Jennings, que estaba unas mesas más allá. Jennings se encargaba del caso después de que Avery se marchara del *Chranicle*.

Inmediatamente, Jennings pidió al departamento de fotografía que fotografiasen la carta y el sobre. Tenía por costumbre guardar las cartas firmadas por Zodiac que se recibían de vez en cuando en el periódico y después se las mandaba en un fajo a Toschi, en Homicidios. Pero Jennings estaba seguro de que aquella carta era auténtica, así que, después de intentar sin éxito hablar con Toschi por teléfono, cogió el autobús y recorrió el corto trayecto hasta el Palacio de justicia.

Toschi estaba con su compañero, Frank Falzon, intentando citar como testigos a tres ciclistas que habían presenciado un doble asesinato delante del restaurante Jack In The Box, en las calles Siete y Market; oyó su código numérico por la radio y el recado de que llamara a su oficina. Había un teléfono para policías en la esquina de las calles Valencia y Veintidós, y Toschi se puso en contacto con su secretaria; Jennings estaba con ella, esperando a hablar con él.

—¡Es auténtica, Dave! —exclamó Jennings—. Te vas a quedar patidifuso cuando la veas.

—¿Cuando vea el qué, Duffy? —inquirió Toschi.

—Tienes que venir. Yo tengo que volver al periódico. Voy a escribir un artículo sobre esto. Es muy importante.

Toschi se imaginaba perfectamente lo que le aguardaba, a tenor de la emoción en la voz del joven periodista. Volvió

en seguida a su oficina.

—El ayudante del jefe de policía DeAmicis quiere verlo en su oficina —le dijo su secretaria. Ya eran las 15:00.

El detective vio el conocido sobre de plástico para pruebas en la mesa del ayudante y la carta con letras azules en su interior.

—Quiero que veas esto —dijo DeAmicis—. ¿Qué te parece?

Toschi estaba tan emocionado que sólo veía palabras sueltas. Le costó mucho concentrarse en todo el mensaje.

—Tiene muy buena pinta —declaró.

DeAmicis no trabajaba en Homicidios a finales de los años sesenta, en la época en que Zodiac había sembrado el pánico en la ciudad. La emoción era nueva para él.

Toschi llamó a John Shimoda, el jefe del laboratorio policial de correos en San Bruno.

—John, tengo una posible carta de Zodiac. ¿Hasta cuándo vas a estar ahí?

—Sólo hasta las cuatro y media, más o menos.

Con la carta todavía dentro del sobre de plástico, Toschi hizo seis fotocopias, tres para él y tres para DeAmicis. Siempre cabía la posibilidad de que Shimoda quisiera quedarse la carta hasta el día siguiente.

Al pasar al lado de una mesa, Toschi sacó un Pall Mall de una cajetilla y lo encendió. Mientras bajaba en el ascensor, se lo quitó con brusquedad de la boca: «¡Qué diablos, pero si ya no fumo!».

Vio a Shimoda a las 16:10.

Tras coger la carta con pinzas, el calígrafo se dirigió al centro de la habitación, donde tenía una caja de fotos de veinte por veinticinco centímetros de las cartas escritas por Zodiac hasta 1973. Al cabo de treinta minutos, levantó la vista.

—Me parece que ha vuelto.

—¿Estás seguro?

—Es tu hombre —repuso Shimoda—. Ha vuelto.

—Necesito una nota tuya diciéndolo. El *Chronicle* va a sacar un artículo pase lo que pase —pidió Toschi.

—No cabe duda de que es su letra.

Toschi llamó a DeAmicis desde la oficina privada de Shimoda y le dijo que la carta era auténtica. Al volver, llamó a Duffy Jennings directamente desde el garaje de la policía y le dijo: «Sí».

—Habían sido cuatro años muy largos —reconocería después Toschi—. Sentía la excitación en el cuerpo.

Aunque el *Chronicle* contaba con fotos de la carta y del sobre, se abstuvo de publicar el mensaje, para cooperar con la policía. Ésta no quería revelar lo poco de la carta que estaban omitiendo: la última frase.

Toschi fue directamente a la oficina de DeAmicis:

—¿Qué vas a hacer ahora con el original? —le preguntó.

—Lo voy a llevar al laboratorio fotográfico.

Hicieron una foto de la carta delante de Toschi.

—No estaba dispuesto a dejarla —me contó después.

También hicieron otras diez fotocopias para otros agentes de la ley. Entonces Toschi la llevó personalmente al laboratorio de la policía y se la dio al experto en dactiloscopia Ken Moses, le dijo que era una carta auténtica de Zodiac, y le pidió que intentara sacar alguna huella. Moses la roció con ninhidrina, pero no apareció nada que se pudiera utilizar.

—Voy a esperar a mañana y a emplear una solución de nitrato de plata por si revela algo que la ninhidrina no detecta —dijo. Los resultados fueron negativos. La carta fue archivada en el almacén al día siguiente.

Cuando dieron las nueve y media, DeAmicis se encontraba en una rueda de prensa televisada leyendo la nueva carta, escrita en una pizarra detrás de él.

—En su contexto, no parece ser amenazadora… El tono es muy muy distinto al de las cartas que hemos recibido anteriormente —declaró.

Los periodistas acosaron a Toschi en cuanto terminó la rueda de prensa oficial. Les contó que la policía iba a mandar copias del nuevo mensaje de Zodiac a todos los condados implicados, y que las pruebas llevadas a cabo hasta aquel momento no mostraban huellas ni pistas en la carta o en el sobre.

Sábado, 29 de abril de 1978

El análisis de la carta del asesino y las especulaciones sobre su paradero en los cuatro años anteriores acapararon los informativos durante días, pero Toschi era consciente de que le controlaban férreamente. Le asignaron un comandante para que supervisara sus entrevistas con los medios de comunicación. Aquello le sorprendió. Yo tenía mis teorías al respecto. La comunidad italiana de la ciudad pidió a Toschi que se presentase a *sheriff*, y una concejal, que aspiraba al sillón de alcalde, lo eligió como su posible jefe de policía. Inteligente y con éxito, Toschi estaba bajo el punto de mira de la opinión pública, pues la nueva carta le señalaba.

DeAmicis, ante la nueva carta de Zodiac, sacó al inspector Tedesco de Investigaciones Especiales y al inspector James Deasy del equipo contra bandas callejeras y les asignó el caso.

—Tedesco coordinará el trabajo —declaró DeAmicis—. Toschi seguirá siendo el investigador principal a pie de calle, y Deasy analizará los datos que reúna la policía. —Quitándole el control de la investigación, el jefe de la policía Charles Gain, a través de DeAmicis, podía manejar el acceso

de Toschi a los medios de comunicación.

Toschi también era consciente de que alguien revisaba sus papeles. ¿Se trataba de un intento de obtener algo contra él si se convertía en una amenaza política?

Cuando los periodistas preguntaron por qué Toschi no era el responsable del equipo, DeAmicis repuso:

—Es imposible que un detective administre e investigue al mismo tiempo.

Toschi estaba incómodo. Era un hombre sensible y observador, y sentía que algo andaba mal.

Viernes, 5 de mayo de 1978

«El poli de mierda de toschi es bueno, pero yo soy más listo y mejor él se cansará y me dejará en paz», había escrito Zodiac en su nueva carta. ¿Por qué Zodiac le había elegido entre todos los condados y entre todos los policías implicados? ¿Había visto al detective por televisión, o había leído algo sobre él que había suscitado una reacción, o que le había asustado? ¿Había estado cerca el investigador de descubrir al maniaco? ¿Estaba el verdadero nombre de Zodiac en uno de los sobres manila en los archivadores de Toschi, un hombre ya libre de sospecha o interrogado?

—¿Crees que debería preocuparme de que haya hablado de mí? —me preguntó Toschi.

—Ten cuidado —respondí.

Miércoles, 14 de junio de 1978

Duffy Jennings vino a mi mesa mientras yo estaba dibujando la viñeta para el editorial del día siguiente y me dijo que

habían organizado una reunión secreta con Ron Pimentel, de la agencia de detectives Roper de Oakland, y con un policía de Oakland experto en caligrafía. Creían tener una muestra de escritura interesante y relacionada con Zodiac, y querían nuestra opinión sobre ella, así como echar un vistazo a las copias de las cartas del *Chronicle*.

Para la reunión sólo ponía una condición: «No se lo digáis a Toschi». El poli de Oakland no quería que su jefe se enterara de su teoría.

Jueves, 15 de junio de 1978

El hombre de Oakland nos dio por teléfono sólo el nombre de pila del sospechoso. Prometió decirnos el apellido sólo después de que le diéramos nuestra opinión sobre las siete páginas de muestras de escritura que iba a llevar. La reunión ya había sido pospuesta tres veces, y Duffy estaba empezando a enfadarse.

El detective de Roper había empezado a seguir a un sospechoso después de que viera la película de Zodiac tres veces, y de que la dirección del cine le pillara masturbándose en el servicio después de las escenas más violentas. Los hombres de Oakland pudieron localizarlo porque dejó su nombre y dirección en un buzón del cine Golden Gate para participar en un concurso premiado con una motocicleta y en el que debía escribir veinticinco palabras sobre por qué asesina Zodiac. Tom Hansen, el productor de la película, había prometido cien mil dólares a la agencia Roper si atrapaban al asesino; la recompensa se sufragaría con los beneficios que obtuviera la película de Zodiac gracias a la captura. El motivo principal de la implicación de los policías de Oakland, no obstante, no era el dinero, sino el prestigio por el arresto de Zodiac.

El inspector Toschi siempre había sostenido la teoría de que Zodiac obtenía su placer sexual masturbándose mientras escribía.

Después de que volvieran a retrasar la reunión, decidí enterarme de quién era su sospechoso, a partir de la información que ya nos habían proporcionado. Gracias a sus conversaciones, sabía que vivía cerca de Santa Rosa, que tenía una taquilla en San Francisco, que era veterano de Vietnam, que trabajaba de mecánico y que era de Saint Louis.

Lo encontré en mi archivo de sospechosos.

Toschi y Armstrong lo habían investigado y descartado como culpable.

Al día siguiente, vi por fin las muestras de escritura. No se parecían a la letra de Zodiac.

Lunes, 10 de julio de 1978

Un día antes de que Toschi cumpliera cuarenta y siete años, después de veinticinco años en el departamento —dieciocho siendo la estrella de la exclusiva oficina de homicidios y nueve persiguiendo al esquivo Zodiac—, todo su mundo se vino abajo.

«Gran sorpresa en el caso Zodiac de San Francisco», proclamaba el titular de *The Oakland Tribune*.

A las 16:55, el jefe de policía Gain no sólo difundió un comunicado de prensa en el que anunciaba el traslado de Toschi de Homicidios a la brigada de Casas de Empeño, sino también un segundo comunicado en el que ponía en duda la autenticidad de la nueva carta de Zodiac y declaraba que iban a examinarla otros expertos.

Un columnista del *Chronicle*, y su representante, Kenneth Maley, había presentado una queja contra Toschi, con fecha

del 6 de junio de 1978. Maupin y Maley creían que la última carta de Zodiac tenía un «tono» parecido a algunos anónimos de admiradores que Maupin había recibido, en los que se alababa a Toschi, y pensaban que éste los había escrito. En la popular serie por entregas de Maupin, «Historias de la ciudad», Toschi aparecía como asesor para el personaje de ficción del inspector Tandy, que acaba arrestando al tristemente célebre asesino en serie «Campanilla», inspirado en Zodiac.

El telediario de la noche habló de «una gran batalla política con un policía veterano por en medio». La oficina del gobernador Jerry Brown ofreció al «exinspector de homicidios Toschi toda la ayuda que necesite en este caso».

Duffy Jennings llamó a casa de Toschi. El detective admitió sin ambages que en 1976 había escrito tres cartas a Maupin en las que se ensalzaba a sí mismo.

—Fue un error estúpido —dijo Toschi—. Me convertí en el héroe de la historia, y era divertido para mí y para mi familia. Y mandé unas notas, tres o cuatro, en las que decía que era estupendo que hubiera introducido a un inspector de homicidios real en la columna. Era como mandarme cartas de admiradores a mí mismo. No hice daño a nadie. No creí que fuera a perjudicar a nadie. Cualquier sugerencia de que falsifiqué una carta de Zodiac es completamente absurda. Cuando el jefe de policía Gain me dijo que expertos estatales en documentos habían comparado mi letra con la de Zodiac durante el fin de semana, me quedé atónito. Yo no escribí ninguna carta de Zodiac. Que Zodiac mencionase mi nombre por primera vez nos inquietó mucho a mí y a mi familia. Me puso muy nervioso.

A Sherwood Morrill, que formalmente seguía siendo el calígrafo principal de la CI&I, le enfureció el trato dispensado a Toschi:

—La última carta era del Zodiac auténtico. No me cabe la

menor duda. Me he enterado de que han acusado a Toschi de escribirlas. Si Toschi ha escrito esta última, él es Zodiac. Él las ha escrito todas.

John Shimoda, David DeGarmo, perito calígrafo de Pleasant Hill, y Morrill coincidieron en que la nueva carta de Zodiac era auténtica.

—A partir de ahora, no voy a volver a trabajar en nada relacionado con Zodiac con el departamento de San Francisco —dijo Morrill—. Armstrong y Toschi fueron los primeros en contactarme y yo lo hacía por ellos. Creo que Toschi ha recibido demasiada publicidad y puede que haya gente a la que eso no le guste.

El silencio se apoderó del Palacio de Justicia cuando el jefe de policía Gain prohibió a los furtivos agentes y a los nerviosos colegas de Toschi en Homicidios que hablaran de la polémica de Zodiac.

Martes, 11 de julio de 1978

Carol Toschi me hizo pasar al salón. Vi a Dave, con un albornoz granate, que se levantaba de la butaca. Daba la impresión de que le dolía todo el cuerpo. Estaba totalmente agotado, casi como en trance, con profundas ojeras, un atisbo de barba que daba un aire lóbrego a su rostro. En 1977 había estado enfermo, con problemas del corazón y una neumonía al mismo tiempo. Era evidente que Carol temía por su salud.

—Mira, Dave —dijo—, te ha traído unos libros. Hay uno sobre *big bands*.

En el otro extremo de la sala vi el telediario de las diez de Channel 2, e imaginé que Toschi había visto la rueda de prensa de Maupin. Señalando con la cabeza el televisor, Toschi dijo, con los brazos extendidos:

—No entiendo qué le he hecho a ese hombre. —Me puso la mano en el hombro—. Espero que tú no me hayas perdido el respeto.

—Claro que no —repuse.

—Ahora dicen que yo falsifiqué la última carta de Zodiac —dijo.

Toschi me contó que, el viernes anterior, a las 11:00, DeAmicis le había llamado para que respondiera a las acusaciones y le había dicho que reflexionara sobre ello. A las 13:00 le interrogaron.

El sábado, a las 15:10, DeAmicis fue a casa de Toschi y le explicó que Gain había decidido enfocar el asunto de forma administrativa, en vez de plantear una acusación formal ante una comisión. El traslado de Toschi se haría efectivo el lunes; se difundiría un comunicado de prensa aclarando que había escrito dos cartas a Maupin dos años antes firmadas con otro nombre.

—¿Por qué tienes que dar una rueda de prensa sólo por mi traslado? —preguntó Toschi.

El columnista del *Chronicle* Warren Hinckle, un periodista sensacionalista de vestir llamativo y un parche en un ojo, escribió que «un ambicioso escritor, con su representante como ayudante, ha conseguido que la policía y la prensa pasen por el aro en aras de su fama […]. Maupin se ha convertido en una celebridad esta semana a costa de Dave Toschi, un policía decente con cierta debilidad por ver su nombre en los periódicos […]. Todo el asunto ha sido una jugada para destruir con insinuaciones la reputación de un hombre. El jefe de policía Charles Gain no ha podido resistirse a emitir un comunicado de prensa que, en la práctica, sentencia a Toschi a un juicio por parte de los medios de comunicación, antes de que los peritos calígrafos hayan tenido la oportunidad de establecer la verdad».

Toschi declaró a *The Examiner* que «relacionar esas notas

con la acusación de falsificación me hacía parecer culpable, a ojos de la opinión pública, de falsificar las cartas de Zodiac. La cabeza salta de forma natural de una cosa a la otra […]. Me han sugerido una teoría: que Maupin y Maley, los únicos que ganan algo destruyéndome, engañaron al departamento de policía […] para crear una noticia que diese publicidad al artículo de Maupin y a su libro. Imagínense… Un escritor *freelance* y su representante hablan de un "parecido en el tono", ¡y veinticinco años de esfuerzos directos a la basura! ¿Se puede destruir a un hombre a partir de acusaciones vagas sobre el "tono"? ¡Pues resulta que sí!».

Consulté mis notas sobre la carrera de Toschi: cómo se había lanzado al oleaje cerca de Cliff House y había sacado del agua a una mujer, cómo había salvado a tres personas de un escape de gas en 1953, cómo había prestado primeros auxilios a un camarero apuñalado en 1956, desarmado a un empleado descontento, y resuelto un asesinato en Reno en menos de tres horas. Vi que casi lo habían matado de dos tiros desde una ventana en Mission y que había subido dos tramos de escaleras, abierto la puerta de una patada, y arrestado a dos jóvenes.

Toschi se enteró de que ya se habían llevado su agenda para examinar su letra cuando iba a retirar las cosas de su mesa. La supervisora Dianne Feinstein declararía después de una visita a casa del inspector, donde éste se encontraba bajo atención médica: «Es espantoso. El departamento ha crucificado injustamente a este hombre, sin el menor fundamento, de un modo en que nunca he visto abordar un caso».

Una semana después del traslado, Gain afirmó que Toschi no había escrito la carta de Zodiac, pero que tampoco lo había hecho el auténtico Zodiac. Seguía considerando auténtica la carta de *El exorcista* de 1974.

Morrill y DeGarmo creían que Gain había echado por la borda cualquier posibilidad de un futuro juicio a Zodiac.

El 2 de agosto, Gain hizo públicos por primera vez los informes de tres peritos calígrafos. Shimoda, a quien sus superiores habían prohibido hablar del caso Zodiac, cambió su anterior verificación porque en ella había trabajado «sólo a partir de fotocopias». Terry Pascoe, un antiguo alumno de Morrill, dijo que la carta era falsa. El jefe de Pascoe, Robert Prouty, había sido el que había sembrado las dudas sobre la carta en un principio. Keith L. Woodward, de la policía de Los Ángeles, coincidió en que era falsa.

—Pero —dijo Gain— la letra es de alguien que conoce muy bien los antecedentes o el *modus operandi* de Zodiac. Conoce todos los detalles de su escritura.

Si Zodiac no había escrito la nueva carta, entonces ¿quién lo había hecho?

Sábado, 5 de agosto de 1978

Durante las vacaciones, estudié detenidamente la carta de Zodiac de abril. El autor había puesto correctamente el doble de sellos de lo necesario, al revés, escrito «Urgente, para el director» con las letras inclinadas hacia abajo, había utilizado unos raros dos puntos después de «atentamente», no había signo de puntuación después del saludo, y todos los nombres menos el suyo estaban en minúsculas. La carta tenía los extraños espacios entre palabras y letras y en ella había una *d* y una *k* de tres trazos como las observadas en 1969.

Si la nueva carta era falsa y no la había hecho alguien de la policía de San Francisco, ¿qué información tenía un falsificador sin acceso a las cartas originales?

Recorté minuciosamente todas las cartas y sobres

reproducidos en los periódicos para ver cuánta información se había dado a la opinión pública sobre la escritura de las cartas. La mayoría de las cartas no habían sido publicadas; las que sí, habían sido cortadas o reducidas de tamaño. El autor de las cartas las había visto todas, puesto que tipografías que hacía nueve años que no se usaban aparecían en el mensaje.

Una cosa me preocupaba: la expresión «ese poli de mierda» era nueva. Zodiac solía llamar a la policía «maderos» o «maderos de mierda». La segunda vez que revisé las cartas, encontré esa expresión, muy pequeña y al revés, en la postal del 5 de octubre de 1970: «polis de mierda». No era una expresión a la que recurriría un falsificador al escribir una carta falsa. Pero sí era una frase que podía estar en la memoria del asesino.

Si la carta era falsa, ninguna persona ajena a la investigación policial podía escribir una copia tan perfecta, y además con información que nunca se había hecho pública. Para alguien de dentro, el motivo sería, impulsado por los celos, desacreditar a Toschi. Pero el falsificador no podía saber que descubrirían que la carta no era auténtica.

Aquella tarde hacía calor y un intenso haz de luz del sol penetraba por el ventanal. Había colocado copias de toda la correspondencia de Zodiac en la alfombra y, aprovechando la iluminación, puse la carta de abril encima de las copias de los anteriores mensajes de Zodiac, para ver si había alguna contradicción interesante. No había ninguna.

Cogí la fotocopia de la carta de abril, la rasgué limpiamente por la mitad, y empecé a comparar la letra de la parte de arriba con la letra de la parte de abajo. Eran exactamente iguales. Casi demasiado iguales. Parecía que el autor había utilizado una colección de sellos de caucho para escribir la nota. Nadie escribe así.

¿Había sido calcada la nota de abril, y Zodiac no había

vuelto, como yo pensaba? Yo sabía que era normal que Zodiac se detuviese en medio de un mensaje cuidadosamente trazado para tachar una palabra, tal y como hacía en la nueva carta. ¿Por qué no empezaba de nuevo la carta? Casi parecía que no escribía palabras, sino que dibujaba laboriosamente una letra tras otra.

Corté una de las primeras cartas de Zodiac por la mitad y puse las mitades una encima de la otra bajo la fuerte luz. De pronto, me di cuenta de cómo se habían escrito las cartas de Zodiac.

El procedimiento seguido probablemente era el siguiente:

Zodiac hacía fotos en una película de 35 milímetros de letras individuales del alfabeto recogidas de varias fuentes, por ejemplo amigos o colegas del trabajo. Colocaba la película en una ampliadora, y ésta proyectaba, uno a uno y desde arriba, los caracteres sobre el papel, que él calcaba con un rotulador azul. Es posible que también utilizara, además del proyector, una mesa de luz, una mesa con la superficie de cristal e iluminada desde abajo, para hacer los trazos. El tamaño y la inclinación de cada carácter se podían cambiar con un simple toque de la ampliadora o con un giro del papel.

Utilizando un proyector, Zodiac podía crear una caligrafía que no era la suya, sino una mescolanza de la caligrafía de otros.

El proceso tenía que ser lento y desesperante. Eso explicaría por qué, al escribir su primera carta en más de tres años, el asesino había escrito las palabras en una carta trazada con cuidado, en vez de empezar de cero. El asesino necesitaba disponer de acceso a un laboratorio fotográfico privado en los considerables períodos de tiempo que tardaba en redactar una carta.

Gracias a ese ingenioso sistema, el asesino cambió

completamente su caligrafía. La policía podía ver su letra normal y no hallar ningún vínculo con las cartas de Zodiac.

Zodiac había dejado pistas de su técnica invisible en todas sus cartas. Es un dato irrefutable que ni siquiera un dibujante profesional puede trazar 340 símbolos de un mensaje en clave con tanta exactitud en letras separadas, cada una con el mismo tamaño e inclinación, sin algún tipo de plantilla proyectada.

En algún lugar tenía que existir un modelo de alfabeto para escribir futuras cartas.

Yo estaba seguro de que la técnica utilizada en la nueva carta presentaba el vínculo que todas las notas de Zodiac tenían en común. La carta de abril era de Zodiac. ¡Había vuelto!

Sherwood Morrill confirmó mi teoría.

16. Donald Jeff Andrews

Miércoles, 9 de agosto de 1978

—Yo le puedo decir quién es Zodiac —me dijo una voz anónima por teléfono la tarde del 9 de agosto de 1978—. Le obsesiona tanto el cine que ha filmado películas con sus actividades.

Jack Rosenbaum, de *The San Francisco Progress*, había dicho que yo estaba investigando el caso Zodiac. La persona que me llamó se enteró así de mi nombre. Ella se negó a decirme cómo se llamaba, pero accedió a que grabase nuestra conversación. Prosiguió con su historia.

—Tenemos un amigo en común, Greg, un radioaficionado que habló con un tipo una noche. Ese hombre se llama Don Andrews[20]. En 1969 estaba saliendo de un período de profunda depresión. Bueno, pues si hay alguien que puede ser Zodiac, es este tipo, Andrews. Mi amigo Greg me habló de él, y yo le dije que estaba totalmente equivocado. Pero a medida que van pasando los años seguimos encontrando cosas en Andrews que concuerdan, y nada que desentone.

Mi interlocutor me dijo entonces que Andrews era el hombre que buscaba Narlow, en Napa.

—No sé por qué Narlow no ha actuado. Estoy convencido de que no sabe qué hacer. Un día, Narlow estuvo seis horas con Andrews. Don hablaba a toda velocidad. Narlow me dijo que le confundió tanto que después ni siquiera pudo escribir un informe. El tipo se hace con el control cuando estás con él y habla. Tiene buena salud. No le he visto desde el 72.

Pero tiene mala vista. A mí no me daría miedo. Yo mido 1,88 metros. Es más aterrador que físicamente amenazador. Su cabeza te da más miedo que su fuerza física. En uno de sus primeros trabajos le despidieron porque se llevaba mal con la gente. Allí tenía acceso a los teletipos del tiempo. No sé por qué se interesó por la meteorología. Narlow guarda el archivo de Don en su escritorio bajo llave. El resto de los sospechosos, en otros sitios y sin cerrar. Se siente muy identificado con Lon Chaney. Tiene una espalda algo curvada, como el jorobado[22]. Una persona, Marvin Bernell[23], ha pasado mucho tiempo con Don. Guarda unas viejas latas de película y ahí es donde creemos que están las pruebas de los asesinatos de Zodiac.

—¿Lo sabe Bernell? —pregunté.

—No. El cree que almacena unas cuantas latas viejas de película de 35 milímetros. Don le dijo: «No te acerques a ellas. Son películas de nitrato y pueden explotar», cosa que es verdad. Hemos visto las latas en el cine que regenta Bernell. La siguiente vez que fuimos Greg y yo, vimos que no estaban, y después descubrimos que se las había llevado a un sótano y guardado detrás de unas cortinas rojas, en casa de Bernell. ¿Lo comprende? Lo que creemos es que hay pruebas de cada uno de los asesinatos, y una tiene una bomba trampa si la abres. Vaya a casa de Bernell y gánese su confianza para averiguarlo. No me fío mucho de él. Es un expolicía. Seguramente no sospecha nada. Hable con él. A ver si le dice que no se acerque a una parte de su colección de películas. Transporta películas para Don. Andrews vivió en la calle Scott de San Francisco a finales de los años sesenta.

Me enteré de que Paul Avery había investigado a Don Andrews y de que en determinado momento le había mandado a su novia para obtener muestras de escritura. Andrews supo que Avery estaba haciendo preguntas sobre

él y fue al *Chronicle* a decirle que le dejara en paz. Las muestras con las que contaba Avery, sólo «tres o cuatro palabras», no se parecían a la letra de Zodiac, pero, gracias a lo que ahora sabía, eso no eliminaba a Don como sospechoso.

—Toschi sabe de su existencia —me dijo mi interlocutor. No lo consideró sospechoso porque, cuando fue a casa de Don, había un cartel grosero escrito a mano en la ventana y no coincidía con la letra de Zodiac. A Toschi le pareció que era una broma.

Mi interlocutor me dijo que a Don lo educó su madrastra, que su padre era muy religioso, y que la familia tenía problemas.

La persona que me llamaba estuvo hablando conmigo en una conferencia que duró más de una hora. Me leyó unas notas; oí las páginas cuando les daba la vuelta. Lo más prometedor que me contó fue que tenía un póster de setenta y cinco centímetros por un metro de una película que Don le había hecho a su amigo, Bernell.

Cuando colgó, me quedé pensando un rato. Sabía demasiadas cosas sobre el caso.

Y me había llamado a un número que no aparecía en la guía.

Sábado, 26 de agosto de 1978

Fui a ver a Sherwood Morrill en el calor abrasador de Sacramento. Hombre vigoroso, llevaba una camiseta deportiva, y se acomodó en una butaca mientras yo encendía mi grabadora y le hacía algunas preguntas. Al cabo de un rato me pidió que apagara el aparato. Quería contarme algo que había pasado el mes anterior, y no quería que quedase grabado en aquel momento.

—Llegaron un tipo corpulento y su mujer en un Volkswagen —dijo—, y preguntaron a mi mujer, Rosie, si podían verme. «Me interesa mucho el caso Zodiac. Traigo noticias para el señor Morrill —dijo el hombre— que le harán dormir mejor. Soy un simple ciudadano. He tardado mucho en llegar desde Yountville. Se trata de la carta. Sé que es de Zodiac y no de Toschi».

»Pues bien, yo estaba comiendo con Dave DeGarmo, otro perito calígrafo, que ahora trabaja con el defensor de oficio. La pareja parecía muy nerviosa y Rose les dijo que yo no iba a volver de la comida hasta las 14:30 y dijeron que esperarían. Cuando volví —prosiguió Morrill—, entraron él y su mujer. Dijo que se llamaba Wallace Penny. (Esta persona ha pedido que se cambie su nombre). Le temblaban las manos. Estaba hecho un manojo de nervios. Intentaba interrumpirme cada vez que yo decía algo de Zodiac. Decía: “¡Espere a escuchar esto!”. Tenía una gran teoría. “Sólo le robaré cinco minutos”, dijo. Tardó una hora y media. Me dijo que el señor Toschi dormiría mejor esa noche y me dio el nombre del hombre que él pensaba que era Zodiac en realidad.

En ese momento detuve a Morrill y le pedí que me dijera el nombre del sospechoso. Él empezó el nombre y yo lo terminé.

—¡Dios mío —exclamé—, ése es el nombre de mi sospechoso! Don Andrews.

También era el nombre del misterioso sospechoso de Ken Narlow.

Las muestras de escritura que la pareja llevó a Morrill coincidían bastante bien con la letra de Zodiac, a excepción de la letra *k*.

La pareja conocía muchos detalles que sólo el asesino podía saber. Morrill le dijo a su mujer después de que se marcharan:

—Si Don Andrews no es Zodiac, podrían ser ellos.

Rose Morrill sintió un escalofrío, miró a su marido y susurró:

—¡Puede que acabes de darle la mano a Zodiac!

—A Robert, la verdad es que —dijo Morrill— tuve la sensación de que aquel hombre quería confesar algo.

Martes, 29 de agosto de 1978

Fui a Vallejo a hablar con el teniente Jim Husted, jefe del departamento de Inteligencia de la policía. Estaba nervioso ante el posible regreso de Zodiac y prometió enseñarme a dos de sus sospechosos.

Husted sacó un archivo de un archivador de metal que tenía detrás de su mesa. Empezó a contarme cosas del primer sospechoso: su interés por el cine, su aprendizaje en la escuela de criptografía, los objetos extraños que tenía en su casa.

—A este hombre le pusieron una multa de tráfico en su Chevy Blanco, en Tahoe, cuando desapareció Donna Lass —me relató.

Me di cuenta de que se trataba de Andy Todd Walker, el primer sospechoso importante en el caso Zodiac.

Viernes, 25 de agosto de 1978

Hablé por teléfono con Wallace Penny, el hombre de Yountville que tanto había inquietado a Morrill el 5 de julio. Reconocí su voz al instante. Era el mismo hombre que me había dado el soplo anónimo sobre el sospechoso de Ken Narlow, Don Andrews.

Lo que me contó Penny fue que Andrews era una persona «nerviosa, frenética y de mal genio, y que solía mostrar hostilidad hacia el sexo. No obstante, parecía tener una novia».

—Es fan de Gilbert y Sullivan y ha citado sus letras delante de amigos —declaró.

Andrews no sólo había estudiado criptografía, sino que además tenía una máquina de coser en su casa. ¿Respondía esto a de dónde había conseguido Zodiac una capucha negra a medida?

Penny me dijo que Andrews le había enseñado los planos de la bomba del autobús de Zodiac de 1969, basados en los planos de un libro que tenía. Los planos de Zodiac nunca se habían publicado en ningún sitio.

—Don Andrews colecciona películas clásicas —añadió.

El símbolo del círculo con la cruz encima podía estar inspirado en la señal que se hace para el operador en la parte en blanco de la película.

—Don es ambidiestro. Les ha dicho a sus amigos: «Puede que por fuera parezca que no me pasa nada, pero por dentro…». Eso coincide con la declaración de Zodiac de «Estoy loco pero el juego debe continuar» —me reveló Penny.

Tanto Zodiac como Andrews llevaban gafas con un elástico para sujetarlas.

Según Penny, se sabía que Andrews había dicho a sus amigos lo siguiente: «Lo que yo tengo es mejor que el sexo».

—No sólo eso —continuó Penny—. Andrews ha utilizado tantos nombres que la Seguridad Social le pidió que se quedara con uno. Andrews fue a Montana en 1961 con un adolescente llamado Jim para pedir un nuevo certificado de nacimiento. Al llegar a Montana, el nombre que puso en el certificado fue Jim Andrews.

Andrews era el único sospechoso que tenía un laboratorio fotográfico algo sofisticado. Tenía en casa una máquina de teletipo. En la primera carta de Zodiac se había utilizado papel de teletipo. Me acordé de lo que me había dicho Ken Narlow, el detective de Napa: «Don me da mala espina. En su sótano tiene una máquina de teletipo, modelo 15 AP Teleprinter. Se lo juro, Robert, no me cabe la menor duda de que, quien hiciera la carta de la bomba [el diagrama de la bomba del autobús de Zodiac, en noviembre de 1969], tiene que conocer a fondo esa máquina». Narlow me había enseñado una comparación de una foto de la armadura rotatoria y las escobillas de contacto de la máquina de teletipo y el dibujo esquemático del asesino del artefacto explosivo.

El disfraz de Zodiac combinaba elementos navales, tales como los pantalones de pata de elefante, zapatos militares y anorak de nailon. Andrews era miembro de la Marina.

Un mes antes de la primera carta de Zodiac escrita a mano con letras de molde, Andrews entabló amistad con un hombre llamado Marvin Bernell. Después de que Andrews y Bernell se conocieran, los mensajes de Zodiac fueron escritos con unas letras de molde muy parecidas a las que Bernell escribía con un rotulador negro en los pósteres de las películas de su cine. Quizá Andrews había copiado el estilo de Bernell.

Penny volvió a decir que él y su amigo Greg creían que las pruebas de los asesinatos de Zodiac estaban en una lata de película en el almacén de Bernell:

—En esa lata están la camisa de Stine, juegos de llaves de coches, y quizá una película de los asesinatos de la carretera del lago Herman. En uno de los lados dice claramente: «No abrir, película de nitrato, peligro».

Penny aseguró que había visto la lata cuando ésta estaba en San Francisco. Era posible que la policía no la hubiera

registrado porque Bernell se había mudado al sur de California, donde regentaba un cine.

Sábado, 26 de agosto de 1978

Fui a casa de Andrews.

Apenas me había acercado al buzón cuando un hombre fornido se me acercó corriendo y gritó:

—¿Qué quiere?

—Busco a Don —repuse, aunque resultaba evidente que allí ya no vivía nadie.

—No está aquí, está en San Francisco.

—Maldita sea —dije, buscando un bolígrafo—. ¿Cuál es su nueva dirección?

—¡Si es amigo suyo, averigüe su dirección!

El tipo esperó con los brazos en jarras a que me marchara.

Y yo tuve la sensación de que me habían estado esperando.

Aunque Narlow no pudo descubrir si Don Andrews sabía manejar bien las armas, me dijo que seguía siendo «mi apuesta más firme».

Le pregunté por sus huellas dactilares.

—Las comprobamos. No le pedimos que se presentase, en realidad, para tomarle las huellas. No teníamos causa suficiente para hacerlo y no sé si habría accedido. A lo mejor sí. Cuanto más lo presionamos, más a la defensiva se puso, naturalmente. Las dos primeras veces que hablamos con él se mostró muy abierto. Luego llegó un momento en que dijo: «Hagan algo o déjenme en paz». La primera vez que estuvimos en su casa, en la otra orilla, pasamos con él varias horas. Una persona muy inteligente, una persona muy interesante. No parecía importarle hablar de su

pasado.

Lunes, 28 de agosto de 1978

Penny me había contado que Don Andrews era un «fanático del cine» y que había trabajado en un pequeño cine del sur de California con su amigo Marvin Bernell. Bernell tocaba el órgano en las proyecciones de cine mudo. Su amistad se inició en 1967 y continuaba en el presente. Penny nunca se había atrevido a abordar a Bernell y averiguar si tenía información sobre Zodiac, ni a establecer un vínculo con el cine que programaba películas antiguas.

Era de noche cuando llegué a Los Ángeles. En el aeropuerto alquilé un coche para ir al cine de la avenida North Highlands, a ver si Bernell andaba por ahí. Esa noche no había cine mudo, pero Bernell estaba allí, en una sesión de cine en tres dimensiones.

Incluso en la oscuridad del anfiteatro distinguí a Bernell en la primera fila. Con el mono de cuero negro que llevaba, parecía no tener cuerpo. Me recordaba a la cabeza gigante del mago de Oz flotando en el aire.

Me acerqué a él en el intermedio y entablé conversación. Empezó a hablar a toda velocidad, con gestos enérgicos y llamativos. Tenía un perfil casi como el de Barrymore y parecía sacado de una de las películas mudas a las que había puesto música con su gran órgano Wurlitzer Pipe.

Era un hombre corpulento, de sesenta y tantos años, cuyo rostro empezaba a engordar. Tenía dificultades con la vista, y, para escribir la dirección de su casa, tuvo que ponerse unas gafas de montura oscura.

—No veo sin gafas —aclaró—. Me voy de vacaciones y por negocios, pero volveré en septiembre.

Viernes, 1 de septiembre de 1978

Fui a Sacramento a hablar con Morrill del parecido entre Don Andrews y Zodiac.

—Bueno —dijo Morrill—, he hablado de Don Andrews con el agente especial jefe de la CI&I y le he contado algunas cosas que me has dicho. Toschi dijo: «Armstrong ha investigado a esos dos tipos, a Andrews y a Wallace Penny». No sé cómo los investigó. Dave dijo: «Haz lo que quieras con ello». Tiene una muy buena opinión de ti, por cierto. Pobre hombre, antes de que terminara de hablar con él se echó a llorar. Y me sentí muy mal por haber sacado el tema. Penny lo relacionaba todo con Andrews. Como ya te he dicho, después de que se fuera aquella noche pensé durante un rato que quizá fuera él Don Andrews. Dave me dijo que lo comprobaron y que son dos personas distintas. Pero Penny no dejaba de hablar de una tercera persona que estaba en medio.

—Supongo que se trata de Bernell, el amigo de Andrews —intervine.

—Pues no me dijo su nombre. No he visto su letra y tampoco la de Penny. Le escribí esperando que me respondiera. Intenté engatusarlo —repuso Morrill—. Pero Dave DeGarmo, mi socio, tiene contactos en los condados de Marin y Sonoma, y está intentando averiguar algo sobre Don Andrews. Hasta ahora, nada. Aunque Penny me dio una muestra de escritura de Andrews en un póster. En seguida te lo enseño. Mira, Robert: si Zodiac es ambidiestro, eso explicaría las diferencias de inclinación o, en el caso de las transparencias, de copiado, cuando las copiaba palabra por palabra a partir de la letra de otro. Cuando escribe recto y de arriba abajo, estoy de acuerdo en que se trata de calcos o transparencias —dijo Morrill.

—Penny lleva sospechando de Don Andrews cinco o seis

años —dije—, y no ha hecho nada al respecto, así que voy a ir a ver al organista en el sur de California y veremos qué hace. En San Francisco nadie parece saber nada.

—Bueno, Tedesco [el sustituto de Toschi] me llamó la otra noche para ver si les echaba un vistazo a todas las cartas. «He dejado el caso. Puede decirle al señor Gain que ya no voy a hacer nada más para la policía de San Francisco», le dije. Tedesco soltó una especie de risa nerviosa y dijo: «Creo que entiendo su postura».

Morrill me enseñó la foto que Penny le había llevado como nuestra de las letras de molde de Don Andrews. Era un póster de una película hecho a mano con rotulador negro.

—Es fantástico —dije.

—Hay cosas que no se corresponden, pero suficientes para que te hagas muchas preguntas.

Le pregunté si tenía su propia teoría.

—Sí. Imagina, Robert, que hay más de una persona involucrada. Estoy pensando en Wallace Penny y Don Andrews. A Penny no le falta fuerza, mide 1,87 metros y pesa 108 kilos. Imagina que uno de ellos escribe y el otro mata. Aparte de las cartas —prosiguió—, ¿qué pruebas tiene la policía? Se están agarrando a un clavo ardiendo. El día en que Wallace Penny se presentó en mi casa para hablarme de Don Andrews, me senté con mi mujer, Rose, y comentamos el caso Zodiac. No me di cuenta hasta que Penny se fue de que sabía demasiadas cosas que la policía no había revelado. Es posible que tuviera a Zodiac sentado aquí en la sala, conmigo, y que no lo supiera, que no me percatara.

—Me he puesto en marcha un par de veces para ir a verlo a su carpintería —dije—, pero siempre he desistido. Tengo una sensación extraña.

—Robert, ten cuidado —me avisó Morrill—. No me

preocupa que me haga algo, pero me preocupan mucho sus intereses reales en el caso Zodiac. Podrías correr peligro. Yo no me quedaría a solas con ese tipo.

—Penny tiene la teoría más descabellada del mundo —dije—. Cree que Andrews rodó una película de uno de sus asesinatos y que la metió en una lata con una bomba trampa para que explote y destruya las pruebas.

—¡Vaya! Ésa no la había oído. Lo que vas a tener que encontrarme, Robert, son más muestras de escritura. De Don Andrews, de Penny y del amigo de Andrews, Bernell…

—Las estudiaremos todas.

—Sobre todo la de Don Andrews.

—A mí, desde luego, me gustaría saber qué hizo Armstrong para exculpar a Andrews.

—No lo sé, aparte de que la huella dactilar no se correspondía —respondió Morrill—. Siempre me pareció que Armstrong era muy inteligente. Él y Toschi formaban una pareja formidable.

—Me han dicho que, después de la última carta de Zodiac, Ken Narlow fue a hablar con Andrews. Inmediatamente, Andrews dio de baja su teléfono. Es una reacción extraña —añadí—. Narlow habló seis horas con él y salió con la cabeza hecha un bombo.

Cuando volví a San Francisco, tenía una carta en el buzón de Marvin Bernell, que accedía a vernos en su casa el día trece.

Cuando vi la letra de Bernell, me di cuenta de que había sido *él* quien había dibujado el póster de la película que Penny le había dado a Morrill como muestra de la letra de Don Andrews.

Miércoles, 13 de septiembre de 1978

Vi a Bernell por la tarde en su casa, cerca de Riverside. Me hizo pasar a un gran salón de estilo anticuado. No sé cómo, Bernell sabía que no sólo había ido a hablar con él de su colección de cine mudo. Quizá su viejo amigo, el esquivo Don Andrews, había visto varios artículos de prensa que hablaban de un libro sobre Zodiac que yo estaba escribiendo. Si Don había avisado a su amigo de que no me contara demasiado, ¿creía que la búsqueda de Zodiac le atañía de algún modo?

Bernell se sentó en un sofá a mi derecha. Le hice unas cuantas preguntas sobre la extraña relación entre Zodiac, él y el cine.

—Para ser sincero —dije—, cuando vi su carta de Los Ángeles y la letra en la parte inferior, me alarmé mucho. Se parece sorprendentemente a las letras de molde de las cartas de Zodiac. —Lo miré fijamente, intentando calibrar su reacción, pero se quedó impasible. Cambié de tema—. Zodiac ha hecho varias referencias al cine en sus cartas a los periódicos. Por ejemplo, habla de *El malvado Zaroff*. ¿Se ha proyectado esa película en su cine?

—Claro que sí —dijo Bernell con voz trémula—. No sé cuántas veces.

—¿La puso en torno a 1968-69?

—Abrí el cine en torno al 69 —reconoció—, y puede que pusiera *El malvado Zaroff*. Pero la he proyectado mucho más de dos veces porque es un pequeño clásico.

—Marvin, Zodiac habló de *El malvado Zaroff* en su mensaje cifrado en tres partes y después atacó encapuchado a dos personas en el lago Berryessa con un cuchillo igual al del conde Zaroff en esa película. Tengo la sensación de que Zodiac pudo copiar el cuchillo y el disfraz, hasta cierto punto, de esa película. Además, en una de sus

cartas, hablaba del «Fantasma Rojo». Me acabo de enterar de que hay una película muda que se llama *El espectro rojo*. [Una de las primeras películas de los hermanos Pathé].

—Tengo una copia de ella —dijo Bernell con cautela, echándose hacia delante—. ¿La ha mencionado Zodiac?

—La utilizó como seudónimo.

Bernell rió con nerviosismo, tapándose la boca con una mano blanca.

—Es curioso, porque en el techo de nuestro antiguo cine en Los Ángeles había un zodíaco —dijo—. Mucha gente ni se da cuenta. Fijan la vista en la pantalla. —Hizo una pausa—. Vamos a ver. *El espectro rojo* es una película muda, pero no sé cómo ha podido enterarse de su existencia. Se creía que era una película perdida hasta que en Thunderbird Films alguien encontró la copia original coloreada a mano. Se anunció su venta por primera vez en… —Se quedó pensando un instante—. Podría investigar un poco.

—La carta de Zodiac hablaba del fantasma en 1974 —dije.

—Bueno, eso tiene sentido. Fue entonces cuando vi la película por primera vez y decidí comprar una copia en 16 milímetros, cuando la proyectaron en la convención anual de coleccionistas de cine en Canadá.

Le indiqué que en una de las cartas, el asesino hablaba del «organista». Bernell había sido organista de películas mudas.

—También está su símbolo —proseguí—. El círculo con la cruz encima. ¿No es el mismo símbolo que aparece en la parte en blanco de la película para contar los fotogramas?

—Sí, ese símbolo se ve en la parte en blanco al principio de una película.

—Pero la policía —dije— siempre ha creído que se trataba del visor de un rifle.

—No, cuando lo vi en el periódico me di cuenta de que

era el símbolo habitual de la parte en blanco. Para mantener el negocio he proyectado películas comerciales, películas recientes en vez de clásicos. No da mucho dinero, pero hacemos una taquilla modesta. Yo lo hago todo. También hago los pósteres, pero no dejo los más elaborados en el cine; hay muchas posibilidades de que se estropeen. Por otro lado, esas cosillas… —Bernell señaló con la mano extendida la ampliación del póster que Wallace Penny había presentado como muestra de la letra de Don Andrews^, como la copia que tiene ahí… No tiene mucho sentido conservarlas. Se recogen y se tiran después de la película.

—Entonces, ¿hizo usted este póster? Creíamos que un hombre llamado Don Andrews… —hice una pausa—. Que trabajaba para usted, tengo entendido.

—Sí —repuso Bernell, envarándose.

—La policía, cuando lo investigó como sospechoso en el caso Zodiac, creyó que él había hecho los pósteres. Utilizaron la copia de éste como muestra de su letra.

Enseñé a Bernell ampliaciones de las cartas, indicando ciertas zonas donde la letra se parecía a la del póster.

Dear Melvin

This is the Zodiac speaking I
wish you a happy Christmass.
The one thing I ask of you is
this, please help me. I cannot
reach out for help because of
this thing in me wont let me.
I am finding it extreamly dif-
icult to hold it in check I am
afraid I will loose control
again and take my nineth &
posibly tenth victom. Please
help me I am drownding. At
the moment the children are
safe from the bomb because
it is so massive to dig in & the
triger mech requires much work
to get it adjusted just right. But
if I hold back too long from
no nine I will loose ~~complet~~ all
controol of my self & set the
bomb up. Please help me I can
not remain in control for much
longer.

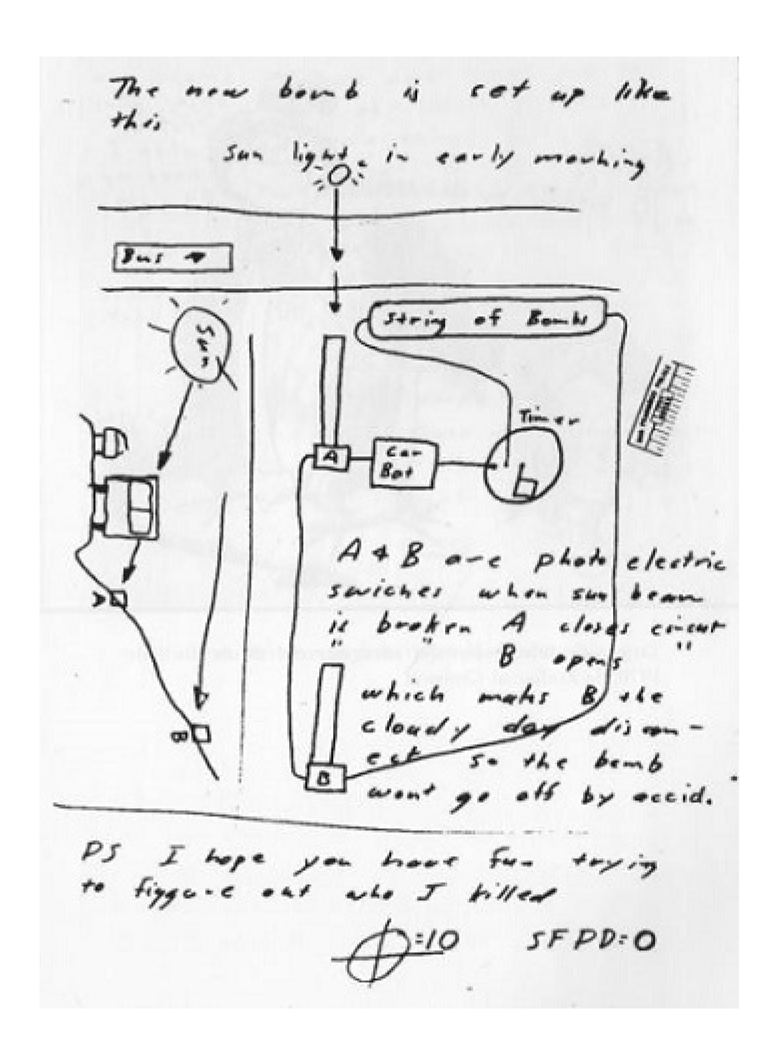
La carta del 20 de diciembre de 1969 del asesino al abogado Melvin Belli. También incluía un trozo de la camisa ensangrentada de Paul Stine.

This is the Zodiac speaking
By the way have you cracked
the last cipher I sent you?
My name is —

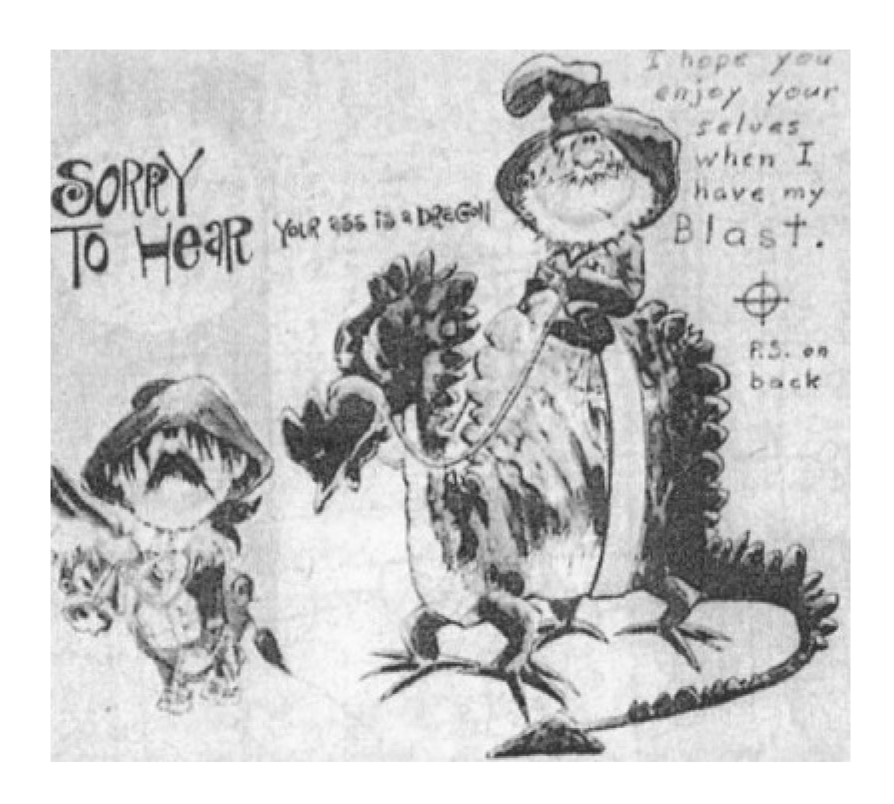
AEN⊕⊗K⊙M●⊥NAM

I am mildly cerous as to how
much money you have on my
head now. I hope you do not
think that I was the one
who wiped out that blue
meannie with a bomb at the
cop station.

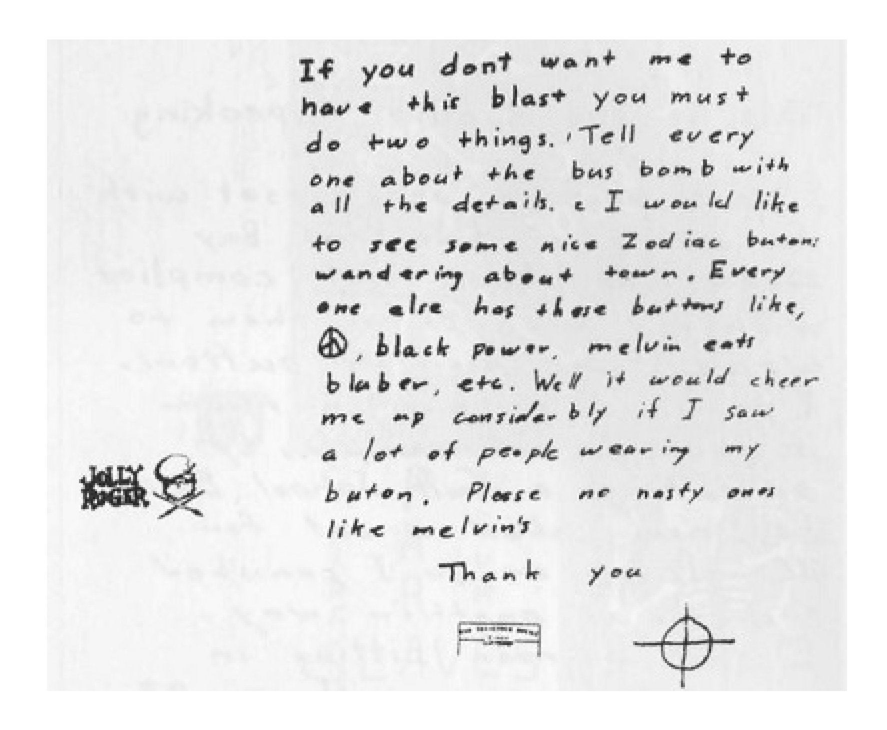
El nombre de Zodiac en un mensaje cifrado en una carta del 20 de abril de 1970 al *Chronicle*.



Otro diagrama de una bomba incluido en la carta del 20 de abril. Este diagrama nunca ha sido publicado anteriormente.



Tarjeta de felicitación del «dragón» del 28 de abril de 1970, de Zodiac al *Chronicle*.



If you dont want me to have this blast you must do two things. Tell every one about the bus bomb with all the details. 2 I would like to see some nice Zodiac butons wandering about town. Every one else has these buttons like, ☮, black power, melvin eats blaber, etc. Well it would cheer me up considerably if I saw a lot of people wearing my buton. Plaese no nasty ones like melvin's

Thank you

Texto del reverso de la tarjeta ele felicitación.

This is the Zodiac speaking

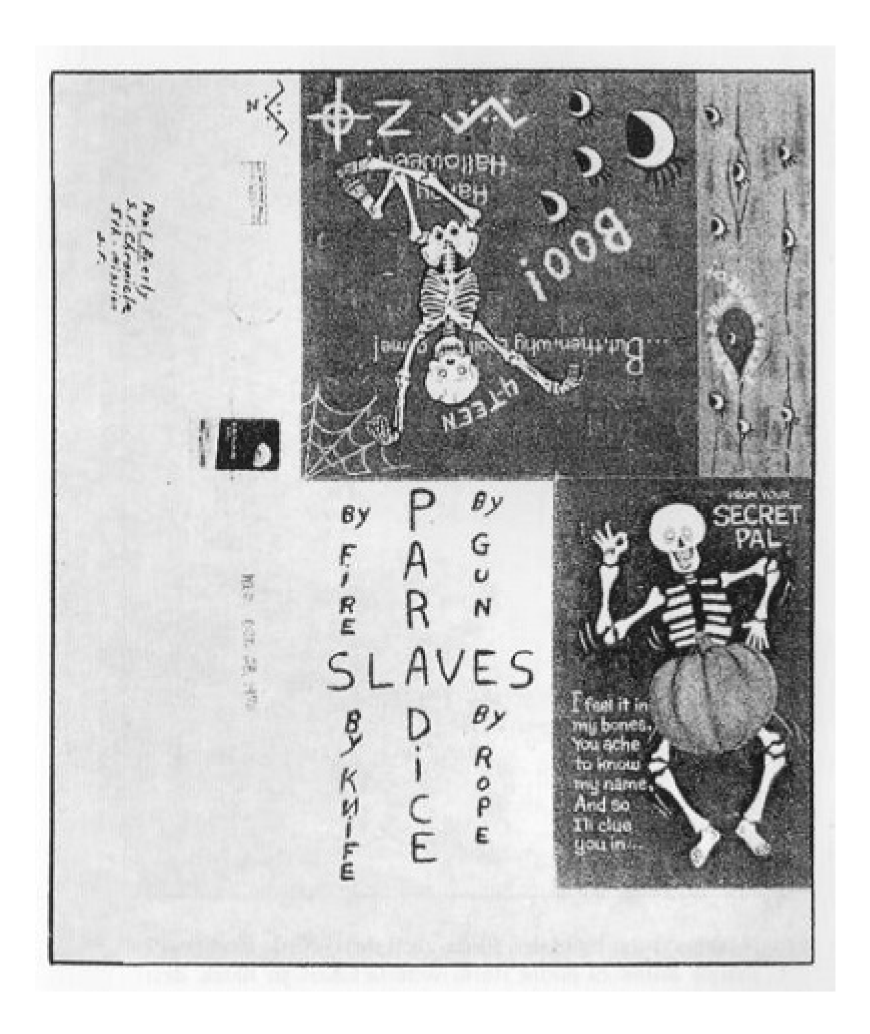
I have become very upset with the people of San Fran Bay Area. They have <u>not</u> complied with my wishes for them to wear some nice ⊕ buttons. I promiced to punish them if they did not comply, by anilating a full School Buss. Bat now school is out for the summer, so I funished them in an another way. I shot a man sitting in a parked car with a .38.

⊕-12 SFPD-0

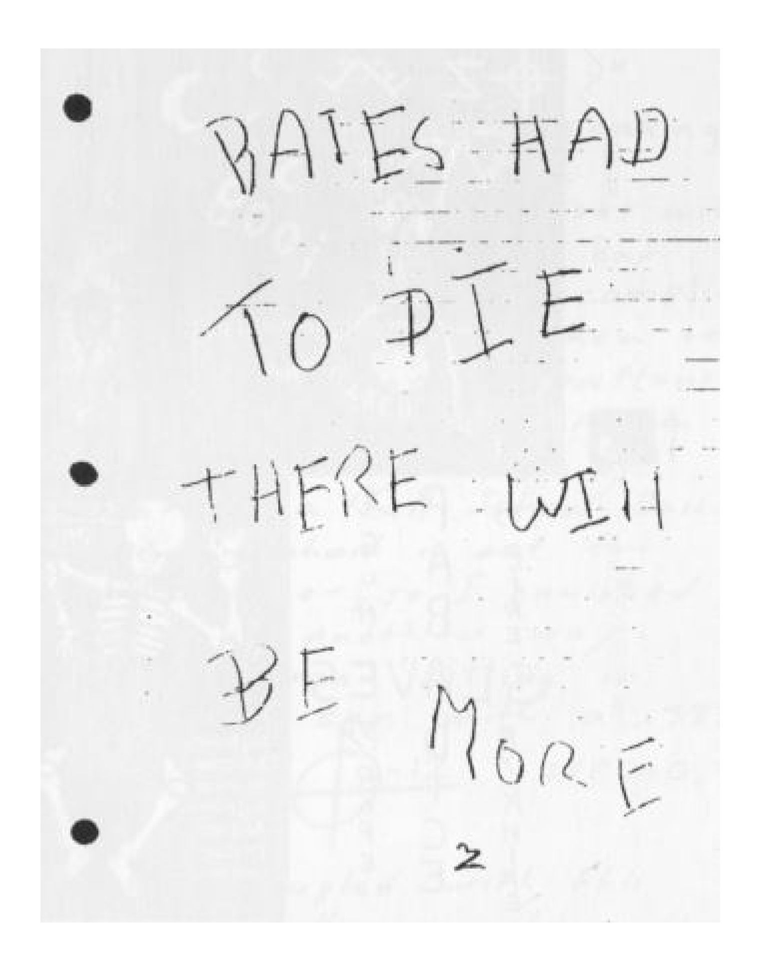
The Map coupled with this code will tell you where the bomb is set. You have untill next Fall to dig it up. ⊕

C Δ J I ■ O ꓘ ⊥ A M ꟻ ▲ Ω O R T G
X ⊙ F D V ꞇ ◘ H C E L ⊕ P W Δ

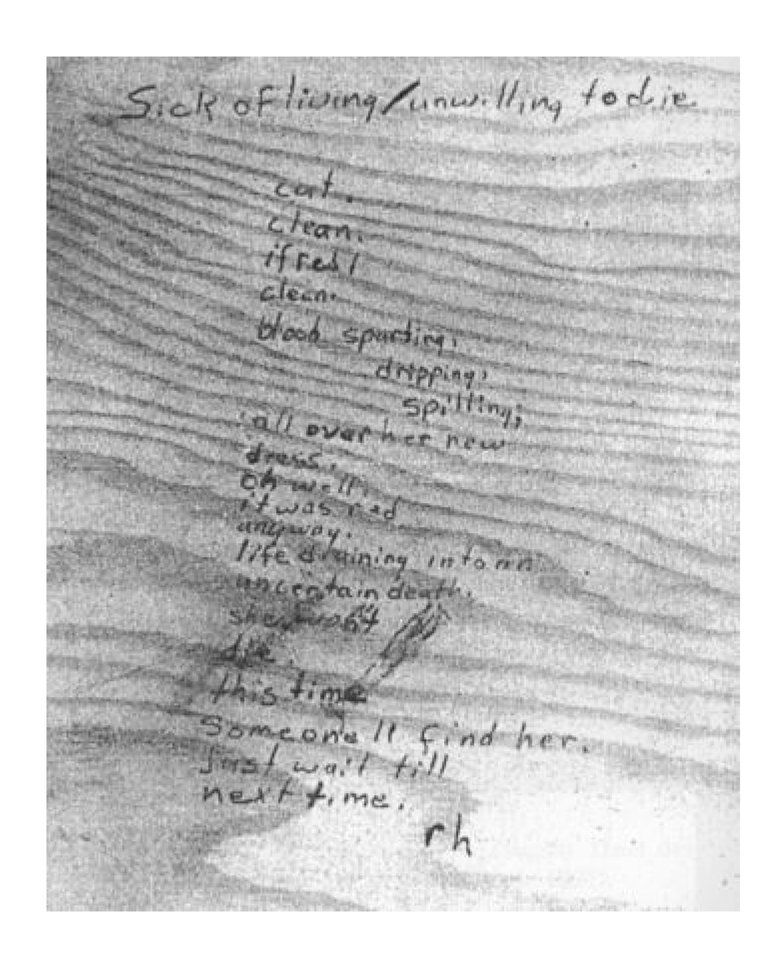
Carta de Zodiac al *Chronicle* del 26 de junio de 1970, que incluía un mapa del monte Diablo.



La carta de la amenaza de muerte de Zodiac al periodista del *Chronicle* Paul Avery del 27 de octubre de 1970.



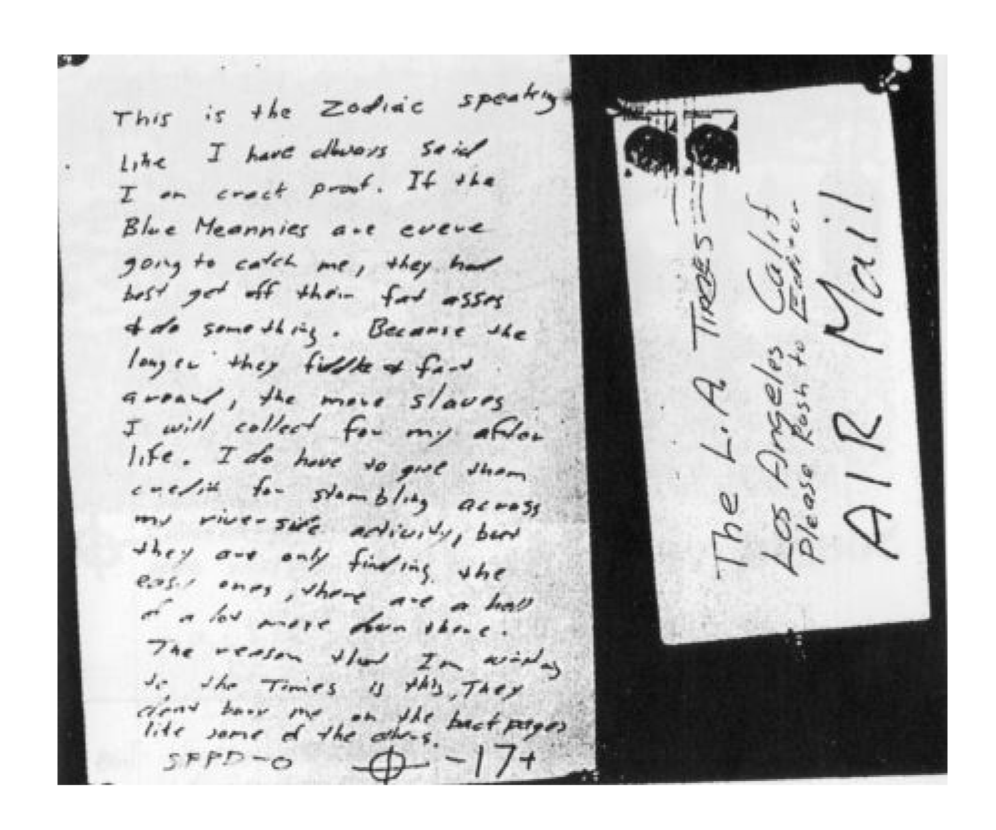
Nota escrita a lápiz del 30 de abril de 1967 de Zodiac a Joseph Bates, el padre de la víctima Cheri Jo Bates, de Riverside, California. Es la primera vez que se publica.



Poema del pupitre (escrito con un rotulador) de la biblioteca de la universidad Riverside City, descubierto poco después de que Joseph Bates recibiera la carta de Zodiac.

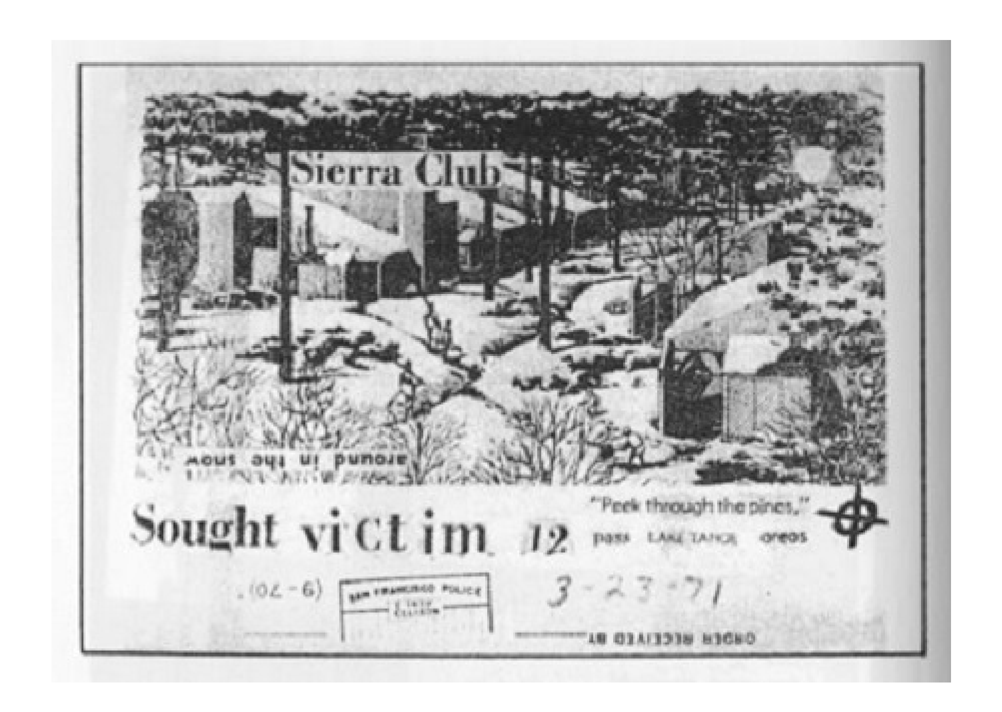


Sobres de Zodiac del 30 de abril de 1967 con las direcciones de Joseph Bates y del departamento de policía de Riverside. Nótese el doble franqueo.


This is the Zodiac speaking
Like I have allways said
I am crack proof. If the
Blue Meannies are evere
going to catch me, they had
best get off their fat asses
& do something. Because the
longer they fiddle & fart
around, the more slaves
I will collect for my after
life. I do have to give them
credit for stumbling across
my riverside activity, but
they are only finding the
easy ones, there are a hell
of a lot more down there.
The reason that I'm writing
to the Times is this, They
don't bury me on the back pages
like some of the others.
SFPD-0 ⊕ -17+

The L.A Times
Los Angeles Calif
Please Rush to Editor
AIR Mail

Carta de Zodiac enviada a *The Angeles Times* desde Pleasanton, California, el 13 de marzo de 1971.



La postal del 22 de marzo de 1977 a Paul Avery que relacionaba a

Zodiac con la desaparición de la enfermera del lago Tahoe, Donna Lass.

I saw + think "The Exorcist"
was the best saterical com-
idy that I have ever seen.

Signed, yours truley :

He plunged him self into
the billowy wave
and an echo arose from
the sucides grave
tit willo tit willo
tit willo

Ps. if I do not see this
note in your paper, I
will do something nasty,
which you know I'm capable of
doing

Me - 37
SFPD - 0

La carta sobre El exorcista al *Chronicle* del 29 de enero de 1974.

Sirs - I would like to express[redacted] my ~~consternat~~ consternation concerning your poor taste & lack of sympathy for the public, as evidenced by your running of the ads for the movie "Badlands," featuring the blurb: "In 1957 most people were killing time. Kit & Holly were killing people." In light of recent events, this kind of murder-glorification can only be deplorable at best (not that glorification of violence was ever justifiable) why don't you show some concern for public sensibilities & cut the ad?

A citizen

La carta sobre Malas tierras del 8 de mayo de 1974 al *Chronicle*

Dear Editor

This is the Zodiac speaking I am back with you. Tell herb caen I am here, I have always been here. That city pig toschi is good · but I am ~~bu~~ smarter and better he will get tired then leave me alone. I am waiting for a good movie about me. who will play me. I am now in control of all things.

Yours truly :

⊕ - guess

SFPD - 0

Zodiac reaparece con su carta del 24 de abril de 1978 al *Chronicle***.**



OKEN	ZODIAC	SIGNIFICADO ASTROLÓGICO
△	Δ	TRÍGONO
∟	∟	SEMICUADRATURA
>	>	SEMISEXTIL
⊼	⊼	FUSIÓN (OKEN)
V	V	SEMISEXTIL (OKEN)
⊙	⊙	SOL
+	+	LA CRUZ (MATERIA)
O	O	EL CÍRCULO (ESPÍRITU)
·	·	EL PUNTO
ↄ	ↄ	EL SEMICÍRCULO (ALMA)
⊥	⊥	EL BASTÓN (FUERZA)
<	<	QUINCUNCIO
Λ	Λ	QUINCUNCIO
□	□	CUADRATURA
♎	Ω	LIBRA (EQUILIBRIO)
♈	⊥	ARIES
☌	☌	CONJUNCIÓN
P	P	PARALELO DE DECLINACIÓN
⊕	⊕	PARTE DE LA FORTUNA
△	△	
–	–	
●	●	LUNA NUEVA
◑	◐	CUARTO CRECIENTE
○	O	LUNA LLENA
Φ	Φ	CUARTO MENGUANTE
Q	Q	QUINTIL (OKEN)

Comparación ente el libro de astrología de Oken y los símbolos del mensaje en clave de Zodiac. Tabla de R. Graysmith

—¿Tiene usted alguna muestra de la escritura real de Don?

—No tengo ninguna carta suya —respondió en voz baja—. No tengo ningún motivo para seguir manteniendo correspondencia con él.

—Yo supongo que Zodiac se inspiró en las letras de molde de uno de sus pósteres de películas —le dije—. Creo que vio los pósteres que hizo usted en rotulador negro y que cortó y fotografió las letras para calcarlas en sus mensajes a la prensa.

Bernell se puso muy nervioso. Pero, después de que trajera el registro del cine, con café y un bizcocho de chocolate, comprobamos las fechas de proyección de *El malvado Zaroff* y vimos que se había proyectado por última vez en mayo de 1969.

Bernell era un hombre encantador y simpático y en absoluto amenazador, pero intuí que dejaba de contarme muchas cosas. A solas con él en esa vieja casa, tenía la sensación de que, en cualquier momento, un hombre corpulento con una capucha negra podía entrar en la habitación blandiendo una pistola. Al fin y al cabo, nadie sabía dónde estaba Don Andrews.

Finalmente bajamos al sótano para ver su impresionante colección de películas. Ocupaba una pared y parte de otra. Miré las latas y me pregunté si era cierto lo que Wallace Penny me había contado: que Zodiac había escondido pruebas de uno de sus homicidios y una película de los asesinatos del lago Herman en una lata de película de 35 milímetros que decía: «No abrir, película de nitrato, ¡peligro!», y que se la había dado a Bernell para que la guardase por si la policía registraba su habitación.

Bernell me apartó de las películas cuando advirtió lo intensamente que yo miraba las latas. Me llevó donde escribía el texto de sus pósteres. Esas letras hechas con rotulador parecían ampliaciones de las de Zodiac.

Si había una lata con una bomba trampa, intenté

imaginar lo que una explosión causaría en una desvencijada casa de madera de tres pisos como aquélla. La película de nitrato en descomposición era, en resumidas cuentas, TNT.

Bernell volvió a asegurarme que estábamos completamente solos. No obstante, yo oía, leve pero inequívocamente, unos pasos lentos, metódicos y tranquilos en el piso de arriba.

Fingí no darme cuenta. No estaba muy preocupado: mis amigos sabían dónde estaba, y toda la información que había conseguido sobre Andrews se la había dado al teniente Husted de Vallejo.

Vi a Bernell una segunda vez para hablar de la posible relación entre su amigo y Zodiac.

—Me han dicho que es posible que Zodiac escondiera pruebas de sus crímenes en la lata de una película muda provista de un explosivo —dije—, y que se la dejó a un amigo sin que éste lo supiera.

La amplia sonrisa del organista desapareció. Se sonrojó, parecía azorado, y, cuando volvió a sonreír, lo hizo de tal manera que replegó los labios hasta las encías, dejando completamente al descubierto los dientes.

Pensé que quizá su amigo le había pedido que guardara una lata de semejantes características y que ahora sospechaba que le habían utilizado. Describí la etiqueta.

—Don me dio una lata así, con las indicaciones que dice —afirmó.

¡Wallace Penny tenía razón! Esa lata existía. Intenté no mostrar mi nerviosismo, aunque el pulso se me aceleraba por momentos.

—¿Sabe dónde está ahora? —inquirí.

—Se la llevó. En 1972, creo que fue.

—¡Maldición! —Si Don Andrews era Zodiac, nadie

volvería a ver esa lata.

Bernell miraba fijamente el suelo. Estaba muy preocupado por el vínculo caligráfico con las cartas de Zodiac.

—¿Es usted ambidiestro? —pregunté.

—No —respondió—. Soy diestro.

—Entonces no tiene nada de que preocuparse. Zodiac es ambidiestro.

Bernell parecía haber recibido un mazazo.

—Don utiliza la mano izquierda para cortar película —dijo —, y escribe con la derecha. Supongo que es ambidiestro.

Aquello era un dato sobre Don que yo sabía mucho antes de ir a Riverside. El gesto del rostro de Bernell me convenció de que no sabía nada de la posible relación de su amigo con los asesinatos.

Bernell me contó que Don Andrews se había marchado de San Francisco en 1975 y que no había vuelto al estado hasta principios de 1978. Eso podía explicar el largo período sin cartas y la frase «Estoy otra vez con vosotros».

Le pregunté si Andrews había regresado a San Francisco. Bernell se quedó pensativo, cruzó la sala y se paró, dándome la espalda, delante de la chimenea. Dijo que no estaba seguro.

Martes, 19 de septiembre de 1978

Llevaba cierto tiempo recibiendo llamadas de teléfono con jadeos. Casi siempre a las 22:30.

Esa noche, llamé a casa de Bernell en Riverside para hacerle algunas preguntas más sobre su amigo.

—Marvin, nunca he visto a Don —dije—. Si le leo una descripción, ¿me puede decir en qué es incorrecta? —pregunté.

—Pues…

—Voy a intentarlo, ¿de acuerdo? —repuse—. Es un adulto blanco, corpulento, fornido, que mide alrededor de 1,70 metros. Tiene la espalda algo curvada, barriga, y en el 69 llevaba el pelo rapado con algunos rizos y una especie de reflejos pelirrojos. Andará por los treinta y cinco años. Lleva unas gafas de montura gruesa que se sujeta con una goma fina. Es de espaldas algo anchas, no grueso sino robusto.

—Bueno, es fornido, es corpulento —dijo Bernell—. Creo que se sujetaba las gafas con un elástico. Bueno, sí, tiene el pelo un poco rizado.

—Dicen que su rostro es muy ancho. ¿Es su rostro…?

—Es igual que el cuerpo. Grande —dijo Bernell.

Bernell tenía planeado volver a asociarse con Don y montar un negocio con él. En aquel momento, Andrews había vuelto a trabajar en la zona de la bahía. Era difícil de creer que Bernell, como potencial socio de negocios, no supiera la nueva dirección de su amigo.

Bernell me dijo que Andrews tenía artritis desde 1969. ¿Era ésa la razón de que hubiera dejado de matar? ¿Podían los expertos detectar esa enfermedad en las últimas cartas de Zodiac?

—Don intimida un poco —dijo Bernell—, y a casi nadie le cae bien. Parece un petulante. Es de esas personas que hace lo que quiere en cualquier circunstancia. Se gasta todo el dinero en comprar aparatos fotográficos.

Cuando le pregunté por la letra de Don, repuso:

—Todo lo escribe de forma muy laboriosa. Utiliza rotuladores para casi todo.

Don Andrews era un sospechoso interesante. Pero no podía avanzar más hasta que lo encontrara, y hasta que hablara de él con Narlow.

Andrews se había granjeado la enemistad de una mujer de la sección de personal de la emisora de radio en la que

había trabajado, y ella me consiguió muestras de su escritura. Pero no bastaban para que Morrill le descartase o le aceptase como sospechoso.

Me enteré de la identidad de los testigos adolescentes del asesinato de Stine y les enseñé una foto de Don Andrews. Les pareció que era «demasiado viejo y que estaba demasiado gordo».

Después albergué mis propias dudas de que Andrews fuera nuestro hombre.

Jueves, 3 de mayo de 1979

A las 23:05, el sargento Ralph Wilson de Vallejo me llamó inopinadamente.

—Es algo extrañísimo —dijo—. He estado pensando en Zodiac y, justo cuando estoy comprobando el historial de un policía que salió con Darlene Ferrin, recibo una llamada de un informante anónimo que dice que tiene miedo de que lo maten.

Empecé a sentir escalofríos. Sabía que el sargento Wilson no me llamaría si no pasaba algo de verdad.

—El informante acusó a un antiguo compañero de piso y cree que va a matarle porque sabe que ese compañero es Zodiac —continuó Wilson—. Está totalmente aterrorizado. El sospechoso vivía en un rancho. Es una persona de humor cambiante, experto en armas, y tiene fotos del asesinato de Ferrin. Tiene todas las fotos de las víctimas. Ahora creemos que es el hombre no identificado que discutió con Darlene Ferrin en el restaurante. Le gustan las ciencias ocultas. Le gusta la criptografía, y se parece al retrato robot. Le despidieron de la oficina de un *sheriff* —relató Wilson—. Le llamaré «Jack» para evitar problemas.

En mi opinión, Don Andrews era el sospechoso más

sólido del caso, pero quería conocer todas las posibilidades.

Según Wilson, el acceso a las carreteras donde se habían cometido los crímenes fue difícil durante un breve período en 1969, la fecha en que Jack fue uno de los principales sospechosos del asesinato de Darlene Ferrin. Parecía imposible que hubiera podido llegar al escenario de los crímenes y volver a su casa en el tiempo calculado. Ahora, gracias al informante anónimo, el sargento Wilson se había enterado de que existía un pequeño camino que salía de la carretera del lago Herman. El camino estaba clausurado por una verja con tres candados. En teoría, Jack conocía las combinaciones de los candados y tomó ese camino rural para cometer los crímenes y volver a su casa. Eso explicaría por qué la señora Borges no vio el coche de Zodiac cuando se dirigió directamente a Benicia por la estrecha carretera del lago Herman y paró a un coche patrulla.

El sargento Wilson prometió ponerse en contacto conmigo en cuanto supiera algo. Tuvo que esperar a que el informante volviera a llamar y le dijera quién era.

—Conozco al tal Jack —dijo Wilson—. Es capaz de cualquier cosa.

Domingo, 24 de junio de 1979

Toschi andaba a rastras después de un turno de trabajo de diez horas, para no hacerse daño en un tobillo que le dolía intensamente. Pero sin duda esbozó una sonrisa de satisfacción al ver un artículo sobre él en *The Progress* del domingo. En él se decía que, apenas un año después, le habían vuelto a conceder su antiguo rango. Al acordarse rió aliviado. Ya había trabajado en las cuatro unidades de delitos contra personas: delitos sexuales, homicidios, asalto con agravantes, y ahora robos. Volvía a estar en la cumbre.

Yo me sentía bien. En nuestras reuniones editoriales de por la mañana pude hablar con dos alcaldes, Moscone y Feinstein, para que lo ascendieran. Quiero creer que eso pudo ayudar.

Martes, 26 de junio de 1979

Me enteré de que «Jack» había vendido su rancho y que había invertido el dinero en comprar un bar en Nevada. Para ver si se parecía físicamente a Zodiac, hice el viaje en coche.

Cuando llegué por la tarde, estaba jugando en una de las dos mesas de billar. Era alto, delgado, y estaba completamente calvo.

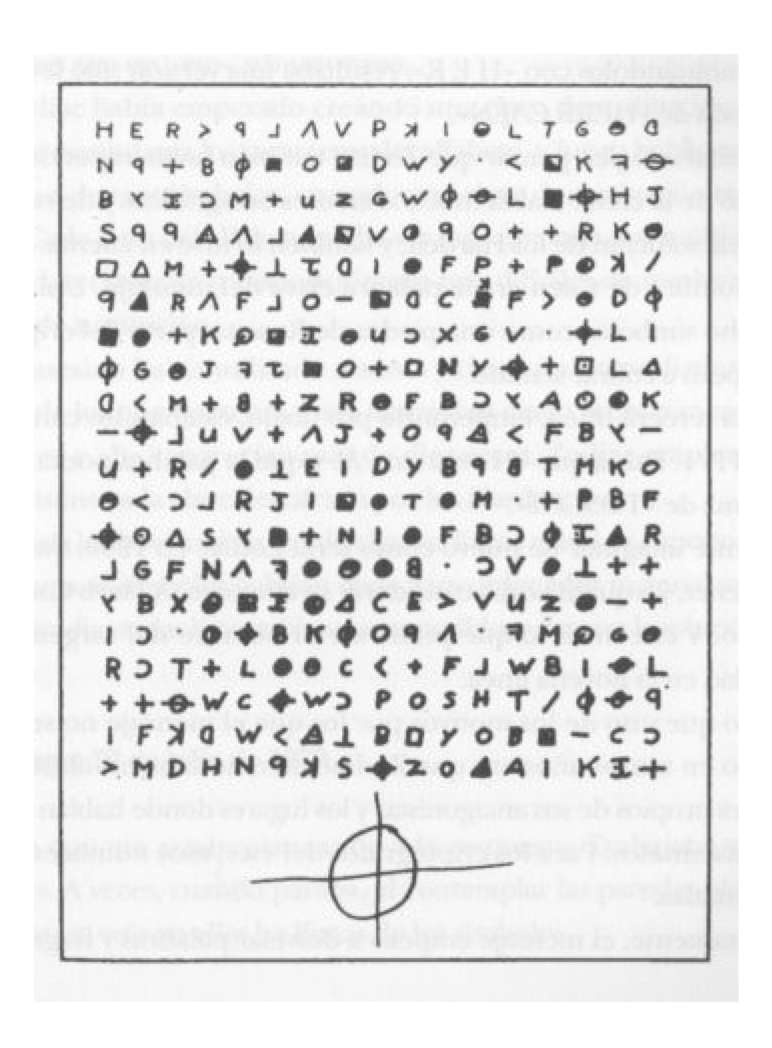
Se compararon sus huellas dactilares con las huellas en sangre del taxi de Stine, y el resultado fue negativo. Reconoció que las fotos que tenía del cadáver de Darlene se las había llevado como «recuerdo» cuando se marchó del departamento de policía. Eran fotografías oficiales de la autopsia y del escenario del crimen.

Me quedé convencido de que no era Zodiac.

17. Zodiac

Viernes, 27 de julio de 1979

Llevaba trabajando desde marzo en el largo mensaje en clave de 340 símbolos que se les había resistido a los descifradores y a los ordenadores mejor preparados de la CIA, la NSA y el FBI (la sexta carta de Zodiac, del 8 de noviembre de 1969).



Casi todo el mundo pensaba que esa clave era una broma del asesino y que no significaba nada. Pero en la sexta línea Zodiac había hecho una corrección. Como se había dedicado tan minuciosamente a crear una cuadrícula de símbolos casi perfecta, era poco probable que la estropeara tachando uno y escribiendo otro si el símbolo carecía de sentido.

Si Zodiac había mencionado a Herb Caen, el famoso columnista del *Chronicle*, en 1968, era posible que también lo mencionara en 1969. Las tres primeras letras del largo mensaje encriptado eran «H E R». Me pregunté si alguno de los símbolos del mensaje significaban lo mismo que los que habían descifrado los Harden en la primera carta de Zodiac. Descubrí que sí. Los otros cinco símbolos eran «CEAN B». Combinándolos con «H E R», resultaba una versión sólo levemente alterada de «HERB CAEN».

Resultaba lógico pensar que Zodiac también había repetido parte del resto de la clave. Había muchos errores ortográficos y de codificación en la solución de los Harden, y también lo tuve en cuenta.

El nombre de Caen era la palabra clave del mensaje. Utilizando esos ocho símbolos como una piedra de Rosetta, parte del criptograma empezó a cobrar sentido.

En la tercera línea, empezando por abajo, estaban los caracteres «POSHT/». Sabía que «H» era una *H*, y que la palabra podía ser un anagrama de «TOSCHI».

Intenté imaginar de nuevo cómo sería Zodiac en 1969, qué ideas podía tener, y a quién podía considerar su enemigo. A Herb Caen, por ejemplo. Y encontré lo que podía ser el nombre del sargento Les Lundblad en la novena línea.

Creo que uno de los motivos por los que el mensaje no se había resuelto en tantos años era que Zodiac mencionaba muchos de los nombres propios de sus antagonistas y los lugares donde habían ocurrido sus asesinatos. Para los

criptógrafos del este, esos nombres serían un galimatías.

Lentamente, el mensaje empezó a desvelar palabras y fragmentos de palabras. La palabra «VER» y la palabra incompleta «RN_REO» aparecieron. La última era una versión alterada de «PERDON»; eso me dio el símbolo de la *P*. En la línea número quince, «QUP__»seguramente significaba «PORQUE»; eso me dio más significados.

La carta que Zodiac adjuntó con la clave me resultó de gran ayuda. Me recordó la manera formal de hablar que adoptaba, su modo de ser educado y despiadado a la vez, y su rabia por «las mentiras» que la policía contaba de él. Escribió que había matado a siete víctimas, por lo que busqué patrones de letras que pudieran decir «octava», refiriéndose a su siguiente víctima. Afirmaba que la policía mentía sobre él en una carta escrita al día siguiente (9 de noviembre de 1969), así que busqué la palabra recurrente «mentiras». Muchas veces acababa las frases con un «etc», y busqué eso.

Zodiac había empezado creando una clave de sustitución, símbolos que sustituían a los caracteres del alfabeto, y luego había cambiado el orden de esos símbolos, creando una clave de sustitución-transposición. Cada letra del alfabeto podía ser representada por múltiples símbolos. Las claves de transposición son más difíciles de resolver que las claves de sustitución.

El asesino había utilizado sesenta y cinco símbolos distintos en la clave, de los que cuarenta y tres aparecían cinco veces o menos. Sólo dos («+» y «B») aparecían más de diez veces. Zodiac empleaba algo muy distinto a la clave descifrada por los Harden.

¡Ojalá la clave hubiera tenido algunas líneas más! Los expertos afirmaron que más símbolos habrían dado a un ordenador material suficiente para estudiar todas las combinaciones posibles y dar con la solución.

Domingo, 29 de julio de 1979

Sentía que me estaba acercando a la respuesta. Trabajaba todas las noches. A veces, cuando paraba, al contemplar las paredes blancas de mi oficina, veía en ellas las líneas de los símbolos.

A las 23:00 creí haber dado finalmente con la solución de uno de los grandes códigos «indescifrables» de la década anterior.

Los Harden habían resuelto el código en tres partes buscando combinaciones de dos *l*, la más frecuente [en inglés]. Yo encontré combinaciones de tres eles, errores ortográficos intencionados para despistar a los criptoanalistas: «PILLL», «ALLL», «ALLLSO», y «WILLL» [«pastilla», «todo», «también» y verbo auxiliar de futuro].

En mi solución, descubrí que Zodiac había empleado diez caracteres distintos para la letra *E*, nueve para la *S*, y siete para la *A*. El símbolo recurrente, la C al revés, resultó no significar nada.

Por la mañana, mandé mi solución a la convención de criptógrafos reunida en aquel momento en Kent State. Si mi respuesta era válida, ellos lo sabrían. Y podrían corregir los posibles fallos que hubiera cometido.

Lunes, 6 de agosto de 1979

Mientras trabajaba en unas ideas para la viñeta del editorial del martes, sonó mi teléfono. Era Greg Mellen, de la Asociación Americana de Criptogramas.

—Felicidades —dijo—, ha resuelto la clave de Zodiac.

En ese momento, se abatió sobre San Francisco el mayor terremoto de los últimos sesenta y ocho años. Edificios altos

del centro empezaron a mecerse: en mi oficina, la gente se levantaba y algunos salían de la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó el experto en claves.

—Pues que hay un terremoto. La gente se está marchando. —¿Quiere que le vuelva a llamar?— dijo Mellen.

—No —respondí—. Esto es más importante. Continúe.

Justo en ese momento, la réplica del terremoto sacudió la ciudad. Mellen decidió darme los detalles por escrito.

Miércoles, 8 de agosto de 1979

«Querido señor Graysmith —escribió Greg Mellen— como le decía justo antes del terremoto… Felicidades por haber resuelto el segundo mensaje en clave de Zodiac. Los dos mensajes de Zodiac son claves homófonas [mensajes cifrados que utilizan varios sustitutos para una sola letra], pero el segundo se ve complicado por la trasposición añadida, aparentemente al azar, de las letras de cada palabra. Los mensajes en clave homófonos se conocen al menos desde el siglo XV [1412], y no son infrecuentes […]. Los errores de ortografía y de encriptado son esperables y entran dentro de lo aceptable. Lamento no poder proporcionarle más "pistas" para resolver el segundo mensaje; ha deducido usted toda la información de la que se dispone».

Eugene Waltz, de la Asociación Americana de Criptogramas, me escribió también: «He tenido ocasión de hablar con Greg Mellen en la convención de la AAC y los dos coincidimos en que su solución es correcta y válida. Esperamos asimismo que eso conduzca al próximo arresto de Zodiac. Resolver con éxito un mensaje en clave como éste requiere intuición, buena suerte y, sobre todo, *obstinación* y *perseverancia* para pasar horas y horas en un

esfuerzo a menudo inútil y añadir un valor, o determinar la validez de los valores ya asumidos. Merece usted una felicitación, no sólo por resolver el código, sino también por su voluntad de dedicarle horas y esfuerzo».

Yo ya había entregado la clave y la solución a la policía de Vallejo. A continuación explico lo que decía el mensaje encriptado.

Zodiac había utilizado una serie de caracteres nulos, por ejemplo una cal revés, eles repetidas, y la palabra «eso» colocada al azar. La letra *k* significaba tanto *k* como 5. Todo eso lo he omitido; también he añadido la puntuación y los espacios para que parezca una carta a Herb Caen, que creo que era el propósito original de la misiva.

HERB CAEN:
A ELLOS TAMBIÉN SE LO HAGO PASAR FATAL.
EXPLOTAN LAS MENTIRAS. EL DETECTIBE
DEBERÍA VER UN NOMBRE
DEBAJO DE UNA PELÍCULA DE ASESINOS. UN JUEGO
DE PASTILLAS. PERDÓNENME ACEPTO QUE ME
HAGAN EXPLOTAR. GILIPOLLECES.
ESOS IDIOTAS VERÁN AL
ASESINO. POR FABOR PREGUNTEN A LUNDBLAD.

Aquí Zodiac habla del inspector sargento Les Lundblad, el hombre que le persiguió en Vallejo. La mención a las drogas confirma las teorías policiales de que escribía las cartas mientras estaba colocado.

ALMA EN H LDS UL.
LAGO CLARO. Y MIRO ME
TOMO UNA PASTILLA, IMBÉCIL,
PLANTO SEÑORA. H. LLAMEN LAGO B.

(«Lago B.» es seguramente una referencia al lago Berryessa, que ahora se llama lago Claro. El «señor A. H.» puede ser el columnista del *Chronicle Art* Hoppe).

TODOS LOS ESCLABOS POR EL LSD
ROBARÁN CADA ESCLABO
DEBERÍA DEMONIOS MATAR A TOSCHI?
LOS PUESTOS DE LOS CERDOS HABLAN DE
LA OCTAVA ALMA ASESINADA.

El mensaje animó las cosas. Después de mi aparición en el telediario de la noche, y tras la segunda mención a Toschi en una carta de Zodiac, la policía de San Francisco pidió más fondos federales para agentes de la ley por valor de 92.000 dólares para continuar con el caso. El 27 de agosto, la suma deseada había bajado a 70.000 dólares. ¿Por qué mataba Zodiac?

Había ejemplos de asesinos en serie que sólo habían matado en días festivos (los asesinatos del 4 de julio en Michigan, de 1967 a 1969). ¿Era eso lo que hacía Zodiac?

Cheri Jo Bates fue asesinada casi a medianoche el 30 de octubre de 1966. ¿Habló el asesino con ella horas y horas, esperando la medianoche y el comienzo de Halloween, la centenaria fiesta de los muertos?

Zodiac atacó en Blue Rock Springs cinco minutos después de la medianoche del 4 de julio. El aterrador viaje en coche de Kathleen Johns tuvo lugar el Domingo de Ramos de 1970.

Paul Stine fue asesinado mientras San Francisco celebraba el día de Colón.

El 27 de septiembre de 1969, cuando Cecelia Shepard fue asesinada, era el primer día de la tiesta judía de los Tabernáculos.

Pero el asesinato del 20 de diciembre de David Faraday y

Betty Lou Jensen caía antes de Navidad. Eso me inquietaba.

La primera carta de Zodiac fue franqueada el 29 de noviembre de 1966, sólo dos días antes de Acción de Gracias. Sus cartas de abril de 1970 llevaban los matasellos fechados el primer y último día de la Pascua judía.

Era una teoría inaceptable y vaga, pero en los actos y mensajes de Zodiac se observaba cierta constancia, un ritmo que iba más allá de las festividades.

Zodiac y la astrología. ¿Y si los astros controlaban sus actos? ¿Podía el desconocido maníaco que había aterrorizado California seguir las fases de la luna?

Primero investigué si en octubre de 1969 alguna fase de la luna coincidía con una agresión o con una carta. El primer día de luna nueva era el 11 de octubre, el día en que Paul Stine fue asesinado. Después pasé a noviembre de 1969. El primer día de luna nueva fue el 9 de noviembre, el día en que se echó al correo el mensaje cifrado de 340 símbolos dirigido al *Chronicle*.

El asesinato del 27 de septiembre de 1969 ocurrió una noche de eclipse de luna y sólo dos días después de que empezara la luna llena.

El asesinato del 5 de julio de 1969 se produjo cinco días después de la luna llena del 29 de junio. El día del asesinato, la Tierra llegó a su afelio, momento en que el Sol, la Tierra y la Luna están alineados y la influencia de sus gravedades es mayor. Cercano al solsticio de verano, se trata de uno de los acontecimientos astrológicos más importantes del año.

El 20 de diciembre de 1968, fecha del asesinato de Jensen y Faraday, era el día después de la luna nueva, y faltaban pocos minutos para el solsticio de invierno. Cheri Jo Bates fue asesinada el día después de una luna llena, una luna conocida como la Luna de la Recolección. Kathleen Johns fue raptada un día después del equinoccio vernal, con

luna llena.

Las tres cartas de Zodiac que contenían el rompecabezas del mensaje en clave descifrado por los Harden fueron enviadas el 28 de julio de 1969, la primera noche de una luna llena.

En todos los asesinatos, Saturno era visible como estrella vespertina. En el de Shepard, la luna pasaba por encima de Saturno, que apareció pronto y estuvo casi toda la noche en Aries. Saturno estaba en Aries en el asesinato del 5 de julio, así como en el asesinato del 11 de octubre. Incluso en el asesinato de Bates en Halloween, Saturno era la estrella vespertina.

Faraday y Jensen fueron asesinados en la época de la antigua fiesta romana de las saturnales (del 17 al 23 de diciembre), en la que se sacrificaban niños a los dioses. El nombre del sábado procede de «día de Saturno». Todas las víctimas fueron asesinadas un sábado (excepto Faraday y Jensen, que fueron tiroteados cuando faltaban pocos minutos para que empezara un sábado). Cuando Saturno estaba en fase ascendente, quizá Zodiac sentía que quedaba atrapado por el poder del antiguo dios.

Zodiac escribía sus cartas y mataba en fases lunares consecutivas. Donde más claro resultó fue en las fechas que eligió para escribir al *Chronicle* en 1970: las cartas del 28 de abril, del 26 de junio y del 25 de julio fueron franqueadas el primer día de cuarto menguante.

En 1974, en que Saturno, que era la estrella vespertina, tuvo seis ocultaciones, Zodiac rompió un largo silencio. Escribió cuando Saturno retrocedía y se hallaba a menos de un grado al sur de la luna (29 de enero), dos días después de la luna llena (8 de mayo), y otra vez cuando la tierra estaba en el afelio (8 de julio), cuatro días después de la luna llena.

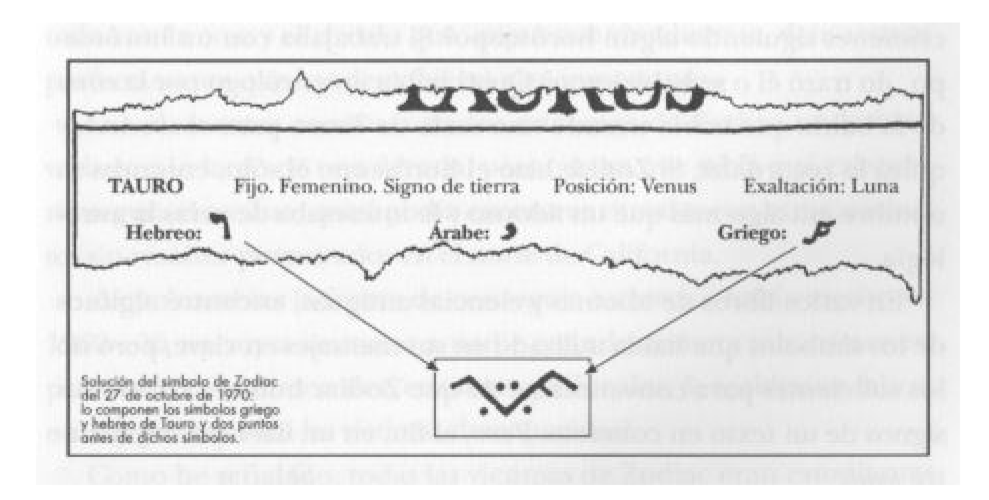
En 1978, un día después de la luna llena, entre el

momento en que el sol entraba en Aries y aquel en que Saturno quedaba inmóvil, Zodiac escribió que «controlaba todas las cosas» (24 de abril).

Muchos creían en la probabilidad de que Zodiac fuese un aries cuyas actividades clandestinas se activan cuando hay luna llena o luna nueva, y Saturno está en fase ascendente.

Sin embargo, el astrólogo Alex Hoyer reveló en el *Chronicle* que «es muy posible que el asesino naciera bajo el signo de Tauro, cuando las personas suelen ser cariñosas, amables y educadas […]. Una persona así, aunque es muy cariñosa por naturaleza, tiene fases de violencia e irreflexión cuando se siente frustrada y puede volverse loca».

Como dibujante, conozco los símbolos visuales. Por eso supe lo que significaba realmente el extraño símbolo incluido en la tarjeta de Halloween con la amenaza de muerte. Lo componían el símbolo hebreo y el símbolo griego de Tauro.



Solución del símbolo de Zodiac del 27 de octubre de 1970: lo componen los símbolos griego y hebreo de Tauro y dos puntos antes de dichos símbolos.

Ahora reconocía lo que me había llamado la atención de los tres ochos dentro de un círculo en el mensaje de «me llamo» del 20 de abril de 1970. Los ochos no se cerraban por arriba. En realidad, eran tres signos de Tauro dentro de un círculo.



Zodiac había camuflado con astucia cinco signos de Tauro en sus cartas. ¿Era su signo de nacimiento, o sólo se creía un Tauro?

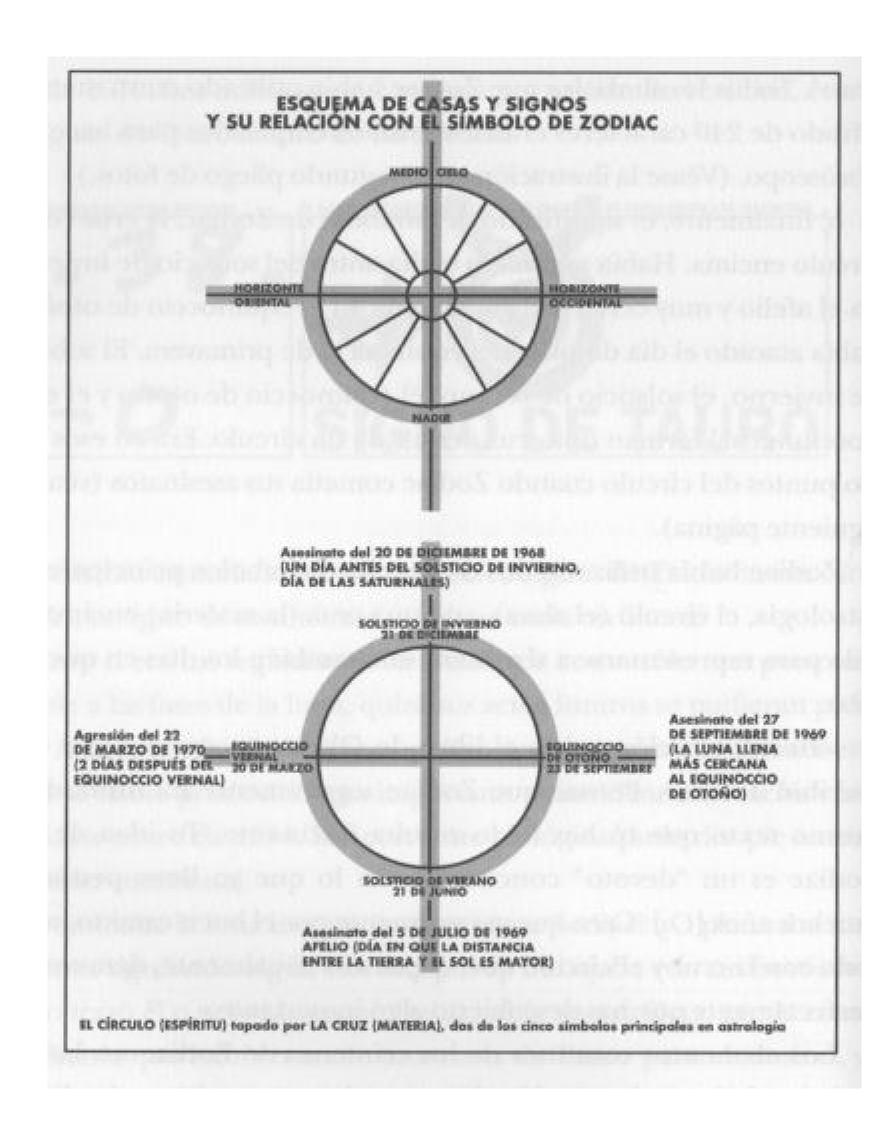
Tanto si era un seguidor de la astrología como sólo una persona sensible a las fases de la luna, quizá sus actos futuros se pudieran predecir. Al fin y al cabo, había roto un silencio de tres años en un mes en el que se había producido una importante coincidencia de ciclos cósmicos, en enero de 1974. Esa corriente biológica pudo dar pie a una explosión emocional.

¿Dominaba la luna inconscientemente a Zodiac? ¿O planeaba sus crímenes siguiendo algún horóscopo? Si trabajaba con un horóscopo, ¿lo trazó él o se lo hicieron? Quizá había un astrólogo por la zona de la bahía que había trazado una carta de Tauro para el asesino, y quizá lo recordaba. Si Zodiac hizo el horóscopo él sólo, entonces su nombre era algo más que un adorno y le interesaba de veras la astrología.

En varios libros de idiomas y ciencias antiguas, encontré algunos de los símbolos que había utilizado en sus mensajes en clave, pero no los suficientes para convencerme de que Zodiac hubiera sacado sus signos de un texto en concreto. Pero, al fin, en un libro yo los encontré *todos*.

El libro era As *Above, So Below* [Así en el cielo como en la tierra], de Alan Oken, que había creado varios símbolos especialmente para su libro[24]. Todos los símbolos que

Zodiac había utilizado en su mensaje cifrado de 240 caracteres eran los mismos empleados para hacer un horóscopo. (Véase la ilustración en el segundo pliego de fotos).



Y finalmente, el significado del símbolo de Zodiac, la cruz con el círculo encima. Había asesinado el día antes del solsticio de invierno, en el afelio y muy cerca de la luna llena en el equinoccio de otoño, y había atacado el día después del equinoccio de primavera. El solsticio de invierno, el solsticio de verano, el equinoccio de otoño y el equinoccio vernal forman una cruz dentro de un círculo. Era

en esos cuatro puntos del círculo cuando Zodiac cometía sus asesinatos (véase la siguiente página).

Zodiac había utilizado dos de los cinco símbolos principales en astrología, el círculo (el alma), con una cruz (la materia) encima, no sólo para representarse a sí mismo, sino también los días en que mataba.

«Tu información sobre el libro de Oken es sorprendente —me escribió Toschi—. Pensar que Zodiac seguramente ha utilizado el mismo texto que tú has leído resulta fascinante. Tu idea de que Zodiac es un "devoto" concuerda con lo que yo llevo pensando muchos años […]. Creo que vas realmente por el buen camino, sobre todo con la cruz y el círculo que, expuestos visualmente, demuestran perfectamente que has descubierto algo importante».

Los elementos comunes de los crímenes de Zodiac no habían variado a lo largo de una década, pero, ahora que sabía qué calendario seguía el asesino, quizá podía encontrar vínculos con otros asesinatos sin resolver perpetrados en el norte de California.

«Voy a cambiar la forma de conseguir esclavos —había escrito en 1969—. Ya no voy a anunciar a nadie cuándo cometa mis crímenes, parecerán robos normales, crímenes pasionales, & accidentes falsos, etc.». ¿Quiénes eran las víctimas desconocidas?

Como he señalado, todas las víctimas de Zodiac eran estudiantes jóvenes asesinados dentro o cerca de sus coches, cerca del agua, y durante el fin de semana, cuando había luna nueva o llena. El móvil no era el abuso sexual ni el robo. El asesino utilizaba un arma distinta cada vez. En algunas agresiones, llevaba una gran linterna.

Yo no dejaba de pensar en el lado derecho del coche, el asiento del copiloto. La única ventanilla bajada en la carretera del lago Herman era la de la derecha, donde estaba sentada Betty Lou; la ventanilla de Mageau en Blue

Rock Springs estaba bajada, y la de Stine estaba abierta en el lado del copiloto. Zodiac se había entretenido en colocar a Stine en el asiento del copiloto del taxi. En la carretera del lago Herman, había disparado a la ventanilla trasera y, después de dar la vuelta al coche, disparado de nuevo al hueco de la rueda posterior izquierda para que la pareja saliera por la puerta del copiloto, cosa que consiguió. ¿Asociaba Zodiac ese asiento con los autoestopistas? ¿Lo eran sus otras víctimas?

Si Zodiac colocaba los cadáveres de forma ritual, la postura más habitual era aquella en la que la víctima salía parcial o totalmente del lado derecho del coche, de espaldas, con las palmas de las manos hacia arriba, y con la cabeza dirigida en dirección contraria al vehículo. Incluso Mageau, cuando se salió del de Darlene, adoptó accidentalmente esa postura. David Faraday y Paul Stine, víctimas ambos de una bala cerca del oído, estaban de espaldas. La cabeza de David apuntaba al este y la de Paul al norte.

Lo que no dejaba de extrañarme era que Zodiac supiese en la carretera del lago Herman, negra como la pez, que «la chica estaba sobre el costado derecho con los pies hacia el oeste»; que en el oscuro aparcamiento de Blue Rock Springs Darlene «llevaba un mono con dibujos»; y que había disparado a Mageau en la rodilla mientras el chico daba patadas. Si Zodiac conocía esos detalles, ¿podía haberlos observado en un asesinato apresurado después del cual sólo tenía unos instantes para escapar? Debía de haber seguido a las víctimas antes, por la tarde. Cabía esa posibilidad, porque atacaba a las víctimas casi después de que aparcasen. Si conocía las zonas tan bien, ¿vivía en Vallejo? ¿O era alguien que tenía acceso a los informes de la policía y del juez de instrucción?

La enfermera desaparecida en el lago Tahoe, Donna Lass,

que fue vista con vida por última vez justo antes del equinoccio de otoño, nunca ha sido hallada y se la considera una posible víctima de Zodiac. Judith Ann Hikari, también enfermera, fue hallada el 26 de abril de 1970 en una tumba poco profunda en el lejano condado de Placer. Pero eso fue trece días antes del equinoccio vernal. A Nancy Bennallack, taquígrafa en un tribunal, la encontraron muerta en su apartamento el 26 de octubre de 1970. Al día siguiente, el *Chronicle* había recibido una carta de Zodiac en la que se atribuía catorce víctimas. La policía creía que, si Zodiac había matado realmente a Donna Lass en el lago Tahoe, también podía ser responsable de las muertes de esas otras dos mujeres.

A Marie Antoinette Ansey la raptaron en el Coronado Inn de Vallejo, donde Darlene Ferrin iba a bailar. Eso sucedió siete días antes del equinoccio vernal, el 13 de marzo de 1970. Exactamente un año después de su desaparición, Zodiac mandó una carta al *Chronicle*. Exactamente un año después de que descubrieran su cadáver, el 21 de marzo de 1971, Zodiac envió una postal al *Chronicle*.

El siguiente viernes 13 de 1970 cayó en noviembre. Fue en esa noche cuando un coche se salió de la avenida Ascot y se metió diez metros en un campo, en el límite septentrional de Sacramento, arrastrando un cadáver por la maleza y lanzándolo boca arriba al pie de un alambre de espino. La víctima ya estaba degollada. La mujer había recibido tantos golpes que fue necesario un informe dental para determinar su identidad. Se trataba de otra enfermera, Carol Beth Hillbum, residente de Santa Rosa, que había estudiado para ser radióloga en el hospital general Stutter de Sacramento. La pelirroja llevaba tres meses separada de su marido y vivía con su hermana en Santa Rosa. Una chica misteriosa, de la que sólo se sabe que se llamaba «Dee», acompañó a Carol a Sacramento el jueves 12 de noviembre,

para ver a unos amigos que pertenecían a las bandas locales de motoristas: «moteros» y «malas compañías», como las llamó su marido. Dee dejó a Carol en un local que abría hasta muy tarde en la avenida West Capital, y que las bandas de moteros frecuentaban. Carol llevaba una chaqueta negra hasta la cintura, con unas letras amarillas por delante que decían «Santa Rosa». Había ido para encontrarse con un novio y seguía ahí a las 4:00. Después, no la volvieron a ver. Cuando encontraron su cadáver al día siguiente, sólo llevaba una de sus botas de ante y en el otro pie un solo calcetín bajo. Le habían bajado las medias hasta una de las rodillas. ¿Guardaba el asesino su ropa y su bolso?

El local que permanecía abierto hasta tarde se llamaba Zodiac.

El tercer viernes, la decimotercera víctima (julio de 1973) fue Nancy Patricia Gidley, a quien raptaron en su motel de San Francisco y a quien tiraron en el aparcamiento del instituto Washington. Se habían llevado toda su ropa. Al taxista Stine lo asesinaron en la calle Washington.

A Cosette Ellison la mataron diecisiete días antes del equinoccio vernal, y a Patricia King, quince días antes. A Eva Blau la mataron el día del equinoccio vernal. Todas murieron en 1970; a todas las encontraron tiradas en un barranco. En 1969, a Leona Roberts la mataron diez días antes del solsticio de invierno. La policía creía que el mismo hombre había matado a todas esas mujeres.

El 6 de julio de 1979, un cadáver con las manos y los tobillos atados al cuello con una cuerda de tender ropa fue encontrado en una tumba poco profunda cerca de la calle Calistoga en Santa Rosa. El hallazgo reavivó las especulaciones sobre siete asesinatos que llevaban sin resolver desde 1972.

Los siete eran los siguientes:

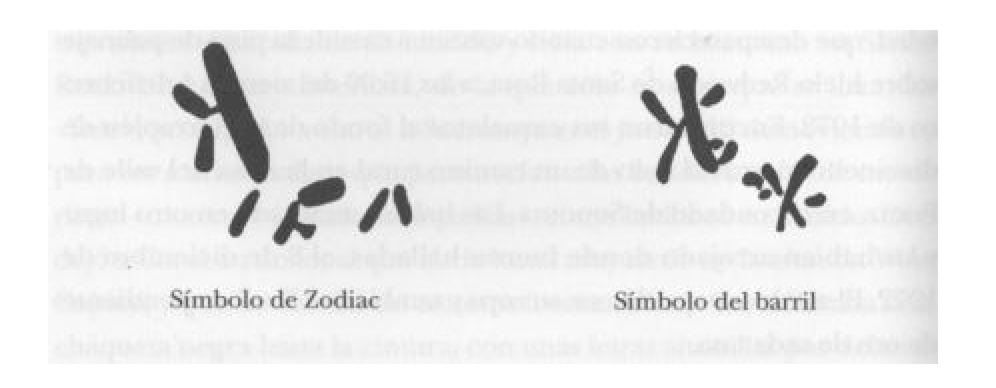
Maureen L. Sterling, de doce años, e Wonne L. Weber, de la misma edad, que desaparecieron cuando volvían a casa de la pista de patinaje sobre hielo Redwood de Santa Rosa, a las 16:00 del viernes 4 de febrero de 1972. Encontraron sus esqueletos al fondo de un terraplén de dieciocho metros al lado de un camino rural en la zona del valle de Franz, en el condado de Sonoma. Las habían asesinado en otro lugar y las habían arrojado donde fueron halladas, el 8 de diciembre de 1972. El asesino se quedó con su ropa y también se llevó un pendiente de oro de cada una.

Kim Wendy Alien, de diecinueve años, estudiante del Junior College[25] de Santa Rosa, desapareció mientras hacía autoestop para ir a su residencia en Santa Rosa, el 4 de marzo de 1972. Había salido de su trabajo en la tienda de comida ecológica Larkspur y la vieron haciendo dedo en la autopista 101 sobre las 17:00. Era domingo, y dieciséis días antes del equinoccio vernal. Encontraron su cadáver desnudo en el lecho de un arroyo, a seis metros de la carretera de Enterprise. La habían estrangulado con una cuerda blanca de tender ropa; sus muñecas y tobillos mostraban señales de haber sido atadas como si a la chica le hubieran extendido piernas y brazos en forma de aspa. Tenía cortes superficiales en el pecho. Se habían llevado uno de sus pendientes de oro, así como su ropa y sus pertenencias.

Conseguí una lista de las pertenencias de Kim Alien cuando salió del trabajo. Una era un capazo, de 60 centímetros de alto, con asas de paja, llena de comida ecológica. El segundo objeto era un barril de madera, de 70 centímetros de alto, vacío, con la palabra «soja» escrita en un lado con tinta negra. El barril de salsa de soja también tenía unas inscripciones en chino. El asesino se lo quedó.

Entonces creí darme cuenta de dónde había sacado el

asesino el símbolo de la parte inferior de la carta de *El exorcista*. Conseguí uno de los barriles y vi que ese símbolo en concreto de Zodiac se parecía mucho a algunos de los caracteres chinos.



Símbolo de Zodiac Símbolo del barril

A Lori Lee Kursa, de trece años, la vieron con vida por última vez en el mercado U-Save de Santa Rosa el 21 de noviembre de 1972. Encontraron su cadáver desnudo el 12 de diciembre de 1972, desnucado. Tenía la primera y segunda vértebra cervicales dislocadas. Llevaba dos aros de alambre, sin pendiente, en los agujeros de las orejas.

A Carolyn Nadine Davis, de quince años, que se había escapado de Anderson, en el condado de Shasta, la vieron por última vez saliendo de casa de su abuela en Garberville el 15 de julio, mientras hacía autoestop en dirección al sur en la 101. Encontraron su cadáver desnudo 3 kilómetros al norte de la carretera de Porter Creek, en la carretera de Franz Valley, *exactamente* en el mismo sitio que Sterling y Weber. La hallaron el 31 de julio de 1973. La policía descubrió que Carolyn había comprado un billete de avión, sólo de ida, para ir de Redding a San Francisco. La habían envenenado con estricnina.

Therese Diane Walsh, de veintitrés años, desapareció exactamente el día del solsticio de invierno de 1973, mientras hacía autoestop en la 101, para volver de Malibu Beach a su casa en Garberville. Encontraron su cuerpo cerca

del lugar donde se había hallado el de Kim Wendy Alien. La habían maniatado con una cuerda de nailon de un centímetro, la habían estrangulado, y la habían arrojado a un arroyo. Habían abusado sexualmente de ella.

Jeannette Kamahele, de veinte años, fue la víctima hallada el 6 de julio de 1979. Estudiante del Júnior College de Santa Rosa, la vieron por última vez haciendo autoestop cerca de la vía de acceso de Cotati a la autopista 101, y viajaba al norte, a Santa Rosa, el 25 de abril de 1972. Descubrieron su cadáver en un barranco del condado de Sonoma, en una tumba poco profunda cerca de la carretera de Calistoga. A la estudiante le habían atado al cuello las manos y los tobillos; una cuerda de tender le daba cuatro vueltas al cuello. La encontraron a 100 metros del lugar donde se había descubierto el cadáver de Lori Lee Kursa.

Había otras posibles víctimas de Zodiac que mis investigaciones sacaron a la luz. Betty Cloer, de veintiún años, fue asesinada dos días antes del solsticio de verano de 1971. En 1972, Linda Ohlig, de diecinueve años, fue asesinada seis días después del equinoccio vernal y Alexandra Clery, de veinticuatro años, dieciocho días antes del equinoccio de otoño. Susan McLaughlin, de diecinueve años, fue asesinada dieciocho días antes del equinoccio vernal, e YVonne Quilantang, de quince años, once días antes del solsticio de verano de 1973. Diecinueve días antes del solsticio de invierno, Cathy Fechtel, de veintisiete años, y Michael Shane, de treinta, fueron asesinados y arrojados cerca de una autopista de Livermore. Seis días después del equinoccio de otoño de 1974, Donna Marie Braun, de catorce años, fue asesinada. El jueves 16 de octubre de 1975, estrangularon a Susan Dye mientras hacía autoestop para volver a casa; la descubrieron debajo del paso elevado de una autopista cerca de Santa Rosa.

Casi todos eran autoestopistas, algunos tenían cierta

relación con las drogas. Los autoestopistas ocupan el asiento del copiloto, el centro habitual de los ataques de Zodiac. El asesino sabía hacer nudos, como un marinero. Las víctimas fueron halladas en zonas cercanas al agua, como casi todas las de Zodiac: Walsh en un arroyo, Roberts en la laguna Bolinas, Anstey se ahogó, Dudley en la orilla del lago Merced, y Braun apareció flotando en el río Salinas.

Pocas sufrieron abusos sexuales; la ropa de las víctimas desnudas nunca ha sido hallada. El asesino atacaba durante los fines de semana, al atardecer o de noche, y ató a sus víctimas en Santa Rosa con una cuerda de tender parecida a la empleada en las víctimas del lago Berryessa. A tres de las chicas les rodeaba el cuello.

Todas fueron asesinadas lejos de donde las hallaron. Cuando el asesino se deshacía de los cadáveres, aparcaba en la carretera, no en el arcén, para no dejar huellas. Había levantado y arrojado a las víctimas por encima de canales de desagüe y vallas y por laderas de colinas, lo que indicaba que era un hombre muy fuerte. El asesino conocía la zona.

Las estudiantes fueron torturadas, apuñaladas, envenenadas, estranguladas, ahogadas, asfixiadas, o les rompieron los huesos. Como los cadáveres eran arrojados en los mismos lugares, con varios meses de diferencia, la policía estaba convencida de que la misma persona cometía todos o casi todos aquellos asesinatos. Para mí, lo verdaderamente aterrador era que daba la impresión de que alguien hacía experimentos de diversas maneras de matar a la gente.

La CI&I, en julio de 1974, tenía 103 casos de asesinato que respondían a las características mencionadas, incluyendo casos en Washington y Oregón. Estaban seguros de que al menos catorce de ellos implicaban al mismo hombre[26].

La oficina del fiscal general de California redactó un

informe secreto en el que se decía que «en los últimos cinco años (1969-74) han asesinado a catorce mujeres jóvenes en el norte de California, y parece que todos esos crímenes han sido cometidos por la misma persona. Otras ocho mujeres han desaparecido en circunstancias misteriosas en los estados de Oregón y Washington el año pasado». El informe, elaborado por el departamento de Justicia de California con la colaboración de un gran número de agentes de la ley locales, afirmaba que el asesino «conocía bien la brujería o las ciencias ocultas, a tenor del símbolo de brujería hallado en el caso de Caroline Davis y de la posible implicación de las ciencias ocultas en los casos de las mujeres desaparecidas en los estados de Oregón y Washington». El informe sacaba la siguiente conclusión: «Con toda probabilidad, los asesinatos seguirán produciéndose hasta que su perpetrador sea identificado y capturado».

¿Dónde estaban las víctimas de Zodiac que faltaban?

Santa Rosa no dejaba de aparecer. O bien eran estudiantes del Júnior College de Santa Rosa, o bien residentes de esa localidad asesinadas en otro lugar. ¿Había algún sospechoso importante en el caso Zodiac que tuviera relación con Santa Rosa?

Cuando pregunté a Toschi si había alguno que tuviera vínculos con Santa Rosa, me dijo: «Sí, lo había. Pero no puedo decir más hasta que el caso esté cerrado».

Entonces, había otro sospechoso al que aún tenía que encontrar. Otros investigadores también se mostraron esquivos. ¿Qué era lo que no contaban?

Mientras tanto, seguí buscando a Don Andrews.

Viernes, 29 de febrero de 1980

Tenía la impresión de que, para los que rodeaban a Zodiac, podía parecer un hombre con mucho autocontrol, tranquilo, razonable; una persona solitaria con poco contacto con los demás. Vivía inmerso, no obstante, en un mundo de ensueño de películas, fantasía y melodrama; ésa era la parte de su personalidad que le arrastraba a su lado oscuro.

En una evaluación secreta del asesino de Cheri Jo Bates, escrita en julio de 1963 por el psicólogo jefe del hospital estatal de Patton para la oficina del fiscal del distrito de Riverside, el asesino de la chica es descrito de la siguiente manera: «Tan hipersensible […] que es capaz de magnificar prácticamente cualquier acto malinterpretado, sin ninguna proporción con respecto a los hechos. Sufre una obsesión y una preocupación patológicas y odia intensamente a las figuras femeninas, más aún si se trata de una mujer joven que le parece atractiva. Debido a sus sentimientos inconscientes de ser un inadaptado, no es probable que haga realidad sus sentimientos de forma sexual, sino en la fantasía, como regla general. La fantasía puede adoptar aspectos agresivos, como en el caso del asesinato de la joven Bates».

Al final del informe aparece una advertencia: «Quiero subrayar que existe una posibilidad real de que vuelva a cometer homicidios».

Viernes, 29 de febrero de 1980

Me encontraba ante uno de los expertos en asesinos en serie más importantes del país, el doctor Donald T. Lunde, profesor clínico de psiquiatría y profesor de Derecho en la universidad de Stanford. El doctor, rubio y de aspecto juvenil, examinaba en aquella época a Kenneth Bianchi con vistas al juicio del estrangulador de Hillside. Le había visto

varias veces por televisión. Nos encontramos en su oficina moderna y llena de libros, en el segundo piso de la Facultad de Derecho de Stanford.

—Doctor Lunde, usted afirma que existen dos tipos distintos de asesino en serie, el sádico sexual, y el más habitual, el esquizofrénico paranoide[27]. Después de haber examinado copias de las cartas de Zodiac, ¿se inclina usted a pensar que Zodiac es un sádico sexual? —pregunté.

—Si tuviera que elegir, eso sería lo más probable —repuso Lunde—. A diferencia del esquizofrénico paranoide, el asesino sádico y sociópata no padece alucinaciones, sino que elige a sus víctimas con el objeto de dar rienda suelta a ciertos impulsos sexuales y sádicos muy profundos, como por ejemplo la necesidad de mutilar partes del cuerpo de la víctima para obtener placer sexual. Tengo la impresión de que ahora hay más personas así que hace diez o veinte años. Cuando vi a [Edmund Emil]. Kemper [que mató a ocho mujeres en Santa Cruz, la última su propia madre], volví a consultar la bibliografía y descubrí muy pocos casos, uno por década. Por eso pensé que sólo se trataba de un acontecimiento infrecuente y que seguramente no volvería a ver a una persona así. Sólo el año pasado vi a varias y las características que tienen en común sorprenden. Parece que hay muy pocos sádicos sexuales registrados en el siglo XX. ¡Pero la década de 1970! Está llena de ellos. Ahora que he podido estudiar personalmente a varias de esas personas, encuentro muchísimas similitudes. Las respuestas de Bianchi[28] a las pruebas psicológicas son casi calcadas a las de Kemper. Todo lo relacionado con ver animales descuartizados y sangre y corazones de animales.

El perfil psicológico de un sádico sexual —y, con toda probabilidad, de Zodiac— diría lo siguiente:

Siempre es hombre, suele tener menos de treinta y cinco años, es listo, sigiloso, fuerte e inteligente. Tiene un padre

pasivo, cruel o distante, y una madre seductora y dominante que le da afecto y le rechaza de manera errática. El sádico sexual quiere vengarse de su madre, fantasea sobre su muerte, pero está perversamente enamorado de ella. El sexo con otras mujeres es imposible. En la mayoría de los casos, tiene pocas relaciones sociales o sexuales y nunca ha vivido una relación sexual normal. El asesinato es la única relación con éxito que puede entablar con una mujer. Todas sus víctimas no son sino sustitutos de su verdadero objetivo, su madre, que suele ser la última víctima.

Tiene antecedentes de tortura de animales en los primeros años de adolescencia. Richard Trenton Chase [el Vampiro Asesino de Sacramento], por ejemplo, bebía sangre humana y guardaba riñones e hígados de animales en el congelador. Estrangula y envenena a sus mascotas como sustitutos de víctimas humanas.

Por motivos desconocidos, los impulsos agresivos y sexuales se mezclan temprano en la infancia en esos tipos sádicos y acaban encontrando su expresión en feroces agresiones sexuales y asesinatos sádicos. Mata para obtener placer sexual. El asesinato le produce una intensa excitación sexual y el placer sustituye al sexo. Es posible que se masturbe mientras recuerda los crímenes. El sádico sexual suele mofarse de la policía en sus cartas, comete faltas de ortografía intencionadas, y, en condiciones de estrés, puede escribir con una caligrafía totalmente distinta a la verdadera. El placer de acosar a la policía puede convertirse en el auténtico motivo de sus asesinatos y, aunque se esfuerza mucho en parecer normal y en evitar que le atrapen, suele atraer las sospechas.

El sádico sexual tiene un fuerte impulso de automutilación. Es posible que de pequeño jugara a representar su propia ejecución y que más tarde tenga

tendencia al suicidio.

Le fascinan los instrumentos policiales y los policías, y puede fingir serlo. Colecciona armas e instrumentos de tortura y sabe muy bien cómo utilizarlos.

El sádico busca la deshumanización de sus víctimas y convertirlas en objetos que no pueden rechazarle y a los que controla. Es incurable, no siente remordimientos por la crueldad que inflige a los demás, y lo más probable es que repita sus crímenes.

Elige víctimas con características determinadas, como estudiantes o autoestopistas. El sádico sexual puede describir sus agresiones con todo detalle. Si le atrapan por un asesinato, le encanta confesar todos los demás, en un intento de dejar consternada a la policía.

Puede ser suficientemente listo para carecer de antecedentes de una enfermedad mental identificable.

—¿Por qué hay tantos ahora? —pregunté.

—Una posible explicación es que había personas cuyos padres pensaban que eran raros porque hacían cosas como descuartizar animales y meter los restos en la nevera, o cosas así —repuso Lunde—, y, bajo las antiguas leyes, eso bastaba para encerrar a alguien, pero ahora no. Yo sospecho que hubo varias personas confinadas de por vida que eran asesinos tipo Zodiac en potencia. Pero, ahora que no se puede retener a nadie más de noventa días[29], hay gente de estas características que sale del hospital. Hasta 1969, por ejemplo, se podía encerrar a alguien de por vida en un hospital psiquiátrico sobre una base bastante vaga. Se produjo un cambio drástico y se volvió muy difícil internar a alguien. Tienes que disponer de pruebas concretas de un acto de suicidio o de un acto de violencia contra otras personas.

—¿Cuántas veces —inquirí— ha visto personalmente a un sádico sexual? ¿Con cuántos ha hablado?

—Con una docena —repuso Lunde—, que no es sólo uno, precisamente. Pero, por otro lado, eso no es nada al lado de los miles de esquizofrénicos paranoides. El increíble parecido entre los sádicos sexuales tiene algo de aterrador.

—¿Es incompatible —pregunté— que un sádico sexual sea también pedófilo?

—No. Su característica, y lo que tienen en común, es una relación anormal con las mujeres. Son incapaces, o tienen limitaciones, a la hora de entablar relaciones sexuales adultas y normales. ¿Y cuáles son las opciones? Una es el sexo con cadáveres, o matar para conseguir placer sexual. Otra es el sexo con niños. Existe el nexo común de las relaciones sexuales y adultas no logradas y también la necesidad de tener más poder que el objeto sexual, cosa que se puede obtener a través de la violencia, estrangulando, atando, etcétera… o con niños. El rasgo común es la relación de poder y la necesidad de omnipotencia frente al objeto sexual.

Recordé lo que Kemper, el sádico sexual arquetípico, dijo sobre sus víctimas en su juicio: «Era como una victoria, como un cazador que se lleva la cabeza de un ciervo o de un alce. Yo era el cazador y ellas eran mis víctimas».

Domingo, 2 de marzo de 1980

Teniendo en cuenta el enorme ego de Zodiac, siempre creí que en algún momento tendría que escribir a Toschi utilizando su verdadero nombre. Pregunté al inspector si había recibido una carta de alguno de los sospechosos.

—Bueno, sólo hay uno —respondió—, un estudiante de Vallejo llamado Starr. (No es su nombre auténtico). Tal y como lo recuerdo, decía lo siguiente: «Si puedo ayudarle en algo, dígamelo. Siento mucho no ser quien busca». Después

de que la carta de Zodiac de abril de 1978 saliera a la luz, un tipo llamado Jim Silver, del departamento de Justicia de California, me dijo: «Oye, Starr ha salido de la cárcel y lleva en la calle unos seis meses. Y tienes una carta nueva y se ha declarado su autenticidad». Yo le dije: «Ya lo sé. Hace unos seis meses recibí una carta de Starr. Me escribió para decirme que había salido, y en ese momento me pareció extraño». «Dios mío —dijo Silver—. Qué tío más raro. Está zumbado. Es un sospechoso tan bueno que tenemos que vigilarle continuamente».

Le pregunté a Toschi a quién estaba dirigida la carta.

—Pues estaba dirigida sólo a mí, a Armstrong no. Llevaba mi nombre completo, inspector David Toschi.

—Seguro que la escribió a máquina.

—Sí, Robert. Estaba escrita a máquina.

Lunes, 3 de marzo de 1980

Me tomé un día libre en el trabajo para hablar con el teniente Husted, de la policía de Vallejo. Tenía el presentimiento de que Starr era el vínculo con Santa Rosa, y quería averiguar si Husted podía verificarlo.

Husted llegó tarde, vestido con tosca ropa de vaquero con una pistolera por fuera. Como siempre, estaba moreno y en buena forma. Husted tenía un trabajo complementario: dirigía el Instituto de Hipnosis para el Control del Estrés en la calle Marin. Era experto en hipnosis. Había colaborado con el estado en algunos juicios. Después de inducir un trance en los testigos en una sala insonorizada, grababa su testimonio con un circuito cerrado de televisión. Fue Husted quien tuvo la idea de someter a Kathleen Johns, la mujer que había escapado de Zodiac con su hija, a un estado de hipnosis profunda para que pudiera describir al hombre que

ella creía que era Zodiac. Pero la policía no fue capaz de encontrarla.

Husted se alegró de que le llevara información de Don Andrews, el sospechoso favorito de Narlow.

—Si no, Robert, moralmente no podríamos buscar al sospechoso de Napa, sin pisarle el terreno a Narlow. Me alegro de que traigas tú solo la información. Me interesa su paradero. ¿Sabes dónde está Andrews ahora?

—En algún lugar de San Francisco —respondí—, pero, para serte sincero, empiezo a tener mis dudas sobre él. Los testigos del asesinato de Stine dicen que es demasiado viejo y que está demasiado gordo.

Entonces le pregunté a Husted sobre el sospechoso que había escrito a Toschi.

—Ese Starr me interesa muchísimo —le dije—. La carta que escribió a Toschi me parece importantísima.

—Sí, te entiendo —dijo Husted—. Siempre ha sido mi favorito.

Durante el resto del día hablamos de Starr, que ya no estudiaba, sino que se había mudado en 1971 a Santa Rosa, donde trabajaba de vendedor. Su madre compró una casa allí en agosto de 1975.

Y esa noche empecé a redactar un informe sobre el mejor sospechoso en el caso Zodiac que había encontrado hasta entonces.

18. Robert «Bob». Hall Starr

En la época de los asesinatos conocidos de Zodiac (1968-70), Robert «Bob». Hall Starr (este nombre ha sido cambiado) era un «estudiante profesional» y vivía con su madre en la casa de ésta en Vallejo. Era muy inteligente; tenía un cociente intelectual cercano al 135. En 1971 tenía una caravana en Santa Rosa. En 1969 su aspecto era como el retrato robot de Zodiac. Siempre estaba solo, coleccionaba rifles (tenía dos del calibre 22), y cazaba animales. A su cuñada y a su hermano les dijo que «el hombre era la verdadera caza». Starr solía definir al hombre como «el animal más peligroso de cazar».

En noviembre de 1969 Sheila[30], su cuñada de veintiséis años, vio un papel que Starr llevaba en la mano y le preguntó qué era. Él lo tenía guardado en una caja de metal en la habitación de su hermano en North Bay. Ocultando unas líneas con símbolos extraños, dijo: «Esto es obra de un loco. Te lo enseñaré después». Nunca lo hizo. La preocupación de la familia aumentó. Cuando su cuñada le preguntó por un cuchillo ensangrentado en el asiento delantero de su coche el día del ataque en Berryessa, respondió: «Es sangre de pollo. Lo utilizo para matar pollos».

El sargento Mulanax ya sospechaba de él por otro delito terrible, el abuso a un niño en un colegio donde Starr trabajaba. Eso concordaba con el hecho de que Zodiac conociera las rutas de los autobuses escolares y las vacaciones de los «chavales».

Los hombres como Starr, aunque albergan un gran odio latente a las mujeres, pueden hacer gala de mucho encanto personal. Starr tendía a hablar de forma hiriente y solía padecer fuertes dolores de cabeza.

Husted tenía una teoría sobre el coche utilizado por Zodiac en el asesinato de Blue Rock Springs. A Starr lo habían despedido de una gasolinera la semana antes del asesinato de Darlene. Un amigo suyo había dejado en la gasolinera su Ford esa noche para que lo repararan, y Starr podía haber cogido el coche para cometer el asesinato, haberlo devuelto, y haber llamado luego a la policía de Vallejo. Starr y el propietario del Ford del 58 hablaban con frecuencia de muerte y asesinatos. En agosto, el amigo de Starr murió de causas naturales.

A comienzos de 1971, su madre, su hermano y su cuñada empezaron a sospechar, debido a su comportamiento desordenado, que podía ser Zodiac. Después de mucha angustia y de consultarlo con el tío de Starr, llamaron a Toschi y le contaron lo que temían. Armados con la información brindada por la familia, Armstrong y Toschi empezaron a preparar el terreno para una orden de registro.

Fred Wiseman, de la oficina del fiscal del distrito de San Francisco, llamó a la oficina del fiscal del condado de Sonoma, que a su vez encargó el caso a Toschi y Armstrong, junto a dos detectives de Sonoma.

—Dios mío —pensó Toschi—. Starr vive con su madre en Vallejo, también en una tienda de campaña con su hermano y su cuñada en San Rafael, y tiene una caravana cerca del campus. ¿Dónde registramos? —Los investigadores se decidieron por la caravana, porque Starr había estado en ella el martes.

Starr trabajaba en una empresa de productos químicos en Petaluma y allí tenía una taquilla. Toschi esperaba que

las pruebas que buscaban no estuvieran escondidas en ella.

Viernes, 4 de junio de 1971

La policía de San Francisco estaba muy ilusionada con el sospechoso. Hasta la secretaria de Toschi, Kate, levantó la vista mientras mecanografiaba la orden de registro y la información y dijo:

—¡Buena suerte! Creo que lo tenéis.

—Kate —repuso Toschi—, vamos a ver qué pasa.

Llevaron la orden a un juez del tribunal superior de Sonoma. Éste leyó el testimonio y lo firmó.

—Creo que tienen suficientes pruebas para ejecutar la orden de registro —dijo—. Caballeros, les deseo suerte.

La orden mencionaba específicamente «trozos de camisa ensangrentada, cuerda, rotuladores, gafas, pantalones de pinzas, anorak azul o negro tipo náutico, un cuchillo con una funda y una capucha negra». Incluso se hablaba de las gafas de pinza que había visto Bryan Hartnell.

La familia de Starr había dicho a los dos detectives de San Francisco dónde estaban la caravana y el coche. La familia del sospechoso nunca había ido a verle ahí pero sabía que la caravana no tenía ruedas. Toschi pidió al encargado del parque de caravanas que les enseñase la plaza que ocupaba concretamente el estudiante. El encargado les dijo que acababa de irse justo antes de que ellos llegaran. Los detectives vieron que la puerta de la caravana estaba abierta y decidieron llevar a cabo un registro rápido mientras esperaban a que Starr volviera. Bob Dagitz, el experto en dactiloscopia que se había ocupado del asesinato de Stine, iba con Armstrong y Toschi, además de dos ayudantes del *sheriff*.

Los hombres entraron en la caravana amarilla. Había

papeles y basura por todas partes. Un olor acre invadía el interior. Toschi apartó la cama de la pared y vio el bote de vaselina más grande que había visto en su vida y varios consoladores grandes y sucios rodaron por el suelo hasta sus pies. Volvieron a poner los consoladores de goma en su sitio con cuidado e hicieron lo mismo con la cama. Entonces entraron en la cocina pequeña y descuidada.

—¡Dios mío! —exclamó Toschi—. ¡Bill, coge unos cuantos! —El detective había abierto el congelador y había visto pequeños corazones de animales, hígados y cadáveres de roedores mutilados. «No todo el mundo guarda ardillas muertas en el congelador», pensó Dagitz[31].

Esperaron cuarenta y cinco minutos a que Starr volviera. Cuando oyeron que su coche se acercaba, corrieron a la puerta de la caravana. El automóvil estaba sucio; en el asiento de atrás había ropa, papeles, libros y exámenes de hacía varios años.

El estudiante salió y se dirigió a la puerta con paso cansino.

—¿Qué pasa aquí? —dijo fríamente, sin rastro de pánico. Ya conocía a los detectives de una visita que le habían hecho a uno de sus trabajos el marzo anterior. Tras un interrogatorio de dos horas, lo soltaron. Después lo habían despedido de su trabajo; él creía que se debía al interrogatorio de los detectives.

—Queremos hablar con usted. Tenemos una orden de registro para su vehículo, para su caravana, y para usted. Según nuestras informaciones, es usted un sospechoso muy sólido de los asesinatos de Zodiac —dijo Armstrong.

—Creía que habían arrestado a ese tipo —respondió Starr —. Yo vivo en Vallejo.

—Lo sabemos.

—Bueno, pues ustedes mismos —dijo el hombre corpulento.

Toschi lo observaba mientras les señalaba la caravana. Starr llevaba un reloj Zodiac (un reloj de buceo Clebar, con cronógrafo sumergible de los fabricantes de relojes Zodiac). También llevaba un anillo con una Z. Cuando Toschi lo señaló, Starr le dijo que su hermana se lo había mandado en 1967.

Los detectives comenzaron un registro más completo, moviendo los muebles y la cama. Toschi quitó las sábanas y volvió a apartar la cama de la pared. Los consoladores rodaron hasta sus pies.

—¿Son suyos? —preguntó Toschi.

—Juego un poco con ellos —dijo el corpulento estudiante.

A los detectives no les pareció que sintiera la más mínima vergüenza. Pero, a medida que proseguían con el registro, que duró una hora y que «puso la casa patas arriba», Starr empezó a mostrar incomodidad y nerviosismo. Los dos detectives se dieron cuenta de lo fuerte que era físicamente al verle de cerca.

—Tenemos que tomarle las huellas —dijo Toschi al estudiante—. Tenemos que tomarle las de las manos. Son cosas que hay que hacer.

Starr estaba visiblemente molesto y se resistió.

El experto en dactiloscopia, Dagitz, consiguió al fin buenas muestras, y empezó a compararlas en silencio bajo una lámpara en una esquina de la caravana. Dagitz estaba muy ilusionado, sobre todo cuando le dijeron que el sospechoso conocía bien la zona, que era ambidiestro, y era bueno con las armas.

Mientras tanto, Toschi y Armstrong consiguieron muestras de la letra de Starr. Toschi tenía dos folios con frases mecanografiadas que le había dado Morrill, de la CI&I. Le dijo al sospechoso que tenía que copiar las frases en la hoja.

—Queremos que escriba en letras de molde con la

derecha y con la izquierda, en mayúsculas y minúsculas —pidió Toschi—. Queremos que escriba esa lista de frases.

Toschi le dio un rotulador negro. Le enseñó la frase «hasta ahora he matado a cinco personas», y le dijo:

—Queremos que lo escriba con letra clara, como lo hace normalmente.

—No lo hago con la izquierda —adujo Starr.

—Tengo entendido que tiene cierta habilidad con la mano izquierda.

—¿Quién se lo ha contado?

—Hemos hecho un trabajo previo espléndido —dijo Toschi—. Conocemos lo que sabe hacer y lo que no.

Starr era zurdo por naturaleza, pero en la escuela primaria le obligaron a ser diestro, y después acabó volviendo a la izquierda. Su familia y amigos afirmaban que podía escribir y disparar con las dos manos. Morrill creía que las cartas de Zodiac estaban escritas con la derecha.

El hombre fornido escribió con la izquierda y pareció tener dificultades.

—No puedo —declaró.

—Hágalo lo mejor que pueda. Escriba mayúsculas y minúsculas. Escriba lo que le decimos —respondió Toschi.

Al estudiante no le gustó aquello, pero Toschi decidió que «iban a hacer todo lo que pudieran, excepto pedirle que hiciera el pino».

Los detectives le hicieron escribir de la A a la Z y del 1 al 100. Para Toschi resultaba evidente que el estudiante estaba cambiando su letra, pero tenía el mismo espaciamiento que se veía en las cartas de Zodiac.

—¿Por qué no puedo escribir lo que quiera? —preguntó Starr.

—Porque eso es lo que queremos que escriba —respondió Toschi, mientras la impaciencia empezaba a aparecer en su voz. Los detectives le hicieron escribir

«atentamente» y luego le pidieron que pusiera «Zodiac al habla».

—¿Eso es lo que me están haciendo decir? ¿Que soy Zodiac?

—No, pero tenemos que establecer la comparación. Si no es usted, le dejaremos en paz. Nos alejaremos de usted, lo descartaremos por completo. Pero tenemos que estar seguros —argumentó Toschi.

El estudiante siguió mostrándose reacio, pero escribió la frase.

Toschi sacó una segunda hoja con fragmentos de texto. Mandaron a Starr que escribiera «respondiendo a su petición de más detalles sobre lo bien que me lo he pasado en Vallejo, estaré encantado de darle más material». Starr lo copió fielmente, pero repitió la palabra «más». Luego le dijeron que escribiera «todos los que dan la mano la dan así». Toschi advirtió que las últimas líneas se inclinaban hacia el lado inferior derecho de la hoja, como era habitual en las cartas de Zodiac.

Por fin, los detectives salieron de la asfixiante caravana al aire fresco de la noche. Fueron a una cafetería a unas seis manzanas de distancia a tomar un tentempié y discutir el registro.

Dagitz estaba contrariado:

—Si las huellas del taxi de Paul Stine —afirmó— son las de Zodiac, no se corresponden con las de Starr. Es un no seguro.

Una vez en San Francisco, Armstrong y Toschi enviaron las muestras de huellas de Starr a Morrill, en Sacramento, y se fueron a casa a esperar la respuesta. Un día después, Morrill se puso en contacto con ellos por teléfono.

—Lo siento, Dave, no se corresponden.

En aquel momento, nadie tenía ni idea de que Zodiac utilizaba la técnica del calco en sus cartas. Toschi tampoco

sabía, como me enteré en investigaciones posteriores, que el estrés produce profundos cambios en la caligrafía de un sádico sexual. También obtuve muestras de la letra real de Starr en solicitudes de empleo; era pequeña y muy distinta de las muestras que escribió para Armstrong y Toschi.

—Todo parecía perfecto —me diría después Toschi—, pero no pudimos encontrar la manera de demostrar que Starr era Zodiac, el asesino.

A mí me parecía que habían cometido un error al no registrar la casa de la madre en Vallejo, donde Starr residía con frecuencia, pero quedaba en otro condado. Zodiac había empleado la técnica de los dos condados desde el principio. Mataba en zonas que lindaban con partes no incorporadas a las ciudades, o que eran zonas de jurisdicción dudosa entre los departamentos de policía y del *sheriff*. Si Starr era Zodiac, después del registro de Santa Rosa sólo tenía que volver a Vallejo a destruir las pruebas físicas que pudieran encontrarse en el sótano de su madre.

El Departamento de Vehículos a Motor me informó de que Starr tenía dos caravanas en 1979. ¿Y si en 1971 tenía otras caravanas sin registrar? Podía tener una en cada condado donde se producían los asesinatos y los detectives habían tenido la mala suerte de registrar la que no tocaba.

El padre de Starr murió justo antes del asesinato de Riverside. De él, su hijo heredó el amor por la navegación. El disfraz para asesinar de Zodiac estaba compuesto por una antigua prenda de vestir de la Marina, los pantalones de pinzas. ¿Se ponía Starr, por odio o incluso amor a su padre, la ropa de éste para cometer los asesinatos? ¿Había estado esa ropa en el armario de cedro de su padre en Vallejo hasta 1975, cuando vendieron la casa?

Zodiac hablaba de la «máquina de matar» de su sótano.

La habitación en la casa de su madre en Vallejo era un sótano, lleno de pequeños animales con los que le gustaba hacer experimentos.

Había estudiado química; la bomba del autobús de Zodiac era una bomba química.

Estuvo unos tres años en una institución para delincuentes desequilibrados por una acusación de abuso de menores en 1975. Cuando lo soltaron, volvió a vivir en casa de su madre, esta vez en Santa Rosa. Ella lo malcriaba, y le compró un avión y dos barcos.

Pero lo realmente interesante era la cronología:

22 de marzo de 1971: postal de Zodiac al *Chronicle*.

4 de junio de 1971: registro de la caravana de Starr.

De junio de 1971 al 28 de enero de 1974: las cartas de Zodiac se interrumpen inexplicablemente. Los asesinatos directamente relacionados con Santa Rosa empiezan en ese momento, en febrero de 1972.

29 de enero de 1974: primera carta de Zodiac en tres años.

8 de mayo de 1974: carta de Zodiac al *Chronicle*.

8 de julio de 1974: carta de Zodiac al *Chronicle*.

Diciembre de 1975: Starr es ingresado en una institución por abuso de menores. Los asesinatos vinculados a jóvenes autoestopistas en Santa Rosa cesan.

30 de diciembre de 1977: Starr sale a la calle. De inmediato escribe una nota mecanografiada a Toschi.

24 de abril de 1978: Zodiac vuelve a escribir por primera vez en cuatro años.

24 de febrero de 1979: el primer asesinato relacionado con el caso desde el 18 de octubre de 1975 se produce con el estrangulamiento de Susan Dye en Santa Rosa; Teresa Matthews es estrangulada un sábado y abandonan su cadáver cerca del agua (río Russian).

Si Starr era Zodiac, el registro de su caravana en Santa

Rosa le había llevado a dejar de escribir hasta que las cosas se calmaran. Cuando Starr salió de prisión, Zodiac volvió a escribir.

Pregunté al agente de la condicional de Starr si le había mandado una carta y me dijo que sí. Estaba mecanografiada y tenía el doble de sellos de los necesarios. La dirección estaba inclinada y los sellos al revés.

—No sólo eso, inspector —le dije a Toschi—, sino que hasta hace poco, el agente de la condicional no tenía ni idea de que su hombre era sospechoso en el caso Zodiac. Además, el día en que se enteró, el agente estaba en su casa viendo unas copias de las cartas de Zodiac. Toda la tarde estuvo recibiendo llamadas de una persona que jadeaba. Le dijo a su novia: «Creo que sabe que lo sé y que sabe que sé que lo sabe». El agente me describió el comportamiento de Starr cuando intentó averiguar ante qué cosas explotaba. Fue en su reunión mensual.

»—Dices que no te gusta venir a estas reuniones, Bob. Pero si no lo haces tendrás que volver a la cárcel —dijo el agente. Ante lo cual Starr agarró la silla por los lados, agachó la cabeza, miró al agente y dijo:

»—Eso no me gustaría nada.

»No dejó de repetir aquello. Se puso muy amenazador. La personalidad le cambió completamente.

—Eso es típico de Starr —señaló Toschi—. Cooperó con nosotros, pero sólo bajo mucha coacción.

—He descubierto una cosa que, seguro que no sabes, Dave. Starr tiene una ampliadora. ¿A que es interesante? Ahora tienes a dos personas con ampliadoras, Andrews y Starr. A Starr lo convencieron para que viera a un psiquiatra, y la policía de Vallejo se enteró de que había estado hincando los codos en la biblioteca para averiguar las respuestas correctas en un test psicológico —proseguí—. Starr hacía el test de la siguiente manera: examinaba el

panel durante un minuto, reaccionaba rápidamente y terminaba el test en seguida. Eran test de física con formas y clavijas. Dave, he visto un informe del psiquiatra que decía: «[Starr] era un ejemplo de eficiencia en los movimientos y se reía cuando los demás intentaban reproducir su facilidad para resolver los problemas».

Resultaba evidente que Starr abordaba todos los test del mismo modo. No sonreía ni mostraba emoción alguna, y hablaba con una voz baja y monocorde.

—El analista lo sometió a un test de Rorschach en 1978 —le conté a Toschi—, y le avisaron de que buscara las respuestas que contuvieran la letra Z.

»—Hay escasas posibilidades de que más de una respuesta empiece por Z —respondió el analista a la policía de Vallejo—. No creo que haya ninguna.

»Pues bien, la primera mancha de tinta que enseñaron a Starr le recordó un arco "cigomático" [que en inglés empieza por Z], Al analista le impresionó aquello y al concluir los test vio que había dado cinco respuestas con Z. Como recordarás, a Stine lo dispararon en el arco cigomático.

Cuando a Toschi lo degradaron trasladándolo a la brigada de Casas de Empeño, Starr le dijo a su agente lo que pensaba. Él creía que la visita de Armstrong y Toschi a su oficina en 1971 le había costado el empleo.

—¡Ahora el señor Toschi sabe lo que se siente! —dijo Starr entre dientes.

—Starr trabaja de dependiente en una tienda, pero odia tener que ganarse la vida —me dijo su agente de la condicional—. Sigue viviendo en el sótano, pero ahora es el sótano de la casa nueva de su madre en Santa Rosa. Y sigue teniendo ardillas vivas correteando por la casa. Pero te diré una cosa —concluyó—. Representa su papel a la perfección.

Miércoles, 5 de marzo de 1980

Apagué las luces del coche y lo conduje con el motor apagado hasta debajo de un olmo, donde lo paré, a unos 7,5 metros de la ventana delantera de la casa de Starr. Eran las 20:30, y el aire de la noche era algo frío. A la izquierda de la casa había un camino de entrada y un garaje. Sólo se veía un Volskwagen. Me pregunté dónde guardaba sus caravanas, sus barcos y los otros coches. Estuve varias horas observando la ventana que daba al porche y la puerta de entrada. Distinguía la silueta de una forma grande y voluminosa, que pensé que era un armario o un electrodoméstico. A las 23:00 se movió.

Era la sombra de Starr.

Sábado, 8 de marzo de 1980

Starr trabajaba en una tienda, que era tan grande que decidí que no era peligroso echarle un vistazo más de cerca.

Era una mañana luminosa y soleada. Aparqué a varias manzanas de distancia para que no viera qué coche tenía ni el número de mi matrícula. Me acompañaban mis dos hijos y un amigo. Starr nunca me había visto; yo, desde luego, sabía perfectamente cómo era gracias a las fotos.

Lo encontré en la parte de atrás de la tienda anotando las ventas. Mi intención era comprarle algo para obtener una muestra de su caligrafía, pero de él emanaba tal sensación de peligro y de fuerza animal que salí en seguida. Me esperaba a una persona afable y gruesa, como el Hijo de Sam, de quien sería el último que uno sospecharía que era un asesino en serie, pero ese hombre era fuerte y parecía peligroso. Sus ojos estaban sumidos en la oscuridad debajo

de unas cejas muy pobladas; seguía llevando el pelo rubio rapado. Sí que era fornido, pero parecía grande sobre todo por los músculos, especialmente los de cuello, hombros y brazos.

Recogí a mis hijos en la puerta de la tienda, donde me estaban esperando, y me los llevé a tomar un refresco en un 7-Eleven de las inmediaciones. Al más pequeño le tocó un premio en el fondo de su bebida Slurpee.

Era un anillo con uno de los signos del zodíaco.

Domingo, 9 de marzo de 1980

Volví a hablar con el agente de la condicional de Starr en Santa Rosa. Conocía sus movimientos desde su salida de prisión.

—¿Sigue viviendo con su madre? —pregunté.

—Sí, sigue con su madre y ella, bueno… es una situación extraña. He hablado con él de su madre. Es una de las partes más importantes de su terapia y de su forma de ver el mundo.

—¿Cree usted que Starr odia a su madre? —pregunté.

—Sí, desde luego. No cabe duda de que la odia. Ella decía del padre: «Ese cabrón e hijo de puta, nunca está. No se ocupa de su familia ni cubre mis necesidades. No asume sus responsabilidades familiares. Todos los hombres son imbéciles. Todos hacen lo mismo. Son unos cabrones y unos hijos de puta». Después le decía a su hijo: «Eres como los otros hombres. Eres así, eres asá». Una actitud así, al cabo de los años, ha destruido por completo su capacidad para tener relaciones heterosexuales normales con una mujer adulta. Cuando su madre le pregunta por qué es como es, él suele responder: «Estoy jodido. Y estoy jodido por tu culpa. Tú me has hecho como soy». Y ella se siente muy culpable y

le sale toda la culpa y se niega a actuar para detener el comportamiento de su hijo. Un día le dije:

»—Bob, se sospecha que tú eres Zodiac, el asesino.

»—Ya lo sé —me respondió.

»—¿Y qué te parece? —inquirí.

»—Creo que está fatal que me hayan hecho eso. Es injusto.

»—¿Ah, sí?

»—Sí.

»—¿Has leído los informes?

»—Sí, ya sé lo que dicen. Todo es un hatajo de mentiras —afirmó Starr.

»—Bueno, pero ¿quién va a admitir que es Zodiac?

»Robert, la mejor frase que he oído para definir a los pederastas y a los agresores sexuales con trastornos mentales es: "Lo que te excita, te excita". Y no sirve de nada que estés cuatro años en Atascadero [institución para delincuentes desequilibrados] y que te suelten y te digan que estás cuerdo y curado y que ya no eres un violador con trastornos mentales. Lo que pasa, esencialmente, es que lo que te excita, te excita. Es posible que puedas reprimir lo que te excita, pero sigue siendo lo que te excita.

Martes, 11 de marzo de 1980

De nuevo en Vallejo, me enteré de más cosas sobre Starr.

En 1965, antes de los asesinatos, antes de las cartas, antes de que existiera una criatura llamada Zodiac, Starr y dos amigos de Torrance, Kenn y Bill (no son sus nombres reales), fueron a cazar. Se desarrolló la siguiente conversación, tal y como quedó registrada en una declaración a la policía archivada en julio de 1971.

—Preferiría cazar personas que animales salvajes —les

dijo Starr a sus amigos—. Creo que el hombre es la auténtica presa. El hombre es, al fin y al cabo, el animal más peligroso de cazar. Lo que haría es lo siguiente —continuó, animándose—: los cazaría de noche con visor eléctrico y una linterna pegada con cinta al cañón de la pistola.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué? —preguntó Kenn.

—Porque quiero —respondió Starr, dándose la vuelta y mirando fijamente, sin pestañear, a su compañero de caza—. Y no sólo eso, sino que además escribiría cartas desafiantes a la policía y los periódicos. Y me llamaría Zodiac.

Mis fuentes me contaron varias historias más sobre Starr y su vida en Vallejo. En 1973, el informe de un médico aseveraba que era «potencialmente violento, peligroso», y «capaz de matar». El médico sospechaba que tenía «cinco personalidades distintas». La primera vez que los agentes de la condicional fueron a su casa de Santa Rosa, éste mandó a unos niños en bicicleta con unas banderas rojas para que los guiaran hasta el camino de entrada. «Otro ejemplo de su negro sentido del humor», dijo el agente más veterano.

Un amigo de la infancia, ahora policía de tráfico retirado, podía dar fe de su fuerza física. Cuando éste era adolescente, el amigo pasó por su lado en una calle de San Francisco y por el espejo retrovisor de su coche vio que cinco *marines* lo rodeaban. «Menudo jaleo va a montarse», pensó el amigo. Pero, antes de que pudiera dar marcha atrás, los cuerpos volaban en todas direcciones. Starr fue el único que quedó en pie.

—Di marcha atrás y le pregunté si estaba bien, si necesitaba que le llevara a su casa —me relató el amigo—.

Dijo que se iba a dar un paseo y que no, gracias.

En una tienda donde trabajó, los hombres se metían con él. Retó a uno a que se enfrentara con él. Lo agarró y lo tiró contra una pila de cajas de cartón, al otro lado de la sala.

¿Tenía fuerza suficiente para levantar a estudiantes muertas en Santa Rosa y arrojarlas a unos arbustos lejanos por encima de una verja?

En la Marina, Starr había estudiado lenguaje cifrado, había sido operario de teletipos y había fabricado velas. Pese a tener problemas de peso y de tensión arterial, Starr seguía practicando el buceo.

Después de que lo arrestaran por abuso de menores y saliera bajo fianza, les dijo a todos sus amigos que lo habían detenido porque «era Zodiac».

Durante el juicio, tomó la costumbre de incordiar al ayudante del *sheriff* que testificaba contra él plantándose delante de su casa por las noches. Finalmente, una noche, el agente salió y le obligó a marcharse.

Cuando le condenaron, la policía fue a buscarlo a su casa. La madre les dejó entrar y lo encontraron en el centro de su habitación en el sótano, aullando y temblando, mientras ardillas vivas correteaban por encima de él y «la mierda de las ardillas le caía por los hombros».

Mientras estaba en prisión, Starr escribió a sus amigos que «esperaba que Zodiac matase o escribiese otra carta a los periódicos. Eso me absolvería».

Después de ser puesto en libertad en 1978, un psicólogo de Santa Rosa, el doctor Thomas Rykoff (ha pedido que se cambie su nombre), le convenció para que se sometiera a una serie de test psicológicos. Mi fuente me contó que «el psicólogo de Santa Rosa llegó a la conclusión de que Starr es "muy peligroso y un sociópata (no siente culpa)", y también "es enormemente inteligente e incapaz de funcionar de modo normal con las mujeres"». La categoría

de sociópata estaba ya clara en la última sesión. Cuando Starr hablaba de Zodiac, lloraba. El doctor Rykoff creía que «reprimía un odio muy profundo».

El estudio del psicólogo iba por la mitad cuando, como parte de un programa de prácticas para un grupo de reinserción social que organizaba en Santa Rosa, hipnotizó a una joven. A medida que la mujer iba hablando de sus sentimientos y sospechas respecto a un cuñado suyo y del lado oscuro de éste, el médico empezó a darse cuenta de que la personalidad que le estaban trazando resultaba inquietantemente familiar. «¿Qué pasa aquí? —pensó Rykoff—. Parece que está hablando de Starr. El peligro potencial es el mismo».

No le dijo nada a la mujer, de quien había deducido correctamente que era la cuñada de Starr. El médico se preguntó si le estaban tendiendo una trampa. Primero había atendido a Starr para hacerle un favor al teniente Husted y a su agente de la condicional, y ahora la cuñada del paciente aparecía con nuevas sospechas sobre él. La coincidencia era excesiva. Rykoff tenía que averiguar quién era ese hombre y por qué tanta gente estaba interesada por él. Cada vez le daba más miedo su paciente.

El 1 de noviembre de 1978, pidió a su hermano, un policía de San Francisco, que investigara el pasado de Starr y que descubriera de qué se le consideraba realmente sospechoso. El mismo día, su hermano volvió a ponerse en contacto con él.

—He descubierto que fue uno de los sospechosos principales en el caso Zodiac —dijo Rykoff.

—¡Mierda! —exclamó el médico—. Descubre todo lo que puedas sobre él, y sobre cómo debería tratarle.

La respuesta que obtuvo fue cualquier cosa menos tranquilizadora.

—Tanto entonces como ahora estamos convencidos de

que Starr era nuestro mejor sospechoso —declaró Toschi al hermano del médico—. Lo dejamos libre porque no pudimos encontrar pruebas físicas. Créame, hicimos todo lo que pudimos. A mí, personalmente, mi intuición me dice que es él. Dígale al doctor Rykoff que, cuando hable con él, lo haga en un lugar del que pueda salir corriendo. Que se sitúe en un ángulo oblicuo con respecto a él. Que no se acerque mucho. Y, sobre todo, que no le enfurezca.

Rykoff le pidió que volviera a la cuñada de Starr y, con Husted, la sometió a un profundo estado de hipnosis el 15 de noviembre. Cuando ella recordó un papel con líneas de símbolos extraños que había visto en la mano de Starr en 1969, Husted decidió intentar que ella reprodujera esas figuras. En escritura automática, trazó lentamente cuatro filas de símbolos. La escritura automática suele ser desordenada pero la suya era recta y continua, como una rejilla, igual que la de Zodiac. Los símbolos se parecían mucho a la tercera línea del mensaje cifrado de 340 caracteres de Zodiac. A medida que la sesión de hipnosis avanzaba y la mujer hablaba más detenidamente de su cuñado, empezó a temblar y agitarse; los nudillos se le pusieron blancos. Finalmente, Rykoff tuvo que concluir la sesión.

El psicólogo y la cuñada no eran los únicos que temían a Starr. Seguramente, su madre también le tenía miedo. Aunque vivía en la misma casa, viajaba continuamente por Estados Unidos y Europa. ¿Era para alejarse de él? El agente de la condicional y la cuñada creían que sí. El dinero de la pensión del padre fallecido se empleaba probablemente para financiar los viajes.

El agente de la condicional era observador y se dio cuenta de que Starr llevaba anticuados pantalones de pinzas. En el período en que se enteró de que éste era uno de los principales sospechosos en el caso Zodiac, miró un

día por la ventana del apartamento que compartía en Bodega y vio al estudiante dos pisos más abajo, al lado de la piscina del bloque. Sonreía y miraba fijamente al agente, como una ballena blanca varada, dando la mano a una niña de nueve años. Starr no tenía ningún motivo para estar ahí; parecía completamente hiera de lugar. Resultaba evidente que había cogido la mano de la niña para no desentonar entre la multitud de familias congregadas en tomo a la piscina.

En una ocasión, unos agentes que se dirigían a una zona de Santa Rosa que un asesino había utilizado como vertedero de cadáveres (todos ellos de estudiantes de Santa Rosa) se detuvieron en la carretera de Sully. Bajando la carretera, y procedente de la zona de los asesinatos venía Starr. Iba a bucear, les dijo a los boquiabiertos policías.

Miércoles, 12 de marzo de 1980

Esa tarde, volví a observar a Starr mientras trabajaba en la tienda. Estuve un rato a menos de medio metro de distancia de él, escuchando su voz baja y suave mientras hablaba con los clientes. Su frente era aún más ancha de lo que recordaba, su cuerpo fornido y fuerte. Pero tenía barriga, como habían descrito a Zodiac.

Llevaba un mono de color rojo intenso con el nombre de «Bob» cosido en un trozo de tela encima del bolsillo izquierdo del pecho. Antes había trabajado en la trastienda en labores de almacenaje, pero ahora trabajaba prácticamente siempre cerca del escaparate. En la pared había un cartel; las letras, escritas con rotulador, se parecían a la letra de molde de Zodiac. Tenía que conseguir una copia del cartel.

Después le hice unas fotos desde la otra acera, cuando

no miraba directamente a la ventana. Tenía miedo de que me viera. A las 17:15 me marché e hice unas fotos de su casa con exposición dilatada. Luego volví a la tienda.

Tenía la intención de fotografiar la silueta de Starr cuando saliera del trabajo y pasara por debajo de las luces de un almacén. A las 18:30 vi que salía de la tienda y que cruzaba la calle hacia donde yo estaba. Me coloqué en la sombra y esperé a que pasara entre las luces y yo. Pero no pasó.

Me di cuenta de que esa noche no se iba a su casa. Debía de haber llevado el coche al trabajo. Corrí a mi Volkswagen. En pocos segundos estaba detrás del volante. No veía a Starr por ningún lado. Puse en marcha el motor, encendí las luces, y estaba a punto de salir a la calle en penumbra cuando el Volkswagen *coupé* aparcado detrás de mí arrancó y salió a la carretera con las luces apagadas. El coche estaba escondido en la sombra de un gran árbol; no me había percatado de que estaba ocupado. El conductor miró dentro de mi coche mientras pasaba lentamente a mi lado. Era Starr.

Dobló la esquina y puso rumbo al este. Aguardé un momento, apagué las luces y lo seguí. Iba en dirección contraria a su casa.

Tres manzanas después, se detuvo, y yo aparqué a una manzana de él y empecé a andar. Cuando estuve suficientemente cerca para distinguirlo en el crepúsculo, vi que miraba a su alrededor para cerciorarse de si alguien lo observaba.

De pronto, se acercó y abrió la puerta de otro coche aparcado en la calle. Entró y salió disparado en la oscuridad. Cuando volví corriendo a mi coche, ya había desaparecido.

Mi objetivo era descubrir dónde tenía sus caravanas o, al menos, saber dónde solía estar. ¿Por qué había cambiado de coche? ¿Tenía miedo de que lo estuvieran siguiendo? La

próxima vez que fuera tras él, tendría que utilizar otro coche.

Aunque no fuera Zodiac, se traía algo muy extraño entre manos.

Viernes, 14 de marzo de 1980

El teniente Husted le estaba comprando un poni a su hija. Yo le miraba desde la verja a treinta metros de distancia. Era un día tormentoso, y el cielo estaba lleno de nubes negras; la hierba del campo se mecía al viento. De la furgoneta del teniente goteaba continuamente agua con óxido sobre la cuneta. Al otro lado del alambre de espino, un perro me ladraba.

Husted creía que Starr era responsable de la serie de asesinatos de estudiantes en Santa Rosa. Esa tarde me había mostrado una lista de dos páginas de víctimas.

—Hay muchas cosas que no te he contado, y que no puedo contarte —dijo mientras abría la furgoneta—. Se me ha ocurrido que, si pudieras entrar oficialmente en el caso, podría contarte muchas más cosas. Necesitamos material nuevo… algo que nos garantice una orden judicial. Quiero hipnotizar otra vez a algunos testigos y, si tú estuvieras presente como dibujante de la policía, podríamos hacer buenos retratos robot y también enterarnos de cosas que ayudarían a tu libro.

—Yo no tendría ningún inconveniente —dije.

—Starr tiene un amigo del que no te he hablado antes —me reveló Husted—, y parece que a él le ha confesado que es Zodiac, y que le ha contado detalles de algunos asesinatos[32]. Me gustaría hipnotizar al amigo, y también a la cuñada. Y, desde luego, a Kathleen Johns, si algún día la

encontramos. ¿Has tenido suerte en eso?

—Vivía en Riverside hasta diciembre. Tengo la dirección, pero se mudó y me devolvieron la carta diciendo «Desconocido».

Ya le había contado a Husted mi búsqueda de las caravanas de Starr.

—Creo que sabemos dónde está ahora una de ellas, pero no creo que haya nada dentro —dijo—. En mi opinión, las pruebas las tiene en el sótano, no en la calle, donde las podríamos ver. Ese tipo es carpintero… es un manitas. Yo iría con un sonar y buscaría una habitación escondida. Me da la impresión, Robert, de que ahí es donde encontraríamos la ropa manchada de sangre, llaves, quizá incluso fotos. Creo que Starr se ha construido un sitio para revivir sus crímenes.

Domingo, 20 de abril de 1980

Mientras conducía por la 101, casi hasta Santa Rosa, intenté imaginar cómo recogía el asesino a las estudiantes en la autopista. Casi todos los estudiantes del Júnior College de Santa Rosa hacían autoestop en la avenida Mendocino, enfrente de la universidad, o en una gasolinera en la vía de acceso a la avenida College. Para que el asesino recogiese a un estudiante que hacía autoestop, me parecía que tenía que venir de Santa Rosa.

Encontraron a las víctimas en la carretera de Franz Valley, a una distancia de nueve a once kilómetros de Santa Rosa. Me pregunté cómo, en una distancia tan corta, el asesino había podido estrangularlas y, en algunos casos, atarlas de forma complicada, y después arrojarlas a una carretera tan estrecha y sinuosa que podía cruzarse con un coche aparcado en cualquier momento. En tres casos, las

chicas fueron envenenadas con estricnina. Aunque ese alcaloide actúa rápido, ¿cómo consiguió el asesino que las mujeres lo ingiriesen antes de llegar a la carretera de Franz Valley? Tenía que tener una casa a la que llevar a las mujeres durante al menos un breve período; yo estaba seguro de que el asesino tenía que vivir cerca de Santa Rosa o, por lo menos, tener un alojamiento allí.

Recordé que Starr tenía una caravana en Santa Rosa.

Bajo la lluvia torrencial avancé por la carretera de Mark West Springs hasta que llegué a una bifurcación. A la izquierda tenía la carretera de Franz Valley; a la derecha, la carretera de Porter Creek. Habían encontrado cadáveres en ambas carreteras; me acordé de los asesinatos de Zodiac en la carretera del lago Herman y en Blue Rock Springs. En ambos casos el asesino había llegado a una bifurcación en la carretera. En una ocasión fue a la derecha y la siguiente a la izquierda, buscando víctimas.

En la carretera de Franz Valley, avancé hasta llegar a la zona donde se habían encontrado siete cadáveres, y aparqué mi pequeño coche en el arcén. Bajé por el terraplén entre árboles tupidos y maleza hasta el fondo del barranco, a unos veinte metros. El asesino debía tener una fuerza extraordinaria para tirar los cadáveres por encima de una valla, por encima de los intrincados arbustos y del follaje, hasta el fondo del barranco.

Empapado, volví al coche y conduje hasta el final de la carretera de Franz Valley, donde me di cuenta de que, aunque el asesino hubiera tomado el desvío de Porter Creek, se habría vuelto a cruzar con la carretera de Franz Valley en Calistoga. Y, por primera vez, me percaté de lo cerca que estaba del Pacific Union College, en Angwin. Shepard y Hartnell habían estudiado allí.

Viernes, 25 de abril de 1980

Mientras iba a Santa Rosa, me acordé de Dean Ferrin y de que había empezado a recibir llamadas anónimas sobre la muerte de su mujer a manos de Zodiac.

Starr no estaba en la tienda cuando me paré a buscarle, así que volví al coche y pasé por su casa. Todos sus coches estaban ahí. Uno era un Skylark gris, otro un Corvair azul y blanco, y el otro un Volkswagen Karmann Ghia de 1967, una copia casi exacta del coche de Bryan Hartnell en la agresión del lago Berryessa. También tenía dos barcos de vela y en otro sitio tres caravanas «construidas especialmente».

Imaginé que había comido tarde y se había retrasado. A las 15:00 volví a la tienda, y seguía sin haber rastro de él. Decidí volver a mirar el cartel con la letra que se parecía a la de Zodiac. Tal y como me temía, ya no estaba. Pero, cuando me daba la vuelta, vi algo que me hizo detenerme en seco.

Colgados un poco por encima de mis ojos había seis sujetapapeles con notas y cosas escritas en ellos. Uno tenía unas letras de molde escritas con rotulador que eran lo más parecido a la letra de Zodiac que había visto jamás. El párrafo estaba firmado. Yo firmaba Starr.

La policía de Vallejo me dijo que no tenía muestras de la letra de Starr (aunque yo había visto cartas manuscritas que la policía tenía en sus archivos, que Starr había escrito en la institución psiquiátrica), y que ahora lo mecanografiaba todo.

La tienda estaba abarrotada y oscura y sabía que hacer una foto sin llamar la atención de los empleados sería casi imposible. Además, Starr podía volver en cualquier momento a buscar sus sujetapapeles; no quería vérmelas con él. Volví un rato después con un amigo, compramos varios artículos, y luego nos dirigimos al final de la tienda.

Fingí que le hacía una foto a mi amigo mientras éste hacía el tonto con una cuchara de madera. Lo que realmente fotografié, con el objetivo muy abierto, fueron las letras a casi 1,20 metros de distancia. Lo hicimos sin ocultarnos, y salió perfecto.

Ahora tenía que revelar y ampliar la foto del sujetapapeles. No creía que se pudiera ver nada en esas circunstancias, pero decidí recurrir al mejor fotógrafo que conocía para que ampliase la foto lo suficiente y que Morrill pudiera examinarla.

Mi absurdo plan alternativo, si la foto salía mal, era hacer una copia de la nota con rotulador y pegarla a un sujetapapeles marrón, idéntico al de la tienda de Starr. Entonces volvería a la tienda y las cambiaría. Yo sabía que dibujo lo bastante bien para que, si ponía una al lado de otra y las cambiaba de sitio, ni siquiera el propio Starr podría saber cuál era la suya y cuál la que yo había llevado a la tienda.

Lunes, 28 de abril de 1980

Gary Fong me reveló la película.

—Va a salir con un poco de grano —dijo.

—No pasa nada —dije—. Me conformo con tener algo que mandar a Sacramento.

Hasta media tarde Gary no obtuvo una copia suficientemente grande para quedarse satisfecho. Me dio una ampliación nítida y clara de veinte por veinticinco centímetros en blanco y negro. A las 16:30 se la mandé a Morrill a Sacramento por correo urgente. Los empleados de correos me aseguraron de que la recibiría a primera hora de la mañana siguiente.

Martes, 29 de abril de 1980

A las 10:17, me llamó Morrill y me dijo que había recibido mi copia y que, con el otro calígrafo, Dave DeGarmo, de Pleasant Hill, había examinado la muestra.

—A partir de la copia que me has mandado, Robert, no puedo descartar a ese hombre como sospechoso en el caso Zodiac —afirmó Morrill—. Tiene buena pinta. DeGarmo está conmigo. ¿Puedes conseguirnos más muestras de su caligrafía?

Prometí que lo haría.

Decidí abordar el asunto sin ambages.

Jueves, 1 de mayo de 1980

Llamé a casa del jefe de Starr a las 20:30. Le pedí su ayuda en un asunto urgente, grave y confidencial, para el cual necesitaba muestras de escritura de molde de una persona que trabajaba en su tienda. Insistí en que no me interesaba el contenido de lo escrito, sólo la forma y los espacios entre cada carácter. Callé el nombre de Starr porque no quería poner en peligro el trabajo de un inocente. En ningún momento mencioné que se trataba de un caso de asesinato.

—¡Espere un segundo! ¿Está usted insinuando que existe la posibilidad de que algún empleado mío sea un delincuente? —exclamó—. ¡Señor, yo no empleo a delincuentes!

—No, es un caso de amenazas por carta recibidas a lo largo de diez años —repuse.

—Tengo que pensármelo —dijo—. No creo que me gustara que me lo hicieran a mí.

En el transcurso de las siguientes semanas cambió de

idea varias veces pero, al final, me denegó el acceso al registro de mercancías y a las hojas de pedido de Starr.

Como ya se había dictado una orden de registro en 1971, la policía de Vallejo se mostraba reacia a pedir otra, sobre todo ahora que Starr se había mudado a otro condado. Imaginé que Husted, agobiado con otros casos, prefería que un ciudadano obtuviese por su cuenta las muestras de escritura. Como favor personal, Morrill las estudiaba.

Jueves, 7 de agosto de 1980

Durante cierto tiempo, por tanto, con el objeto de obtener muestras de la letra de Starr, pedí a mis amigos que le compraran cosas.

—¿Sabes que fui profesor? —le dijo a una amiga mía—. Daba una clase a niños de catorce años, pero me encantaba enseñar a los niños de primaria. Mis alumnos sacaban buenas notas; una niña de siete años sabía matemáticas de bachillerato cuando terminó el curso. Toda mi clase sabía leer a un nivel de niños de trece años. Me encantaba trabajar con alumnos de primaria.

—Es una edad estupenda —añadió mi amiga.

—Me pareció que era un campo con futuro. Y ahora no consigo trabajo de profesor, así que he terminado trabajando aquí, seis días a la semana a 5,32 dólares la hora. Mi único día libre es el viernes.

—¿Siempre trabajas seis días a la semana? Debe de ser duro.

—Sí, menos una vez que me tomé varios días libres sin sueldo, pero conseguirlos fue una labor de titanes —dijo Starr.

—Bueno, ya sabes lo difícil que es conseguir trabajo de profesor en California.

—Es verdad, pero mañana voy a presentar una solicitud para dar clases a adultos; veinte horas a la semana, a diez dólares la hora. Es más de lo que gano aquí, desde luego. Aunque este trabajo no está mal. Me gusta tratar con la gente —dijo, mirándola fijamente.

19. Zodiac

Martes, 12 de agosto de 1980

Fui a Napa a preguntar a Ken Narlow si él creía que Zodiac estaba involucrado en los asesinatos de Santa Rosa.

El corpulento abogado, de rostro ancho, respondió de forma inmediata:

—La verdad es que no. Hemos considerado a algunos, pero las características no eran compatibles. Todos tenemos a nuestro favorito —prosiguió—. Toschi y Armstrong siempre apostaron por Starr. Yo he apostado por Andrews. Son suposiciones.

Narlow y yo empezamos a revisar el archivo de Don Andrews y a compararlo con la información que teníamos de Starr.

—El Taller Mecánico Don Andrews —dijo Narlow— puede ser una tapadera, o puede que realmente se haya dedicado a la reparación de motores. Su padre se llamaba Oscar Andrews [este nombre ha sido cambiado], su madre Betty Moran [este nombre ha sido alterado]. Aquí aparece registrado como vagabundo por la policía de Los Ángeles. Quedó inscrito como Walter Hansen [he cambiado este nombre] el 11 de enero de 1941. El empleo que aparece es el de cantante. ¿Y sabes una cosa? —prosiguió Narlow, dando un puñetazo en la mesa—. Aunque Andrews no sea Zodiac, podría serlo perfectamente.

Una foto suya de 1969 se parecía mucho al retrato robot de Zodiac, cuando Narlow los puso uno al lado del otro.

—Mira, aquí pone que trabaja de fabricante de motores —dijo el detective, sin dejar de buscar en la carpeta—. Walter Hansen y Don Andrews son la misma persona. Aquí hay una declaración jurada para una matrícula. Pone que su trabajo es fabricante de motores. Aquí están sus antecedentes penales. No cabe duda de que el alias de Don Andrews es Oliver Walter Hansen. Kathleen Johns dijo que Zodiac llevaba las gafas con un elástico. Howard también. En 1969 en Napa se cometieron tres homicidios en diez días, que desbordaron completamente un departamento pequeño como el nuestro en cuanto a número de efectivos. Estábamos un poco divididos en la unidad de investigación y pedí que asignaran a un investigador del Departamento de Justicia para que nos ayudase en este caso, en cuanto descubrimos que tenía relación con los asesinatos de Vallejo y del condado de Solano. Nos mandaron a Mel Nicolai, que es íntimo amigo mío. Se hicieron unas tablas de información temporal [tablas PERT, en sus siglas inglesas] para todos los crímenes de Zodiac, con la ayuda del Departamento de Justicia, para que los agentes dispusieran con claridad de todas las pruebas y las secuencias temporales. Lo hacemos en todos los homicidios importantes y siempre en algo tan complejo como este caso, en el que participan tantas agencias de policía distintas. Todas las huellas de las palmas de las manos que tiene Napa se han comparado con las de los sospechosos. Pero San Francisco tiene huellas dactilares. Una en sangre.

Le pregunté por la historia de Bob Hall Starr y los dos cazadores, cuando predijo en 1966 que mataría a parejas y que se llamaría Zodiac.

—La historia es tan extraña que no sabes si creerla o no. A veces la gente se inventa cosas así, por la razón que sea. Puede creérselo a pies juntillas. No sé, pero esa historia es tan conveniente que, si el tipo realmente dijo esas cosas, es

tan fácil que entonces casi seguro que tiene que ser Zodiac[33].

»En este momento, sería complicado que se presentara un hombre y confesara ser autor de los crímenes de Zodiac. Tardaríamos un tiempo considerable en desentrañar ciertas cosas que diría, para determinar si proceden de recortes de periódico o de conversaciones con la gente. Desde luego, hay ciertas cosas que no hemos revelado.

Sábado, 25 de octubre de 1980

Con el tiempo me había quedado muy claro que los departamentos de policía no compartían con los demás su mejor información sobre Zodiac. Recuerdo que Toschi me dijo: «Narlow nunca ha podido relacionar a Don [Andrews] con la zona de Riverside, pero nosotros sí. Pero seguimos sin saber cuánto tiempo estuvo allí».

Después de la visita a Husted en Vallejo, llamé a Toschi.

—El tipo aquel, Andy Todd Walker, a quien seguían con tanto interés, se supone que estaba todo el rato en el restaurante incordiando a Darlene. Pero Bobbie Ramos me dijo: «¡No! No era él. ¡Les he dicho que no era él!». Sin embargo, sí que había un tipo que hacía esas cosas, que indagaba en la vida de Darlene Ferrin. Aunque no creo que fuera Walker. Todos dicen haber visto a un hombre en un coche blanco con una matrícula antigua de California. Bobbie vio a un hombre corpulento y de cabello rizado y claro. Lo de siempre. Muchas personas han visto a ese hombre —le dije.

—Es evidente —dijo Toschi— que tienes mucha información, me gustaría verla reunida. Es fantástico. Yo creo que fue alguien de Vallejo o un íntimo de Darlene. Es lo

que parece ahora. Cuanta más información obtienes, más te conduce a esa zona.

Sábado, 8 de noviembre de 1980

En respuesta a una carta que le escribí, me llamó Linda, la hermana de Darlene Ferrin. Desde la muerte de ésta su vida había sido un caos; me llamó desde las inmediaciones de Stockton.

En aquella ocasión sólo tenía una pregunta:

—Linda: ¿Darlene iba al lago Berryessa?

—Sí —respondió—, le gustaba el sitio. Y por eso… por eso creo que Darlene conocía a Cecelia Shepard.

Sábado, 20 de diciembre de 1980

Mis intentos de seguir a Starr seguían siendo tan infructuosos como antes. Estaba seguro de que estaba sobre aviso. Sin embargo, conseguí una solicitud de empleo que acababa de rellenar y unos recibos comerciales de 1980. Fui a Sacramento y llegué a casa de Sherwood Morrill justo antes de las 20:00. Éste estaba impaciente por ver nuevas muestras de la escritura de Starr.

Las estudió durante cinco minutos y al cabo levantó la vista.

—Bueno, para empezar, Starr no tiene las *k* de tres trazos que asociamos con Zodiac. Y mira la *n* de Zodiac. Es como un signo en forma de *v* o un montículo. Pero la de Starr es redonda. La *y* tampoco concuerda. Pero, aparte de eso, las muestras se parecen lo suficiente para que quiera ver más.

Sherwood era de la opinión de que la letra que Starr escribía desde que había salido de la cárcel era forzada, no la que le salía naturalmente.

Lunes, 12 de enero de 1981

Llamé para pedir una cita con Jack Mulanax, el policía que había sustituido a Lynch y Rust en la investigación de Ferrin y Mageau. Ahora era detective privado, pero no tocaba un caso si pensaba que el cliente era culpable.

—Tengo entendido que tenía un sospechoso que le gustaba mucho —dije—. ¿Se llamaba Starr?

—Sí. Starr fue el único sospechoso que investigué que llegó a convencerme —dijo Mulanax.

—Tengo unos documentos sobre Starr que quizá le gustaría ver —dije—. Tengo su expediente académico.

—Starr vivía en el sur de California cuando se cometió el primer asesinato de Zodiac —dijo Mulanax—. En Riverside. Estudiaba en la universidad.

—¿Bob Starr? Es increíble. Ahora parece estar convencido de ser Zodiac. Está claro que se lo ha dicho a varias personas —afirmé—. Trabaja en una tienda de Santa Rosa.

—Actualmente creo que no hay pruebas. Pero en su momento tuve muchas esperanzas puestas en él. Creo que Bill y Dave Toschi también.

—¿Tuvo a otro sospechoso aparte de Starr?

—El único que me convenció fue él. No sabía que seguía por aquí [en la zona de la bahía].

—Entro muchas veces a comprarle cosas. Pero no consigo que escriba nada en letras de molde. Sé que Morrill ha visto algunas cosas escritas por Starr. Su letra ha cambiado mucho con los años.

—No sabía que este Starr seguía por aquí. Tendremos que ser un poco prudentes —dijo Mulanax. Parecía preocupado.

—Suponiendo que no sea Starr, ¿cree que Zodiac sigue vivo?

—La opinión general es que está muerto, o en una institución psiquiátrica o penitenciaria.

—Pero ahí es donde ha estado Starr, de 1975 a 1978.

—No lo sabía.

—Y lo que me pareció interesante es que, después de que Toschi y Armstrong hablaran con Starr en su caravana, dejamos de recibir cartas de Zodiac —proseguí—. Por cierto, ¿cómo llegó usted hasta Starr?

—A través de personas que le conocían.

—Ah, los cazadores, los tipos que iban con él al bosque.

—Sí.

Miércoles, 14 de enero de 1981

Mientras tomábamos un café, Toschi y yo hablamos de Starr.

—Dave, hay una cosa que no estoy seguro de que sepas —dije—. Starr iba a la universidad de Riverside en 1966.

Se produjo un largo silencio mientras Toschi reflexionaba.

—Su familia nos dijo que andaba por la zona de Riverside a mediados o finales de los sesenta —dijo—. Nunca se ha confirmado.

—A mí me sorprendió, por decirlo suavemente. Hasta entonces sólo había podido localizarle ahí a principios de los setenta.

—Si Starr estaba en la universidad de Riverside, quizá alguien lo vio con arañazos en la cara el día después del asesinato de Bates. Es el primer sospechoso que me he encontrado que también iba al Riverside City College.

—Sabíamos que estaba en la zona, pero no en esa universidad.
—Eso es lo que yo creía.
—Cuando la familia acudió a nosotros —añadió Toschi—, hablamos con la policía de Vallejo. Ya le habían investigado, pero muy por encima. A Mulanax los ojos se le salían de las órbitas. Él creía que lo teníamos.
—A lo mejor lo teníais. Starr tiene un amigo que Husted conoce. Le tiene miedo, y su mujer le pidió que no hablara con la policía. Parece que una noche que habían salido a tomar una copa Starr le dio a entender a su amigo que era Zodiac. Es el hombre al que escribía cuando estaba en la institución psiquiátrica. Existe una posibilidad remota de que también el amigo estuviera ingresado en Atascadero al mismo tiempo que Starr.
—Ojalá pudiera proponerte un sospechoso más sólido que Starr —se lamentó Toschi—. Agotamos todas las posibilidades. No sabíamos qué camino tomar después de registrar su caravana.
—Desde que dejaste el caso, he podido encontrar algunas pruebas contra Starr, ¿a quién se las doy? —pregunté—. ¿Te sería difícil presentarlas en tu departamento?
—Quizá deberías recurrir a la policía de Vallejo. Starr está fuera de nuestra jurisdicción.
—Vale. En cualquier caso, se lo he ido pasando todo a Husted. Pero estaba preocupado.
—Lo sé —dijo Toschi, recostándose en su silla.
—Un tipo que sólo cree ser Zodiac —dije— no había podido planear encontrarse en Riverside en 1966, porque el asesinato de Riverside sólo se descubrió mucho después de que Starr se convirtiera en sospechoso. Zodiac intentó incluso ocultar su relación con el crimen y sólo lo reivindicó tardíamente, como si hubiera cometido algún error. Hay

muchísimas pruebas contra ese tipo.

—Intentamos atraparlo, desde luego —dijo Toschi con un suspiro—, y todo lo que teníamos se lo pasamos a la policía de Vallejo. Pero, después de hablar contigo, me doy cuenta de que la policía de Vallejo no nos comunicó muchas cosas que sabía, y lo lamento. Era como una calle de una sola dirección.

—Starr tiene un arma del calibre 22.

—Eso lo sabíamos. Bueno, le gustaba mucho la vida al aire libre y todo eso. Rifle, pistola. Pero eso no era suficiente para obtener una orden judicial.

—¿Y por qué cambia de coche todo el tiempo si no se trae algo entre manos?

Lunes, 19 de enero de 1981

Cuando llegué a casa de Jack Mulanax en Vallejo, decidió volver a llevarme a los escenarios del crimen. La intensa lluvia había cesado y se había transformado en niebla. Mulanax se vino a la furgoneta con dos pistolas con sus pistoleras. Cuando el fornido hombre se puso al volante, metió las armas debajo del asiento delantero. La furgoneta tenía un estante para rifles. Además de ser investigador de la policía, Mulanax era un ferviente cazador de ciervos.

Después de examinar el escenario del lago Herman, me llevó a Blue Rock Springs y me habló de una trampa que había tendido la policía, un señuelo, dos maniquíes en un coche al oeste del aparcamiento. El coche estaba parcialmente aparcado en el bosque y se organizó una operación de vigilancia. No se obtuvieron resultados.

—Me sorprendió mucho saber que Starr trabajaba en la zona de la bahía —dijo Mulanax—. ¿Su madre sigue viva?

—Está siempre viajando.

—La familia tiene dinero, eso está claro.

—Él tiene un Karmann Ghia nuevo y algunos coches más.

Mulanax revisó las notas que había tomado.

—No sé si esto apareció en nuestros informes. Acabo de leer esta parte esta mañana —dijo. En aquel momento me enteré de algo sorprendente—. Existe una grabación de Zodiac hablando con Nancy Slover [la telefonista de la policía de Vallejo] la noche del asesinato.

Corrí a una cabina telefónica en Vallejo y llamé a Toschi en San Francisco.

—Dave, ¿sabías que hay una cinta con Zodiac llamando a Nancy Slover? Mulanax me ha contado que Linda, la hermana de Darlene, también la ha escuchado.

—¿Ah, sí? No lo sabía —respondió Toschi con gravedad—. Interesante. Ella dice que ha escuchado la cinta… Me gustaría saber más. Intenta verificarlo.

—La verdad es que parece muy importante.

—Desde luego.

—Quería que lo supieras. Me ocuparé de ello —prometí. Le hablé a Toschi del retrato robot que Linda había dictado para la policía de Vallejo del hombre que había visto en la reunión para pintar la casa de Darlene y cuánto se parecía al retrato robot de Zodiac en el cartel de «Se busca».

—¿El nuestro? ¡Dios santo!

—Además, según Linda y algunas amigas suyas, había un hombre que traía a Darlene regalos de México. Lo único que sabían era que se llamaba Bob. Según lo describió, llevaba el pelo muy corto, tenía barriga y los músculos desarrollados. Se parece mucho a Starr. Ella hizo la conexión, evidentemente, porque la policía buscaba a hombres llamados Bob.

Le conté a Toschi que Bobbie Ramos, cuando la policía le

preguntó quiénes eran los mejores amigos de Darlene, respondió: «Sue Gilmore, Robbie, y un tipo llamado Bob que le traía regalos de México». Los regalos eran un dólar de plata y un cinturón.

Jueves, 5 de marzo de 1981

Recorrí los cincuenta kilómetros a Vallejo bajo un aguacero para comprobar una corazonada que había tenido sobre el asesinato de Blue Rock Springs. En el trayecto, dejé a mi izquierda las refinerías de petróleo, miles de luces parpadeantes envueltas en el vapor azul y blanco que despedían las torres.

Para reproducir el crimen, salí de casa de Darlene a las 23:40 (aunque las niñeras me dijeron que salió más bien en torno a medianoche), y cogí la calle Georgia para ir a casa de Mike en Beechwood. Llegué a las 23:45. Esperé sólo un minuto, y después fui a Blue Rock Springs y me detuve en el aparcamiento a las 23:51. Dejé pasar el tiempo que quedaba hasta medianoche, cuando se produjeron los disparos, y después fui a la calle Springs, a la cabina telefónica desde la que Zodiac había llamado a la policía de Vallejo. A pesar de la lluvia, de la escasa visibilidad, y de haber respetado el límite de velocidad, todas las señales de stop y los semáforos, llegué a la cabina a las 00:09. Zodiac llamó a la policía a las 00:40.

Eso dejaba treinta minutos sin explicar.

La cabina estaba a menos de una manzana de la casa de Darlene y delante del aparcamiento de la oficina del *sheriff*. El aparcamiento es grande y abierto, y la casa de Darlene se veía claramente detrás de él. Me pregunté si Zodiac aparcaría casi justo delante de la oficina del *sheriff*, con un coche al que alguien podía haber visto saliendo del

escenario del crimen. Era más probable que viviera cerca del departamento de policía y del *sheriff* y que volviera a su casa esperando oír las sirenas de los coches patrulla saliendo a toda velocidad hacia Blue Rock Springs. Como eso no sucedió, ¿no podría haber ido andando a la cabina telefónica para informar del crimen y disfrutar así exactamente del mismo modo que después en Napa? A las 00:47 la policía sabía exactamente de dónde procedía la llamada y cualquiera desde la oficina del *sheriff* podía ver en el aparcamiento a una persona en la cabina iluminada.

Cuando Zodiac colgó, sabiendo que estaban localizando su llamada, lo vio un hombre negro no identificado. ¿Se atrevió a utilizar otra cabina de la zona para hacer sus llamadas anónimas a casa de Darlene y a la familia de Dean? ¿Teniendo en cuenta, sobre todo, que el barrio era eminentemente negro? Yo creo que hizo al menos la segunda ronda de llamadas desde su casa. Salió de la cabina a las 00:45 e hizo la llamada anónima a la 1:00, quince minutos después.

Si Zodiac llegó a su casa a las 00:09, debió de esconder el coche en el garaje, ocultar la pistola y esperar el sonido de las sirenas. Lynch no «se puso en marcha de inmediato» tras ser informado del tiroteo, por lo que, cansado de esperar, Zodiac se marchó a las 00:25. Se dirigió a la cabina dando un paseo de unos quince minutos y llamó a la policía. Unos quince minutos después, andando lentamente, para no llamar la atención, y quizá sin poder resistirse a pasar por casa de Darlene para mirar por la ventana en penumbra, llegaba de nuevo a su casa. ¿Estaba la casa de Zodiac en la misma dirección de la casa de Darlene yendo desde la cabina?

Partiendo de la cabina, ¿quedaba la casa de Zodiac a una distancia a pie de quince minutos?

Pocas casas en el barrio de Darlene tenían garaje, y a mí

me daba la impresión de que el asesino necesitaba uno para ocultar su Chevrolet. Starr lo tenía. Según las cartas de Zodiac, también tenía un sótano, cosa asimismo infrecuente en aquel barrio. Starr lo tenía. Su casa de esa época se encontraba exactamente a catorce o quince minutos andando de la cabina telefónica.

Por otro lado, yo seguía firmemente convencido de que Zodiac conocía a Darlene y de que ella sabía quién era él. Zodiac conocía el apodo de Darlene. Antes de que la radio o la televisión informasen del crimen, sabía el número de teléfono de su casa, que todavía no aparecía en la guía, puesto que vivía en una casa nueva comprada dos meses antes. La conocía, porque, de todas las cabinas disponibles en Vallejo, llamó desde donde podía ver su casa.

A Darlene la acosaba un hombre con un Chevrolet blanco, un hombre que se apostaba delante de su casa, que la amenazó el día que pintaron su casa y que preguntaba por ella en Terry’s.

Quince minutos antes de los asesinatos de la carretera del lago Herman, y a lo largo de la tarde, testigos vieron un Chevrolet blanco aparcado exactamente en el mismo sitio donde estuvo el coche del asesino. Si el asesino de Faraday y Jensen tenía un Chevrolet blanco y el hombre que hacía preguntas sobre Darlene tenía un Chevrolet blanco, probablemente su dueño fuera la misma persona: Zodiac.

Zodiac fue capaz de describir la ropa de Darlene con todo detalle aunque sólo la vio poco tiempo; la conocía lo suficiente para seguirla desde casa de su novio y después llamar a la policía de Vallejo delante de su casa en Virginia. Si la conocía, podía tratarse del hombre que la estuvo llamando todo el día el 4 de julio. Darlene sabía que «algo importante va a suceder». Además, era amiga de otras víctimas. Más de una persona me contó que conocía a Cecelia Ann Shepard.

Sábado, 7 de marzo de 1981

Llegué a casa del inspector sargento John Lynch en Vallejo. Era un hombre bajo, fornido y maduro, de mirada penetrante. Nos sentamos en el comedor.

—¿Y qué hay de Mike Mageau? —le pregunté.

—Era difícil entender a ese tipo… No llegué a entender qué le pasaba. Si le digo la verdad, nunca hablé con nadie de quien sospechara remotamente.

—¿Descartó a Dean como sospechoso?

—Aquella noche. Bueno, cuando pasó todo aquello, fue lo primero que pensamos.

—¿Darlene salía con muchos hombres?

—Uf, con toda clase de tipos. Era una chica fácil.

—¿Y Bob? —pregunté.

—¿Bob? Ah, Bob Starr. Hablé con él varias veces bastante tiempo. Estaba en la costa, en Bodega Bay. Practica submarinismo. Aquel 4 de julio de 1969 dijo que estaba con otros tres o cuatro hombres.

—¿Cuándo habló usted con él? ¿En 1971?

—Mucho antes. Uno o dos meses después del asesinato. La verdad es que no sé de dónde saqué su nombre. Es un tipo enorme. ¿Le conoce?

—Ahora es aún más grande —respondí—. Starr era el sospechoso preferido de Husted.

—Pues a mí es el que menos me gusta. Estaba seguro de que no era Starr. En cuanto lo vi, me dije para mis adentros que no era Zodiac. Sólo puse cinco líneas en mi informe sobre Starr. Sólo para registrar su nombre. Hablé con él una hora, más o menos. Inspeccioné su coche, y tenía el equipo de buceo en la parte de atrás. Un coche muy viejo y sucio, que no se parecía en nada…

—Pero ha tenido muchos coches —interrumpí—. Ahora tiene cuatro.

—Ah, eso no lo sabía —repuso Lynch.

Pensé que Lynch había descartado a Starr porque no casaba con la impresión visual que él tenía del asesino.

Los sustitutos de Lynch a lo largo de los años no volvieron a interesarse por los primeros sospechosos que éste había desestimado.

Domingo, 29 de marzo de 1981

El *sheriff* Al Howenstein se encontraba muy confundido. En dos años había reunido a más de doscientos sospechosos en su búsqueda del famoso «Asesino de los Senderos». Ese asesino acechaba en los empinados senderos que frecuentan los excursionistas del condado de Marin, donde disparó y apuñaló a siete jóvenes; los ataques siempre iban precedidos de amenazas de violación acompañadas de un misterioso ritual presexual, y seguidos de una agresión sexual real en algunos casos. Curiosamente, muchas muertes se produjeron en época de vacaciones.

Las víctimas del Asesino de los Senderos eran:

Edda Kane, de cuarenta y cuatro años, a la que dispararon dos balas del calibre 44 en la nuca.

Barbara Schwartz, de veintitrés años, apuñalada con un cuchillo de carnicero, que fue hallado en las inmediaciones junto a las gafas bifocales con montura de concha y ensangrentadas del asesino.

Anne Evelyn Alderson, de veintiséis años, a la que dispararon en la cabeza con un arma de gran calibre.

Diane O'Connell, de veintidós años, y Shauna May, de veintitrés, a quienes les pegaron un tiro en la cabeza, como en una ejecución.

Mientras buscaban a O'Connell y a May se encontraron los cadáveres completamente vestidos de Cynthia

Moreland, de dieciocho años, y de Richard Stowers, de diecinueve, a quienes también habían disparado en la cabeza, pero un mes antes. La policía se dio cuenta de que habían asesinado a May y O'Connell para llamar la atención sobre los asesinatos anteriores.

Ese día hubo dos víctimas más, a ciento cuarenta kilómetros del último asesinato en un sendero: Ellen Marie Hansen, de veinte años, que murió al instante, y Steven Russell Haertle, de veinte, que sólo resultó herido. Estaban en las montañas de Santa Cruz.

Después de ser intervenido quirúrgicamente, Haertle describió al hombre con todo detalle, a partir de lo cual se hicieron una serie de retratos robot. El asesino tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años, medía alrededor de 1,90 metros y pesaba 80 kilos. Tenía el pelo gris y muy corto, ojos color avellana, y llevaba gafas de montura oscura con las patillas desgastadas. Hablaba «de forma lenta y pausada», y llevaba las manos muy limpias. El asesino vestía unos Levis azules de campana y zapatillas de deporte blancas, una gorra de béisbol verde y una cazadora de nailon dorada en cuya espalda se leía «Equipo Olímpico de Bebedores, Montana». Tenía los dientes amarillos y torcidos. Los testigos vieron al asesino huir corriendo, quitarse las gafas y salir a toda velocidad del campamento en un «coche extranjero» rojo.

Stowers, Moreland, O'Connell, May, Alderson y Hansen fueron asesinados con las mismas balas de punta redonda del calibre 38. Los investigadores de Marin y Santa Cruz declararon que «estaban convencidos» de que el crimen de Santa Cruz era obra del Asesino de los Senderos de Marin.

Evidentemente, ese Asesino de los Senderos me recordó a Zodiac.

Husted mandó la clave informática del archivo de Starr a la policía de Santa Cruz el 2 de abril. Al día siguiente, la cadena de televisión KTVU anunció que, partiendo de las semejanzas en el retrato robot, el Asesino de los Senderos también podía ser Zodiac.

La policía acabó arrestando y condenando a David J. Carpenter como el Asesino de los Senderos. Toschi en 1970 y Husted en 1979 le habían descartado en el caso Zodiac a partir de la caligrafía y las huellas dactilares. Además, me enteré de que estaba en la cárcel cuando se cometieron tres de los asesinatos de Zodiac.

Viernes, 15 de mayo de 1981

Furioso y abatido Toschi, me dijo:

—Hemos mandado todos nuestros archivos de Zodiac a Sacramento. Parece que las agencias implicadas han decidido dejar que el Departamento de Justicia del Estado coordine la «inactiva investigación sobre Zodiac». Yo esperaba que el teniente Jack Jordan, de Homicidios, continuara con algunas partes del caso. No querían molestarse con Zodiac, sobre todo porque eso suponía muchísimo trabajo. Deasy en persona lo ha llevado todo a Sacramento. No se molestó en estudiar el caso —dijo amargamente—, y ahora hasta han mandado copias de nuestras huellas latentes del coche al Departamento de Justicia. Un funcionario del Estado va a ser el coordinador. Nadie sabe qué demonios va a hacer —dijo Toschi con brusquedad—. Es todo muy triste. No nos hemos quedado con ningún archivo. —Movió la cabeza—. Todos los informes dactiloscópicos de Morrill, y los de las huellas de las manos, están ahora en Sacramento. Creo que la policía de San Francisco ha cometido un error al no conservar nada. —Un

gesto de fastidio cruzó su rostro—. Cuando pienso en las horas de trabajo, en los meses y años recopilando los insustituibles archivos por orden alfabético de los sospechosos… Cuando alguien me preguntaba: «Toschi, ¿qué demonios has estado haciendo en el maldito caso Zodiac?», siempre podía señalar mis archivadores, recostarme en la silla, y ver la expresión de sorpresa en su rostro. Ahora, si alguien me pregunta, lo único que tenemos es un sobre manila en un cajón de casos sin resolver de 1969 —dijo con emoción—. No parece mucho, desde luego. Ahora, un pobre diablo que no sepa cómo es Zodaic de verdad será el encargado de la investigación.

Toschi se puso en pie y se dirigió a la ventana.

—¿Cómo vamos a esperar que ese pobre diablo sepa lo que está haciendo? Es triste. Muy triste —concluyó—. Ahora nunca lo cogerán.

Cuando trasladaron el caso Zodiac al Departamento de Justicia del Estado, empecé a colaborar con una fuente de allí.

Jueves, 18 de junio de 1981

—Hay algunas pistas buenas —me contó mi fuente del Departamento de Justicia—, personas nuevas y algunos viejos nombres. Pero casi todo el mundo cree que es el tipo que vivía en Vallejo.

—Sí, Starr. Es un tipo fascinante —afirmé.

—Imaginé que estaba usted escribiendo sobre él. Todo el mundo parece inclinarse por él… No sé si nos hemos equivocado de objetivo, porque no hay pruebas de que Starr sea algo más que un chalado.

Tengo todos los archivos de la policía de San Francisco en tarjetas de siete por doce centímetros. Da la impresión de que lo único en lo que se concentran es en la huella del taxi de Stine —confesó.

—¿Cree que la huella es de Zodiac? —pregunté.

—No lo sé. Ya sabe que los testigos declararon que limpió el coche para borrar las huellas. Últimamente he estado estudiando la caligrafía. Hubo una pista, procedente de una ciudad de la bahía. Estoy investigando a ese tipo.

—No será Santa Rosa, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabía?

—Ahí es donde vive ahora Starr.

—Robert, ya le he dicho que he recibido muchísimas llamadas sobre Starr, me paso el día intentando descubrir los antecedentes. No quiero cargar con el muerto. Ser la última persona encargada del caso.

Me habló de un nuevo sospechoso de Montana, que vivía en el condado de Marin. No tenía antecedentes penales en California.

—Uno de los peritos calígrafos, Prouty, señaló que había rasgos comunes en la letra de ese hombre y en la de las cartas de Zodiac —me reveló—. Pero no los suficientes para determinar la identificación. Pero sí indican que se necesitan más muestras de escritura y comparaciones.

De pronto, me di cuenta de que ese «nuevo» sospechoso era Don Andrews. Mi fuente iba a repetir gran parte del trabajo que ya se había llevado a cabo. Estuvo bien saber que Prouty compartía la opinión de Morrill de que la letra del póster de la película era lo más parecido a la caligrafía de Zodiac que se había encontrado.

—Mire, puede que sea Starr —prosiguió—. No digo que no. Starr va a las bibliotecas y lee muchas cosas sobre crímenes contra las mujeres. Eso le sirve para dar miedo a sus amigos y para que crean que él puede ser Zodiac. Todos

los investigadores con los que he hablado creen que lo es.

—Le voy a dar una cosa para que la lea —dije—. Mañana por la mañana le mandaré mi capítulo sobre Starr.

—Fenómeno. Usted me trata bien, yo le trato bien. Si pasa algo que le pueda interesar, se lo contaré.

Mientras estaba en Sacramento, pasé a ver a Sherwood Morrill, que estaba más ocupado que nunca ahora que se había jubilado. Tenía unas cartas de Penny en el maletero del coche, y las comparamos con la letra de Zodiac. No se parecían en absoluto.

—Las recibo todas, Robert. Un grupo de San Francisco lleva años llamándome para decirme que Zodiac es un acaudalado banquero. Se metieron en su jardín, le birlaron todos sus cubos de basura, los trajeron aquí y los volcaron en el jardín, y empezaron a rebuscar en ellos para enseñarme su letra en cartas y facturas —dijo Morrill con un suspiro—. Yo me llevé las manos a la cabeza y me metí en casa.

Miércoles, 6 de enero de 1982

Los años de frustraciones finalmente pasaron factura a Toschi. Esa tarde, en su cocina amarilla con dibujos de flores, se levantó a coger un vaso de leche de la nevera. Al agacharse, de pronto se dobló de dolor y se desplomó. Carol llamó a una ambulancia; Toschi fue ingresado en el Children’s Hospital con una severa hemorragia interna.

Cuando por fin volvió a casa, no pudo dejar de trabajar mentalmente en el caso.

Miércoles, 3 de agosto de 1983

Tras meses de esfuerzos para encontrar a Don Andrews, lo hallé fácilmente, y en cuestión de segundos. De pronto, supe dónde estaba exactamente. No corrí mientras cruzaba la habitación; mi corazonada era fortísima. Me acordé de mi conversación con Narlow cuando intentamos determinar si Don había utilizado el alias de Hansen.

—Mire —me había dicho Narlow—, aquí pone que trabaja de fabricante de motores. Walt Hansen es la misma persona que Don Andrews.

En las páginas amarillas de San Francisco, en la sección de «Fabricantes de motores», encontré la siguiente entrada: «Andrew Donaldson». (Fue cambiado el nombre).

Le pedí a una amiga que llamara al número que aparecía, y al poco me volvió a llamar.

—He tenido una *larga* conversación con él con la excusa de que me haga un arreglo. Me ha dicho que nunca ha estado en el sur de California, sólo en San Diego. Ha dicho que nunca ha estado en Riverside. Le conté que yo había estudiado allí. Me ha dicho que no se dedica a reparar motores a jornada completa. También me ha dicho que aparece en las páginas amarillas y en las blancas. Que quería ser diferente, pero no ha dicho cómo. Esto te va a encantar. Sobre su entrada en la guía con número y sin dirección ha dicho: «Todo aquel que me conozca sabrá que soy yo». Tengo que volver a llamarle mañana para que me dé la dirección y concertar una cita. ¿Es él?

—Las fechas coinciden. Cuando te dé la dirección, iré a hacerle una visita.

Jueves, 4 de agosto de 1983

El hombre que nos abrió era Don Andrews, sin duda. Las gafas oscuras de montura de concha se le sujetaban en la cabeza con una goma elástica por detrás, como me habían contado.

Como había dicho Narlow, Andrews era interesante e inteligente y habló durante mucho rato. Me impresionaron las diversas personalidades que, según yo sabía, se ocultaban, capa a capa, bajo la identidad que había asumido en su último personaje en la vida. Esa misma tarde había hecho una visita a su antigua casa en Haight. Don vivía allí en 1969, al mismo tiempo que Darlene y su primer marido, los cuales residían apenas a una manzana de distancia.

Mi amiga le habló de su coche, un Renault Caravelle blanco con la caja de cambios estropeada. Era el tipo de coche que tenía él en la época del asesinato del lago Berryessa. Esto propició una gran reacción: levantó rápidamente la cabeza. Me di cuenta de que sospechaba de inmediato. Mientras veía a mi amiga decirle que iba a llevarle el coche por la mañana (una visita que yo sabía que no tenía la menor intención de cumplir), observé el espacioso apartamento con sus pósteres y fotos de películas. Parecía que se identificaba mucho con Oliver Hardy. Por todas partes, había fotos de Hardy sin Stan Laurel.

Cuando nos marchamos, vi que mi amiga se había llevado una gran impresión y que lo consideraba más sospechoso que nunca.

—Dios mío, qué astuto parece —murmuró mientras bajaba con cuidado los escalones en la oscuridad—. La verdad es que parece inteligentísimo. Yo creo que realmente podría ser Zodiac.

No dije nada, pero, en mi interior, mis sospechas sobre Don Andrews se habían disipado. Era un sospechoso

fascinante, pero ya no creía en él. Era Starr quien parecía dominar el caso, desde el asesinato de Cheri Jo Bates en Riverside.

20. Zodiac

Martes, 20 de diciembre de 1983

Por la tarde. El viento agitaba los árboles de copa redondeada que aparecían y desaparecían en las curvas de la carretera del lago Herman y entre una insólita niebla blanca. Exactamente quince años después de que Zodiac asesinara a Betty Lou Jensen y a David Faraday, fui donde todo empezó, al camino de gravilla que conducía a la vieja estación de bombeo. Los escasos coches aparecían de súbito y se perdían de vista.

Aparqué al lado de la puerta de metal de la estación y apagué el motor. No había luz alguna. Mientras contemplaba el lugar, donde el asesino había aparcado su Chevrolet blanco hacía tanto tiempo, me pregunté: con toda la información que teníamos sobre Zodiac, ¿en qué nos habíamos equivocado? ¿Qué error de percepción nos impedía ver quién era realmente? Narlow había dicho: «Tenemos suficiente material para resolver el caso. O esto, o está intentando volvemos locos».

Pensé en todas las teorías que había conocido a lo largo de los años. ¿Era Zodiac paciente de un psiquiátrico al que habían puesto en libertad, o que se escapaba periódicamente, y que, en esos intervalos, se volvía activo como asesino? ¿Estaba tan enfermo que incluso él desconocía su doble identidad? No. Sabía que eso podía ser cierto en un esquizofrénico paranoide, pero no en un sádico sexual (y Zodiac lo es). Sabía lo que hacía, y lo recordaba.

¿Había dos Zodiac, uno que mataba y otro que escribía las cartas? ¿Había varios Zodiac, tal y como el sargento Lundblad había sugerido una vez? Yo dudaba de que un secreto tan grande pudiera guardarlo más de una persona.

¿Y si Zodiac no existía? ¿Podía el caso ser un monstruoso montaje, obra de alguien que reivindicara crímenes sin relación entre ellos? En ese caso, al menos tenía que ser el asesino de Paul Stine, o un cómplice, por el trozo ensangrentado de camisa que acompañó algunas de las cartas. La inscripción en la puerta del coche en el lago Berryessa también relacionaba a Zodiac con ese crimen.

Zodiac podía ser un viajante que vendía muerte condado por condado, estado por estado. ¿Podía tratarse, como él daba a entender, de un cazador (la experta puntería y el conocimiento que tenía de la zona así lo indicaban) que se había cansado de cazar animales?

¿Un militar, quizá, un marinero destinado por una temporada a la zona de la bahía y después trasladado? Los intervalos entre asesinatos concordaban con esto. Los zapatos Wing Walker, las clases de lenguaje cifrado, el pelo rapado, la ropa de la Marina, y los zapatos muy abrillantados también casaban. Sin embargo, que un miembro del Ejército consiguiera que lo volvieran a mandar a la zona de la bahía varias veces era improbable.

Lo más inquietante de todo: ¿era uno de los nuestros, un policía convertido en asesino? Las técnicas de conducción de policía de tráfico, la destreza para disparar, el conocimiento de las técnicas de identificación de la policía y la linterna extendida indicaban ese camino. ¿Había contribuido a buscarse a sí mismo? ¿Trabajaba como periodista en uno de los periódicos con los que Zodiac contactaba? Su dominio de la puntuación y de la gramática estaba por encima de la media. Ambos trabajos habrían proporcionado a Zodiac acceso a los avances en la

investigación. ¿O era sólo un admirador de la policía que daba ideas a los detectives sobre cómo atrapar al asesino?

En lo que respecta al destino de Zodiac, podría haber sido arrestado por otro delito, haberse suicidado, haber muerto en un accidente, o haber sido asesinado por alguien que iba a ser su víctima. Pero, en todos estos casos, se habrían encontrado pruebas de su otra identidad de asesino en serie.

Podría haberse cansado y dejado de matar, o quizá personas que estaban convencidas de su culpabilidad se «ocuparon de él», sobre todo si el asesino era un policía. Y la posibilidad más horrible de todas: ¿seguía asesinando después de tantos años?

Entre los 2.500 sospechosos del caso Zodiac, sólo sigue habiendo uno que suscite el interés de los investigadores, y el mío propio.

Bob Hall Starr, por quien intuitivamente se decantan casi todos los detectives. Nadie sabe quién es Zodiac pero, a partir de las pruebas que conozco, Starr es el sospechoso más sólido que se ha encontrado hasta la fecha.

Starr sigue llevando una misteriosa caja de metal gris cuyo interior no deja ver a nadie. El doctor Rykoff, el psicólogo designado por la policía, dice que Starr tiene cinco personalidades muy diferenciadas y los médicos de Langley Porter y de la Universidad de California en Berkeley han visto el archivo con su caso.

Es el único sospechoso al que se puede localizar en el escenario de todos los crímenes de Zodiac.

El sargento «Butch». Carlstadt llevó a Bryan Hartnell allí donde trabajaba Starr para que escuchara su voz. Después me dijo:

—No vi ni oí nada en él que lo descartase.

Starr confesó a sus amigos que era Zodiac. A lo mejor sólo cree serlo.

Salí del coche, me subí la cremallera de la chaqueta y observé la oscura carretera del lago Herman. Los habitantes de la zona de Vallejo han visto a un hombre en un coche blanco que sigue de cerca a las mujeres en las noches de luna. Incluso le han puesto nombre: «El fantasma de Cordelia». Me imaginé el fantasmagórico Chevrolet, de un blanco espectral, atronando por polvorientas carreteras secundarias de California, el hombre corpulento encorvado sobre el volante, mientras la luz de la luna caía sobre su rostro redondo como una moneda. El susurro de los neumáticos y la obsesión.

Hoy la niebla invade la carretera del lago Herman y quince años nos separan del asesinato.

Pero no para Pam, la hermana de Darlene. Alguien vuelve a seguirla, durante todo el trayecto a Lakeport. Y alguien le deja notas. Y están las llamadas: una a casa de su novio en Antioch y otra en su nueva casa en East Bay.

Siempre es el mismo hombre, la misma frase:

—Zodiac al habla…

Domingo, 22 de julio de 1984.

Starr trabaja ahora en Santa Rosa
Tenía curiosidad por saber si seguía negándose a escribir en letras de molde y una amiga mía accedió a ayudarme a averiguarlo.

Aparcamos detrás de una vieja ancla oxidada que había en el aparcamiento y nos dirigimos a la tienda.

Pregunté a mi amiga por sus impresiones sobre nuestra visita a Starr. Escribió lo siguiente:

Starr me aconsejó en mis compras, ayudándome a elegir

el artículo preciso. Cuando tuve los brazos demasiado llenos de cosas, me ofreció una cesta y después volvió a poner mi lista encima de mi compra.

—Sólo necesito una cosa más —dije—. Necesito una factura detallada de esto.

—Una de las personas de la caja principal la ayudará —respondió—. Yo ya no estoy autorizado a hacerlas.

—Oh, me ha ayudado usted mucho. Bueno, gracias por su ayuda y por su tiempo.

Desde el otro extremo, observé cómo Starr se daba la vuelta y la miraba, cómo le ponía sus enormes manos en los hombros y sonreía. Al cabo de un instante la soltó. Vi que movía los labios, pero yo estaba demasiado lejos para oír lo que decía.

Mi amiga se dio la vuelta, y Starr extendió el brazo y le dio unos golpecitos en el hombro.

Desde el otro lado de la tienda, se veía su imagen en la brújula de latón, duplicada en los costados brillantes y lustrosos de la lancha Chris Craft, reflejada en el suelo extenso y muy barnizado, reproducida en los objetos de latón que le rodeaban, y repetida en cientos de cojinetes lustrosos. Se le veía de cuerpo entero en el escaparate, que iba del suelo al techo.

Starr estaba dondequiera que mirase.

Epílogo

Muchas personas relacionadas con el caso Zodiac ya han fallecido. El sargento Les Lundblad y el juez de instrucción Dan Horan han muerto, así como Stella Borges, que encontró a las víctimas de la carretera del lago Herman, y la madre de Darlene Ferrin.

El antiguo jefe de la policía de Los Ángeles regenta ahora un lucrativo campamento de caravanas en Lemoore, en el condado de Rings, y dice que está «loco de contento».

Clement D. DeAmicis, el antiguo ayudante de administración, fue despedido cuando el nuevo jefe, Cornelius P. Murphy II, sustituyó a todos los ayudantes de Gain en enero de 1980. DeAmicis pidió la excedencia y ahora trabaja en Ahorros y Préstamos Fidelity en un puesto relacionado con seguridad.

En julio de 1979 John Shimoda puso el punto final a su relación de cinco años con la policía de San Francisco y se negó a investigar más documentos para ellos. Sospeché que se debía a la presión ejercida sobre él en la investigación de la carta de Zodiac de abril de 1978. Un policía me dijo: «Hay muchos agentes enfadados porque ahora hay que ir a la CI&I en Sacramento y, en un caso de emergencia, es un viaje largo. El departamento no tendrá más remedio que formar a uno de sus hombres».

El informante de Maupin se retiró en 1978 a East Bay. A Eric Zelms, el ayudante del patrullero en el coche patrulla que paró a Zodiac en Presidio Heights después de que mataran a Stine, fue asesinado mientras estaba de servicio una Nochevieja, poco después. Su compañero veterano fue

ascendido y sigue en la policía de San Francisco.

El inspector Bill Armstrong se enteró de que había una vacante en el departamento de Fraudes a finales del invierno de 1976. «He visto mi último homicidio», le dijo a Toschi. Se jubiló a los cincuenta años, en octubre de 1978.

La mala suerte obligó a Edward Rust a abandonar la policía de Vallejo. Él y el sargento Lynch se han jubilado, en Vallejo.

El teniente Jim Husted, el obsesionado y enérgico investigador de Vallejo, perdió su puesto en el departamento de Inteligencia y ha sufrido una serie de accidentes laborales. Se ha divorciado, y pasa mucho tiempo en su rancho y ocupándose de sus negocios privados.

Paul Avery, el periodista del *Chronicle* que descubrió la conexión Riverside, es ahora un galardonado reportero de *The Bee* de Sacramento.

Y, por lo que respecta a las víctimas de Zodiac que sobrevivieron: Mike Mageau vive en el sur de California con otro nombre.

Bryan Hartnell, completamente repuesto, trabaja felizmente como abogado en el sur de California. Visita con frecuencia a la familia de Cecelia Shepard.

El restaurante Terry's ha sido cerrado. Blue Rock Springs ya no está aislado: allí se han construido carreteras y urbanizaciones nuevas, así como el parque temático Marine World/Africa USA.

Janet, la niñera que trabajaba para Darlene el 4 de julio de 1969, recuerda lo siguiente: «Hace sólo una semana volvieron a hablar de Zodiac en las noticias y pensé: "Que no vuelva a aparecer. Yo trabajaba como niñera para la mujer que mató Zodiac y eso forma parte de ti y cada vez que oyes su nombre piensas, ¡oh, no!"».

En cuanto a Dean Ferrin, Carmela Leigh declara lo

siguiente: «Era un buen marido. Se ha vuelto a casar, y él y su mujer tienen un par de niños. Pero siempre vivirá con aquello».

Después de cinco años triunfales en el departamento de Robos, Dave Toschi se trasladó en mayo de 1984 al departamento de Crímenes Sexuales. El 3 de julio de 1985, después de treinta y dos años de servicio, dimitió y se convirtió en el jefe de seguridad del bloque de apartamentos Watergate en Emeryville. «Zodiac fue mi caso más frustrante. Estoy convencido de que me provocó úlceras sangrantes».

Aunque varias personas afirman haberla oído, la cinta en la que Zodiac habla con la policía de Vallejo nunca ha sido encontrada[34].

Víctimas y posibles víctimas de las agresiones de Zodiac

BATES, CHERIJO	30-X-1966, dom.	Apuñalada	Riverside	Vestida	Víctima
JENSEN, BETIY LOU	20-XII-1968, vier.	Disparo	Vallejo	Vestida	Víctima
FARADAX DAVID	20-XII-1968, vier.	Disparo	Vallejo	Vestido	Víctima
MAGEAU, MICHAEL	5-VII-1969, sáb.	Disparo	Vallejo	Vestido	Sobrevivió
FERRIN, DARLENE	5-VII-1969, sáb.	Disparo	Vallejo	Vestida	Víctima
HARTNELL, BRYAN	27-IX-1969, sáb.	Disparo	Berryessa	Vestido	Sobrevivió
SHEPARD, CECELIA	27-IX-1969, sáb.	Apuñalada	Berryessa	Vestida	Víctima
STINE, PAUL	l-X-1969, sáb.	Disparo	San Francisco	Vestido	Sobrevivió
DAVIS, ELAINE	l-XII-1969, lun.				
ROBERTS, LEONA	10-XII-1969, miérc.	Expuesta			
ELLISON, COSETTE	3-III-1970, mar.	Desconocido		Desnuda	
KING, PATRICIA	5-III-	Estrangulada	Universidad	Desnuda	

	1970,jue.				
HIKARI, JUDITH	7-III-1970, sáb.	Golpes		Desnuda	
ANSTEY, ANTOINETTE	13-III-1970, vie.	Golpes	Vallejo	Desnuda	
BLAU, EVA	Marzo 1970	Golpes/drogas		Vestida	
JOHNS, KATHLEEN	22-III-1970, dom.	Intento		Escapó	Sobrevivió
LASS, DONNA	26-IX-1970, sáb.		Nevada		
BENNALLACK, NANCY	25-X-1970, dom.	Degollada	Sacramento		
HILLBURN, CAROL	13-XI-1970, vie.	Golpes	Sacramento	Casi desnuda	
KANES, LYNDA	26-II-1971, vie.	Estrangulada	Angwin	Casi desnuda	
CLOER, BETIY	19-VI-1971, sáb.	Disparo/golpes		Casi desnuda	
LYNCH, SUSAN	19-VI-1971, sáb.		San Francisco		
DUDLEY, LINDA	20-VIII-1971, vie.	Apuñalada	San Francisco	Desnuda	
WEBER, WONNE	4-II-1972, vie.		Santa Rosa	Desnuda	
STERLING, MADREEN	4-II-1972, vie.		Santa Rosa	Desnuda	
ALLEN, KIM	4-III-1972, sáb.	Estrangulada	Santa Rosa	Desnuda	
OHLIG, LINDA	28-III-	Golpes	Half Moon		

	1972, mar.		Bay	
KAMAHELE, JEANETTE	25-IV-1972, mar.			
DERRICK, LYNN	26-VII-1972, miér.	Estrangulada	San Francisco	Casi desnuda
CLERY, ALEXANDRA	4-IX-1972, lun.	Golpes	Okland	Desnuda
KURSA, LORI	ll-XI-1972, sáb.	Cuello roto	Santa Rosa	Desnuda
MCLAUGHUN, SUSAN	2-III-1973, vie.	Apuñalada	Casi desnuda	
VASQUEZ, ROSA	29-V-1973, mar.	Estrangulada	San Francisco	Desnuda
QUILANTANG, WONE	9-VI-1973, sáb.	Estrangulada	San Francisco	Desnuda
THOMAS, ANGELA	2-VII-1973, sáb.	Asfixiada	San Francisco	Desnuda
GIDLEY, NANCY	13-VII-1973, vie.	Estrangulada	San Francisco	Casi desnuda
DAVIS, CAROLINE	15-VII-1973, dom.	Estrangulada	Santa Rosa	Desnuda
FEUSI, NANCY	22-VII-1973, dom.			Casi desnuda
O'DELL, LAURA	4-XI-1973, dom.	Estrangulada	San Francisco	Desnuda
LANE, VALARIE	11-XI-1973, dom.	Disparo	Yuba	Vestida
DERRYBERR~DORIS	ll-XI-1973,	Disparo	Yuba	Vestida

	dom.			
FECHTEL, CATHY	2-XII-1973, dom.	Disparo	Livermore	Vestida
SHANE, MICHAEL	2-XII-1973, dom.	Disparo	Livermore	Vestido
WALSH, THERESA	22-XII-1973, sáb.	Estrangulada	Santa Rosa	Desnuda
MERCHANT, BRENDA	1-11-1974, vie.	Apuñalada	Marysville	Medio vestida
BRAUN, DONNA	29-IX-1974, dom.	Estrangulada	Monterey	Desnuda
DYE, SUSAN	16-X-1975,jue.	Estrangulada	Santa Rosa	Vestida
MATTHEWS, TERESA	24-11-1979, sáb.	Estrangulada	Sacramento	Vestida
RIVERA, CARMEN	20-V-1981	Harward		

Las cartas de Zodiac

1. 31-VII-1969 (jueves), 1A a The San Francisco Chronicle, contiene un tercio de un mensaje cifrado. «Soy el asesino […] el nombre de la marca de munición era wéstern.»
2. 31-VII-1969 (jueves), 1A a *The San Francisco Examiner*, contiene un tercio de un mensaje en clave.
3. 31-VII-1969 (jueves), 1A a *The Vallejo Times-Herald*, contiene un tercio de un mensaje en clave. «Yo soy el asesino […] publiquen esto.»
4. 7-VIII-1969 (martes), a *The Vallejo Times-Herald*, tres páginas. Primera vez que utiliza el nombre de Zodiac. «Respondiendo a su petición de más detalles.»
5. 13-X-1969 (lunes), P. M. 1B a *The San Francisco Chronicle* sobre el asesinato de Stine. Trozo ensangrentado de camisa.
6. 8-XI-1969 (sábado), 4A, P. M. Mensaje cifrado de 340 símbolos y tarjeta de felicitación con la pluma que gotea.

7. 9-XI-1969 (domingo), P. M., sin matasellos. Carta de siete páginas «voy a cambiar la forma de conseguir…».
8. 20-XII-1969 (sábado), sin matasellos, P. M., CA. en el centro y por abajo. «Querido Melvin […] Feliz Navidad…»
9. 20-IV-1970 (lunes), 4A, A. M. «Me llamo» y diagrama de la bomba.
10. 28-IV-1970 (martes), H., P. M. Tarjeta del hombre y el dragón. «Espero que os divirtáis…»
11. 26-VI-1970 (viernes), 1A, A. M. Mapa del monte Diablo y de carreteras Phillips 66.
12. 24-VII-1970 (viernes), 6B, P. M. Menciona a Johns y su bebé.
13. 26-VII-1970 (domingo), sin matasellos, P. M. «Tengo una pequeña lista…»
14. 5-X-1970 (lunes), 1A, P. M. Tarjeta de 7x12 al *Chronicle*. «El ritmo no está bajando…»
15. 27-X-1970 (martes), 6B, P. M. «Tu amigo invisible…»
16. 13-III-1971 (sábado), Pleasanton 94566, *The Los Angeles Times*. «Los maderos…»
17. 22-III-1971 (lunes). Postal de cuatro centavos. «Mirad entre los pinos.»
18. 29-1-1974 (martes), 940, A. M. Carta de *El exorcista*.
19. 8-V-1974 (miércoles), condado de Alameda. Carta de *Malas tierras*.
20. 8-VII-1974 (lunes), San Rafael, IB, RM. «Fantasma Rojo…»
21. 24-IV-1978 (lunes), 8B, P. M. «Estoy otra vez con vosotros…»

Notas de Riverside

1. Riverside, noviembre de 1966. Sin sello ni matasellos.
2. Riverside, 30-IV-1967 (domingo). Sin matasellos. Al *Press-Enterprise* de Riverside: «Bates tenía que morir», en lápiz. El doble de sellos de los necesarios.
3. Riverside, 30-IV-1967 (domingo). Sin matasellos. A la policía de Riverside: «Bates tenía que morir», en lápiz. El doble de sellos de los necesarios.
4. Riverside, 30-IV-1967 (domingo). Sin matasellos. A Joseph Bates, «Bates tenía que morir». En lápiz. El doble de sellos de los necesarios.
5. Poema en el tablero del pupitre, encontrado en la misma época que las cartas 1, 2, 3 y 4. En rotulador. «Cansado de vivir…»

En la puerta del coche de Bryan Hartnell en el lago Berryessa, 27 de septiembre de 1969 (sábado).

La caligrafía de Zodiac

Pequeña y apretada; rotulador azul, el doble de sellos de los necesarios; la escritura se inclina a la derecha. Los sellos están pegados formando ángulos extraños; el autor pone «urgente» en la parte exterior del sobre. Siempre escribe California con abreviatura.

Utiliza pocas contracciones y domina la puntuación.

Numera las páginas al modo militar.

Utiliza las siguientes abreviaturas: «San Fran Chron» o «Chronicle».

Escribe «Director» en la parte de atrás.

Su ortografía es buena, pues escribe las palabras bien después de haberlas escrito antes, en la misma carta, con faltas de ortografía.

El margen derecho y las líneas escritas con letras de molde son totalmente rectos. El tamaño de las cartas indica paciencia, concentración, interés por los detalles y perseverancia.

La inconstancia en los espacios y las letras señala que es un maníaco-depresivo.

La inclinación hacia abajo al final de la carta indica depresión.

Cartas en papel Eaton, de 18 x 25 centímetros, con sobre a juego.

Al firmar «atentamente»: puntuación extraña.

Siempre empieza con la frase «Zodiac al habla»; no hay puntuación después de esa frase inicial, pasa directamente a la primera frase con un punto después de «eso». (Sólo hubo cambios dos veces, en la primera carta a *The Vallejo Times-Herald y al Chronicle*).

Todos los nombres están en minúscula, excepto «Zodiac» y «yo», que siempre están en mayúscula.

D cursiva, a veces *k* de tres trazos.

La letra *i* con un círculo como punto. La letra *n* muy pequeña, no muy redondeada.

Lo más importante: la r tiene forma de *v*.

La *w* es la que más cambia: primero redondeada y después puntiaguda.

Incluso en medio de una carta cuidadosamente escrita, Zodiac tachaba una palabra en lugar de empezar de nuevo.

La forma de hablar de Zodiac

22 de octubre de 1969: la voz que habló con la policía de Oakland sonaba segura, no joven.

4 de julio de 1969: llamada a las 00:40 a la policía de Vallejo (Nancy Slover), sin rastro de acento. El hombre leía o había ensayado lo que decía. La voz era regular y estable, suave pero contundente. Cuando Slover intentaba interrumpir, el hombre hablaba más fuerte. Al final de la corta declaración, la voz del hombre se hizo más profunda y belicosa. La persona que llamaba parecía de mediana edad.

27 de septiembre de 1969: voz llamativamente tranquila, de veinte a treinta años, ni aguda ni grave. La voz más monótona que Bryan Hartnell había oído en toda su vida (que salía debajo de una capucha). «La voz parecía… de un estudiante. Tenía cierto acento; pero no del sur». Tono suave y equilibrado. «Decía las cosas vocalizando mucho. No hablaba como nosotros ahora». Hartnell dijo: «Era yo el que hacía preguntas».

Llamada a la policía de Napa: voz tranquila de una persona en la veintena; no utilizaba contracciones.

22 de marzo de 1970: Kathleen Johns: voz monótona sin rastro de acento ni emoción. «Sin rabia, sin ninguna emoción. Nada. Las palabras salían sin más». Hablaba con mucha precisión.

Las expresiones de Zodiac

En lugar de escribir la palabra *clues* [pistas], escribía *clews* (inglés británico). *Boughten* como pasado del verbo *to buy* [comprar]; construcciones extrañas, como «mi consecución de esclavos» en vez de «conseguir esclavos». Acotaciones formales: «podría decirse» en vez de «por decirlo de algún modo». Frases contenidas: «Las llevé a dar un paseo de lo más interesante».

Lo militar: «esperan a que salga de mi refugio». Numera las páginas al modo militar. «Me cargaré a los vagabundos», «me voy a cargar un autobús escolar», «dispararé a la rueda delantera y liquidaré a los chavales cuando salgan», «matanza», «sólo tuve que rociarles», «meterse en el territorio de otro», «impertérrito», adjetivo que denota calma y claridad de pensamiento. Expresión del Ejército del Aire.

«Felices Navidades» y *boughten*, formas inglesas. *Boughten* era el pasado del verbo *to buy* en Estados Unidos en 1850.

«Los buenos momentos», «muy contento», «Felices Navidades», «divirtiéndome» y «animarme», expresiones que revelan la depresión del asesino. «Divertirme», «me animaría mucho», «estoy muy disgustado».

Expresiones peculiares: *some bussy work* [trabajo atareado], *mask the sound* [enmascarar el sonido], *doesn’t it rile you* [¿no os irrita?], *noze rubbed in your booboos* [restregar por las narices], *will positively ventalate anything* [se ventila cualquier cosa que la explosión pille por delante].

Expresiones británicas: *It could be rather messy if you try to bluff me* [las cosas podrían ponerse feas si intentáis engañarme], *clews*.

Tono imperioso: «no han cumplido mi deseo», «me he enfadado mucho», «ya no voy a anunciar cuándo cometa mis crímenes». Utiliza correctamente *shall y will* [verbos modales de futuro].

Acotaciones formales: «podría decirse» en vez de «por decirlo así».

Utiliza frases comunes entre los jóvenes de 1969: la policía son «cerdos»,

«*Blue Meannies*» [maderos] (de la película de los Beatles *El submarino amarillo*), «hacer lo que hago», «encender la mierda».

Policía: «podría decirse que tengo ocupada a la policía», «dos polis se tiraron un farol».

A los negros los llama *negmes* (forma despectiva).

A los niños los denomina *kiddies* [chavales] (empleado en Australia y Reino Unido).

Fiddle & fart around [zascandilear] es una expresión que emplean las personas mayores en Texas, sobre todo en el condado de Lubbock.

Cita de memoria letras de canciones de Gilberty Sullivan.

Amenazas: «Haré algo feo, y sabéis que soy capaz de ello». «Uhhh —estás condenado». «No podré controlarme». «Me resulta muy difícil controlarme». «No lo dijeron abiertamente». «Esta glorificación del asesinato resulta, cuando menos, deplorable».

El signo de Tauro aparece oculto cinco veces en el símbolo del 27 de octubre de 1970 y en el mensaje cifrado de «me llamo…» O bien Zodiac nació entre el 20 de abril y el 19 de mayo, o cree que es un Tauro.

Descripciones de Zodiac

30 de octubre de 1966: Riverside, hombre joven y fornido, 1,77 metros, con barba.

22 de noviembre de 1966: hombre de treinta y cinco años, 1,73 metros, alto, con barriga prominente, grueso.

18 de diciembre de 1970: Contra Costa, ladrón con un anorak oscuro de nailon, pantalones oscuros, gorro de lana azul marino, gafas de soldador. Treinta años; 1,73 metros. Se había tapado las yemas de los dedos con cinta adhesiva; un pañuelo por encima de la parte inferior del rostro.

Febrero-3 de julio de 1969: hombre que sigue a Darlene Ferrin: fornido con un rostro muy ovalado y con cabello castaño oscuro y rizado; ¿de mediana edad? Hombre (el mismo de antes) en la reunión para pintar la casa de Darlene de mayo de 1969: gafas de montura oscura, cabello rizado y fosco; hombre maduro. Hombre en Terry’s: de treinta y cinco a treinta y ocho años. 80 kilos; 1,77 metros.

4 de julio de 1969: el hombre parecía de rostro muy grande, no llevaba gafas. Parecía tener entre veintiséis y treinta años; cabello corto, rizado y de color castaño claro. Según Mike Mageau, «su constitución era fornida, corpulenta sin ser fofa. Tenía un poco de tripa y el cabello peinado hacia atrás».

8 de julio de 1969: segunda descripción de Mageau: de veintiséis a treinta años; bajo, cabello castaño claro y rizado, rapado; pantalones de pinzas; llevaba un anorak parecido a los de la Marina; 1,70 metros; de 88 a 90 kilos.

10 de julio de 1969: tercera descripción de Mageau: camisa o jersey azul; 72 kilos. Hombre al que se vio discutiendo con Darlene Ferrin; treinta años; 1,80 metros, entre 81 y 83 kilos; cabello de color champán, peinado hacia atrás.

27 de septiembre de 1969: hombre solo visto por tres chicas: entre veinticinco y treinta y cinco años; más de 1,80 metros, entre 90 y 104 kilos, sin gafas, cabello liso y con raya al lado. Sudadera de manga corta negra, pantalones azul oscuro, deportivos o formales, camiseta colgando por detrás; de aspecto agradable y cuidado. Fumador compulsivo.

Hombre, Zodiac con toda probabilidad, visto a medio kilómetro del escenario de la agresión a Hartnell y Shepard; hombre blanco adulto; 1,75 metros, fornido, pantalones oscuros y camisa oscura de manga larga con dibujos en rojo. Cazadora azul.

Descripción de Hartnell y Shepard: capucha negra ceremonial con cuatro puntas (como una bolsa de papel), que le tapaba los hombros y le llegaba casi hasta la cintura. Costuras en los bordes, sin mangas, con parte delantera y posterior. Con un dibujo en blanco en el pecho y un círculo de 7,5 centímetros con una cruz encima. Aperturas en la tela para los ojos y la boca; unas gafas de pinza encima de las ranuras de los ojos. Mangas oscuras recogidas y atadas en las muñecas, los pantalones bien metidos en unas botas de media caña (seguramente con los elásticos con gancho que emplean los militares). En el costado izquierdo llevaba un puñal tipo bayoneta. Pistolera en el derecho con una semiautomática de calibre 45 de color azul acero. De cuerpo macizo, no fofo; el estómago le colgaba por encima de los pantalones, o llevaba una chaqueta acolchada. Del costado izquierdo (o del bolsillo de atrás) le salían varios hilos de cuerda común de tender, blanca, de plástico y hueca por dentro. Seguramente otras gafas por debajo de la capucha. Cabello castaño oscuro y bañado en sudor entrevisto por las ranuras. «Podía ser una peluca», según Hartnell. Llevaba una cazadora fina de color azul-negro sobre una camiseta de punto de color negro rojizo. El símbolo de la cruz dentro del círculo estaba cosido con mucha profesionalidad. El encapuchado medía entre 1,75 y 1,80 menos; pesaba entre 100 y 110 kilos. Talla de calzado 44, test de compactación dio como resultado un peso de unos 100 kilos, el calzado eran unas botas de matón llamadas Wing Walker. Empeine fabricado por la Weinbrenner Shoe Co., Merill, Wisconsin. Suelas fabricadas por Avon, de Avon, Massachusetts. Un millón de zapatos fabricados en 1966 para un contrato con el gobierno; 103.700 pares fueron enviados a la zona de Ogden, Utah, para las instalaciones de la Fuerza Aérea y de la Marina en la costa oeste. Hartnell: «No debía de pesar demasiado (sin la chaqueta acolchada). Todos los tipos que me enseñó la policía eran bastante fornidos. Yo creo que éste andaba en la treintena y era bastante anodino».

11 de octubre de 1969: corpulento, 1,79 metros; parka azul oscuro o

negro, pantalones oscuros, pelo rapado pelirrojo o rubio, entre veinticinco y treinta años, con gafas.

Ahora pesa 90 kilos o más, es fornido y lleva una chaqueta de color azul marino o negro que llega hasta la cintura y tiene cremallera. La descripción de los agentes cambia el retrato robot: de más edad y más grueso, entre 1,70 y 1,75 metros de estatura, de treinta y cinco a cuarenta y cinco años, cabello corto y castaño con reflejos rojizos, gafas.

22 de marzo de 1970: descripción de Kathleen Johns: un hombre aseado y muy bien vestido: «Recuerdo que pensé que podía ser militar… iba así de arreglado». Zapatos muy lustrosos, vestido con una especie de anorak azul oscuro o negro, de nailon, por encima de unos pantalones de pata de elefante de lana negra. Gafas negras de montura ancha (sujetadas con una cinta elástica, como la que lleva un maquinista); con cicatrices de acné en la barbilla; nariz no especialmente pequeña; mandíbula marcada, no era una persona débil; frente normal, cabello castaño rapado. Diez años después: «El hombre pesaba unos 75 kilos». Camiseta blanca, ojos inexpresivos, zapatos náuticos, de aspecto militar en general.

19 de abril de 1970: Christopher Edwards, camarero del barco de pasajeros de la compañía P&O *Oronsay* hombre vestido con pantalones azules y jersey que decía ser un ingeniero británico, se parecía al retrato robot. Coche de último modelo, no descapotable, en la calle Bay con el Embarcadero.

7 de abril de 1972: un coche de colores claros se acercó de un volantazo a Isobel Watson en Tamalpais Valley; 1,72 metros; el conductor llevaba gafas de montura oscura; cabello castaño y cuidado.

La ropa de Zodiac hace pensar en un militar, probablemente de la Marina o del Ejército del Aire. Su capucha negra, bien confeccionada, tenía un dibujo de una cruz encima de un círculo en la parte delantera. (En la Marina es necesario tener un gran dominio de la costura). Los pantalones de pinzas puede que señalen a un hombre maduro (así como las palabras coloquiales que utiliza, que pasaron de moda hace veinticinco años).

Los coches de Zodiac

30 de octubre de 1966: coche visto: Studebaker de 1947-52, gris y marrón, con pintura oxidada.

4-5 de julio de 1969; Chevrolet Impala blanco, 1961-63.

Coche parecido a un Corvair de 1963, «más antiguo y más grande, matrícula antigua». «Es posible que fuera un Falcon de 1960, matrícula de California». De color más claro que el Corvair color bronce que llevaba la

víctima (Chevrolet Corvair *coupé* de color bronce y dos puertas).

Descripción del coche del hombre que seguía a Darlene Ferrin: sedán de fabricación estadounidense, blanco, con un gran parabrisas.

27 de septiembre de 1969: hombre solo visto en un Chevrolet del 66 de dos puertas, plateado o de color azul hielo, con matrícula de California.

Se hicieron moldes de dos neumáticos de tamaño distinto (delanteros), muy desgastados; la distancia entre las ruedas era de 144,8 centímetros.

22 de marzo de 1970: (Johns) coche de último modelo, de fabricación estadounidense, de colores claros, dos puertas y matrícula antigua de California (amarilla y negra). El interior del coche estaba muy desordenado, con papeles y ropa tirados en los asientos delanteros y traseros e incluso en el salpicadero. Sobre todo ropa de hombre pero mezclada con camisetas pequeñas con dibujos de talla de un niño de entre ocho y doce años. Linterna negra de cuatro pilas con asa de plástico en el salpicadero, junto a dos estropajos de plástico de colores. «Una caja de cambios deportiva de transmisión automática, tipo consola, con el mechero incorporado por el lado derecho y un cenicero en la parte delantera».

11 de noviembre de 1970: hombre que siguió a una mujer en Santa Rosa. Chevrolet blanco; hombre joven, de veintitrés o veinticuatro años, de Vallejo; recibió una citación, pero la multa fue borrada.

Las armas de Zodiac

- Pistolas

  Utilizada en la carretera del lago Herman: semiautomática de calibre 22,J. C. Higgins modelo 80 o High Standard modelo 101. Munición: Super X del calibre 22 recubierta de cobre para rifle largo.

  Empleada en Blue Rock Springs: Browning 1935 High Power (FN GP35) de 9 milímetros. Fabricada en Canadá. Trece balas. Munición: Winchester Western de 9 milímetros.

  Utilizada en el lago Berryessa: es posible que mostrara una Colt (1911A1) a la víctima que sobrevivió. Semiautomática de color azul acero.

  Utilizada en Washington y Cherry, San Francisco: segunda Browning High Power empleada en San Francisco. Munición: Winchester Western de 9 milímetros.
- Cuchillos

  Utilizado en el Riverside City College: cuchillo pequeño con hoja de ocho centímetros de largo y 2,5 de ancho. Punta rota, alojada en la víctima de Riverside.

  Utilizado en el lago Berryessa: cuchillo de treinta centímetros de largo y dos y medio de ancho, mango de madera con dos remaches de latón y

una cinta adhesiva de dos centímetros y medio de ancho envolviendo el mango. Funda de madera. Afilado por ambos lados, los remaches hacen las veces de guarnición.

Equipo de Zodiac

Una ampliadora, mesa de luz, y proyector superior.

Una clave para mensajes cifrados.

Máquina de escribir portátil Royal, tipografía Elite mezclada con Canterbury.

Linterna náutica con asa.

Rotuladores azules.

Papel de cartas Eaton tipo Monarch; cortado de manera irregular; puede tratarse de un excedente, como el que se vende al Ejército. Archivos completos de las noticias sobre el caso Zodiac.

Una caja de metal gris (de un vidente).

Un taller en un sótano.

Papel de teletipo UP modelo 15. Planos de la bomba basados en los circuitos de ese teletipo.

Tenía una linterna náutica con asa, luego puede que tenga un barco.

Seguramente, una linterna negra de cuatro pilas con asa de plástico. Guantes, que se ponía al escribir las cartas.

Reloj de pulsera marca Zodiac.

Reloj Timex, arrancado en Riverside, circunferencia de 17 centímetros, correa negra.

Zapatos Wing Walker que sólo se venden en tiendas para militares. Partes de la camisa ensangrentada de Paul Stine, gris oscuro y blanca, a rayas, y las llaves del coche de Stine.

Libros sobre criptografía y horóscopos.

Cámara Polaroid.

Taladradora.

Conocimientos de Zodiac

Artefactos explosivos.

Criptografía.

Meteorología.

Mapas y terminología; utilización de brújula.

Conocimiento de *El Mikado* de Gilbert y Sullivan, opereta.

Dominio de la puntuación; finge cometer faltas de ortografía. Escribe a

máquina.
Sabe de motores de coches (sabotaje del cable de la tapa del distribuidor).
Química (planos de la bomba).
Es posible que tenga acceso a un ordenador.
Sabe cómo hacerse el horóscopo y tiene conocimientos de astrología. Conoce sectas antiguas.
Fanático del cine. Malas tierras, El exorcista, El malvado Zaroff.
Sabe disfrazarse. Puede que eso esté relacionado con el conocimiento de la opereta.
Sabe que utilizando pegamento en las yemas de los dedos no se dejan huellas; es posible que estuviera en la cárcel y lo aprendiera allí. Sabe calcar.
Ha aprendido a disparar con pistola. Cinco disparos a muy poca distancia unos de otros en la espalda de la víctima, a tres metros de distancia, mientras corría.
¿Ha estudiado para ser policía? Utilizó la técnica de bloqueo de la policía de tráfico en Blue Rock Springs, deslumbrando a las víctimas. Éstas buscaban sus carnés porque creían que era un policía.
Cose bien.
Ambidiestro.
Seguramente tiene un historial en la Marina.

Modus operandi de Zodiac

Mata durante los fines de semana, en zonas cerca del agua, cuando hay luna llena o nueva.
Ataca a parejas. Cada vez utiliza un arma distinta. Los coches suelen estar presentes.
Siempre estudiantes jóvenes, al atardecer o de noche; el robo no es el móvil.
No hay abuso sexual. El asesino se siente impelido a jactarse de los crímenes por teléfono o por carta. Asesina en caminos frecuentados por parejas.
Un arma distinta en cada ocasión. Suele emplear una linterna. Dos asesinatos en superficie de gravilla, dos sobre asfalto, dos en tierra. Tres víctimas asesinadas cerca de aparcamientos.

Perfil psicológico de Zodiac

Delirios paranoides de grandeza.

Psicótico.

Sádico sexual: seguramente se descubrirá que Zodiac torturó pequeños animales de niño, que tenía una madre dominante, un padre débil o ausente, una intensa vida fantasiosa, confunde la violencia y el amor. Es el tipo de persona que se convierte en admirador de la policía, que lleva equipamiento de policía en su coche, colecciona armas e instrumentos de tortura.

Tranquilo en una crisis.

Planea con cuidado. Es posible que ensaye los crímenes. Búsquense agresiones parecidas en la zona del crimen en las semanas anteriores.

Se divierte retando a la policía.

Introvertido y reservado en el trato social.

Se enfada mucho cuando la policía cuenta mentiras sobre él.

Zodiac es razonablemente sincero en lo que escribe. La policía lo paró y habló con él, pero lo niega.

Llamadas anónimas; «Para el director, urgente». Zodiac está impaciente por ponerse en contacto con la policía y contar lo que ha hecho. La nota a Joseph Bates demuestra que le gusta atormentar a la familia de sus víctimas. Las llamadas anónimas a la familia Ferrin también entran en este apartado; es posible incluso que los conociera.

Imita, no inventa. Todo lo que ha hecho se ha visto o se ha encontrado escrito en otra parte.

Se cerciora de que la mujer muera siempre.

Llama a la comisaría para asegurarse de oír las sirenas de los coches yendo a toda velocidad al escenario del crimen.

Hace planes de antemano; cortó antes la cuerda de tender la ropa (en Berryessa).

Cree que lo persiguen.

Se masturba después de cada agresión y mientras escribe las cartas.

Asesina de cerca porque quiere que sus víctimas lo vean.

El fin de una persona así es el suicidio (o una institución).

Le afectan la luna y las mareas.

Normalmente las personas así son *voyeurs* y merodeadores.

Habla de forma provocadora y sufre intensos dolores de cabeza.

Si esta persona se sometiera a un test de Rorschach, daría respuestas y vería formas con la Z.

Repite sus crímenes. Es posible que el placer de provocar a la policía se convierta en el auténtico móvil de los crímenes.

Casi siempre es muy inteligente y fuerte. Es incurable. No siente remordimientos.

Suele elegir víctimas con ocupaciones específicas (todas las víctimas, incluso Stine, eran estudiantes).

Suele guardar recuerdos. El asesino en serie de Santa Cruz Edmund Emil Kemper hizo Polaroids.

Apuñala a la víctima hasta alcanzar el orgasmo.

Recuerda con toda precisión los detalles de los asesinatos.

Le fascina el trabajo de la policía. Es posible que haya intentado desempeñar ese oficio.

Puede ser inusualmente fuerte, como Bundy, Bianchi, etcétera.

Estas personas sufren limitaciones o son incapaces de entablar relaciones adultas normales. Las otras opciones son: relaciones sexuales con cadáveres, o asesinar para lograr la satisfacción sexual. Otra opción es el sexo con niños. Necesita sentirse poderoso.

La homosexualidad puede darse también.

Cuando son niños, suelen jugar a ejecutarse. Mutilan muñecos.

Mienten con habilidad y encanto. Es posible que vayan a vivir a un estado donde se aplique la pena de muerte, que inconscientemente desean.

Fantasía de matar a la madre.

Estos asesinos eligen a determinado tipo de personas, hasta el punto de preparar un cuestionario para ello (Edmund Emil Kemper lo hacía).

Consideran a la víctima como un objeto.

Cuando escribe las cartas, Zodiac fumaba marihuana, bebía alcohol o tomaba algún narcótico.

El sádico sexual mata para obtener placer sexual. Es posible que nunca haya tenido relaciones sexuales. Busca la deshumanización de sus víctimas y convertirlas en objetos para controlarlas y tener poder sobre ellas. Se esfuerza mucho por parecer normal y esquivar su captura.

Fuentes

Notas personales e informes sobre el caso de los investigadores de la policía, incluyendo borradores.

Informes de los hechos y archivos del departamento de policía de San Francisco, del departamento de policía de Vallejo, del departamento del *sheriff* de Napa, del departamento de policía de Benicia, del departamento del *sheriff* de Vallejo, del departamento de policía de Santa Rosa y del de Riverside. En esos informes se incluyen los resultados de balística y del laboratorio forense, los informes de autopsias, comparaciones dactiloscópicas y archivos de sospechosos.

También obtuve información de dos informes confidenciales de la CI&I y de la oficina del fiscal general del estado de California («Zodiac», «Asesinatos relacionados»).

Además de los informes sobre los mensajes cifrados de Zodiac (recogidos en fichas de criptoanálisis hechas por ordenador), he utilizado un estudio psicolingüístico secreto que elaboró el Syracuse Research Institute sobre la personalidad de Zodiac, a partir de sus cartas. También tuve acceso a un informe confidencial sobre el perfil psicológico del asesino de Riverside.

Cien horas de entrevistas grabadas con las víctimas que habían sobrevivido a Zodiac, familiares y amigos de las víctimas, y los sospechosos más importantes en la investigación. También hablé con los investigadores de todos los homicidios. Me dejaron leer y copiar cartas, notas,

diarios y agendas de direcciones de algunas víctimas. Examiné los registros de empleo y el historial telefónico de algunos sospechosos, así como archivos dactiloscópicos del estado de Washington y del astillero naval Mare Island.

Fichas académicas del Riverside City College y anuarios del instituto Hogan. Sesiones de hipnosis efectuadas con testigos.

Cartas de sospechosos del hospital estatal de Atascadero para desequilibrados mentales.

Departamento de California de Vehículos a Motor y algunos registros de aseguradoras.

Crónicas de periódicos y de televisión sobre el caso Zodiac, incluyendo notas de periodistas, borradores, archivos informáticos y artículos no publicados.

Retratos robot y diagramas policiales de los escenarios del crimen.

Visitas a todos los escenarios del crimen.

Informes caligráficos de la CI&I.

Archivos sobre el caso que han sido desechados. Archivos sobre Zodiac que me llevé a casa como objetos de coleccionista.

Pistas anónimas de ciudadanos.

Las cartas de Zodiac.

Bibliografía escogida

Dean W. Dickensheet, ed., *Great Crimes of San Francisco*, Ballantine, Nueva York, 1974.

Jane's Small Arms of the World, Gran Bretaña.

Kahn, David, *The Codebreakers*, Macmillan, Nueva York, 1967.

Laffin, John, *Codes and Ciphers*, Abelard-Schuman, Nueva York, 1964.

Lunde, doctor Donald T., *Murder and Madness*, W. W. Norton & Co., Nueva York, 1979.

Oken, Alan, As *Above, So Below*, Nueva York [Hay varias ediciones españolas de este autor, entre ellas *Astrología: guía práctica*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1998].

Pratt, Fletcher, *Secret and Urgent*, Nueva York.

Sest, Mann, Flanagan, Cowen, *The Phenomenon Book of Calendan*, Simón & Schuster, Nueva York, 1978.

Snyder, LeMoyne, *Homicide Investigation*, Charles C. Thomas Co., Springfield, Illinois, 1977.

Notas del traductor

[1] La Agencia Nacional de Seguridad estadounidense. <<

[2] Establecimiento donde se sirve comida o bebida a los automovilistas, sin que éstos tengan que salir del coche. <<

[3] Célebres muñecas de principios del siglo XX, de aspecto regordete y feliz. <<

[4] Los errores ortográficos reproducen las faltas cometidas por Zodiac en sus cartas. <<

[5] Finalmente me di cuenta de que el asesino había marcado el orden de los mensajes, para que no se le olvidase a él, o como pista. El número de sellos en la carta al *Examinerem* de dos, el número de sellos en la carta del *Chronicle* era de tres, y el sobre de *The Vallejo Times-Herald* había sido franqueado con cuatro sellos. [*Esta nota, como todas las numeradas, es del autor*]. <<

[6] Sede del Ejército en San Francisco desde la época de la colonización española. <<

[7] La Colt .45 1911A1, que utiliza el Ejército de Estados Unidos, tiene «un diseño y una función similares» a la Browning High Power, pero pesa más, es más larga, y sólo le caben siete cartuchos. <<

[8] Estas categorías son las que se emplean en el sistema dactiloscópico anglosajón; la traducción propuesta se acerca lo más posible al sistema vigente en España. <<

[9] La Ley Federal de Control de Armas de 1968 prohibió la venta por correo de armas y munición y la venta directa a residentes de otro estado, pacientes mentales y delincuentes condenados. <<

[10] Juego de palabras intraducible. Así, aparte de burro, significa alguien muy estúpido; y *dragón* también se utiliza para denominar a una persona muy arisca. <<

[11] Posiblemente, Zodiac se refiere a unas chapas que popularizó un profesor de universidad que decían: *Melville eats blubber* [Melville come esperma de ballena], refiriéndose al autor de *MobyDick*. <<

[12] El *Chronicle* publicó finalmente las cartas de julio el 12 de octubre de 1970. <<

[13] Zodiac tenía la costumbre de escribir cartas el día del aniversario de sus asaltos y asesinatos y las había escrito al año exacto de los asesinatos de la carretera del lago Herman. El 22 de marzo de 1971, el primer aniversario del rapto de Kathleen, escribió otra carta. <<

[14] Sólo conseguí una copia completa utilizando una lupa y la copia de una foto de una mesa de la comisaría de Riverside en la que habían dejado la confesión. Narlow no podía enseñarme su ejemplar, pero leyó el mío y me dijo que era correcto. <<

[15] Después, Morrill descubrió que la máquina de escribir utilizada era una Royal portátil, y la tipografía, Canterbury mezclada con Elite. <<

[16] La expresión «zascandilear». [*Jiddle fart around*] está anticuada e hizo que los investigadores sospecharan que Zodiac tenía muchos más años de lo que creían. Me enteré de que se usa en ciertas zonas de Texas, sobre todo en el condado de Lubbock. <<

[17] Los versos son otra referencia a una canción de *El Mikado*, de Gilbert y Sullivan. <<

[18] El escritor y productor William Peter Blatty basó su secuela de *El exorcista* de 1983, *legión* [Legión], en Zodiac, al que llamó Géminis. <<

[19] Después me enteré de que otras personas se mostraban escépticas ante la posibilidad de que aquel hombre fuera Walker. Bobbie Ramos, la amiga de Darlene, dijo que no creía que fuese él. Lynch me dijo que tampoco lo creía. Por último, la hermana de Darlene, Pam, puso en duda que fuera el mismo hombre. <<

[20] Ambos nombres han sido cambiados. <<

[22] Aquí el informante hace referencia a la célebre película muda *El jorobado de Nuestra Señora de París* (*The Hunchback of Nôtre Dame*, 1923), protagonizada por dicho actor. <<

[23] No es su nombre real. <<

[24] Varios libros de Oken han sido traducidos al castellano
<<

[25] En Estados Unidos, un *junior college* es una institución donde se cursan los dos primeros años de la carrera universitaria. <<

[26] Mi fuente es un informe confidencial: «Homicidios no resueltos de mujeres: un análisis de una serie de asesinatos relacionados en California y el oeste de Estados Unidos». El departamento de Justicia de California lo declaró confidencial y lo publicó en febrero de 1975. <<

[27] A un esquizofrénico paranoide lo controlan fuerzas exteriores, por ejemplo, voces que le dicen lo que debe hacer, y suele matar a mujeres a raíz de una identidad sexual confusa. Padece un pensamiento desordenado, alucinaciones, manía persecutoria y delirios de grandeza. También pueden influir factores como el entorno, la herencia, o tomar drogas como LSD o PCP. Si el esquizofrénico paranoide alcanza los treinta y cinco años, la rabia puede apagarse o remitir. <<

[28] Kenneth A. Bianchi confesó ser autor de cinco asesinatos en el caso de los crímenes del Estrangulador de Hillside en Los Ángeles. <<

[29] La ley Lanterman-Petris-Short fue aprobada en 1967 y determinaba que sólo se puede detener a una persona si es un peligro para sí misma o para los demás. La reducción de las instituciones psiquiátricas en California de 20.000 a las 5.000 camas de hoy obligó a trasladar a los pacientes a comunidades locales mal preparadas para atenderlos. <<

[30] No es su nombre real. <<

[31] Después me enteré de que Starr estudiaba una licenciatura en Biología, y el gobierno del estado le había dado permiso para guardar y hacer experimentos con animales pequeños. <<

[32] Evidentemente, esa «confesión» no implica que Starr cometiera los crímenes. Las confesiones falsas son habituales en los casos de asesinato célebres. <<

[33] Después me enteré de que existía cierta enemistad entre Starr y uno de los cazadores; la declaración podía ser sospechosa. <<

[34] En 2002 Robert Graysmith publicaría un nuevo libro, *Zodiac Unmasked*, donde insistiría en la culpabilidad de «Starr» y revelaría su identidad real. Se trataba de Arthur Leigh Allen, un antiguo maestro de escuela convicto por abuso de menores, y principal sospechoso de los crímenes de Zodiac según la policía de San Francisco. Ésta obtuvo en 1991 una orden para registrar la casa de su madre en Vallejo, y su famoso sótano, donde encontraron cuchillos, armas de fuego, material explosivo, una máquina de escribir, una carta cifrada que le había enviado un compañero de la institución psiquiátrica donde Alien estuvo ingresado, y un reloj Zodiac. Sin embargo, las pruebas no fueron concluyentes. Las huellas dactilares y la caligrafía seguían sin concordar con las de Zodiac. Allen murió en 1992 de causas naturales; dos días después de su muerte, la policía registraba de nuevo su casa sin resultados. En 2002 se comparó una muestra de su ADN con una encontrada en una de las cartas de Zodiac y no se halló coincidencia. La policía de San Francisco cerró el caso Zodiac en 2004. <<



ROBERT GRAYSMITH (Estados Unidos, 1942). Trabajaba como caricaturista para el diario *San Francisco Chronicle* en 1969 cuando el caso del asesino del Zodiaco empezó a tomar prominencia. Intentó descifrar el código de una carta enviada por el asesino a la oficina del diario y se obsesionó con el caso por los siguientes trece años. Su separación con su segunda esposa Melanie se atribuye de manera directa a su interés en el caso. Graysmith escribió dos libros relacionados con los sucesos, abandonando su carrera como caricaturista y publicando otros libros sobre casos reales de asesinatos, uno de ellos convirtiéndose en la base para la película de *2002 Auto Focus*. La película *Zodiac* (2007), dirigida por David Fincher, fue una adaptación de su libro del mismo nombre y fue protagonizada por Jake Gyllenhaal interpretando a Graysmith.